75 AÑOS DESPUÉS

LAS CLAVES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Conversación con ÁNGEL VIÑAS

MARIO AMORÓS



Estructurado como una entrevista periodística, escrito de manera ágil y sin rehuir la polémica, este libro explica a un público muy amplio y diverso los principales hitos de la Guerra Civil.

A través de sus páginas, el autor realiza una amplia y profunda entrevista al profesor Ángel Viñas que da un repaso a sus libros *La soledad de la República, El Escudo de la República y el Honor de la República*, donde resume las cuestiones claves sobre los orígenes y los responsables de la sublevación militar de julio de 1936, la intervención de las grandes potencias, el abandono de la República por parte de las democracias, la destrucción de Gernika, los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona, el asesinato de Andreu Nin, el papel de Manuel Azaña y Juan Negrín, el vínculo del PCE con Stalin, la estrategia militar y política del general Franco y su relación con Hitler y Mussolini, la evolución de los frentes de batalla y el trágico final de la República, con el golpe del 5 de marzo de 1939.



Mario Amorós

75 años después

Las claves de la Guerra Civil Española

ePub r1.0
jasopa1963 20.06.14

Título original: *75 años después. Las claves de La Guerra Civil Española*

Editor digital: jasopa1963
ePub base r1.1



Nosotros tenemos un deber que cumplir y es el de conseguir para España un porvenir nuevo, más humano y progresivo. Y lo cumpliremos. Pueden caer diez, cien, mil; pero cuando un pueblo quiere vencer, no sucumbe jamás y vence, aun a costa de los mayores sacrificios. Camaradas combatientes, amigos y hermanos: ¡Viva la República!

Dr. JUAN NEGRÍN,
discurso de despedida
a las Brigadas Internacionales.
Les Masies (Tarragona),
25 de octubre de 1938

¿Una cruzada? De acuerdo. Observemos las huestes de los cruzados cuando atraviesan la llanura de la victoria. Cuatro son los grandes capitanes que las conducen: Benito Mussolini, el hombre enviado por la Providencia; Adolf Hitler, el asceta nórdico; António de Oliveira Salazar, el santo estudioso; Francisco Franco Bahamonde, el caballero cristiano. Cada uno de ellos luce en su armadura, sobre su corazón, un emblema. Es una cruz, una extraña cruz. ¿Una cruzada? De acuerdo. Sí, caballeros, tenéis razón; era una cruzada. Pero la cruz era la gamada.

H. R. SOUTHWORTH,
El mito de la cruzada de Franco (1963).

Fueron vencidos, pero no humillados en sus almas. La grandeza moral de una República generosa y de una lucha titánica por la libertad servirá bien a su espíritu en el futuro.

GABRIEL JACKSON,
La República Española
y la Guerra Civil(1967).

75 AÑOS DESPUÉS

PRESENTACION

LA FORJA DE UN HISTORIADOR

«Aquí Madrid: así empezó Viñas el perfumista…» «Navajas, tijeras y cuchillos de oficio». «Millares de clientes en toda España acreditan el valor comercial que tiene esta casa». Justo en la esquina de la madrileña calle Atocha con el pasaje Doré, que desemboca en la Filmoteca Nacional, encontramos una vetusta tienda de productos de perfumería cuya fachada exhibe estos bellos mensajes publicitarios característicos de otra época. La pequeña imagen de un vendedor ambulante con un carrito evoca las raíces del historiador, diplomático y catedrático Ángel Viñas. En torno a esta tienda, inaugurada hacia 1927 por su padre, Arturo Viñas Simarro, y que hoy sigue regentando su familia, transcurrió su vida hasta que empezó a recorrer Europa con apenas diecisiete años.

Ángel Viñas nació el 2 de marzo de 1941, en el periodo más tenebroso de la dictadura franquista, en una ciudad que había sido asediada y bombardeada durante tres años. Apenas tres meses después, Ramón Serrano Suñer lanzaría el conocido anatema («Rusia es culpable») que convocó a miles de voluntarios españoles a una nueva «cruzada» contra el comunismo. Creció en ese clima, condicionado por el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial que terminaría —con la contribución heroica de los republicanos españoles— con el fascismo en Europa a excepción de la Península Ibérica. Compartió juegos y andanzas con sus hermanos, Antonio y Carmen, y los tres ayudaban a sus padres en la tienda durante

aquellos años de represión, miedo, angustiosas privaciones materiales y absoluta falta de libertad en España.

A pesar de los limitados recursos económicos de su familia, recibió una excelente educación, con un acentuado énfasis en los idiomas. Gracias a ello entre 1958 y 1964, en los años del Plan de Estabilización, el inicio del «desarrollismo» y el éxodo de centenares de miles de obreros españoles a Europa, pudo cumplir varias estancias como estudiante en París, Hamburgo, Berlín y Glasgow. Sus brillantes calificaciones como licenciado en Económicas (Premio Extraordinario) y como técnico comercial del Estado (número uno de la promoción de 1968) le franquearon las puertas de un mundo para el que en principio no estaba destinado: el Fondo Monetario Internacional en Washington y la Embajada española en la República Federal Alemana.

En 1970, el profesor Enrique Fuentes Quintana le dirigió hacia el campo de la Historia al encargarle una investigación que terminó indagando acerca de la relación de la Alemania nazi con el golpe de Estado militar de julio de 1936 que originó la Guerra Civil. Fue su tesis doctoral, defendida en 1973, y fruto de ella nació su primer libro, un impactante trabajo que desveló cuándo, cómo y por qué Adolf Hitler decidió, personalmente, ayudar al general Francisco Franco, en aquellos días jefe del ejército sublevado en el Protectorado español en Marruecos.

A su regreso a España en 1974, Fuentes Quintana le encomendó una nueva investigación, nada más y nada menos que sobre el «oro de Moscú», uno de los grandes mitos franquistas, el símbolo del supuesto expolio de España que Stalin habría perpetrado con la complicidad servil de Juan Negrín y el PCE. Fue el primer historiador no franquista que tuvo acceso a los archivos de la dictadura, incluido, después de una sinuosa insistencia, el legajo donado por la familia del presidente Negrín a fines de 1956, tras su fallecimiento. A partir de aquella investigación escribió dos libros que analizaron de manera rigurosa la operación del oro y la contextualizaron en el marco de la contienda: fue el único recurso que la República, abandonada por las potencias democráticas, tuvo para defenderse ante la embestida de los sublevados, apoyados por el eje nazi-fascista conformado por el III Reich y la Italia fascista.

Simultáneamente, en 1975 preparó y ganó oposiciones a catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Valencia.

A fines de los años setenta, Ángel Viñas ya era uno de los nombres destacados de la nueva generación de historiadores españoles que finalmente ha logrado, después de muchos años de investigación concienzuda, impugnar y desmontar la propaganda y los mitos erigidos por la dictadura y sus apologistas para justificar el golpe de Estado de 1936. Se orientaron leyendo los trabajos de Gabriel Jackson, H. R. Southworth, Manuel Tuñón de Lara o Hugh Thomas y con el tiempo han formado a varias generaciones de historiadores. Viñas también fue uno de los primeros en reivindicar la estatura histórica de Juan Negrín, presidente del Gobierno de la República desde el 17 de mayo de 1937 hasta 1945, vilipendiado y desfigurado por tantos y tantos que entonces, y aún hoy, se aproximan a la Guerra Civil desde la mitología franquista o desde los amarillentos esquemas de la Guerra Fría. «Creo que Negrín se comportó como un hombre de Estado», aseguró el 17 de febrero de 1977 en una entrevista publicada en *El País*.

Durante los años ochenta, su labor como historiador quedó en un segundo plano por su trabajo como asesor de los ministros de Asuntos Exteriores Fernando Morán y Francisco Fernández Ordóñez, y desde 1987 en la Comisión Europea. Pero no dejó de escribir y de participar en obras colectivas, como el excelente libro dirigido por Manuel Tuñón de Lara en 1986 con motivo del 50.º aniversario del inicio de la contienda, ni de permanecer atento a las publicaciones que aportaban nuevas luces a uno de los capítulos de la Historia universal que ha merecido más páginas. Durante aquel tiempo tampoco desmayó en un viejo anhelo: acceder a los miles de documentos que formaban el archivo de Negrín. Pudo hacerlo, por fin, en 2003 en París, donde lo custodiaba Carmen, nieta del presidente, y se volcó de manera apasionada en una labor de investigación en centros documentales de España, Rusia, Francia, Alemania y el Reino Unido que ha brindado una cosecha extraordinaria.

En la última década ha publicado, editado y coordinado una

docena de libros, entre los que destacan su monumental tetralogía sobre la República en guerra, completada con una obra sobre los prolegómenos de la contienda. Y el pasado otoño presentó un nuevo trabajo que redondea sus aportaciones ya clásicas sobre la operación del oro y la ayuda material nazi-fascista y soviética a ambos contendientes.

Ni hoy, ni en el futuro, los historiadores, los académicos y los ciudadanos interesados en conocer la verdadera historia de aquellos dramáticos y apasionantes tres años podrán dejar de leer a Ángel Viñas.

Este libro, que ve la luz a 75 años del final de la Guerra Civil, es el resultado de una larga conversación con él, iniciada en Madrid en mayo de 2011, proseguida en Bruselas en octubre de 2012 y enero de 2013 y concluida en la capital de la Unión Europea un gélido fin de semana del pasado mes de diciembre. Casi treinta horas de diálogo grabadas en audio para reflexionar sobre las claves de aquella trágica contienda que desgarró España y liquidó nuestra primera experiencia democrática y los mitos que aún persisten sobre ella. «La historia de la II República y de la Guerra Civil no es como nos la han contado…», me anticipó el profesor Viñas en nuestro primer encuentro.

DESDE EL CORAZÓN DE MADRID.

Mario Amorós: *¿Sus padres le hablaban de sus vivencias en la Guerra Civil*?

Ángel Viñas: No, en mi casa durante muchos años no se habló ni de política, ni de la guerra. Aún hoy ignoro lo que hizo mi padre, probablemente nada porque ya tenía treinta y tantos años y no fue llamado a filas. Pero creo que era un hombre de la izquierda republicana. Había nacido en La Roda (Albacete), en una familia campesina, y emigrado a la capital con 12 años. Tengo recuerdos muy vivos de que solía escuchar en una radio Emerson el servicio español de la BBC y también Radio España Independiente, *La Pirenaica*, la emisora clandestina del PCE.

Pero de la Guerra Civil no se hablaba en casa. Lo máximo eran los comentarios generales que me hacía mi madre, Eugenia Martín Cabrero: «Si tú supieras lo que fue la guerra…». Evidentemente, la familia de mi padre y la de mi madre, natural de Santiuste de San Juan Bautista (Segovia), fueron afectadas y algunos parientes lucharon en defensa de la República y otros junto a los facciosos. Un cuñado de mi madre, por ejemplo, se sublevó en el Cuartel de la Montaña de Madrid el 18 de julio de 1936 y se pegó un tiro tras ser derrotados por los milicianos. Siempre recordó sus impresiones al entrar en el patio del recinto, donde lo encontró muerto.

Otro de los pocos sucesos que me relataron fue que muy cerca de la tienda, en la plaza de Antón Martín, cayó una bomba que destruyó la conocida farmacia de El Globo. En aquellos tres años padecieron mucha hambre, muchas carencias y mi padre, que era un fumador empedernido, me contó que incluso fumaba peladuras de patata… Lo pasaron mal.

M. A.: *¿Qué recuerda de su infancia?*

Á. V.: Como muchos niños, tuve una infancia muy feliz, a mis hermanos y a mí no nos faltó nada de lo básico. Nunca pasamos hambre en aquellos durísimos años cuarenta. Mi madre se las apañaría con el racionamiento, con el estraperlo, con el trueque de productos de cosmética… Y cuando llegaban las vacaciones de verano nos marchábamos a casas de familiares en la provincia de Cuenca. En estos pueblos lo pasábamos bien y había bastante comida en comparación con Madrid.

Al principio, los tres hermanos íbamos a una escuela que estaba a cincuenta metros de casa. Luego los dos chicos nos cambiamos a una privada también muy próxima, San Estanislao de Kotska, y allí tuve la suerte de encontrar a José Aldomar, un maestro republicano represaliado que me abrió los ojos a la literatura y la poesía. Siempre fui un alumno muy aplicado; además, como se me daban mejor las humanidades, mi padre habló con un vecino, Federico Alemany, que había sido comandante del Ejército Popular, para que me ayudara ya que sobrevivía impartiendo clases particulares de matemáticas y ciencias, con un método fantástico por cierto. Es

decir, crecí expuesto en cierta forma a una cultura republicana.

En cambio, en aquella España nacionalcatólica me alejé muy pronto de la Iglesia oficial. Tenía 12 años y me enamoré (es un decir) de una niña muy beata y que se empeñó en que fuera a confesarme a su parroquia, situada en el barrio de Pacífico, y naturalmente fui. La verdad es que ya no recuerdo qué le relaté al confesor, no creo que entonces tuviera muchos pecados mortales, pero sí he retenido su respuesta: «Hijo mío, si sigues así, terminarás en la horca…». Desde entonces dejé de ser católico.

M. A.: *¿Cómo empezó a estudiar idiomas?*

Á. V.: En el colegio y en una academia de la Gran Vía aprendí francés muy rápidamente. Además, mi padre se había hecho amigo de un viajante de comercio alemán, Egon Scholtz, quien vivía muy cerca de nuestra tienda junto con su esposa. Eran judíos, no sé cuándo habrían llegado a España… La señora Scholtz se ofreció a darme clases de alemán cuando tenía 13 años y me enseñó muy bien, utilizando el excepcional libro de un jesuita llamado Johannes Rauter, y también me introdujo en la lectura de los clásicos alemanes de la Ilustración, esencialmente Lessing. Y de la mano de don José Aldomar y de una profesora francesa cuyo nombre no recuerdo empecé a leer con 14 o 15 años a los grandes intelectuales franceses del siglo XX, Sartre sobre todo, pero también Camus o Saint-Exupéry. Evidentemente, todo esto me despertó una gran curiosidad por Francia y Alemania.

Mi padre deseaba que fuese inspector de Hacienda, porque eran los funcionarios que más temía, y en aquel tiempo el camino más rápido era la carrera de Comercio, por lo que al acabar el bachillerato me matriculó en la escuela que había en plaza de España. A mí no me interesaba mucho, pero ahí conocí la AIESEC, la asociación paneuropea de alumnos de Comercio, que me ayudó a obtener, con 17 años, una estancia de seis meses en Francia para trabajar en Kodak Pathé, en Vincennes, al lado de París. A mi amigo Jesús Urías, después catedrático de la UNED, y a mí nos acogieron en la Maison des Provinces de France, la residencia más liberal de la Ciudad Universitaria. París me fascinó, Francia me encantó.

M. A.: *¿Le impresionó la diferencia entre la España franquista y la Europa democrática*?

Á. V.: El contraste fue deslumbrante para mí. El segundo verano, el de 1959, aproveché las facilidades de aquella asociación para irme a Alemania a trabajar en la AEG de Stuttgart, pero me las arreglé para conseguir un largo intercambio con un muchacho, Heribert Pernes, que quería venir a España para hacer su doctorado. Yo me alojé en casa de su familia en Luneburgo, a unos 50 kilómetros de Hamburgo, y él con mis padres. Al principio, pagué mis gastos trabajando como estibador en el gran puerto hanseático y gané lo que me parecía que era bastante dinero, aunque estaba permanentemente derrengado. Aprendí un montón de argot alemán. En el otoño de 1959 me matriculé en Filología Germánica en la Universidad, pero pronto me cambié a Económicas porque mi padre no veía claro adónde podría llegar con estos estudios y, además, no me gustó estudiar sajón antiguo. Las lenguas muertas nunca se me dieron bien.

A principios de 1961, tras un año y medio, volví a España porque finalizó ese intercambio familiar, pero regresé en el verano de aquel año para hacer un curso en Friburgo, gracias a una beca alemana. Friburgo es la sede del archivo militar alemán, aunque en aquel tiempo no pensaba en la Historia. Recuerdo, eso sí, que compré un ejemplar de la primera edición de un importante libro de Manfred Merkes que acababa de salir y los documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán (la Wilhelmstrasse) relativos a la Guerra Civil. Todavía los tengo.

M. A.: *¿Vio el Muro de Berlín*?

Á. V.: Precisamente, en aquel mes de agosto de 1961 el Gobierno de la República Democrática Alemana empezó a levantar las alambradas de lo que después sería el Muro. Lo vi por televisión y a los dos días cogí un tren hacia Berlín. Recuerdo que al atravesar la República Democrática Alemana (RDA) el tren iba prácticamente vacío. Pasé al sector oriental porque la separación aún no era absoluta y no se aplicaba a los extranjeros. Aquella ciudad me

fascinó.

Un año después, regresé a Berlín con una beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y me dediqué exclusivamente al estudio en la Universidad Libre. Cada semana iba al Berlín oriental, que para mí tenía un gran atractivo porque era un mundo diferente y por razones de azar hice amistad con varias familias de la RDA, que por cierto tenía de democrática lo que yo tengo de cura ¿no? Era una dictadura que olía a estalinista. He de confesar que nunca me pasó nada. No puedo enorgullecerme de haber despertado el interés de la Stasi, pero la experiencia de la RDA y de algunos de los regímenes comunistas me marcó profundamente.

Mientras tanto, preparaba por libre los exámenes de Madrid y volvía para examinarme y o bien me suspendían sistemáticamente o bien me daban matrícula de honor. En 1964 me planteé concluir la licenciatura, me matriculé en quinto curso como alumno oficial (no había posibilidad de preparar en Alemania una asignatura de Derecho Fiscal español) y en 1966 obtuve sobresaliente en el examen de licenciatura. Estuve un tiempo también en Glasgow para hacer un máster sobre economías de planificación central. Estaba muy influido por lo que había visto en la Alemania oriental. La idea de dirigir una economía chocaba, naturalmente, con lo que se enseñaba en la Alemania occidental y en España. En Glasgow había un brillante especialista, el profesor Alec Nove, de origen lituano, excelente conocedor de la historia económica soviética, y conseguí que una fundación escocesa (la Stevenson Foundation) me becara. Afortunadamente para mi carrera, regresé pronto tras padecer una hepatitis grave que me obligó a estar hospitalizado durante varias semanas y luego bajo el cuidado del National Health Service otras tantas.

En aquel momento no sabía qué hacer y me incorporé como profesor ayudante en la Facultad de Económicas en dos o tres asignaturas con José Luis Sampedro, un hombre que destacaba notablemente por encima de muchos otros catedráticos, muy culto e inteligente, un gran humanista, y con Enrique Fuentes Quintana…

UN ESTUDIANTE EN PARDO.

M. A.: *¿Entonces nació su relación con este eminente profesor?*

Á. V.: Fuentes Quintana me aceptó como el último de sus colaboradores y, además, en aquel tiempo la distancia con los catedráticos era sideral. Pero en el otoño de 1966 obtuve el número uno en el examen de Premio Extraordinario y después, en 1967, el accésit al Premio Nacional de Fin de Carrera en Ciencias Económicas y Empresariales y, claro, quedó encantado conmigo. A raíz de esos logros estuve por única vez en mi vida con Franco…

M. A.: *¿Dónde?*

Á. V.: En el palacio de El Pardo en septiembre u octubre de 1967, en una audiencia a quienes habíamos obtenido el Premio Nacional de Fin de Carrera y el Accésit. Concedió la Cruz de Alfonso X El Sabio a todos los que allí estábamos menos a mí. Me dijeron que como accésit tenía que solicitarla, pero naturalmente no lo hice. Me pareció que estaba muy enfermo, muy afectado por el párkinson, y pensé que moriría pronto. Fue tremendo verle parpadear constantemente: sus párpados eran blancos y destacaban cuando se abrían y cerraban sobre el trasfondo de su rostro moreno tostado por el sol. No lo olvidaré.

M. A.: *¿Participó en las movilizaciones contra la dictadura?*

Á. V.: Participé, en segunda línea, en la marcha contra el rectorado de la Universidad Complutense, disuelta por una carga de los «grises» a caballo, y en alguna otra acción. Muchos de mis amigos militaban entonces en el PCE, pero yo no quise dar ese paso tras la experiencia de la RDA. Aun así, recuerdo que una noche me la pasé sin dormir, en casa, con un amigo mío, Manuel Fernández de Henestrosa, que poco después emigró a Canadá, destruyendo libros y revistas que podían resultar «peligrosos» en caso de que hubiese un registro de la policía.

M. A.: *¿Cuándo empezó a leer sobre la Guerra Civil?*

Á. V.: A lo largo de los ocho años anteriores, en Francia, en Alemania y en el Reino Unido había ido adquiriendo libros sobre la Guerra Civil prohibidos en España. También lo hice en varios países de Europa oriental, puesto que viajé mucho por Checoslovaquia, Polonia y Hungría (siempre con visados en hojas sueltas para que no quedara constancia en el pasaporte). Así que había leído bastante sobre la contienda. Mi primer acercamiento, por así decir «público», se produjo cumpliendo el servicio militar, durante las prácticas como alférez de complemento, que finalicé a principios de 1967 en El Goloso, en las afueras de Madrid.

A los quince días de llegar, el coronel nos reunió a los cinco o seis universitarios que éramos alféreces y nos ordenó que impartiéramos un ciclo de conferencias sobre la Guerra Civil. Curiosamente, me tocó el tema de los antecedentes del conflicto, «con especial énfasis en el asesinato de Calvo Sotelo»… Sufrí mucho preparando aquello y las prácticas en el regimiento me dejaron muy traumatizado. Nadie creería algunas de las anécdotas que me ocurrieron.

Al acabar el servicio militar con 26 años pensé en preparar las oposiciones para la carrera diplomática, porque hablaba bien tres idiomas, pero, aconsejado por Fuentes Quintana, me decanté por las de técnico comercial del Estado, que empezarían en octubre de aquel año. También concurrieron en aquella convocatoria Pedro Solbes, Luis Sempere o Miguel Ángel Díaz Mier.

M. A.: *¿Cómo le fue?*

Á. V.: Muy bien, terminé la oposición en febrero de 1968 con el número uno. Hecho puré, todo hay que decirlo. Lo logré en ocho o nueve meses trabajando entre doce y catorce horas diarias. Hubo un mes que salí de casa solo una vez a echar una carta en Correos. En aquel momento quería irme con Fuentes Quintana al servicio de estudios del Ministerio de Comercio, donde había un grupo de funcionarios muy competentes entre los que incluso figuraban algunos de tendencia socialista y uno o dos comunistas, pero me destinaron a una subdirección de Política Comercial, en la calle Goya, donde estuve ocho meses sin hacer casi nada. Iba,

naturalmente, a los seminarios de cátedra de Fuentes Quintana. A este, de pasado más bien falangista, no le preocupaban nada las opiniones políticas de sus colaboradores, era un hombre de la derecha más que civilizada. Entre los temas que me pidió que preparara para exponer en aquellas sesiones estuvo el pensamiento de Marcuse y… la financiación de la Guerra Civil.

M. A.: *¿Volvió a salir pronto de España?*

Á. V.: Aunque obtuve una beca Fulbright para la Universidad de Minnesota (entonces la meca de los economistas españoles), el profesor Manuel Varela, que era el gobernador alterno por España en el Fondo Monetario Internacional y también técnico comercial del Estado, me ofreció irme a trabajar a Washington y allí llegué en septiembre de 1969. Solo estuve poco más de un año. No me gustó la atmósfera de la institución, yo tenía prisa por aprender —lo que no era fácil— y en el verano de 1970 Gonzalo Ávila, segundo de Fuentes Quintana en la revista *Información Comercial Española*, me avisó de que iban a sacar a concurso la plaza de agregado comercial en la embajada en la República Federal de Alemania, en Bonn, la solicité y me la concedieron. Fue una experiencia que me marcó tanto como el conocimiento directo de la RDA.

En aquel tiempo Fuentes Quintana había pasado del Ministerio de Comercio al de Hacienda como director del Instituto de Estudios Fiscales y director de la revista *Hacienda Pública Española*. Habló conmigo para hacerme un encargo singular: quería publicar un número especial dedicado a la financiación de la Guerra Civil y me solicitó un artículo sobre la ayuda que los sublevados recibieron de la Alemania nazi. Antes de abandonar Washington ya leí sobre el tema en la Biblioteca del Congreso y en enero de 1971, cuando llegué a Bonn, terminé de escribirlo y se lo envié.

M. A.: *¿Le gustó?*

Á. V.: Era un trabajo larguísimo, de unas 170 páginas, que le encantó. Pero le expliqué que tan solo era un resumen de lo que se había publicado (un «estado de la cuestión») y que no aportaba

nada original a lo que ya se conocía fuera de nuestro país, no en España desde luego. Le planteé que para aportar alguna cosa nueva relevante era imprescindible consultar los archivos alemanes. Llegué a un acuerdo con él y empecé a visitar los archivos de Bonn, Coblenza, Múnich, Hamburgo y Friburgo y alguno que otro más, de menor entidad, y a entrevistar a personas que habían estado relacionadas con el tema.

M. A.: *¿Ser diplomático le ayudó en esta labor de investigación ya propia del historiador*?

Á. V.: Sí, porque me dieron muchas facilidades en los archivos alemanes y además la mayor parte de las personas con las que hablé habían sido nazis, entre ellos Johannes Bernhardt, uno de los emisarios de Franco a Hitler en julio de 1936, tras la sublevación militar. Cuando ya había fotocopiado muchísima documentación de archivo, comprendí que lo que no conseguía explicar era por qué Hitler había intervenido en España y, en uno de mis viajes a Madrid, pedí a Fuentes Quintana que me dejara cambiar de tema de investigación y que me dirigiera una tesis doctoral sobre los antecedentes de la intervención alemana. Aceptó, la preparé y la defendí en 1973 en la Universidad Complutense. En 1974, cuando regresé, publiqué una síntesis: *La Alemania nazi y el 18 de Julio*. Fue uno de los primeros libros sobre la Guerra Civil aparecidos en España desde una perspectiva no franquista.

M. A.: *¿Cuáles fueron sus principales aportaciones*?

Á. V.: Demostré, con el apoyo de una gran cantidad de documentación de archivo, que el III Reich no tuvo participación en el golpe de Estado del 16-18 de julio de 1936, una tesis que sigue vigente hoy, y cómo y por qué Hitler decidió ayudar a Franco una semana después. Aquel libro tuvo mucho éxito y un gran impacto entre los historiadores interesados por la contienda. Lo preparé con el método que hasta hoy en día sigo para escribir Historia.

Archivos, Archivos, Archivos.

M. A.: *¿En qué consiste su método*?

Á. V.: El primer desafío del historiador es hacer inteligibles los documentos que descubre en los archivos y contextualizarlos adecuadamente. Los documentos no dan respuestas, hay que «arrancárselas». Esa documentación, esa evidencia primaria relevante de época, es la base de todo lo demás. Me di cuenta rápidamente de que lo primero que hay que hacer es localizar el mayor volumen posible. Por eso dediqué todo 1971 a buscar papeles en una docena de archivos y entrevisté a unas veinte personas: diplomáticos, militares, miembros de las SS, policías y funcionarios de diversas procedencias. Imagino que no lo hubiera logrado de no haber estado en la embajada. Mi condición de diplomático de Franco tranquilizaba a esas personas. Por lo demás, cuando hablé con ellos me circunscribí rigurosamente al pasado que me interesaba explorar.

En segundo lugar, el historiador examina la secuencia cronológica de los acontecimientos a partir de la documentación que ha encontrado. La Historia, obvio es decirlo, fluye. Ahora bien, la realidad histórica es compleja, está entrecruzada por factores de naturaleza política, militar, económica, cultural, social… En mi procedimiento voy segmentando de manera un tanto arbitraria los temas según sus características, manteniendo el orden cronológico. Entonces, el carácter inicialmente caótico de la información bruta empieza a suscitar ideas. Nunca he partido de una tesis apriorística, siempre he aplicado una metodología inductiva. Esto no es nuevo, otros también han procedido de igual manera.

No obstante, creo que me diferencian de otros historiadores dos características: no parto de un estado de la cuestión y me pongo a escribir a partir del análisis crítico de la evidencia. Es decir, diseño lo que llamo el cañamazo original sobre el que se basará el discurso ulterior. Como no me dejo llevar por hipótesis previas ni por el conocimiento acumulado, que en ese momento ignoro o no tengo en cuenta, el cañamazo articula una evidencia primaria ya ordenada y

segmentada cronológicamente. En ese momento voy reconociendo las lagunas o los agujeros que existen y examino, siguiendo un procedimiento iterativo, lo que otros historiadores han escrito sobre el tema. En esa interacción entre la documentación novedosa que aporto y las contribuciones de otros autores voy elaborando mi relato. Por supuesto, el historiador debe citar la procedencia de sus fuentes de manera exacta y no puede manipularlas. Las fuentes son sagradas. Son como rayos de sol que iluminan el pasado, que por definición es incognoscible en su totalidad.

M. A.: *Eso es evidente…*

Á. V.: Cierto, pero resulta apropiado recordarlo porque muchos historiadores profranquistas tergiversan, manipulan la información o, sencillamente, mienten sobre las fuentes. Siempre cito como ejemplo a Luis Suárez Fernández, miembro de la Real Academia de la Historia, eminente medievalista, al parecer miembro del Opus Dei y que guardó celosamente para sí durante largo tiempo los archivos conservados en la Fundación Nacional Francisco Franco. Ha escrito dos versiones de una larguísima historia en varios volúmenes sobre Franco y su tiempo. A mí me divierte mucho poner de relieve sus manipulaciones cuando tropiezan con los temas que me interesan.

M. A.: *¿Cree que es posible una Historia «objetiva» o «imparcial»?*

Á. V.: Siempre que he escuchado a un historiador definirse alegremente como «objetivo» se trata de un autor conservador o hiperconservador que pretende disimularlo. Me parece indudable que la Historia siempre se escribe desde un punto de vista ideológico, porque los historiadores no somos piedras, tenemos nuestro corazoncito y nuestras ideas. Escribir sin ideología es, literalmente, imposible. Pero este no es el problema. La clave es si el historiador respeta o no los documentos de archivo, la información nueva sobre un tema que haya descubierto, si no la tergiversa, si la integra en su relato, la interpreta y la contextualiza adecuadamente, si es o no capaz, en definitiva, de disciplinar su

ideología o se deja llevar por sus ideas preconcebidas, por su subjetividad.

En este sentido, me considero un historiador objetivo, pero no imparcial porque tengo mis ideas políticas: no soy franquista, creo que Franco hizo cosas horribles y no me inspira ninguna simpatía. Ahora bien, si en mis pesquisas encontrara algo que le redimiera, lo expondría de mil amores. Pero en lo que ha sido relevante para mi labor como historiador eso hasta ahora no ha sucedido. Tampoco tengo ningún inconveniente en reconocerle una sagacidad política que considero superior a la de los republicanos en general. Hay gente que le niega el pan y la sal, yo no. Pero, ciertamente, no me parece un superhombre ni, mucho menos, un líder investido de virtudes taumatúrgicas.

M. A.: *¿Se definiría como un historiador antifranquista*?

Á. V.: Es un adjetivo que me han imputado a menudo. Pero, por ejemplo, a ninguno de los historiadores que han estudiado de manera rigurosa el nazismo se les califica de «antinazis». Creo que mi papel no es ser historiador antifranquista, mi papel es ser historiador, por supuesto con mi ideología, que nunca he ocultado. Además, que me digan quién no la tiene.

Evidentemente, no me gusta la dictadura franquista. Considero que la II República no fue un dechado de virtudes, pero sí que tuvo el gran mérito de querer situar a España a la altura de las democracias occidentales. Esto es lo que deseaban los dirigentes republicanos educados en la Institución Libre de Enseñanza o los líderes de la clase obrera. Que España, un país muy atrasado social y económicamente, se aproximara en lo posible a Francia o el Reino Unido. Chocaron con los defensores acérrimos de la situación de poder existente hasta el 14 de abril de 1931: la mayoría del ejército, la Iglesia católica casi en su totalidad, los latifundistas, el incipiente capitalismo español y las fuerzas políticas que representaban y vehiculaban sus intereses.

M. A.: *Por cierto ¿qué historiadores le han influido más en su estudio de la Guerra Civil*?

Á. V.: Dejando de lado algunos clásicos, que forman parte de la trastienda de todo historiador, las influencias de las que soy consciente son, casi todas, extranjeras. En los años sesenta la tesis doctoral de Manfred Merkes (1961) y su tesis de habilitación (1969) me influyeron mucho. Fue el primer historiador riguroso que basó su interpretación de la intervención alemana en un acopio impresionante de evidencia primaria de época. Su segundo libro acababa de salir cuando llegué a Bonn. Lo leí. Me apasionó y… no fui a verle nunca, aunque estaba de profesor en la Universidad. Me di cuenta de que, si él había llegado a una cierta interpretación, la había basado en su evidencia. Con ello me bastaba. Yo tendría que llegar a la mía a partir de la que descubriera, no quise dejar influirme por conversaciones privadas. Años más tarde nos conocimos en la residencia del embajador alemán en Madrid.

En otra línea, pero no tan diferente, quiero citar a Herbert R. Southworth. Su libro *El mito de la Cruzada de Franco* me descubrió otra metodología. Esta vez no tuve las inhibiciones de principiante y, en cuanto pude, me puse en contacto con él y nos hicimos muy amigos. No comparto el desdén que Javier Tusell mostró hacia él en alguna ocasión, al contrario.

La tercera persona que más influyó en mí fue en otra dirección: Juan Marichal. Era un historiador de la cultura y de las ideas, brillante y persuasivo. Finalmente, debo mencionar a Andreas Hillgruber, un historiador nacionalista alemán, experto en la Segunda Guerra Mundial. Cuando lo conocí, porque trabajábamos codo a codo en el archivo de Coblenza, tenía una reputación inmensa, lo cual no le impedía, a la que me parecía provecta edad de 60 años, sumergirse en los legajos con el vigor y la curiosidad de un doctorando como era yo.

M. A.: *¿Y entre los españoles?*

Á. V.: Debo reconocer tan solo uno: Manuel Tuñón de Lara. Su metodología era muy distinta a la mía, pero siempre le admiré mucho. Naturalmente, de mis compañeros de generación (Gabriel Cardona, Julio Aróstegui) aprendí mucho y, en particular, de un grupo más amplio cuando a comienzos de los años ochenta

participé en la preparación del guion del mejor programa de televisión jamás hecho sobre la Guerra Civil, *España en guerra*, de TVE. Las imágenes se adaptaron a nuestro relato y no al revés.

Luego, cuando empecé a sentirme más a gusto en la camisa del historiador, la verdad es que he sido permeable a otros muchos colegas, sean de derechas, de centro o de izquierdas. Lo importante siempre es que fueran rigurosos y tuviesen imaginación creadora.

M. A.: *Por otra parte, los grandes hispanistas anglosajones cumplieron un papel esencial cuando en España no se podía escribir Historia libremente…*

Á. V.: Por supuesto, piensa en Gabriel Jackson, Hugh Thomas, Edward Malefakis, Raymond Carr y también —en aquel momento— Stanley Payne. La visión del exterior es siempre bienvenida. Pero he defendido la necesidad de que los españoles hagamos nuestra propia Historia. Todo país tiene la principal responsabilidad, intransferible, de escribir su Historia. Es lo que sucede en cualquier democracia con la que aspiremos a medirnos.

Con quienes mejor relación tengo es con los historiadores británicos. Quizá porque estoy muy influido por la tradición historiográfica de su país. Para mí Paul Preston y, en la generación más joven, Helen Graham son puntos de referencia. El primero, en particular, ha mantenido contra viento y marea la bandera de la historia contemporánea de España en una de las instituciones académicas más famosas del mundo como es la London School of Economics and Political Science. Ha creado una escuela y ha sentado un ejemplo imborrable. A mí me impresiona mucho. Yo no he podido (ni querido) formar escuela. He estado demasiado alejado de la Universidad durante mucho tiempo y llevo fuera de España otro tanto. No son las condiciones más propicias para hacerlo.

«El Oro de Moscú».

M. A.: *Volvamos a 1974… ¿Qué pasos siguió su trayectoria profesional a su regreso de Bonn y tras la publicación de su primer*

libro?

Á. V.: Enrique Fuentes Quintana me llevó con él al Instituto de Estudios Fiscales y me permitió preparar la oposición a catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Valencia. Pero también me solicitó, sin darme muchas explicaciones sobre sus motivaciones, que emprendiera una nueva investigación sobre un asunto mucho más debatido que el anterior: «el oro de Moscú». Acepté, pero le dije que obviamente necesitaría consultar el archivo del Banco de España. Él mismo habló con el ministro de Hacienda, Alberto Monreal, y con el gobernador, Luis Coronel de Palma, quien lo autorizó.

M. A.: *¿Ningún historiador había revisado toda la documentación que se conserva allí sobre la operación del oro*?

Á. V.: No, salvo un economista, Juan Sardá, que había escrito cuatro páginas sobre el tema. Por supuesto, entonces yo no sabía nada del oro, pero lo que debe hacer cualquier historiador al iniciar una investigación es consultar la documentación relevante. Empecé a ir al Banco de España en la primavera de 1974 y estuve más de un año revisando documentación y sacando fotocopias, pero no lograba acceder al legajo donado por la familia de Negrín en 1956. Después de ganar la cátedra de la Universidad de Valencia en junio de 1975, me propuse hacer ya lo imposible para que me permitieran revisarlo.

M. A.: *¿Cómo lo logró*?

Á. V.: En septiembre de aquel año el embajador de Estados Unidos me invitó a un almuerzo colectivo en el que estábamos unos diez o doce españoles y dos o tres diplomáticos estadounidenses. El tema de debate, planteado por el propio embajador, era si en España existía entonces «miedo al pasado»… Todos coincidieron en negarlo, pero yo intervine en un sentido absolutamente contrario. Y, a título de ejemplo, expliqué que llevaba un año haciendo una investigación por encargo del Ministerio de Hacienda y que no

había podido acceder a los papeles de Negrín. Entre los invitados estaba el gobernador del Banco de España, quien me miró asombrado. Tres días después me citó en su despacho y tras abroncarme por haberle puesto en ridículo me indicó que me mostrarían los papeles. Lo había visto todo sobre el tema menos eso.

Por indicación suya, el subgobernador del Banco de España, Mariano Sebastián, me explicó que podía consultar el legajo, de unas 150 páginas, pero que debía hacerlo en su despacho sin hacer fotocopias. Al día siguiente, me trasladó a la antesala. Leí y tomé notas que aún conservo: era fácil entender que el oro se había vendido, pero no cómo se había hecho y sobre todo cómo desentrañar los resultados de la operación. Me llevó un par de meses comprenderlo. Trabajé en ello durante todo el otoño de 1975…

M. A.: *Y el 20 de noviembre murió, por fin, el dictador…*

Á. V.: Y se declaró luto nacional. En aquellos días me puse una corbata negra para ir al Banco de España y Mariano Sebastián, que era un hombre muy del régimen, entraba en su despacho y me decía: «¡Qué barbaridad! Lo que ha pasado». Yo me levantaba como un autómata al igual que las secretarias y le decía «una gran tragedia, don Mariano, una gran tragedia». Esto se repitió todos los días en aquel final de noviembre de 1975. En realidad, yo estaba encantado de que Franco hubiera muerto… y lo dije por televisión o radio algunos meses después. La mañana del 20 de noviembre de 1975 me levanté temprano y al escuchar música clásica en la radio pensé: «Ha “cascado”». Y me tomé una copa de champán aún de madrugada. Nunca antes lo había hecho y no lo he vuelto a hacer jamás.

En la primavera de 1976 terminé el libro y Fuentes Quintana se comprometió a publicarlo en el Instituto de Estudios Fiscales. Además, en aquellas semanas Rafael Martínez Cortiña me encargó la dirección de una monumental obra sobre la evolución de la política económica y comercial española con motivo del cincuentenario del Banco de España. Esto me permitió consultar

también los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Presidencia del Gobierno, amén de algunos otros.

M. A.: ¿*Cuándo se publicó el libro sobre el oro*?

Á. V.: En septiembre u octubre de 1976 se distribuyó a la prensa económica y a los altos cargos del Ministerio, porque de repente el Gobierno lo secuestró e impidió su circulación, a pesar de que era básicamente una descripción de la operación del oro desde el punto de vista contable. Algunas semanas después apareció en la revista estadounidense *Newsweek* una breve nota que decía que iban a quemar mi libro… Me desplacé de Valencia a Madrid y solicité una entrevista con el secretario general técnico de Hacienda, creo que era José María Álvarez del Manzano (alcalde de Madrid entre 1991 y 2003). Llegué indignado, me sentía herido y en una entrevista de muchísima tensión advertí de que, si destruían el libro, lo denunciaría ante los medios europeos y norteamericanos, que ya se habían hecho eco del asunto, aunque brevemente. He de confesar que entonces me relacionaba con varias embajadas, en particular la norteamericana, la alemana y la británica, y conocía a muchos corresponsales extranjeros, algunos eran incluso amigos personales. Publiqué varios artículos, aparecí en televisión y se armó un escándalo. Incluso Ricardo de la Cierva escribió en mi defensa en *El País* en febrero de 1977.

Finalmente, tras las elecciones generales del 15 de junio de aquel año, Adolfo Suárez nombró a Fuentes Quintana vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía y esto permitió que se desbloqueara la circulación del libro. Entonces, ya estaba preparando otro, que publicaría en 1979, para situar la operación en un marco político más amplio. Además de alguna documentación de archivos ingleses y franceses, pude consultar los papeles de una persona clave, de un testigo esencial: Marcelino Pascua, embajador de la República en Moscú durante los dos primeros años de la Guerra Civil.

M. A.: *El «oro de Moscú» es uno de los grandes mitos franquistas de la Guerra Civil: el supuesto expolio de Stalin a una República que había*

caído en manos de los «malvados» comunistas. Ya entonces denunció las manipulaciones y mentiras del franquismo…

Á. V.: Engañaron como chinos a los españoles. En una sostenida campaña de propaganda, el régimen aseguró que la Unión Soviética debía «devolver» el oro esgrimiendo el acta de su depósito en Moscú. Mi libro de 1976 demostró que Franco y sus ministros de Hacienda y de Exteriores conocían desde 1956, por los papeles de Negrín, la operación del oro a grandes rasgos: que la República lo había vendido a Francia y, sobre todo, a la Unión Soviética para adquirir armamento y suministros. Lo ocultaron y lo presentaron como un saqueo. Y Franco orquestó una estrategia secreta para «recuperar» el oro «expoliado» por los republicanos…

M. A.: *¿En qué consistió?*

Á. V.: Como he explicado en mi último libro, *Las armas y el oro*, básicamente combinó tres vectores: la propaganda hacia el interior al amparo de una censura de prensa todavía de guerra (de tal propaganda se hizo eco la prensa extranjera, no sin multitud de interrogantes); los contactos ocultos con los soviéticos (que debieron reírse de lo lindo) y que llevaron a un contraataque en toda regla a través del diario *Pravda*, en el que presentaron, no sin ciertas ocultaciones, los rasgos esenciales de la operación; y, por último, el más importante y significativo para mí: el estudio de una posible acción contra la URSS a través del Tribunal Internacional de Justicia de La Haya.

Este vector lo pusieron a punto Franco y su ministro nacionalcatólico de Exteriores, Alberto Martín Artajo, desde diciembre de 1956. Desató una lucha sorda en el seno de la dictadura porque Fernando María Castiella, su sucesor, no lo veía tan claro (en realidad, era un absurdo total), pero encontró un acérrimo defensor en Mariano Navarro Rubio, el ministro de Hacienda. Se trató del secreto de Estado por antonomasia de la dictadura y fue una operación marxiana (de los hermanos Marx) o, dicho en términos más populares, de auténtico tebeo. Todo lo que se diga sobre la «habilidad» de Franco en temas de política exterior

hay que pasarlo por el cendal de esta operación suya y solo suya.

UNA REFERENCIA IMPRESCINDIBLE.

En 1977, Ángel Viñas pasó como catedrático a la Universidad de Alcalá de Henares y en noviembre de 1980 a la Universidad Complutense. Entre julio y diciembre de 1981 fue director general de Ordenación Universitaria y Profesorado del Ministerio de Educación. En marzo de 1983, el ministro de Asuntos Exteriores del nuevo Gobierno socialista, Fernando Morán, le designó asesor ejecutivo. Así inició un trabajo de dos décadas en el mundo de la diplomacia, centrada desde 1987 en las instituciones europeas. Entre 1991 y 1996, los años de la guerra en la antigua Yugoslavia, fue el embajador-jefe de la Delegación de la Comisión Europea ante las Naciones Unidas, en Nueva York. Y entre 1997 y 2001 ocupó en Bruselas, la ciudad donde vive desde entonces, un alto cargo en la política exterior comunitaria, como responsable sucesivamente, entre otras materias, de las relaciones con América Latina y Asia (excepto Extremo Oriente), las políticas multilaterales, la política de seguridad y la política de ayuda a la democratización y los derechos humanos. Escribió un libro (*Al servicio de Europa*) sobre sus experiencias en la Comisión que, aunque admite que no tuvo mucho éxito, sí le enseñó a escribir autobiografías… y a no fiarse de las de otros. Entre 2002 y 2007 trabajó en la Representación Permanente de España ante la UE. En aquel año, regresó a la docencia en la Universidad Complutense, en la que se jubiló en 2011 y fue nombrado catedrático emérito de la Facultad de Geografía e Historia.

Después de publicar en 2001 una edición actualizada y revisada de su libro clásico sobre la Alemania nazi y el golpe de Estado de 1936, en 2003 logró consultar por fin el archivo del presidente Negrín, un objetivo que había perseguido desde que en 1980 conociera en Nueva York a su hijo mayor y entonces custodio del mismo. En París, en la casa de Carmen Negrín, pudo revisar con paciencia grandes masas de papeles, muchos guardados en baúles tal cual los dejó ordenados quien fuera presidente del Gobierno entre 1937 y 1945. Carmen Negrín también conservaba algunos

documentos especialmente importantes en la caja fuerte de un banco. «Un día en París me mostró nada más y nada menos que la copia del acuerdo del Consejo de Ministros del 6 de octubre de 1936 que autorizó al presidente del Gobierno (Francisco Largo Caballero) y al ministro de Hacienda, Juan Negrín, a poner a salvo el oro del Banco de España que se había trasladado a los polvorines de La Algameca, en Cartagena. En la práctica, era la autorización política para el traslado del oro a la Unión Soviética».

Fruto de un proceso intenso de investigación sobre la Guerra Civil, que le llevó a consultar más de cuarenta archivos públicos y privados de más de media docena de países, surgió la monumental tetralogía que publicó entre 2006 y 2009: *La soledad de la República, El escudo de la República, El honor de la República* y, junto con Fernando Hernández Sánchez, *El desplome de la República*. En 2011, presentó el impactante libro *La conspiración del general Franco*, que reveló el asesinato del general Amado Balmes en Las Palmas el 16 de julio de 1936. Además, ha editado las memorias del general Antonio Cordón y del embajador Pablo de Azcárate, asesor de Negrín en la posguerra. También, por encargo del ministro Miguel Ángel Moratinos, coordinó una obra en honor de los diplomáticos fieles a la República en la guerra y reconstruyó los avatares de la nueva carrera diplomática creada al principio de la contienda por el Gobierno legítimo de España. Y en el otoño pasado nos brindó su último trabajo: *Las armas y el oro. Palancas de la guerra. Mitos del franquismo*.

«Hoy en día escribir una historia general de la Guerra Civil no cuesta nada, cualquier historiador medianamente preparado lo puede hacer y el resultado sería decente. Todo lo que pueda decirse ya se ha dicho», asegura Ángel Viñas.

«El desafío es romper el molde, abrir nuevos caminos en la información y en la interpretación, separar el trigo de la paja, la verdad y la mentira, el mito y la realidad documentable. En mi caso, me concentré en los constreñimientos internos y externos que impidieron que la República ganara la guerra, en responder a la gran pregunta: ¿Por qué la República fue derrotada?».

1

LOS ENEMIGOS DE LA REPÚBLICA.

EL MITO DE UNA GUERRA «INEVITABLE».

Mario Amorós: *Hemos escuchado muchas veces que la Guerra Civil fue «inevitable». ¿Lo comparte*?

Ángel Viñas: Desde luego que no. Hubo varios momentos en que el transcurso de los acontecimientos pudo haber sido diferente. Por ejemplo, si en diciembre de 1935 el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, hubiera otorgado la Presidencia del Gobierno a José María Gil Robles, el líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) hubiera puesto en marcha su programa, que era muy conocido, y hubiera desmantelado las principales reformas republicanas. Y probablemente no hubiese habido guerra porque la izquierda no hubiera protagonizado una nueva insurrección, como la de octubre de 1934.

Lo mismo habría sucedido si en las elecciones de febrero de 1936 las derechas hubieran triunfado. O si, después de la victoria electoral del Frente Popular, el presidente del Gobierno, Manuel Portela Valladares, hubiese atendido la petición del general Francisco Franco de anular el resultado de los comicios y declarar el estado de guerra. Fue inmediatamente después de este rechazo

cuando los militares y los conspiradores civiles optaron por el golpe de Estado, que tampoco supieron atajar las autoridades. Un error de cálculo fundamental por parte de Manuel Azaña y Santiago Casares Quiroga.

M. A.: *¿Y qué hubiera sucedido si el golpe de Estado se hubiera ejecutado en abril de 1936, como estaba previsto inicialmente*?

Á. V.: Probablemente no hubiera desembocado en una guerra civil porque el contexto internacional en aquel momento no era tan favorable a los conspiradores como lo fue tres meses después. Seguramente, no habrían cuajado las negociaciones de los contratos militares con la Italia fascista, que aún estaba enzarzada en Abisinia, y a Hitler, entonces ocupado con la remilitarización de Renania, no se le hubiese ocurrido intervenir en España. Tampoco hubiera habido una guerra de casi tres años si en septiembre de 1936 Stalin no hubiera decidido ayudar a la República.

Evidentemente, estas reflexiones motivadas por tus preguntas son un ejercicio de especulación histórica, absolutamente infructuoso. La historia contrafactual es estéril, lo que pasa es que, si no te haces preguntas, caes en el determinismo: lo que fue es lo que históricamente estaba predeterminado que ocurriera… pues tampoco. Todo trabajo sobre un asunto importante te obliga a hacerte preguntas sobre el sentido de la historia y la labor del historiador, la metodología que debes emplear y, entre las preguntas que se suscitan, están lo que los historiadores británicos llaman «la ruta que no se siguió»… pero que se pudo haber seguido.

Además, en este caso este ejercicio tal vez sea necesario puesto que la dictadura franquista y sus apologistas plantearon que la Guerra Civil había sido inevitable…

M. A.: *Para salvar a España del comunismo…*

Á. V.: Esto quedó codificado en el dictamen emitido por la «Comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de Julio de 1936», impulsada por Ramón Serrano Suñer, cuñado de Franco y ministro de Gobernación en diciembre de 1938. Vamos, que no se

diga que fue un personaje imparcial. Este documento fue redactado por 22 eminentes personas (magistrados, miembros de las Reales Academias, catedráticos, exministros…), ocupa unas 400 páginas, incluidos sus anexos, y es el «manantial» del que los historiadores franquistas se han nutrido hasta hoy. Es la pieza de cargo, la acusación oficial de la dictadura franquista contra la II República. Es una justificación en toda regla de la sublevación militar de julio de 1936 al considerar que la República era ilegítima en cuanto a su origen y funcionamiento.

M. A.: *Pura propaganda…*

Á. V.: Propaganda de guerra. Aquel dictamen justificó y explicó la Guerra Civil como la salvación de la Patria frente a la anarquía, frente a un Gobierno del Frente Popular que se había sometido a una potencia extranjera, la Unión Soviética, que tenía previsto desencadenar una verdadera y sangrienta revolución social. Estos argumentos se prepararon desde 1935 para justificar el golpe de Estado, así como los papeles falsificados que lo legitimarían, como ya probó Southworth. Yo también he hallado documentos falsos en los archivos británicos que la embajada de este país en 1936 dio por válidos, aunque en el Foreign Office los consideraron un disparate.

M. A.: *La preocupación por justificar la sublevación contra la II República y legitimar la dictadura perdura hasta nuestros días…*

Á. V.: Así es, y no solo por los historiadores profranquistas. Glósense, si no, algunas de las manifestaciones de la eminente «historiadora» Esperanza Aguirre, expresidenta de la Comunidad de Madrid. O algunas de las obras que han escrito autores que cuentan con el patrocinio y las bendiciones del Partido Popular.

Volviendo a los años treinta, la victoria militar no podía ser el único factor de esa legitimación. En el siglo XX, en la época de la política de masas, aquel régimen necesitaba una cierta ideología. Esta tenía aspectos en positivo, afirmativos de la construcción de lo que entonces se llamaba un «nuevo orden», que en este caso era de naturaleza fascista, pero también un componente negacionista: la

necesidad ontológica de demonizar la II República. Y la demonizaron de manera sistemática, arrolladora, la presentaron como una iniquidad absoluta en la historia de España, algo repulsivo que era necesario destruir. Esta fue una arista esencial de la ideología de la dictadura que fue dulcificándose en la forma, pero no en el fondo. Franco murió denostando la II República y el franquismo pereció descalificándola. Y sus sucesores siguen dale que te pego.

Por el contrario, en el tardofranquismo los jóvenes historiadores veíamos en la II República una serie de conquistas democráticas, políticas, sociales y culturales que la dictadura había negado, subvertido o refuncionalizado. Con el tiempo nuestro fervor de aquellos años se ha matizado porque la II República cometió errores. No fue un periodo de vino y rosas, fue un régimen complicado, con situaciones espinosas. Hemos hecho un gran esfuerzo por matizar nuestro análisis histórico a partir de la investigación.

M. A.: *¿Y los historiadores conservadores?*

Á. V.: También se han distanciado un poco de la visión absolutamente negativa de los franquistas; ya no disparan con cañón grueso… El paradigma es Stanley G. Payne. Admiten que se trata de la primera etapa democrática en la historia de España, pero presentan una democracia excluyente: el que no estaba con la izquierda quedaba fuera de la República. Para estos historiadores, en el fondo, la izquierda sigue siendo la responsable de la Guerra Civil por su sectarismo y su carácter revolucionario. Desde mi punto de vista, aplican un concepto de democracia totalmente ahistórico y extrañamente presentista.

La democracia tiene hoy unos valores, unos contenidos y unos significados de los que carecía en los años treinta, también en Francia, el Reino Unido o Estados Unidos, tres países que compartían entonces una concepción de la democracia muy alicorta, muy restringida, la misma que, *mutatis mutandi*, había en la España republicana. En Estados Unidos, por ejemplo, se segregaba a los negros y a los indios y parecía la cosa más normal del mundo,

con independencia de que hubieran tenido una guerra civil para liquidar la esclavitud.

M. A.: *¿Cuándo empezó la conspiración contra la República?*

Á. V.: Según ha revelado José Ángel Sánchez Asiaín, la tarde del mismo 14 de abril de 1931… La II República fue aclamada popularmente y la derecha quedó completamente desarbolada, pero pronto se confabularon para detener las reformas que se adivinaban en el horizonte en aplicación del programa democrático, modernizador y reformista que inspiró la Constitución aprobada el 9 de diciembre de 1931 por las Cortes.

Recordemos que ya el 10 de agosto de 1932 hubo una sublevación encabezada por el general José Sanjurjo. La «sanjurjada» no fue una revuelta tan mal preparada como se ha dicho. No se ha estudiado muy bien porque tampoco hay mucha documentación. Desapareció. En la época la investigación se detuvo, entre otras razones, porque Alejandro Lerroux estaba involucrado en ella. Fue un primer intento de rectificación de la República, porque iba «demasiado rápido»: el Estatuto de Autonomía de Cataluña, que modificaba la concepción del Estado y, para la derecha, de la propia España; la separación Iglesia-Estado y los artículos de la Constitución de 1931 que afectaban a las órdenes religiosas; los cambios económicos que se avecinaban; las medidas sociales y laborales de Largo Caballero; la legislación agraria; la reforma del ejército… Y, además, los republicanos se denominaban a sí mismos «revolucionarios», si bien hablaban de una «revolución política».

España, objetivamente, era un país muy atrasado, un país subdesarrollado. Las estructuras sociales permanecían anquilosadas principalmente en las regiones del interior (Extremadura, La Mancha, Andalucía), en las que persistían el caciquismo y unas relaciones muy desiguales dominadas por los terratenientes. Muchos de ellos habían ascendido a una posición de preeminencia a consecuencia de las reformas desamortizadoras del siglo XIX y no estaban dispuestos a renunciar a ella. En la España de 1931 había una necesidad objetiva de impulsar transformaciones profundas,

una visión, por cierto, compartida incluso por el embajador británico de la época…

M. A.: *¿De verdad?*

Á. V.: Sir George Grahame era una persona conservadora, por supuesto un monárquico convencido, pero también un diplomático profesional de cuerpo entero que intentaba comprender e interpretar el país en que estaba destinado. Hablaba español y vivía en Madrid desde 1927, es decir, había conocido la dictadura de Miguel Primo de Rivera, su caída en enero 1930 y todos los acontecimientos políticos que desembocaron en el 14 de abril de 1931. A su juicio, tras la instauración de la II República, se enfrentaban dos concepciones sobre el futuro: una que deseaba que nada o casi nada cambiara en lo sustancial y otra que quería introducir cambios a gran velocidad para situar a España entre los países avanzados de Europa. Así de simple.

Evidentemente, las fuerzas políticas no eran homogéneas ni en la izquierda, ni en el centro, ni en la derecha. Había un gran pluralismo, como correspondía además a un régimen de libertades nuevo: convivían y competían partidos pequeños que no significaban nada y otros que eran organizaciones de masas (el PSOE, la CEDA) o movimientos que aglutinaban a centenares de miles de personas, como el anarquismo o la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

EL FASCISMO COMO MODELO.

M. A.: *Tras su victoria en las elecciones de noviembre de 1933, las fuerzas conservadoras tuvieron la oportunidad de actuar democráticamente desde el Gobierno…*

Á. V.: Muchos historiadores pasan por alto que en septiembre de 1933 el presidente del Gobierno, Manuel Azaña, pidió la confianza del Congreso de los Diputados y la obtuvo… pero el presidente de la República, Alcalá-Zamora, se la retiró. El jefe del

Estado tenía esta prerrogativa y entonces el nuevo presidente del Ejecutivo hubo de convocar elecciones, en las que, debido a la ruptura de la alianza republicano-socialista, la derecha venció con mayoría relativa. Durante dos años la CEDA fue el partido mayoritario aunque tuvo que pactar con el Partido Radical de Lerroux.

Tampoco podemos olvidar algo muy relevante: pocas semanas después de aquella victoria electoral de las derechas, representantes de las tres tendencias políticas que simbolizaban la España más rancia (los carlistas, los monárquicos alfonsinos y los monárquicos militares) viajaron a Roma, se entrevistaron con Benito Mussolini y firmaron allí el pacto del 31 de marzo de 1934. Aquel acuerdo estuvo precedido por un par de años de movimientos de tanteo de los que conocemos poco porque tan solo han quedado algunas «huellas» en los archivos italianos y algunos detalles en ciertos libros de memorias por parte española.

Los contactos de estos sectores con la Italia fascista se habían intensificado después del fracaso de la «sanjurjada». Sus promotores concluyeron que necesitaban la ayuda de este país que, además, les brindaba un modelo político: el fascismo. Durante 1932 y 1933 hubo contactos y viajes a Roma muy sospechosos de José Calvo Sotelo, quien fue convirtiéndose en el líder antirrepublicano por excelencia y quien más se fascistizó, más que Gil Robles, político «meapilas», porque había «bebido» el fascismo en los «abrevaderos» de la derecha más cerrada: la Acción Francesa de Maurras. Y estaba dispuesto a convertir a España en un país fascista.

M. A.: *¿Qué preveía el acuerdo del 31 de marzo de 1934? ¿Sentó las bases para los contratos de compra de armamento de julio de 1936*?

Á. V.: Un viejo general, Emilio Barrera, el monárquico Antonio Goicoechea y dos representantes de la Comunión Tradicionalista (carlistas) se reunieron el 30 y 31 de marzo con altos dirigentes italianos, el ministro de Aviación Italo Balbo y el propio Mussolini. Discutieron acerca de cómo la Italia fascista podría ayudar a un levantamiento contra la República. No olvidemos que en aquel momento en España el Gobierno era del Partido Radical y estaba

apoyado parlamentariamente por la CEDA. Se pusieron de acuerdo en el suministro de millón y medio de pesetas y de cierto material de guerra (fusiles, ametralladoras y bombas). La idea estribaba en contribuir a la restauración de la monarquía pero no necesariamente de Alfonso XIII. El nuevo régimen debutaría con una regencia y después ya se vería. Un aspecto importante de las reuniones fue que en ellas se puso de manifiesto que la «sanjurjada» ya había contado con cierto apoyo italiano, no especificado. Es decir, que los contactos tenían un origen harto sospechoso. La investigación ha puesto de manifiesto que las armas no llegaron a entregarse, aunque sí hubo unos cursillos de entrenamiento para oficiales carlistas en Italia.

Los acuerdos de marzo de 1934 sentaron un hito, pero solo fueron eso, un hito. Los italianos continuaron su intervención en los asuntos españoles con la financiación de Falange y siguieron manteniendo los contactos con los conspiradores monárquicos. La llamita del interés mussoliniano no se apagó. Dio un fogonazo tras la victoria de las izquierdas en febrero de 1936. Los monárquicos sin duda lo estimularon. Ya en marzo Juan March habilitó fondos para adquirir no armitas, sino material de guerra. Es decir, en contra de lo que han sostenido decenas de autores, los contactos con el fascismo italiano hasta 1935 fueron condición necesaria, pero no suficiente, para lo que vino después. Los conspiradores monárquicos (no hay constancia de que los carlistas también participaran) cogieron el toro por los cuernos y se lanzaron a preparar no solo la sublevación sino, llegado el caso, una guerra.

M. A.: *¿Qué relación mantenía Mussolini con Falange Española*?

Á. V.: El *Duce* se metió en el avispero de Abisinia y hasta que no salió de allí poco pudo hacer en España, apenas entregar ayuda financiera a Falange, lo que, por cierto, la salvó de la ruina económica pues sus aristocráticos financiadores de primera hora la habían abandonado. Pero el dictador italiano, que había visto en la República un potencial enemigo desde su proclamación, apuntó siempre más alto. Los fascistas españoles no podían, solos, preparar el asalto al poder. Los monárquicos y el sector más reaccionario del

ejército, sí. Los brazos del *Duce* se abrirían para ellos en la primavera de 1936.

M. A.: *¿Qué dicen al respecto aquellos historiadores que insisten en remontar «el origen» de la Guerra Civil a la Revolución de Octubre de 1934 para responsabilizar a la izquierda de su estallido*?

Á. V.: Nada, pasan sobre el vector italiano como el rayo de sol por el cristal. Se empeñan en argumentar sobre la base de la tantas veces citada Revolución de Asturias, que no fue más que un *chispazo* obrero, esencialmente local, en el marco, eso sí, de una estrategia que pretendía evitar que la CEDA (un partido crecientemente escorado hacia la derecha) entrara en el Gobierno, cosa que evidentemente no logró. Fue un error estratégico y táctico. Anunciar una sublevación si esa eventualidad ocurría era invitar a la derecha a provocarla para descabezar a la izquierda. Es lo que ocurrió, tras excitaciones múltiples, a la cabeza de las cuales estuvo Rafael Salazar Alonso (alcalde de Madrid y miembro del Partido Radical), como han argumentado Paul Preston y muchos otros. Payne sigue insistiendo en que fue la revolución mejor preparada de la época. Es para echarse a reír. Pero la izquierda no acudió a Moscú para que le allanaran un cambio político en España. En Asturias estalló una revuelta obrera que no pudo controlarse y que formó un Frente Popular *avant la lettre* con las armas. La dinamita de los mineros hizo milagros y escabechinas. Esa revuelta obrera, que no tenía ninguna posibilidad de triunfo, fue machacada en tres semanas con el concurso del ejército, las tropas africanas, la Legión y la Guardia Civil.

M. A.: *Y propició la entrada de la CEDA en el Gobierno…*

Á. V.: La derrota de la izquierda obrera en octubre permitió a la derecha disfrutar de la hegemonía política durante un largo año más. Y Gil Robles vio llegada su hora: entrar en el Gobierno para desde allí deshacer las reformas del primer bienio, como hizo de manera sistemática. Lo que Gil Robles quería (y analizó muy bien el embajador Grahame) era llegar a un Estado corporativo, con ribetes

fascistas, y con los privilegios de la Iglesia católica restablecidos. Claro, podría argumentarse que Grahame no era católico, pero no hay que olvidar que la Iglesia española era, esencialmente, una iglesia nacional y monárquica. Uno de los grandes pilares de la sociedad tradicional. No hay que confundirla con el Vaticano.

Los máximos dirigentes de la CEDA eran políticos católicos que pretendían deshacer las reformas del bienio 1931-1933, inspiradas en las realizadas antes en naciones como Francia. Pero en Francia la separación Iglesia-Estado costó sangre, sudor, lágrimas y muchos años y aquí se quiso concretar en dos, gracias a la potencia del movimiento obrero, socialista y anarquista, y el impulso de los republicanos de izquierda.

Gil Robles quería ser presidente del Gobierno para promover un cambio de la Constitución en dirección opuesta. A Niceto Alcalá-Zamora, quien no fue un gran político, ese juego no le gustaba y desconfiaba de él. Era un hombre conservador, católico, pero no compartía aquel proyecto corporativista con fuerte peso de la Iglesia. Por ese motivo, tras la destitución de los ministros radicales por la crisis del estraperlo, en diciembre de 1935 entregó la presidencia del Ejecutivo, no a Gil Robles, sino a Portela Valladares, quien carecía de base parlamentaria y por eso se inclinó por la convocatoria de elecciones generales.

M. A.: *Pero incluso un historiador tan admirado como Antony Beevor declaró en 2005 al suplemento* Magazine de La Vanguardia *: «Hoy sabemos que el levantamiento [de julio de 1936] empezó a fraguarse en la revolución de octubre de 1934, cuando la izquierda se levanta contra los gobiernos de la derecha y se producen los hechos de Barcelona y Asturias…».*

Á. V.: Con todos mis respetos y, como se decía en la *mili*, «la debida subordinación» (creo que él llegó a teniente o a capitán en el ejército británico, yo me quedé en simple alférez y, además, de complemento…), no discuto a Beevor su conocimiento sobre la Segunda Guerra Mundial. Sí su conocimiento sobre España y, en particular, sobre la Guerra Civil. No es, para mí, una autoridad al

respecto y te ruego que creas que esto en modo alguno representa un ataque personal. Es estrictamente científico. Por lo demás, he encontrado que Beevor manipula documentos soviéticos que ha tomado de otros autores sin citarlos. Yo no actúo así, por lo que digamos que su obra no me entusiasma.

M. A.: *En las elecciones del 16 de febrero de 1936 venció el Frente Popular. Según la propaganda franquista, a partir de entonces España se despeñaba, por el abismo de la «anarquía», hacia el «infierno» del comunismo…*

Á. V.: Pero si el Gobierno conformado tras las elecciones, presidido por Manuel Azaña, estuvo integrado solo por personalidades de Izquierda Republicana y Unión Republicana, apoyado por los votantes y las fuerzas del Frente Popular. ¡Era un gabinete de republicanos moderados! Decretó la amnistía de los condenados por los sucesos de octubre de 1934 y por ello algunos historiadores, como Payne, lo consideran casi como un Gobierno de delincuentes… Olvidan que el de Lerroux había hecho lo mismo con los responsables de la «sanjurjada». Esa decisión formaba parte de las costumbres de la época y era uno de los puntos del programa político con el que el Frente Popular concurrió a las elecciones. No puede decirse que la coalición engañó al electorado sobre sus propósitos.

Es cierto que al Gobierno le desbordó la efervescencia de las masas, que habían sido muy golpeadas en 1934 y 1935 y que demandaban el restablecimiento de las reivindicaciones sociales y salariales y su progreso ulterior. Había también una competencia muy importante entre la socialista Unión General de Trabajadores (UGT) y la anarquista Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que explica aquella sucesión de huelgas… Y había violencia, porque en los dos años anteriores en España se habían distribuido muchas armas. ¿Quién tenía la culpa? En gran parte, los gobiernos de derechas que se sucedieron en 1935 y que habían armado a sus seguidores.

Pero la violencia de aquellos meses, que fue alta, se ha exagerado mucho. Gracias a la labor de investigación de Eduardo

González Calleja, hoy sabemos que la mayoría de las víctimas en la primavera de 1936 fueron personas de la izquierda, que cayeron por los disparos de las fuerzas de orden público, la Guardia Civil y los pistoleros de la derecha. Además, con la excepción de Yeste (Albacete), donde en mayo de 1936 murieron 17 vecinos y un guardia civil tras la ocupación de unas tierras, fueron incidentes relativamente pequeños con pocos muertos. La tensión en el primer bienio fue mucho más espectacular y nadie extrae las mismas consecuencias de ella.

No era una sociedad arrastrada a la anarquía, pero aquellos sucesos se hipertrofiaron para justificar y legitimar el golpe de Estado del 16-18 de julio, que fue el resultado de la conspiración orquestada por una trama civil y una trama militar. Por supuesto, una gran parte de la izquierda tenía entonces un discurso radical, pero no lo llevó a la práctica. Hay que distinguir entre retórica y acción. Algunos poco menos que confunden la primera con realidades.

Fue la derecha la que llevó su retórica a la práctica y en ese caldo se *coció* la sublevación. Para ello, además, recurrió a una potencia exterior, la Italia fascista, lo que siempre se ocultó.

LA CONSPIRACIÓN DE LAS DERECHAS.

M. A.: *¿Cómo participaron los distintos sectores de la derecha política en la conjura que desembocó en el golpe de Estado*?

Á. V.: Lo primero que hay que subrayar es que el papel de esta trama civil se perdió en las brumas de la Historia. Por supuesto, no se ignora, ya la enfatizaron los que menos contribuyeron a la sublevación, por ejemplo, los falangistas. Lo cierto es que ha quedado escasa documentación, aún desconocemos aspectos importantes, y, además, los historiadores franquistas no le reconocieron ningún «mérito». Sin embargo, hubo una compenetración clara entre la trama militar, quienes preparaban efectivamente la sublevación, y la trama civil. Algunos sostienen

que el «18 de Julio» fue simplemente un golpe militar. Es evidente, porque solo podía sublevarse el ejército o una parte del mismo. ¿Iba a sublevarse Gil Robles al frente de las Juventudes de Acción Popular? ¿Se iban a sublevar los carlistas solitos? La verdad es que ganas no les faltaron, pero sus posibilidades de éxito hubieran sido remotas. La sublevación correspondía al ejército y quienes tenían que soliviantar las guarniciones eran los militares. Calvo Sotelo no podía ir a arengar a las tropas a un cuartel. La trama civil tenía que cumplir otras funciones.

M. A.: *¿Cuáles?*

Á. V.: Fueron tres esencialmente. En primer lugar, los contactos con el exterior, fundamentalmente con Italia, aunque mantuvieron algunos con Alemania pero no dieron ningún fruto. En cambio, los lazos con la Italia fascista (anudados por los sectores monárquicos) sí los brindaron, porque se habían «trabajado» desde 1932. Otro aspecto esencial, a cargo en este caso de los líderes de la CEDA, fue preparar el terreno para que, en el momento en que se produjera la sublevación, el Gobierno británico se inhibiera. Lo lograron a través de la intoxicación política de la embajada en Madrid.

Los conspiradores entendían que el golpe no sería fácil y que el apoyo italiano y la inhibición británica eran decisivos. Esto es muy relevante, porque durante décadas el régimen franquista y sus panegiristas acusaron a la República de caer en manos del PCE y a este de ser un mero títere de Moscú. Fue al revés, fueron los sublevados los que buscaron alianzas exteriores. Estamos ante un ejemplo glamuroso de lo que los psicoanalistas llamarían un caso de proyección.

Y hubo un último factor que corrió a cargo de los civiles de derechas, reconocido años después por Gil Robles: crear una sensación de estado de necesidad, exagerar de manera permanente la situación a través de discursos alarmistas en las Cortes. Hay que decir que todo ello fue potenciado por la prensa de derechas, en particular por el diario monárquico *Abc*, cuyo propietario (el marqués de Luca de Tena) estaba metido en la conspiración.

M. A.: *¿Cómo descubrió las raíces de la hostilidad británica hacia la República durante la Guerra Civil*?

Á. V.: Cuando preparé la tetralogía sobre la República en la guerra, observé que la postura había sido sobre todo de hostilidad, pero como se hacen estas cosas en consonancia con las tradiciones de la diplomacia británica: de manera relativamente oculta, nadando y guardando la ropa. Entonces, cuando aún no había terminado de escribirla, empecé a investigar en archivos británicos y españoles, a estudiar, revisar documentos, indagar… para explicarme por qué.

Fue complicado ahondar en este capítulo de la política exterior británica porque falta mucha documentación. Además de los despachos de la embajada, el Foreign Office recibía también información de dos servicios de inteligencia, el propio a través del MI6 y el de interceptación de telegramas, que intervenía las comunicaciones de la Italia de Mussolini, pero también —y desde 1931— de la Komintern, que contenían las instrucciones de Moscú al PCE. La Internacional Comunista abogaba por la defensa del Frente Popular y de la República democrática, es decir, rehuía cualquier veleidad revolucionaria.

M. A.: *¿Qué puede decir del servicio de inteligencia que dependía de la cancillería británica*?

Á. V.: Solicité consultar algunos documentos del servicio secreto en el exterior, el MI6, que me interesaban sobre su labor antes de la Guerra Civil, pero no me autorizaron. Sus papeles respecto a la guerra española están cerrados y no es simplemente para proteger la identidad de agentes que ya han fallecido y que además han sido citados en otras obras… Tampoco puede ser para encubrir la hostilidad de Londres hacia la República, que ya conocemos. Tiene que haber algo de mayor impacto. No me atrevo a exponer lo que me sugirió hace poco un periodista británico, porque desconozco si es cierto, pero, si pudiera probarse lo que intuye, sería una noticia de primera página en casi todo el mundo.

M. A.: *¿Qué se conoce de su actuación en España entre 1936 y 1939?*

Á. V.: Un historiador británico ha escrito la historia oficial del MI6 hasta la segunda posguerra mundial. Es un libro que dedica escasa atención a España, pero por este trabajo sabemos que en abril de 1936 miembros del MI6 alertaron a sus colegas franceses del Deuxième Bureau sobre la posibilidad de la instalación de un régimen soviético en España. ¡Un régimen soviético en España! Pero si los telegramas de la Komintern que interceptaban los propios británicos no señalaban eso…

M. A.: *¿Qué sucedió?*

Á. V.: Evidentemente, Londres no asumió el contenido de las instrucciones de la Komintern al PCE. Los mensajes interceptados tenían una circulación muy restringida. Llegaban a los niveles más elevados del Foreign Office, del Ministerio de la Guerra y al primer ministro. También desconocemos cómo se presentaban al ministro de Exteriores, puesto que Anthony Eden no era un consumidor de información bruta de inteligencia, había que proporcionársela contextualizada y resumida. Estos papeles no se han hallado.

M. A.: *¿De dónde procedía esa visión tan sesgada del MI6?*

Á. V.: La fuente era, probablemente, la embajada británica y quizás algún agente que actuase en España. El relevo del embajador en 1935, por la jubilación de sir George Grahame, fue determinante, porque su sustituto, sir Henry Chilton, hizo una lectura puramente ideológica de la realidad española. No se preocupaba demasiado de entrar en averiguaciones, no se relacionaba con la izquierda, tampoco apenas con el Gobierno, conectó fundamentalmente con los círculos monárquicos y con los dirigentes de la CEDA. En sus informes subyacían prejuicios ideológicos y de clase que distorsionaban el análisis de la situación española.

M. A.: *¿El Gobierno británico conocía que en España se iba a producir un golpe de Estado en julio de 1936*?

Á. V.: Sí, y por supuesto no dijo nada, permaneció en silencio. Se interceptaron las comunicaciones últimas del servicio secreto militar italiano (SIM) y sabían que iba a estallar el golpe. Esa es la responsabilidad histórica y política del Gobierno conservador de la época y un mérito, insisto, de la trama civil de la conspiración, que se dedicó a intoxicar políticamente a la embajada en Madrid a lo largo de 1936 sobre el peligro de la implantación de un régimen comunista, lo que justificaba la sublevación militar que se preparaba. Especial protagonismo tuvieron en ello Gil Robles y Ángel Herrera Oria.

No fue un logro menor, porque el Reino Unido era la principal potencia democrática en la Europa de los años treinta y se convertiría en el líder de la actitud de las democracias hacia la República en la Guerra Civil, en el eje de la política de No Intervención. Su posición no fue de neutralidad, como tradicionalmente se ha explicado, sino de clara hostilidad.

M. A.: *Es posible que Henry Chilton transmitiera a Ángel Herrera y este a Gil Robles que en Londres compartían su visión de la situación de España…*

Á. V.: Cuando un diplomático en el servicio exterior elabora un informe para su Ministerio, normalmente relata lo que le han dicho sus interlocutores, ya que se supone que ha intentado obtener la mayor información posible y que en su exposición se ha atenido a las instrucciones o a la orientación fijada por su Gobierno. Pero es muy verosímil lo que dices. Yo no tengo la idea de que Chilton fuera un buen profesional.

M. A.: *¿La trama civil también se preocupó de la financiación de la sublevación*?

Á. V.: Sí, pero no fue lo esencial. Eran «cuatro perras». Un golpe no necesita demasiado dinero (salvo para comprar armas en el

extranjero, y ahí estuvo al quite Juan March), pero, en fin, admito que tenían que pagar a los pistoleros que machacaban a la izquierda y que también necesitaban algo de dinero para que los cabecillas pudieran exiliarse si fracasaban. Es conocido que hubo personas que aportaron financiación y que el banquero Juan March no solo asumió el alquiler del *Dragon Rapide*, que tampoco supuso demasiado. La aportación de March estribó en financiar la compra de los aviones italianos, que sí costaron lo suyo. Y luego dio más.

CONTRATOS PARA UNA GUERRA.

M. A.: *El pasado año, en su artículo incluido en el libro colectivo* Los mitos del 18 de Julio, *presentó un hallazgo impactante: los contratos para la compra de armamento pesado que los conspiradores monárquicos suscribieron con Italia en julio de 1936…*

Á. V.: Hacía tiempo que sospechaba que los conspiradores habían mantenido contactos muy importantes con la cúpula del régimen fascista, pero no hallaba la evidencia documental. Por fin la encontré hace un par de años en el archivo de Pedro Sáinz Rodríguez, conspirador monárquico por excelencia, número tres del Bloque Nacional en 1936 tras Calvo Sotelo y Antonio Goicoechea. Sus papeles se conservan en la Fundación Universitaria Española, en la calle Alcalá de Madrid, al lado de la boca de Metro del parque del Retiro. Es decir, no hay que hacer ningún viaje exótico a archivos impenetrables o lejanos para localizarlos.

M. A.: *¿Nadie vio antes esos contratos o tal vez no se supo interpretar su significado*?

Á. V.: Bueno, la profesora y exministra Mercedes Cabrera Calvo-Sotelo, en su biografía de Juan March, menciona uno, pero pasó por encima, como si no tuviera relevancia. No entro a especular acerca de sus razones.

M. A.: *Sáinz Rodríguez falleció en 1986. ¿Le conoció*

personalmente?

Á. V.: Sí. Pude hablar con él en los años setenta, poco antes de que escribiera sus memorias, y me dio la impresión de que sabía mucho más de lo que relató después. Cuando las publicó, escribí un artículo para la revista *La Calle* (vinculada al PCE) en el que llamé la atención sobre la importancia de la «conexión italiana» con el 18 de Julio. Desconozco por qué no quiso escribir sobre los contratos. Tal vez no se atrevió… Pero, por otra parte, no destruyó lo que probablemente había sido la obra de su vida: cerrar unos contratos con una empresa italiana para adquirir aviones de combate muy modernos.

M. A.: *¿Cuál es el significado de estos contratos en el marco de la conspiración*?

Á. V.: Demuestran que los conspiradores pensaban que el golpe de Estado podía fácilmente derivar en una guerra civil ya que encontraría serias resistencias, incluso dentro del ejército, y que se prepararon con antelación para esa contienda. ¿Para qué si no llegaron a un acuerdo con los italianos el 1 de julio por el que encargaron y se comprometieron a pagar 47 aviones de guerra? Y también miles de bombas, ametralladoras, municiones…

Aquellos contratos se firmaron con una empresa muy cercana al régimen de Mussolini: la Società Idrovolanti Alta Italia, que fabricaba los bombarderos Savoia Marchetti y que se encargaría de adquirir cazas de la Fiat, que también producía aviones de guerra. De este modo, Mussolini puso un cortafuegos: si se descubrían los contratos, podría decir que se trataba de empresas privadas, que su Gobierno no sabía nada… Pero quince días después estos aparatos salieron de las fábricas y fueron pilotados por aviadores de la Regia Aeronautica.

En mi trabajo incluido en *Los mitos del 18 de Julio* reproduzco aquellos cuatro contratos originales y ofrezco su traducción al español. La relación de productos es espectacular y su precio total, convertido al valor actual, era superior a los 300 millones de euros. Esto son palabras mayores.

En consecuencia, mi conclusión es que la Guerra Civil no puede explicarse únicamente acudiendo a los factores endógenos españoles. Hay que meter en la pila bautismal, por así decir, los exógenos: la intervención de la Italia fascista. Comprendo que esto no guste a muchísimos historiadores, españoles y extranjeros, sean o no profranquistas. Rompe los moldes establecidos, pero ¿la alternativa es cerrar los ojos a la evidencia primaria relevante de época? Creo que mi método de investigación ha quedado plenamente reivindicado, guste o no guste.

M. A.: *Alfonso XIII vivía en Roma. ¿Intervino de algún modo en la negociación de aquellos contratos*?

Á. V.: No lo sé, quizás otros historiadores lo averiguarán en el futuro. Me sorprendería que no supiera nada. El tema es crítico y, como comprenderás, tiene evidentes repercusiones políticas actuales. Yo, personalmente, he revisado a su luz mi opinión sobre la actuación del rey Juan Carlos en la restauración del actual régimen monárquico y democrático. Con su papel en la Transición el rey Juan Carlos de Borbón no hizo ni más ni menos que saldar una deuda histórica contraída con los centenares de miles de muertos que produjo la sublevación militar dirigida por militares de la cuerda monárquica.

Quedan otras sombras por iluminar en este asunto: Sáinz Rodríguez tuvo que contar con militares que le asesoraran en la definición de aquellos contratos puesto que obviamente desconocía los equipamientos que necesitaban esos aviones de guerra. Yo pienso que el general Kindelán, aviador, estaba detrás. En sus memorias no dijo, por supuesto, la menor cosa al respecto. No es extraño porque en los temas relacionados con la Guerra Civil son de una mendacidad extrema. No olvides que estuvo metido hasta el cuello en el bombardeo y la destrucción de Gernika.

M. A.: *¿Y Calvo Sotelo*?

Á. V.: Su famoso discurso del 16 de junio de 1936 en las Cortes, con su profesión de fe en el fascismo, probablemente iba dirigido en

realidad a Roma, a Mussolini, con la intención de dar el último empujón a las negociaciones de los contratos. Como jefe de los monárquicos alfonsinos, quería un modelo político similar al italiano: un monarca, Alfonso XIII, un *duce* (probablemente él) y un sistema fascista. Ni que decir tiene que esta no es la interpretación de sus hagiógrafos. Y abundan.

M. A.: *El franquismo lo llamó «el protomártir». ¿Su asesinato el 13 de julio de 1936, tras el del teniente Castillo, fue la mecha que encendió la sublevación militar*?

Á. V.: No, de ningún modo. La sublevación hubiera estallado igualmente. Todo estaba preparado. Incluso el «detalle» de los aviones.

M. A.: *En su trabajo político con la embajada británica y en la relación con la Italia fascista, la trama civil de la conspiración cosechó grandes éxitos, como se demostró a partir del 18 de julio. ¿Por qué sus protagonistas guardaron silencio? ¿Por qué no reivindicaron nunca su contribución*?

Á. V.: Tenían buenas razones. No es fácil presumir de haber preparado una guerra civil. Gil Robles lo hubiera podido hacer, pero rápidamente se escapó a Portugal.

M. A.: *Sin embargo, para ellos era una «cruzada» para «salvar a España del comunismo»*…

Á. V.: Sí, se autoengañaban, pero las cosas no salieron como los conspiradores civiles deseaban. Nadie pensaba entonces en el general Franco como futuro jefe del Estado y dictador durante cuarenta años. Nadie. Imposible.

LA TRAMA MILITAR.

M. A.: *¿Por qué el general Sanjurjo era el líder indiscutido de los*

militares que conspiraban contra la República?

Á. V.: Había llegado a ser el general más alto del escalafón, lo había sido todo con Primo de Rivera y con la República hasta la sublevación de agosto de 1932. Era muy superior a Franco en rango, agresividad antirrepublicana y contactos políticos con los sectores monárquicos, los carlistas y la CEDA. Tras el fracaso de aquel pronunciamiento fue condenado a muerte, pero, a propuesta del Gobierno radical-cedista, fue indultado por Alcalá-Zamora. Se marchó a Estoril y desde allí siguió complotando. Incluso viajó a Berlín en marzo de 1936 para pedir ayuda al régimen nazi para la sublevación, pero no le hicieron caso. Le atendieron muy bien, pero entonces estaban centrados en la ocupación militar de Renania. De todas maneras, hoy creo que probablemente dejó alguna huella. Mal asunto.

M. A.: ¿*Cuál fue el papel del general Mola en la conspiración*?

Á. V.: Después de la victoria electoral del Frente Popular, Emilio Mola (general de brigada y gobernador militar de Pamplona) asumió la dirección operativa de la conspiración militar subordinado a Sanjurjo y empezó a actuar como su jefe de Estado Mayor. Se autodesignó como «el director» y así firmó las instrucciones que enviaba a los otros complotados.

M. A.: ¿*Cómo concebía la sublevación*?

Á. V.: La diseñó como un corte quirúrgico de extrema violencia que aniquilara la capacidad de respuesta del Gobierno y de las fuerzas sociales y políticas republicanas. No la concebía como un pronunciamiento clásico del siglo XIX, como había sido aún la «sanjurjada» de 1932, sino como un tajo duro y feroz que crease una nueva realidad sin marcha atrás posible.

M. A.: ¿*Tenían un proyecto político alternativo a la República*?

Á. V.: En sus instrucciones, Mola fue muy ambiguo: en un

momento habló del mantenimiento del modelo republicano, en otro de la instauración de un directorio militar, después fue inclinándose hacia la restauración monárquica, lo que disgustó a los carlistas. En realidad, carecían de un proyecto político claro. Pero es lógico, ¿cómo iban a discutirlo y a ponerse de acuerdo en la clandestinidad? ¿Cómo enajenar posibles apoyos? La lógica fue muy simple: primero ganamos y luego ya veremos. Asimismo, los civiles que participaban de la conspiración tenían propuestas diferentes: no había consenso entre los monárquicos alfonsinos, la CEDA, los tradicionalistas o Falange. Y además, como era conocido entonces, algunos de los generales que se sublevarían eran republicanos. No obstante, a todos ellos sí les unía un sentimiento claro, pero vago: el rechazo absoluto del Frente Popular, del programa reformista de las fuerzas republicanas, de «los comunistas» en definitiva. En eso todos estaban de acuerdo. Fue suficiente.

M. A.: *Mola murió en un accidente aéreo en junio de 1937. ¿Se conservan sus documentos privados*?

Á. V.: Nadie sabe dónde están. Cuando falleció, lo primero que hizo el Cuartel General de Franco fue enviar un pelotón de soldados al de Mola para apropiarse de sus papeles. Desconocemos muchos aspectos de la conspiración debido a su ausencia, al margen de que las conspiraciones no suelen dejar tras de sí mucha documentación. Los libros que se han escrito sobre Mola por gente que le conoció hay que tomarlos con varios kilos de sal. Dan informaciones a veces interesantes, pero también despistan mucho.

M. A.: *En marzo de 1936, el Gobierno del Frente Popular destinó al general Franco a Canarias, como comandante militar del archipiélago, con base en Tenerife. ¿Cómo se comunicaba con Mola y los otros altos oficiales confabulados*?

Á. V.: Poco sabemos, más allá de que se contactaban a través de personas de confianza y cartas cifradas. Franco estaba razonablemente al día de la conspiración y, además, Mola y Sanjurjo sabían que para tener éxito necesitaban su colaboración y

también la de Manuel Goded (relegado en Baleares). Franco y Goded eran generales de división, monárquicos, y habían desempeñado cargos muy importantes con los gobiernos radical-cedistas.

M. A.: *¿Qué instrucciones transmitió Mola a Franco?*

Á. V.: En sus planes, Mola se reservaba la misión principal (llegar a Madrid) y dispuso que Franco debía trasladarse a Marruecos para asumir el mando del ejército de África, un puesto que ya había ocupado en 1935 y que en la concepción de la sublevación tenía un papel claramente secundario. Las «directivas» para Marruecos de Mola, firmadas el 24 de junio de 1936, ya se conocían pero se han publicado de nuevo en *Los mitos del 18 de Julio* gracias al coronel Fernando Puell, profesor de Historia Militar. Entre otras cosas, Mola afirmó en primer lugar que «el movimiento ha de ser simultáneo en todas las guarniciones comprometidas y, desde luego, de una gran violencia. Las vacilaciones no conducen más que al fracaso».

Pero Franco tenía un grave problema…

M. A.: *¿Cuál?*

Á. V.: Él quería sublevarse y participaba de la conspiración; en cambio, el general Amado Balmes, gobernador militar de Las Palmas, rechazaba la idea. Balmes era un militar de trayectoria africanista, que había sucedido a Franco al frente de la primera división orgánica en Madrid, un cargo de mucha responsabilidad, y había participado en 1934 en la represión de la revolución de Asturias a instancias de Franco. Cuando este supo que no apoyaba la sublevación, hizo un último esfuerzo por convencerle en una entrevista secreta a principios de julio. No hay constancia escrita de ella, pero me la relató un sobrino nieto de quien entonces era el ayudante temporal de Balmes, el comandante de Ingenieros Manuel León Rodríguez. Balmes conversó con Franco en un muelle del puerto de Las Palmas y el ayudante permaneció a una cierta distancia; cuando Balmes regresó, tenía el rostro muy serio y no le

relató lo que habían conversado.

Franco no logró convencerle de que se sumara a la conspiración y por ello decidió eliminarlo. ¿Cómo? Lo que en realidad ocurrió solo lo supieron fidedignamente el asesino y el chófer del general, que lo presenció y que regresó a la comandancia militar completamente trastornado. Después el chófer se volatilizó en la Historia.

EL SECRETO DE FRANCO.

M. A.: *¿Qué cree que sucedió aquella mañana del 16 de julio de 1936 en el campo de tiro del Cuartel de Infantería en Las Palmas*?

Á. V.: Durante 75 años los historiadores franquistas nos contaron el «cuento chino» de que el general Balmes, antes de morir en el hospital militar, se hirió gravemente en el campo de tiro cuando, para desencasquillar su pistola, puso el cañón en su estómago y su arma se disparó. Si hubiera sido así, la guerrera tendría necesariamente restos de pólvora… ¿Qué pasó con la guerrera? Se la quedaron los militares que lo tenían todo preparado para sublevarse al día siguiente. También la autopsia desapareció. Por si las moscas.

Estoy convencido de que, por orden de Franco, aquel día un oficial se acercó a Balmes. Se conocían bien. Le disparó a quemarropa. Cuatro días después, este oficial empezó a cumplir misiones muy importantes y secretas desde Tetuán para Franco. No hubo ningún otro que hiciera eso. Franco se fiaba de él y se lo llevó de Canarias. Ni que decir tiene que aquellas misiones podría haberlas efectuado cualquiera de los oficiales del ejército de África. El asesino había sellado un pacto de sangre con Franco.

M.A.: *¿Por qué no ha revelado su identidad*?

Á. V.: Por varias razones. En primer lugar, porque evidentemente de esa orden no quedan huellas documentales. Una orden de asesinar a un superior no se pone por escrito. En segundo

lugar, porque existe una posibilidad mínima de que me equivoque en el nombre. En tercer lugar, porque aquel señor tiene descendientes que, además, hoy son abogados de renombre. Consulté el tema con varios letrados e incluso con un magistrado y me previnieron de que, si lo sacaba a la luz, me arriesgaba a una querella. «Podrás ganar», me dijeron, «pero mira lo que le ha sucedido a Baltasar Garzón. ¡No vas a ser tú la última víctima de Franco!». De todos modos, en *La conspiración del general Franco* dejé pistas clarísimas de quién creo que mató a Balmes. El historiador que quiera encontrar su nombre lo hallará sin grandes esfuerzos. De hecho, en la primavera de 2011, a los diez días de la aparición del libro, el historiador Francisco Espinosa me llamó y me preguntó: «¿No estarás pensando en…?». Me dijo que era evidente… Y en la segunda edición aún proporcioné más pistas.

Posiblemente, escriba un artículo revelando su identidad para que sea publicado póstumamente. No obstante, preferiría que alguno de esos historiadores que no se fían de mí vaya a los archivos y publique el expediente personal del sospechoso. Así los lectores podrán enterarse de cosas verdaderamente interesantes. Yo lo tengo fotocopiado en casa.

M. A.: *¿Cómo definiría la versión oficial de la muerte del general Balmes*?

Á.V.: ¡Es totalmente absurda! Y recuerda que no murió en el acto. El asesino fue un inepto. Probablemente estaba nervioso. A Balmes se le trasladó a una Casa de Socorro de mala muerte, gravemente herido, y allí, en lugar de solicitar un médico o un sacerdote, pidió un juez o un notario, porque él sabía quién le había disparado.

Después de la aparición de mi libro, a través de la profesora Rosa Faes, colega mía en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense y sobrina nieta de Balmes, establecí contacto con su hija y su nieta. Lo leyeron, les expliqué la historia y les di el nombre del presunto asesino. Se quedaron completamente impactadas. La hija me ofreció algunas pistas y me aclaró que en 1941 Franco aceptó tras varias negativas que se concediera una

pensión especial a su madre gracias a la presión de algunos generales. Me relató también las sospechas que siempre albergó su madre, que había sido amiga de Carmen Polo, la esposa de Franco. Tras el asesinato, la familia fue marginada de los círculos militares.

M. A.: *¿Balmes fue la primera víctima de la Guerra Civil*?

Á. V.: Fue el primer asesinado de la Guerra Civil. Y aquel fue el momento en que Franco cruzó el Rubicón. En realidad, él se sublevó el 16 de julio de 1936 con aquel asesinato. Este crimen revela su carácter planificador y su capacidad para organizar un plan que permaneció oculto durante 75 años. Me costó mucho trabajo desentrañarlo. Lo interesante, históricamente, es que permite contemplar el alma oscura de Franco. Por lo demás, he preparado una edición de las memorias íntimas de su primer protoministro de Asuntos Exteriores, un diplomático catalán llamado Francisco Serrat, escritas solo para su familia, no para ser publicadas. Arrojan también información sobre esa alma oscura, indolente y mezquina.

EL DRAGON RAPIDE.

M. A.: *¿Cuál es la relación del asesinato de Balmes con el traslado de Franco al Protectorado español de Marruecos para encabezar el ejército de África*?

Á. V.: La muerte de Balmes, además de despejar la duda sobre el éxito de la inminente sublevación contra la República en Gran Canaria, fue la excusa perfecta que necesitaba Franco para solicitar permiso al Ministerio de la Guerra y desplazarse a Las Palmas el 17 de julio al objeto de presidir el funeral. Le acompañaron su esposa y su hija, puesto que ya no volverían a Tenerife. Al día siguiente, se embarcó en el aeródromo de Gando en el *Dragon Rapide* hacia su destino, Tetuán. El plan resultó perfecto. El asesinato de Balmes y la llegada del avión a Las Palmas estuvieron indisolublemente unidos en su planificación.

Franco había pedido un avión para salir de Canarias en junio y

en los círculos de la conspiración se hablaba de sacarle del archipiélago por vía aérea ya desde abril. Y aquí de nuevo nos encontramos con la trama civil: el 11 de julio el marqués Juan Ignacio Luca de Tena (propietario del diario *Abc*), quien había ordenado a su corresponsal en Londres —Luis Bolín— que alquilara un avión en ese país con las libras esterlinas donadas por March, le indicó en Burdeos que el aparato debía aterrizar finalmente en Las Palmas. Se excluyó Tenerife a pesar de que el *Dragon Rapide*, al contrario de la justificación que han dado los historiadores franquistas, hubiera podido aterrizar en Los Rodeos sin problemas.

El 15 de julio, a primera hora de la mañana, Franco tuvo la confirmación de la llegada del *Dragon Rapide* a Gando. Lo estaba esperando como agua de mayo y entonces ya pudo poner en marcha su plan, que contemplaba aquel crimen.

M. A.: *¿El Gobierno británico estaba al corriente de la expedición del Dragon Rapide*?

Á. V.: Además del piloto de la avioneta, Bolín se hizo acompañar de Hugh Pollard, un antiguo agente de la inteligencia británica, que ya no lo era formalmente en 1936, de su hija Diana y de una amiga de esta, Dorothy Watson, para camuflar el motivo de la expedición. Creo muy probable, por los indicios que he aportado, que su misión en Canarias contó con algún tipo de bendición oficial u oficiosa de los servicios de inteligencia británicos. Lo que no sé es si fueron los militares o los civiles, es decir, el MI6. El expediente militar de Pollard, que he sido el primero en consultar, excluye toda referencia a actividades de inteligencia (que las tuvo) y el del MI6 obviamente está cerrado a cal y canto.

M. A.: *El 18 de julio el golpe de Estado se concretó en Canarias en pocas horas…*

Á. V.: La sublevación de las guarniciones del archipiélago, una represión cruel e implacable y la temprana decisión de armar a los civiles derechistas laminaron a los republicanos. El 18 de julio a las cinco de la madrugada se difundió el Manifiesto de Las Palmas y al

mediodía Franco se subió al *Dragon Rapide* con destino a Tetuán, donde los sublevados ya controlaban el territorio del Marruecos español.

M. A.: *Aquel mismo día el Gobierno de la República, presidido por Casares Quiroga, difundió un comunicado en el que daba por sofocada la rebelión militar en el Marruecos español… ¿Tuvieron noticias el presidente de la República, Manuel Azaña, y Casares Quiroga de la conspiración que durante meses se incubaba en un sector del ejército*?

Á. V.: Este es un asunto muy debatido. La respuesta inmediata es que sí, que recibieron informaciones sobre la preparación de un golpe de Estado por los más diversos medios: gubernamentales, de algunos partidos de la coalición del Frente Popular, de ciertos políticos, de la embajada francesa, de responsables de la seguridad interior. Hubo hasta avisos públicos, apenas disfrazados. Uno de ellos lo dio un personaje clave en la política española de la época: el destacado dirigente socialista Indalecio Prieto. Pero no hicieron demasiado caso…

M. A.: *¿Por qué*?

Á. V.: Aquí la discusión está lejos de alcanzar conclusiones definitivas. Para algunos, porque creyeron que se repetiría la «sanjurjada». Para otros, porque consideraron que el ejército era incapaz de sublevarse puesto que los mandos de las divisiones orgánicas eran leales. Hay quien piensa que temían más tomar medidas porque podían afectar a la cohesión de los militares. Y no faltan quienes dicen que pecaron de rigor reglamentista: había que hacer las cosas según Derecho. Finalmente, se afirma que Casares Quiroga temía más un golpe por la izquierda, de los anarquistas, por el recuerdo del ciclo de periódicas algaradas de la CNT del primer bienio. Es cierto que se tomaron muchas medidas preventivas. Rafael Cruz las ha detallado. Pero todas fueron insuficientes.

Mi enjuiciamiento de Azaña y Casares Quiroga es muy negativo. Y que no se me diga que no entiendo las dificultades. Las

comprendo perfectamente.

GOLPE DE ESTADO Y EXTERMINIO.

M. A.: *En las zonas donde el golpe de Estado triunfó, los sublevados desplegaron de inmediato una represión cruel e implacable contra los republicanos…*

Á. V.: Así es. Los historiadores profranquistas no se detienen mucho en esto, evidentemente. También olvidan que las primeras explicaciones que los golpistas dieron para justificar la sublevación se basaban en la Ley Constitutiva del ejército de 1878. Esta ley estuvo orientada esencialmente a la última guerra carlista y asignaba al ejército el papel de mantener el orden público y subsidiariamente hacer frente a las amenazas exteriores, aunque sometido naturalmente al imperio de la ley, de la Constitución de 1876 y con el monarca como jefe militar por excelencia.

Es muy curioso que en los primeros consejos de guerra que se hicieron por ejemplo en Canarias y en algunos otros lugares donde la sublevación triunfó muy pronto lo que se utilizó para justificar el bando de guerra fue la Ley Constitutiva del ejército de 1878, es decir, hubo una cierta coordinación. Y había unas directrices comunes, dadas a conocer por Francisco Espinosa, que apuntaban a la liquidación física de los líderes de las fuerzas del Frente Popular y a la desarticulación de la capacidad de reacción del Gobierno, de las autoridades gubernativas y de los representantes políticos y sindicales.

En las zonas donde triunfaron, los sublevados desplegaron una violencia despiadada contra las masas populares para amedrentarlas. La maquinaria represiva se puso en marcha a toda velocidad y uno de los generales que más rápidamente lo hizo fue Queipo de Llano en Sevilla. No se ha encontrado la evidencia documental de un plan sistemático de exterminio de la base social republicana elaborado en los meses previos al golpe de Estado, pero sí había una directriz muy clara: la sublevación no podía ser como la de agosto de 1932. Iban a enfrentarse con un enemigo que dirigía

los resortes del Estado y con amplias masas populares a las que había que dominar por la violencia y el terror, lo que significaba ejecuciones sistemáticas, frías y masivas. Paul Preston lo relató de manera ejemplar en *El holocausto español*.

Hay grandes discusiones sobre la forma de conceptualizar tal proceder. Soy muy consciente de que los conceptos encierran cargas ideológicas y filosóficas muy diferentes y nunca he querido entrar en querellas de este tipo. Prefiero proceder empíricamente, como Paul, y describir lo que ocurrió. La idea de cortar en las masas populares a destajo con un bisturí de fuego, como un cuchillo caliente penetra en un bloque de mantequilla, me conviene.

M. A.: *¿Qué supuso la muerte del general Sanjurjo el 20 de julio?*

Á. V.: Sanjurjo emprendía viaje desde Estoril hacia Burgos para ponerse a la cabeza de los sublevados, pero su avioneta se estrelló al ascender unos pocos metros y murió. En el incendio ardieron también sus documentos personales. Han quedado algunos papeles que heredaron sus descendientes y que han nutrido un par de libros, pero no permiten indagar en los planes políticos que tenía, aparte de la reflexión que le hizo Valentín Galarza, el «técnico» que dirigía los hilos de la conspiración en Madrid, de que convendría ir a por todas, aunque ello incluyera el riesgo de una guerra civil. Probablemente, Sanjurjo deseaba restaurar la monarquía. No hay que olvidar que los monárquicos alfonsinos, los más próximos a Alfonso XIII, fueron los que negociaron los contratos con Italia y estaban en contacto con Juan March, principal financiador de la conspiración, y con él mismo.

De los principales conspiradores, los pocos que dejaron testimonio escrito (Pedro Sáinz Rodríguez, Eugenio Vegas Latapié) dijeron que la historia de España se torció con la muerte de Sanjurjo. Y así fue: la sublevación quedó descabezada. Mola intentó ocupar su hueco y organizó la Junta de Defensa Nacional en Burgos. Pero muy pronto tropezaría con la realidad: la intervención de las potencias fascistas forjó el liderazgo de Franco.

M. A.: *De las grandes ciudades, el golpe de Estado solo triunfó en*

Sevilla, Zaragoza y A Coruña…

Á. V.: Hay indicios de que Mola consideraba difícil que la sublevación se impusiera en Madrid y Barcelona y realmente la sorpresa para ellos fue el rápido control de Sevilla. Es más, a partir de una contextualización de informaciones de muy diversa procedencia, aunque es indemostrable, tengo la impresión de que los conspiradores, en particular Mola, sabían que iban a una guerra civil. Esto es lo único que explica que Calvo Sotelo y sus muchachos firmaran contratos para la compra de armas de guerra en Italia. Porque, insisto, encargaron 14 bombarderos pesados, 30 cazas… esto no es para un golpe de estado, en la época era material para una guerra.

Incluso, Calvo Sotelo en algunos discursos habló de guerra… también los socialistas, pero estos no la preparaban. Cabe distinguir entre la retórica política y la actuación práctica: la izquierda no planificaba un golpe de estado, la derecha sí y se prepararon para la guerra contando desde el principio con el apoyo de una potencia extranjera: la Italia fascista.

Algunos de los líderes vacilaron y en parte por eso la sublevación fracasó en Valencia o Madrid: ante la resistencia de las fuerzas republicanas no supieron cómo reaccionar y la indecisión les condujo a la catástrofe.

M. A.: *En los primeros días la República controlaba más territorio y más recursos económicos y financieros que los sublevados: la minería vasca y asturiana, la industria catalana, los principales puertos, el oro del Banco de España…*

Á. V.: Es evidente, pero esto se ha sobredimensionado, porque ya en aquellos días la pregunta adecuada era cómo la República podía convertir rápidamente el potencial económico y demográfico en recursos para una guerra civil, cuando tenía un ejército completamente desarticulado y el poder estaba en manos del pueblo en armas. Porque sin esta medida hubiera habido que hacer pinitos para contrarrestar los conatos de sublevación militar.

M. A.: *Y Cataluña vivió en aquel verano de 1936 la revolución social protagonizada por los anarquistas…*

Á. V.: Como señaló Julio Aróstegui, fue la contrarrevolución la que paradójicamente desencadenó lo que suele denominarse revolución.

M. A.: *No resulta difícil imaginar lo que significaron para la CNT y sus centenares de miles de militantes aquellos días de fines de julio en Cataluña, cuando el Estado se desplomó, el pueblo en armas derrotó a los facciosos y empezaron a colectivizar la economía…*

Á. V.: Era, para ellos y otros, la utopía al alcance de la mano, la posibilidad de crear la nueva sociedad tantas veces y durante tantos años imaginada en los ateneos libertarios y en las publicaciones anarquistas. Pero después de aquellos días de embriaguez colectiva, en las semanas y meses siguientes la República se vio en la obligación de formar un ejército de verdad, las milicias no bastaban para dar batalla a los sublevados. Gabriel Cardona lo expresó de una manera muy gráfica: «Los milicianos anarquistas iban al frente a conquistar la utopía y se encontraron con un tiro en la frente». Porque hay que contextualizar: se formaron las milicias… pero ¿qué eran estas fuera de Madrid o de Barcelona? No eran más que unidades formadas por campesinos, trabajadores de pequeños pueblos o ciudades, militantes de la UGT o de la CNT que el 10 de julio estaban trabajando extenuados de sol a sol y el 10 de agosto combatiendo. ¿Cuál era el valor militar de ese pueblo en armas? Muchos caen ahí en la mística revolucionaria…

M. A.: *Sin duda, es una imagen épica, emocionante…*

Á. V.: Pero que no corresponde a la realidad subyacente. Insisto: iban al frente en busca de la utopía y se encontraban con una bala en la frente. Comprendo que como imagen épica es muy emocionante, puesto que unas personas que nunca habían empuñado un fusil de repente se vieron con un arma en la mano defendiendo a la República. Pero ¿cómo lo manejaban? Y cuando

aprendían a manejarlo ¿cómo enfrentaban a la Legión, a los regulares o incluso a las fuerzas del ejército sublevado encuadradas por militares profesionales? Y resistían porque al principio se metían detrás de un parapeto, pero no sabían maniobrar, no tenían la cohesión y disciplina necesarias. Hay innumerables testimonios de que las milicias no sabían maniobrar en campo abierto, que las unidades regulares enemigas les flanqueaban fácilmente para impedirles la retirada y que sobrevenía el desastre. Eran militantes pero ¿cuál era su valor militar? Ninguno. Además, los sublevados contaban con aviación y, sobre todo, con ametralladoras en abundancia. Un diplomático nazi en Portugal afirmó que a las ametralladoras se debían los éxitos en Extremadura. Otra cosa diferente es la propaganda, la mística revolucionaria… El fracasado asedio del alcázar de Toledo, entre el 21 de julio y el 27 de septiembre de 1936, fue paradigmático. ¡Dos meses para nada!

El Ejército Popular se terminó improvisando y fue relativamente bueno, pero costó muchos meses. Los sublevados nunca tuvieron problemas porque disponían de tropas regulares, deficientes sí, pero encuadradas por profesionales y tan pronto como fue posible se eliminaron las milicias de partido, la última que se extinguió fue la de los carlistas en el mes de diciembre. En solo cinco meses todo el compacto civil que hizo piña en torno a los sublevados y los nuevos reclutas estaba dirigido militarmente por oficiales que no toleraban absolutamente la menor indisciplina. Esto en el Ejército Popular costó mucho trabajo y nunca se logró del todo, porque empezó como un ejército político de hombres libres.

M. A.: *¿Cuál fue el factor principal que rompió el «empate» resultado del semifracasado golpe de Estado*?

Á. V.: Sin duda alguna, la rápida intervención de la Alemania nazi y de la Italia fascista. Esa ayuda se percibió en el teatro de operaciones ya a principios de agosto, pero desde el punto de vista de Franco imagina la inyección de moral que significó tener el 27 o 28 de julio la confirmación de que Hitler, personalmente, había accedido a ayudarle. Y tres días después, si no antes, recibió en el norte de África los primeros aviones italianos. No hay que

subvalorarlo porque en la guerra la confianza del mando en sí mismo se transmite a las tropas y eso le resultó sencillo porque tenía bajo su batuta a fuerzas profesionales en gran medida: la Legión y el ejército colonial en Marruecos.

Franco empezó a considerar entonces que el futuro le pertenecía.

M. A.: *¿Qué elementos impulsaron la transformación del golpe de Estado en la Guerra Civil*?

Á. V.: Desde mi punto de vista, intervinieron cuatro dinámicas que, combinadas, convirtieron la sublevación en una contienda a muerte, en una guerra de clases, en un conflicto ideológico y en una guerra internacional por interposición.

En primer lugar, destaco la división de las Fuerzas Armadas y de seguridad, porque si el conjunto de estas hubiese participado en la sublevación, habría triunfado en poco tiempo de manera irremediable.

En segundo lugar, cabe mencionar la reacción de las potencias democráticas, Francia y el Reino Unido, ante la petición del Gobierno republicano de adquirir armamento: se negaron y plantearon la No Intervención. No sabemos qué hubiera sucedido si hubieran apoyado al Gobierno, pero la evolución de los acontecimientos, en cualquier caso, hubiera sido más favorable para la República.

La tercera dinámica fue el apoyo decidido y rápido de las potencias fascistas al general Franco.

Y, en cuarto lugar, subrayo la decisión de Stalin de ayudar con armamento a la República, adoptada en el mes de septiembre. Es decir, se puede hablar de Guerra Civil solo a partir de septiembre-octubre de 1936…

M. A.: *O sea ¿la Guerra Civil no empezó el 18 de julio de 1936*?

Á. V.: Efectivamente, si queremos ser precisos. Naturalmente, es difícil erradicar la creencia de que la guerra estalló en julio. Por lo demás, no me precio de haber descubierto nada nuevo. Los sublevados lo sabían perfectamente. Se conserva el borrador del

segundo tomo de la historia de la «Guerra de Liberación» que preparó en los años cuarenta el Servicio Histórico Militar y que nunca se publicó. Trata, precisamente, de cómo el golpe de Estado semiexitoso y semifracasado se convirtió en una guerra. De no haber intervenido la Unión Soviética, el conflicto hubiera terminado en 1936. Manuel Azaña lo anticipó en septiembre: ya entonces la República había perdido la partida.

2

MUSSOLINI, HITLER... Y STALIN.

LA INTERVENCIÓN ITALIANA.

Mario Amorós *¿Comparte con el gran historiador francés Pierre Vilar que la Guerra Civil no puede explicarse sin la referencia permanente al contexto europeo*?

Ángel Viñas: Es indiscutible. Estudiar su génesis y su desarrollo solo en coordenadas nacionales es un error gravísimo. Muchas historias de la contienda se estructuran de manera temática: las batallas, la política en la retaguardia… Pero, obviamente, los acontecimientos se produjeron simultáneamente y por tanto su análisis histórico ha de ser sincrónico. Hubo siempre una interacción entre el contexto exterior y el interior y una relación permanente entre la evolución militar y la política. Entre los sublevados la unidad de mando se logró tempranamente: a fines de septiembre de 1936, Franco ya había ascendido a la cima del poder político y fue «coronado» el 1 de octubre. La evolución política en la zona franquista fue bastante más rectilínea, bastante más pautada que la de la zona republicana. Era normal, puesto que en la primera reinaba el orden del cuartel y en la segunda, el desorden más o menos típico de una sociedad compleja, pluriforme

y democrática luchando por su supervivencia pero en absoluto preparada para ello.

Los republicanos siempre fueron conscientes de la importancia del contexto internacional, y los historiadores franquistas siempre lo han marginado y distorsionado señalando que la República recibió más ayuda extranjera. Autores como Ramón Salas Larrazábal hablaron de un supuesto círculo vicioso por el que, cuando la República recibía armas del extranjero, los sublevados también, y al revés, y así sucesivamente. Esto es falso… tan solo sucedió entre noviembre de 1936 y febrero de 1937.

M. A.: *¿Por qué?*

Á. V.: La República siempre estuvo en inferioridad militar, nunca tuvo todo el armamento que necesitaba, por la discontinuidad de los apoyos exteriores y porque, a excepción de los suministros soviéticos, eran por lo general de mala calidad. Un factor esencial en la Guerra Civil fue la aviación, que además suplió en gran medida a la artillería. Los aviones de combate que la República adquirió, al margen de los soviéticos, eran muy deficientes ya que abundaron los viejos modelos y los civiles reconvertidos. Y a partir de junio de 1937 la URSS empezó a disminuir los envíos de aviones y en septiembre-octubre de aquel año Stalin dio un tajo a la ayuda, que se redujo notoriamente. En cambio, Franco siguió recibiendo los aparatos alemanes e italianos. En promedio, a su territorio llegaron cada semana un barco y medio con la ayuda de las potencias fascistas.

M. A.: *¿Cuándo se dirigieron los sublevados a Italia?*

Á. V.: El 19 de julio Franco se entrevistó con Giusseppe Luccardi, el agregado militar del consulado italiano en Tánger, y solicitó apoyo militar. Aunque no he hallado evidencia documental de ello, me atrevo a suponer que Franco conocía los contactos que los conspiradores monárquicos habían establecido con Italia porque a su lado había estado el general Luis Orgaz y es altamente probable que le hubiera informado de ellos. Luccardi transmitió de

inmediato la petición de Franco por telegrama cifrado. En Roma aún no tenían noticias de los monárquicos, por lo que Mussolini estuvo indeciso durante algunos días.

M. A.: *¿Qué sucedió para que el dictador italiano diera la orden de ayudar?*

Á. V.: El 24 de julio Antonio Goicoechea y Pedro Sáinz Rodríguez llegaron a Roma y se entrevistaron con el conde Galeazzo Ciano, el ministro de Asuntos Exteriores; le confirmaron que la sublevación era la suya y solicitaron que se cumplieran los contratos suscritos. A su vez, Ciano puso en conocimiento de Goicoechea y Sáinz Rodríguez la petición de Franco, y a estos les pareció muy bien. No obstante, Mussolini primero quiso otear qué sucedía en la escena europea, y sobre todo verificar si Francia o la Unión Soviética iban a apoyar a la República. Pronto tuvo noticias de que no lo harían. El 27 de julio decidió ayudar a los sublevados y dio curso al primero de los cuatro contratos, que preveía el envío inmediato de doce bombarderos Savoia Marchetti. Pocos días después, los aviones de guerra partieron de Cerdeña hacia Marruecos: dos cayeron al mar y otro tuvo que aterrizar en el Marruecos francés, por lo que la intervención italiana quedó al descubierto. Pero eso a Mussolini ya no le importaba.

Permíteme que haga ahora un inciso. En noviembre del año pasado, un joven doctorando que ha escrito una tesis excelente sobre la Sociedad de Naciones y la Guerra Civil, David Jorge Peinado, me contó que había encontrado en los archivos de Ginebra una información republicana transmitida a la Sociedad de que habían tenido noticias de que ya el 15 de julio habían salido aviones italianos destinados a España. Entiendo que fue la primera avanzadilla, por así decir, del cumplimiento de los famosos contratos y que el desplazamiento se hizo a aeródromos más próximos a la Península. Fue entonces cuando estalló la sublevación y las cosas quedaron paradas momentáneamente hasta que Mussolini pudiera averiguar de manera fehaciente qué sucedía en España.

M. A.: *¿Qué esperaba lograr en aquella España que se precipitaba hacia la guerra*?

Á. V.: Una gran parte de los historiadores italianos aprecia en su política de 1936 una aplicación de su oportunismo político: se atrevía con adversarios débiles y aprovechaba la ocasión cuando se planteaba. Sin embargo, coincido más bien con aquellos historiadores anglosajones, aunque también los hay italianos, que ven en su política exterior el despliegue de una estrategia en búsqueda de ciertos objetivos fundamentales. Primero, la creación del Imperio, aspecto evidente porque invadió Libia y Abisinia. También el intento de conquistar la supremacía en el Mediterráneo oriental, que fracasó momentáneamente, y después en el Mediterráneo occidental frente a Francia, y aquí es donde se sitúa su intervención en España.

Precisamente, el descubrimiento de los contratos con la trama que preparaba la conspiración invita a pensar que Mussolini deseaba el establecimiento de un régimen parafascista en España a imitación de Italia. ¿Para qué? Para dar el asalto contra las denostadas democracias occidentales: Francia e Inglaterra. Pero no sola, porque Italia sola era un tigre de papel. Con Alemania. Ya en 1935, pero sobre todo en 1936, con la intervención en la guerra española, la política italiana empezó a bascular hacia Alemania para formar un frente común contra Inglaterra y Francia. La pequeña ayuda inicial crecería hasta convertirse en una intervención gigantesca… y el desarrollo de la Guerra Civil contribuiría a su progresiva supeditación a Berlín.

M. A.: *¿Por qué la intervención italiana llegaría a adquirir tales proporciones*?

Á. V.: De todos los países que intervinieron en la Guerra Civil el que más recursos invirtió fue, sin duda, Italia, que sin embargo era más débil que Alemania y la Unión Soviética, porque Mussolini consideró que podría influir en la orientación futura de la política española. Pero tropezaría con dos obstáculos. En primer lugar, el ejército italiano que luchaba con los sublevados era una mezcla de

milicias fascistas y de ejército regular y tuvo una derrota importante en Guadalajara a comienzos de 1937. La búsqueda de venganza por esa derrota, tan aireada por la propaganda republicana, soldó a Mussolini con Franco. En segundo lugar, en el transcurso de la Guerra Civil la nación que deslumbraría a Franco fue Alemania, no Italia. Por eso, cuando acabó la contienda, Franco gravitó hacia el Tercer Reich a pesar de los roces que había tenido con ellos…

M. A.: *Tal vez porque en Alemania no había rey y Duce, sino solo el Führer…*

Á. V.: Exacto, la inspiración de Franco entonces no fue Mussolini, sino la Alemania nazi… A partir de abril de 1939 jugó su propia partida con las cartas muy pegadas a su pecho. No se fiaba ni de su sombra. Por supuesto, tomó muchas cosas importantes de la Italia fascista, como los sindicatos verticales, pero sus generales y él estaban fascinados por los nazis, no por los fascistas italianos. Esto quedó para los civiles como Serrano Suñer y los falangistas.

LOS NAZIS ENTRAN EN COMBATE.

M. A.: *En 1973 en su tesis doctoral defendió una idea importante: la Alemania nazi no jugó ningún papel en el 18 de Julio. ¿Después de tantos años de investigación mantiene aquella tesis*?

Á. V.: Sí. Y desde la ciencia histórica nadie ha podido rebatirla hasta ahora con evidencia primaria de época. Pero confieso que, gracias a nuevos documentos, me he planteado algunas dudas, que he aireado abiertamente en *Las armas y el oro*, ligadas al famoso viaje de Sanjurjo a Berlín en marzo de 1936. En cualquier caso no condujeron a nada.

M. A.: *¿Qué movimientos hicieron los sublevados para solicitar ayuda al III Reich*?

Á. V.: Mola envió emisarios que no lograron llegar a Hitler y su

viaje fue en vano. Por otra parte, Franco también movió sus piezas pronto en esta dirección: el 19 de julio hizo una tímida solicitud de aviones de transporte a través del antiguo agregado militar en Madrid, al que conocía de su paso por el Estado Mayor Central y que entonces se radicaba en París. El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán descartó la intromisión por cautela ante sus posibles repercusiones internacionales. Pero entonces Franco tuvo un golpe de suerte…

M. A.: *¿Por qué?*

Á. V.: Porque el 23 de julio desde Tetuán envió varios emisarios a Berlín en un avión requisado a la compañía Lufthansa en una misión en la que creo que no confiaba mucho. Sus hombres eran dos alemanes y un español: el ingeniero Adolf Langenheim, jefe del Partido Nazi en el Protectorado español de Marruecos, uno de sus ayudantes, el comerciante Johannes Bernhardt, y el capitán Francisco Arranz Monasterio. En aquel momento las instrucciones del Ministerio de Propaganda de Goebbels a la prensa eran de cautela ante los acontecimientos de España, aunque también es cierto que ya el diario oficial del Partido Nazi hablaba de la supuesta intervención soviética en el conflicto…

En Berlín, a través de los conductos oficiales del Partido Nazi, Langenheim y Bernhardt llegaron muy pronto a la atención del lugarteniente del *Führer*, Rudolf Hess, a través de su hermano. El hombre que estableció el contacto es un perfecto desconocido: Friedhelm Burbach, el antiguo jefe del partido nazi en España en los albores de la República. Gracias a los hermanos Hess la misión llegó a Bayreuth, donde se encontraron con Hitler la noche del 25 de julio. Portaban una carta de Franco…

M. A.: *¿Qué decía?*

Á. V.: El texto no se ha encontrado. Bernhardt, que murió en 1980, curiosamente, lo recordó y reconstruyó cuarenta años más tarde. Yo no le creo. Es verosímil que Franco apelase a los prejuicios ideológicos de su destinatario y que presentara la rebelión militar

como un intento por poner fin al «caos, la anarquía y el comunismo». Entonces le pidió una ayuda modesta en aviones de combate y de transporte. En contra de la opinión de sus altos cargos militares, Hitler dijo sí y decidió concentrar el envío no oficial de la ayuda en la persona de Franco para evitar complicaciones internacionales. En cumplimiento de sus prevenciones, la ayuda militar alemana se camufló bajo el amparo de una empresa ficticia llamada Hispano-Marroquí de Suministros (HISMA), constituida el 31 de julio de 1936.

Si te das cuenta, era un mecanismo lógico para salvaguardar la cara oficial en caso de emergencia. Lo mismo que habían hecho los conspiradores en el caso de Italia. La HISMA fue un mero telón, pero rápidamente se convirtió en algo más. Canalizó la ayuda y buscó contrapartidas. Pronto contó con el apoyo de Göring, el ministro del Aire y responsable de la planificación económica para la guerra. Monopolizó el comercio bilateral hispano-alemán y creó un sistema de compensación basado en el trueque. Bernhardt se convirtió en el hombre de Göring en España. Hay que decir que antes de 1936 ya era uno de los colaboradores del servicio de seguridad del Partido Nazi (SD), que entonces contaba con muy pocos hombres en el extranjero. Era, pues, un nazi convencido y dispuesto a hacer carrera en el partido, costase lo que costase. Los españoles no lograron desmantelar el sistema de la HISMA hasta 1940.

M. A.: *En su decisión de ayudar a Franco, Hitler se adelantó dos días a Mussolini…*

Á. V.: Sí, Hitler se adelantó. Iba muy en su carácter: era un hombre de decisiones ultrarrápidas y de intuiciones «geniales». Por su parte, Mussolini, quien supo de la misión a Berlín porque coincidió con la de los monárquicos en Marsella, decidió remitir la ayuda directamente a Franco porque era más sencillo enviar los aviones de guerra y los pertrechos a Marruecos que no al norte de España, donde estaba Mola. No podía hacerlo a las ciudades de la costa mediterránea, que habían permanecido leales al Gobierno. De repente, Franco se encontró con que era él quien recibía la

asistencia militar de ambas potencias y esto le permitió avanzar rápidamente. Además, fue parsimonioso en la transferencia de armamento a Mola, como ya reconoció su primo, Francisco Franco Salgado-Araujo, en sus memorias, en las que reprodujo una parte de los telegramas que ambos generales intercambiaron.

M. A.: *¿Por qué razones tomó Hitler aquella decisión*?

Á. V.: Por razones similares a las de Mussolini: esencialmente geoestratégicas. El primer blanco de Hitler en 1936 era Francia, no la URSS. Entonces el III Reich no estaba en condiciones de echar un pulso a la Unión Soviética, su enemigo último, pero todo lo que contribuyera a debilitar a Francia era bueno para Alemania. Por tanto, ayudar a unos sublevados antifranceses a ponerse al mando de España era positivo para la Alemania nazi. Decidió ayudar a Franco porque quería debilitar la posición francesa, pero, como no lo podía declarar abiertamente, enmascaró su intervención con la retórica anticomunista, como también hizo Italia. Después, cuando la contienda se alargó, se añadieron otros factores, como la explotación económica de España, la Guerra Civil como laboratorio para el armamento alemán, la distracción de las potencias democráticas, el acercamiento a Mussolini… Pero todo esto vino después. No hay que leer el futuro hacia atrás.

M. A.: *Franco era un auténtico desconocido en la Europa de entonces…*

Á. V.: Por supuesto… Nadie en Berlín podía acordarse entonces, por ejemplo, del informe enviado por el embajador alemán en noviembre de 1934 a su cancillería, en el que ensalzaba su protagonismo en la represión de la revuelta obrera de Asturias. Es un papel muy interesante, que incluí en mi tesis doctoral en 1973, pero seguramente tan solo lo vio entonces el director general de Europa del Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania.

M. A.: *¿Cómo se empezó a concretar la ayuda militar de Hitler a Franco*?

Á. V.: La primera acción alemana en la Guerra Civil recibió el nombre en clave de «Operación Fuego Mágico». Se enviaron veinte aviones *Junkers* que fueron decisivos para comenzar el transporte de miles de soldados del ejército de África a la Península, en lo que fue el primer «puente aéreo» intercontinental de la historia. Y tanto los italianos, que lo hicieron primero, como los alemanes, entraron en combate junto a los sublevados hacia el 15 de agosto.

M. A.: *¿Cuándo conoció el Gobierno republicano aquella operación*?

Á. V.: Muy pronto. Sus servicios de información dieron cuenta de la partida del vapor *Usaramo*, que llegó a Cádiz el 6 de agosto con diez Junkers 52, seis Heinkel-51 y diverso material de guerra, además de 25 oficiales, 66 suboficiales y soldados de tropa.

M. A.: *¿Cómo es posible que la Alemania nazi y la Italia fascista se adhirieran a la No Intervención en aquel mes de agosto si ya intervenían en España*?

Á. V.: Porque no hacerlo les hubiera supuesto costes diplomáticos y políticos. Se adhirieron a la política de No Intervención, pero evidentemente la incumplieron a lo largo de toda la contienda. Desde el principio hasta el final.

M. A.: *Otro régimen que ayudó a los sublevados fue la dictadura de Salazar. ¿Qué papel jugó*?

Á. V.: Fue importante en tres aspectos. En primer lugar, por la ayuda puntual que les prestaban con la detención y entrega de los republicanos que escapaban a Portugal. En segundo lugar, les suministraron material bélico y les otorgaron préstamos financieros. En tercer lugar, les ofrecieron apoyo político y diplomático, muy importante por la especial relación de Portugal con el Reino Unido. Por ejemplo, uno de los miembros más anticomunistas del Gobierno británico, sir Samuel Hoare, ministro de Marina (primer Lord del Almirantazgo), fue muy sensible a los informes portugueses sobre el

supuesto peligro comunista que reinaba en España y su posible «contagio» a Portugal, lo que hubiera puesto en peligro las rutas marítimas británicas. Así razonaban algunos en Londres…

Hubo otros aspectos importantes en el apoyo de Salazar a Franco, como el envío de la Legión Portuguesa (los «Viriatos»), entre seis mil y ocho mil hombres, y además en los primeros meses algunos contingentes de armas alemanas viajaron primero a Lisboa y de allí pasaron al territorio en manos de los sublevados gracias a la intervención personal y directa de Salazar, cuyo régimen era profundamente reaccionario, furiosamente católico y rabiosamente anticomunista. No obstante, su posición pública fue cautelosa y tardó en reconocer diplomáticamente a Franco, al contrario que Italia y Alemania.

M. A.: *El avance territorial por la zona occidental también ayudaría a los sublevados en su relación con Portugal…*

Á. V.: Claro, en agosto de 1936 el ejército de África aprovechó el desconcierto inicial republicano y la ayuda militar de Italia y Alemania para cruzar el Estrecho y emprender una rápida —y sangrienta— marcha hacia el norte que le llevó muy pronto a enlazar con el territorio de la mitad septentrional en manos de sus compañeros de armas. Así pudieron extraer mayores beneficios de la favorable actitud del *Estado novo* salazarista.

M. A.: *Durante los dos primeros meses de la Guerra Civil solo los facciosos recibieron ayuda militar extranjera. ¿Qué dicen los historiadores profranquistas al respecto*?

Á. V.: Siempre minimizan la ayuda italo-alemana a Franco y maximizan la recibida por la República, particularmente en los primeros momentos, que fueron los decisivos. Porque no fue lo mismo recibir un avión o veinte ametralladoras en agosto de 1936 que en agosto de 1938. El impacto relativo de los primeros envíos fue mucho mayor porque el Ejército Popular no existía y las milicias estaban completamente desorganizadas.

La traición de Francia.

M. A.: *¿A qué país se dirigió primero el Gobierno republicano para comprar armas?*

Á. V.: A Francia y muy pronto también al Reino Unido, Estados Unidos, Checoslovaquia, Suiza, la Unión Soviética e incluso… Alemania. Era lo lógico: se había sublevado una parte del ejército, era el Gobierno legítimo de España e inicialmente hicieron peticiones muy modestas de compra de armamento, después las incrementaron.

M. A.: *¿La República quiso comprar armas a la Alemania nazi?*

Á. V.: Así fue, por paradójico que hoy pueda parecer, porque este país era un suministrador habitual del ejército español. El Gobierno republicano desconocía en qué medida el compromiso de Hitler con Franco era fuerte, pero probablemente pensaba que le proporcionaba material de guerra porque Alemania necesitaba divisas. El 5 o 6 de agosto, un emisario republicano llegó a Berlín y ofreció pagar la venta de aviones de guerra con oro del Banco de España. Pero los alemanes ya habían apostado por Franco y al cabo de diez días regresó con las manos vacías.

M. A.: *¿Y cuál fue la respuesta de Francia?*

Á. V.: Al principio, el Gobierno galo acogió con simpatía la solicitud de Madrid, pero en el corto lapso de una semana respondieron negativamente. Esto lo he investigado con mucho detenimiento en los archivos nacionales franceses. De hecho, fui el primer historiador que revisó los papeles de Jules Moch, quien en aquel verano de 1936 era el secretario de la Presidencia de la República Francesa y fue el hombre que se encargó de la ayuda a España. Tuve que solicitar permiso y su hijo Raymond, ya fallecido, me autorizó. Así pude reconstruir el trasfondo de los suministros franceses que Gerald Howson había estudiado.

Antes de que se concretara la política de No Intervención, resulta que la docena de aviones que Francia envió a Barcelona el 12 de agosto carecían de armas y el combustible que utilizaban… no existía en España. Por ello, los republicanos tuvieron que adquirir ametralladoras compatibles con esos aviones, sincronizar el sistema de tiro e incluso destinar una misión especial a Francia, que tuvo que llegar al jefe de Gobierno, Léon Blum, para adquirir gasolina tetraetilada. En cambio, los alemanes y los italianos mandaron a Franco sus aviones con esta gasolina, por lo que fueron operativos desde el principio, y además enviaron grandes cantidades de gasolina normal con la mezcla de plomo necesaria para tetraetilizarla.

M. A.: *El 23 y 24 de julio Blum estuvo en Londres. ¿La posición británica pesó en el Gobierno francés*?

Á. V.: Varios historiadores lo han expresado así, pero en aquellos días Blum ya estaba muy indeciso. Era un notable socialista, un intelectual, pero había accedido a la presidencia del Consejo de Ministros el 1 de junio. Y estaba rodeado de ministros como Edouard Daladier que sí eran expertos en la gestión política. La primera reacción de Blum fue favorable a acoger la petición de ayuda, pero su Gobierno se dividió de manera transversal, no por adscripción partidaria o ideológica. Un sector opinaba que Francia no podía permitir que en su frontera sur se instalara un régimen militar y otro que no podían «intervenir» en España al margen de Londres. Además, el Ministerio de Asuntos Exteriores estaba radicalmente en contra de la ayuda a la República y la burocracia militar, también.

De aquel viaje a Londres no se ha hallado evidencia documental de que le presionaran en las reuniones formales, pues la situación de España no se incluyó en el orden del día. Pero es muy verosímil que, de manera informal, le expresaran la clara posición británica y hay testimonios que así lo sostienen.

Sí ha quedado constancia de las gestiones del embajador británico en París, sir George Clerk, porque las relató en algunos de los informes que envió al Foreign Office. Sin instrucciones de su

Gobierno, pero interpretando el sentir de Londres, trasladó a la Administración francesa la idea de que no contaran con su país si decidían intervenir en España. El Foreign Office le apoyó después explícitamente, así que el temor a actuar solos fue determinante en la decisión francesa.

M. A.: *¿Cuál fue el momento decisivo para la definición de la posición francesa*?

Á. V.: La reunión crítica del Consejo de Ministros tuvo lugar el 8 de agosto de 1936. Ese día el Gobierno francés anunció que había decidido suspender las exportaciones de armas destinadas a España. Esta decisión no varió públicamente hasta marzo de 1938, aunque en septiembre de 1937, tras la Conferencia de Nyon, Francia inició una ayuda encubierta. Lo que llama la atención es que el Blum vacilante de julio de 1936 no dudara un minuto en marzo de 1938, cuando la República tenía perdida la guerra, en abrir la frontera al paso de armas. Esto significa que su primera postura, por muy comprensible que pueda parecer en aquellas circunstancias, no careció de un cierto grado de precipitación.

M. A.: *En 1978, en la desaparecida revista* Historia 16 *un extenso artículo suyo sobre este asunto se tituló «Blum traicionó a la República». ¿Matizaría ahora esta idea*?

Á. V.: Creo que la mantendría. Entre Francia y España regía entonces un tratado comercial suscrito en diciembre de 1935. Luego se firmó un protocolo que contenía un conjunto de cláusulas secretas. A petición francesa, una de ellas estipulaba el compromiso de España de adquirir material de guerra en Francia y naturalmente Francia se comprometía a vendérselo. No sé si la parte pública de este tratado pasó por las Cortes, lo que es seguro que no pasaron fueron las cláusulas secretas. Pero eso no tenía la menor significación desde el punto de vista francés. Tras el golpe de Estado, el nuevo presidente del Gobierno republicano, José Giral, apeló a Francia sin conocerlas. En cambio, la burocracia del Quai d’Orsay

y el Ministerio de la Guerra francés sí las conocían y las obviaron. En este sentido, Léon Blum traicionó a la República, por supuesto.

No obstante, para valorar la política francesa respecto a la Guerra Civil hay que tener en cuenta que abundante documentación ha desaparecido, en concreto la de la cúspide de la Administración. Mucha se quemó antes de la ocupación nazi en mayo de 1940. Existen lagunas y los historiadores tenemos que lidiar con ellas. En cualquier caso, es curioso que todavía ningún historiador francés haya escrito un libro convincente sobre las relaciones bilaterales durante la Guerra Civil.

M. A.: *¿Eran conscientes los gobernantes franceses de la puñalada que asestaban a la República Española*?

Á. V.: Mira, el 6 de agosto Luis Jiménez de Asúa, vicepresidente socialista del Congreso de los Diputados, se entrevistó con Léon Blum en su domicilio de París. Este, entre lágrimas, le explicó que Francia no podría ayudar por las presiones británicas. Todas las potencias, incluida la URSS, ya habían hecho saber a Francia, o se presumía que lo harían, que apoyaban la posición establecida en la No Intervención. En aquellas semanas Blum llegó a reconocer el crimen que «todos estamos cometiendo con España». No cabe duda de que la retracción francesa fue el primer clavo en el ataúd que las democracias occidentales iban a construir para enterrar a la República y sus avances económicos, políticos y sociales.

M. A.: *¿Se puede imputar la misma acusación al Gobierno británico*?

Á. V.: Yo no digo que Londres traicionó a la República. A lo largo de los casi tres años de la Guerra Civil los sucesivos gabinetes británicos defendieron sus intereses nacionales como entendieron mejor. A mi juicio, se equivocaron puesto que optaron por una política internacional desacertada que les rindió pésimos frutos. Pero no tenían ningún compromiso previo que les obligara a ayudar a la República. En asuntos de relaciones internacionales, de guerra y paz, el término «traición» tiene un contenido moral que podría

utilizarse, pero a mí, como exdiplomático, no me gusta emplearlo.

LA HOSTILIDAD BRITÁNICA.

M. A.: *¿Cuándo empezó a manifestarse la aversión del Gobierno de Stanley Baldwin hacia la República tras la sublevación militar*?

Á. V.: Fíjate, en una fecha tan temprana como el 20 de julio de 1936 el secretario del gabinete gubernamental, un personaje hiperconservador y furiosamente anticomunista, sir Maurice Hankley, preparó un informe para su Gobierno en el que hizo una advertencia dramática: con la amenaza comunista pendiendo sobre Francia y España, a lo mejor era del interés de los gobernantes británicos empezar a pensar en alinearse con Hitler y Mussolini… No dijo, pero tampoco hacía falta, que ambos habían mostrado cómo disciplinar y encuadrar a las masas obreras y eliminar el «virus» comunista de sus sociedades. Es decir, en la decisión gubernamental pesó no solo una evaluación de los intereses estratégicos y políticos británicos, sino también un componente, innegable, de clase. No hay que absolutizarlo, claro, pero tampoco desconocerlo.

M. A.: *La Embajada británica en España había sido intoxicada por la trama civil de la conspiración. ¿Cuál fue su evaluación de la situación en aquellos días*?

Á. V.: Persistió en los prejuicios anticomunistas. El 30 de julio de 1936 el embajador Chilton informó a su Gobierno de que «los comunistas» habían asumido el control político en las regiones de España donde la sublevación había fracasado. Hay que poner de relieve un hecho indudable: en el mundo de entreguerras el Reino Unido tenía los mejores servicios de inteligencia, pero uno de sus fracasos más resonantes fue la valoración del golpe de Estado y el desarrollo de la Guerra Civil española. Y ello a pesar de que tenían una red diplomática y de agentes importante en nuestro país y de que el Gobierno británico siguió al minuto los acontecimientos.

M. A.: *¿Cómo intentó influir la República en el Gobierno británico*?

Á. V.: Envió como embajador en Londres al mejor diplomático que tenía: Pablo de Azcárate, secretario general adjunto de la Sociedad de Naciones. Fue una decisión excelente. Tuvo que desenvolverse en un medio hostil e hizo un buen trabajo en la medida de sus posibilidades. Pero tenía limitaciones objetivas que nunca pudo superar: por ejemplo, jamás vio a Jorge VI, coronado en mayo de 1937. En cambio, el «embajador» de Franco, el XVII Duque de Alba, Jacobo María Fitz-James Stuart y Falcó Portocarrero y Osorio, a los pocos días de su nombramiento como agente de Franco en Londres en noviembre de 1937 ya tomaba el té con el rey en el Palacio de Buckingham y hablaba con el primer ministro y con la aristocracia, porque además tenía un título nobiliario escocés (X Duque de Berwick) y era primo lejanísimo de Winston Churchill. La diferencia en la capacidad de influencia de ambos fue notable.

M. A.: *¿En los archivos de la Casa de Alba habrá documentos que den cuenta de la labor diplomática del duque en Londres a favor de Franco*?

Á. V.: Debe de haberlos, pero no los he estudiado.

M. A.: *¿La República tuvo que rehacer su red de diplomáticos*?

Á. V.: Imagínate: cerca del 90% de los diplomáticos españoles destinados en el exterior se alinearon con los sublevados. Esa deserción tuvo consecuencias dramáticas, porque obviamente «se pasaron» con sus contactos, sus relaciones personales y políticas, sus amistades y utilizaron todo eso para hacer propaganda a favor de la causa antirrepublicana. Uno puede trazar caricaturas de la labor de los diplomáticos, muchos historiadores lo hacen, yo no, pero es evidente que en el contexto de la Guerra Civil y su repercusión tan singular en la escena europea carecer de diplomáticos profesionales fue otro obstáculo para la República. Y, además, la ausencia de un embajador en Ginebra ante la Sociedad de Naciones es inexplicable.

M. A.: *¿Por qué el Gobierno de la República no designó nunca un embajador en Ginebra*?

Á. V.: Fue un error grave. Esa función la siguió cumpliendo, también durante la Guerra Civil, el embajador en Francia, Luis Araquistáin, que no podía prestarle la atención que merecía. La República solo envió un cónsul general a Ginebra: el cuñado de Manuel Azaña, Cipriano Rivas Cherif, un dramaturgo, una persona muy inteligente, pero cuya experiencia diplomática era igual a cero. Era tal su incompetencia que, a pesar de la oposición de Azaña, Negrín le destituyó en el verano de 1937. David Jorge, en su tesis doctoral, ha ahondado mucho más que yo en este asunto y ni Rivas Cherif ni Azaña salen bien parados históricamente. Mucha gente va a llevarse una sorpresa morrocotuda.

No fue el único error de la República en el terreno diplomático. Su embajador en Moscú, Marcelino Pascua, pidió durante muchos meses que le enviaran más personal a Moscú y un cónsul a Leningrado y no le hicieron caso. Sin embargo, en América del Sur permanecían algunos cónsules profesionales que prácticamente no hacían nada. Y a pesar de que no lo conocemos todo sobre este punto, este vacío hay que atribuírselo a Negrín, porque cuando llegó a la Presidencia del Gobierno hubiera podido subsanarlo y no lo hizo. No obstante, también es verosímil que en lo posible el Gobierno prefiriera tratar con los soviéticos en Valencia y después en Barcelona.

M. A.: *¿Y los sublevados*?

Á. V.: Franco no tuvo brillantes diplomáticos, pero tampoco los necesitaba. Los más destacados fueron el Duque de Alba en Londres y José Quiñones de León en París, quien ya había sido varios años embajador de la monarquía de Alfonso XIII en este país. He revisado su expediente personal en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y curiosamente casi todos sus papeles han desaparecido. ¿Por qué?

LA BURLA DE LA NO INTERVENCIÓN.

M. A.: *¿Cómo se gestó el Pacto de No Intervención?*

Á. V.: Fue Francia el país que lo promovió y de inmediato el Reino Unido se adhirió. A lo largo de agosto de 1936 fue asumido por 27 naciones europeas, todas menos Suiza. El compromiso era no vender armas ni a los sublevados ni al Gobierno legítimo de España, reconocido internacionalmente. Luego, fue ampliando sus actividades a los voluntarios, entendiendo por tales los que de buenas ganas sirvieron a la República en las Brigadas Internacionales y a quienes enviaban las potencias fascistas (el personal soviético, los asesores, fue muy reducido). El secretariado británico, nunca con las mejores intenciones, intentó extender su labor a las ayudas financieras para yugular a la República, pero ahí se estrelló con la resistencia numantina de Francia y de la Unión Soviética y tan «bondadosos» propósitos no se cumplieron. Por supuesto, la No Intervención no se amplió a los carburantes, de los que Franco dependía desesperadamente y que le suministró la compañía Texaco, o el material móvil, que le envió la Ford.

M. A.: *¿Se cumplió la No Intervención?*

Á. V.: No. Muchos Estados cerraron los ojos y permitieron que saliera material de guerra hacia España. La propia Francia y otros países toleraron el contrabando de material ligero (fusiles, ametralladoras, pistolas, bombas de mano). Eso sí, nadie se atrevió a suministrar lo decisivo en la contienda (aviación y artillería pesada), que salía de los arsenales y no podía ocultarse. Esto es lo que la República tuvo grandes dificultades en adquirir hasta la llegada de la ayuda soviética; fuera de ella adquirió aviones y material ligero, pero con grandes dificultades y enormes demoras. Un doctorando, Miguel Íñiguez Campos, está preparando una tesis en la Universidad Complutense sobre este tipo de operaciones.

M. A.: *¿Y los facciosos?*

Á. V.: Franco nunca tuvo problemas de aprovisionamiento. E incluso Italia y Alemania enviaron pronto pequeñas misiones militares con acceso a la cúpula de los sublevados. Es importante recordar que a fines de agosto de 1936 llegó a España un teniente coronel del Estado Mayor alemán, Walter Warlimont, como oficial de enlace con Franco y que muy pronto, a principios de septiembre, recomendó a los sublevados que solicitaran tanques. A nadie se le había ocurrido. Franco pedía aviones, pero Warlimont insistió en la importancia de los carros de combate, porque apoyaban el avance de las columnas, protegían los flancos, destruían la infantería republicana… Hacia el 10 de septiembre los encargó a Berlín, tras la luz verde de Franco, y los enviaron.

Y, probablemente, del principal oficial de enlace alemán partió también la idea de la única gran innovación estratégica de la Guerra Civil: la Legión Cóndor. Se trató de disponer de un cuerpo aéreo bien dotado, expedicionario, con aviones relativamente modernos y que actuase en formación cerrada para machacar al enemigo. Un auténtico «puño de hierro», como lo he llamado en mis libros. Los historiadores franquistas afirman que se constituyó en noviembre de 1936 como reacción a la ayuda soviética a la República, pero la primera referencia del Estado Mayor que la preparaba es del 15 de octubre… y entonces ya estaba en marcha. La decisión debió de tomarse unos días antes, posiblemente a principios de aquel mes.

M. A.: *¿Y cómo evolucionó en los primeros meses la ayuda militar italiana a Franco*?

Á. V.: Fíjate, la Armada sublevada la empezaron a organizar unos cuantos oficiales de marina italianos en septiembre y octubre de 1936. Y ya en aquel mes Mussolini estaba evaluando el envío de un cuerpo expedicionario. No lo hizo entonces por la negativa de Franco, que temía complicaciones. Es decir, o bien por las informaciones que ofrecían los observadores militares destinados en el terreno, italianos o alemanes, o bien por las ideas que generaban los estados mayores de Hitler y Mussolini, la dinámica de la intervención de las potencias fascistas, desde el primer momento, solo apuntó en una dirección: hacia su crecimiento y hacia su

complejización. Este es el punto esencial que los historiadores franquistas no quieren captar.

M. A.: *Es evidente que el Pacto de No Intervención perjudicó seriamente a la República…*

Á. V.: El Gobierno republicano lo rechazó, pero no tuvo más remedio que aceptarlo. Fue doloroso para la República, pero también para algunos ministros y políticos franceses que sabían que la dejaban en la estacada. Oficialmente, Francia y el Reino Unido alegaron que se trataba de un asunto interno de España y que pretendían evitar que repercutiera en Europa. Esto, desde el punto de vista de las pequeñas potencias, era muy razonable y en la escena inestable de los años treinta resultaba muy difícil no acompañar a París y Londres. Los más reticentes fueron las naciones intervencionistas: Italia, Alemania y la Unión Soviética. La URSS se adhirió a la No Intervención a fines de agosto después de pedir con gran insistencia la incorporación de Portugal, porque Moscú sabía que estaba prestando una ayuda importante a los sublevados.

La No Intervención fue una gran ventaja, la gran ventaja sin duda alguna, para los sublevados. Por una parte, les equiparaba con un Gobierno democrático y, por otra, sus aliados la vulneraron constantemente sin que ello jamás les supusiera un problema. Fue una farsa a la que hoy estamos tan acostumbrados que ya no nos llama la atención, pero en realidad era algo absolutamente increíble puesto que todo el mundo sabía que Italia y Alemania intervenían en España.

M. A.: *¿Los gobiernos francés y británico conocían ya en agosto de 1936 la importante ayuda militar de Roma y Berlín a Franco*?

Á. V.: Sí, y su inhibición, su decisión de no ayudar al Gobierno legítimo, unida a la acometida de las potencias fascistas, fue la gran tenaza para la República. Anticipó lo que en 1938 le sucedió a Checoslovaquia, víctima de la expansión de la Alemania nazi. Todos los intentos del Gobierno republicano por plantear las cuestiones de la Guerra Civil en la Sociedad de Naciones fueron baldíos.

La República cometió muchos errores, de entrada; se equivocó al aceptar, aunque con reticencias, el Pacto de No Intervención. Pero, francamente, no sé qué otras alternativas pudo manejar. Sí censuro, como Edward Malefakis, que Azaña permaneciera inactivo y no viajara a París, Londres y Ginebra. Es algo realmente sorprendente.

M. A.: *¿Hubo sectores en Francia y el Reino Unido que se opusieron a la No Intervención*?

Á. V.: Sí, fijémonos en el caso británico. El 3 de octubre el no gubernamental Comité de Investigación de las Violaciones del Derecho Internacional publicó un informe que constató que la No Intervención había perjudicado gravemente al Gobierno republicano al privarle de las armas y del material de guerra esenciales para sofocar la rebelión militar.

Poco después, el Congreso del Partido Laborista aprobó una moción por la que pedía que, tras la evidente intervención de Alemania e Italia en el conflicto español, las demás potencias revisaran su posición. Y el 9 de octubre difundió una resolución que solicitaba que París y Londres adoptaran medidas urgentes para devolver a Madrid el derecho a comprar las armas necesarias «para mantener la autoridad del Gobierno constitucional en España y restablecer la ley y el orden en su territorio». No obstante, también había sectores del laborismo que compartían la posición del Gobierno conservador de su país, y esas divisiones internas neutralizaron el apoyo popular a la República, que era mayoritario en el Reino Unido.

M. A.: *¿Y Francia? ¿Cómo progresó en los primeros meses de la contienda su visión de la No Intervención*?

Á. V.: Me remito a la carta que en febrero de 1937 el embajador Araquistáin envió al presidente del Gobierno, Largo Caballero, para relatarle que la diplomacia francesa consideraba un éxito que la guerra no hubiera sobrepasado las fronteras españolas. Y añadía que en la Administración gala «se teme la victoria de los facciosos (…) pero no se teme menos nuestra victoria»… Esta era la

lógica de la No Intervención.

Efectivamente, Francia temía el triunfo de Franco, pero también su derrota por la idea de que la República había caído, o iba a caer, en manos de la Unión Soviética. Y ello a pesar de que sus informadores sobre el terreno lo desmentían, como lo prueba la evolución del pensamiento del agregado militar Henry Morel, que además era el jefe en España del Deuxième Bureau (el servicio secreto de inteligencia militar francés). Morel era un hombre monárquico… imagínate en 1936 un monárquico francés. ¡No debía de estar mucho con la izquierda! Sus primeros despachos fueron muy despectivos hacia la República, pero poco a poco fue apreciando el significado profundo de la Guerra Civil, el esfuerzo que hacían los republicanos y habló maravillas de Largo Caballero y del PCE. Pero la información que proporcionó no fue tenida en cuenta. Tampoco la del segundo embajador francés, Eirik Labonne.

M. A.: *¿Qué transmitió Labonne a París*?

Á. V.: Sus informes desde Barcelona fueron rotundos: manifestó que se estaba exagerando la influencia soviética. Reconocía la existencia de la ayuda y la presencia soviética en la España republicana, pero aseguraba que Stalin no determinaba ni su evolución política, ni su estrategia militar. Como los de Morel, sus informes no tuvieron ninguna influencia porque el Quai d’Orsay y el Estado Mayor francés eran profundamente anticomunistas por prejuicios de clase e ideológicos.

M. A.: *Tampoco está exento de simbolismo que el Comité de No Intervención estuviera radicado en Londres, en la mismísima sede del Foreign Office, uno de los focos de la hostilidad británica hacia la República…*

Á. V.: Tuvo su importancia. Puestos a machacar a la República era mejor hacerlo desde casa, con un secretariado también británico. Todo muy de Whitehall, típico de la Administración británica.

MÉXICO SOLIDARIO.

M. A.: *En julio y agosto de 1936 México, presidido por el general Lázaro Cárdenas, fue el único país que apoyó a la España republicana…*

Á. V.: Era la reacción que el Gobierno de la República hubiera esperado de Francia, no voy a decir del Reino Unido, pero sí de Francia. México proclamó en la Sociedad de Naciones que el Gobierno de España tenía derecho a defenderse de unos facciosos…

M. A.: *Y vendió armas a la República…*

Á. V.: Sí, diez mil fusiles, municiones y piezas pesadas de artillería, pero, claro, aquello solo fue una gota de agua en el océano de las necesidades de armamento de la República.

M. A.: *¿Por qué razones actuó así México*?

Á. V.: La decisión del Gobierno de Cárdenas obedeció evidentemente a una gran simpatía por la República Española, en la que apreciaba el empeño en realizar un proceso de transformaciones como el que había vivido México un cuarto de siglo antes. Además, la Guerra Civil española brindaba a este país la oportunidad de tener un perfil propio en la escena internacional, centrado en el rechazo al intervencionismo de las grandes potencias en los asuntos internos del resto de naciones. Recuerda también que, con Roosevelt y su «política de buena vecindad», Washington había prometido no injerirse en los asuntos latinoamericanos. Además, temía que si Estados Unidos, el Reino Unido y Francia permitían la expansión internacional de las potencias fascistas tampoco México podría finalmente librarse de esta trágica suerte.

M. A.: *Por cierto ¿cómo reaccionó la Casa Blanca ante los sucesos de España*?

Á. V.: El presidente Roosevelt era en principio favorable a la

República, pero se encontró con un Departamento de Estado muy proclive a los sublevados. Su embajador en España, Claude Bowers, fue uno de los pocos jefes de misión que se situó a favor de la República desde el primer momento, pero nunca le hicieron caso a pesar de que tenía buena información y sus despachos sobre la intervención de Italia y Alemania, escritos desde Hendaya, eran bastante buenos, muy meditados.

A principios de 1937, con la mirada puesta en el voto católico, Roosevelt decretó un embargo legal de la venta de armamento a España. Pero, en fin, Estados Unidos fue la potencia ausente en la Guerra Civil. Uno casi puede borrarla del mapa. El *juego* se dirimió entre las grandes potencias europeas.

Tampoco ayudó a la República en este sentido el embajador que destinó a Washington, Fernando de los Ríos, un gran intelectual, un gran académico, un buen socialista, pero no un hombre de acción. Desconocía el medio norteamericano y la rudeza de la política local. No lo digo solo yo, lo señalan también los historiadores estadounidenses. No era la persona adecuada para aquella embajada.

VACACIONES EN EL MAR NEGRO.

M. A.: *¿Dónde estaba Stalin en el verano de 1936?*

Á. V.: En su residencia estival, en su *dacha* en Sochi, en el mar Negro. Por cierto, no volvería a tomar vacaciones en ella hasta 1946 debido al recrudecimiento progresivo de la situación internacional, pronto por la amenaza japonesa y después por la invasión nazi y la entrada de la URSS en la Segunda Guerra Mundial.

M. A.: *¿Cómo siguió la evolución de las primeras semanas del conflicto español?*

Á. V.: Al día…

M. A.: *¿Por qué canales?*

Á. V.: En los archivos de Moscú se conservan las relaciones de documentación que le enviaban. Cada día se mandaba a Sochi grandes cantidades de información acerca de los principales asuntos internos e internacionales. Date cuenta que Stalin era un devorador de información, trabajaba 18 horas al día, no era como Mussolini o Hitler. Sí se parecía a Churchill: iba al detalle, era un trabajador empedernido.

M. A.: *¿Qué presencia tenía la Unión Soviética en España en julio de 1936*?

Á. V.: Se circunscribía básicamente a los agentes de la Komintern que se encargaban de tutelar al PCE. Y tampoco eran muchos: Gero, Codovila y un par más. La URSS aún no tenía embajada en Madrid. No excluyo, pero nadie lo ha demostrado hasta ahora, que hubiese ya algún agente de su servicio de inteligencia militar, el GRU, en aquellos días.

M. A.: *¿Cómo reaccionó la Komintern ante la sublevación militar*?

Á. V.: La Internacional Comunista era un órgano al servicio de la diplomacia soviética, pero no era la diplomacia soviética. Tras la reunión de su secretariado el 23 de julio, las instrucciones de Georgi Dimitrov a sus agentes y al PCE fueron muy claras: asumir la defensa de la República democrática y rehuir cualquier veleidad revolucionaria a pesar de la nueva situación creada por la sublevación militar y de que las masas populares tenían armas. Y en fechas tan tempranas la Komintern se planteó un dilema operativo: cómo actuar ante los combates. Las dos opciones eran el desarrollo de las milicias y la creación de un ejército nuevo en torno a los oficiales que habían permanecido leales a la República. Dimitrov favorecía la segunda.

M. A.: *¿El PCE asumió el mensaje de su Internacional*?

Á. V.: Por supuesto. El PCE enarboló la bandera de la defensa de la República y pronto apoyaría la formación del Ejército Popular.

Ahora bien, en función de las necesidades políticas del momento, y como Fernando Hernández Sánchez ha estudiado, fue modulando su discurso y actividad y en algún momento tanto su secretario general, José Díaz, como Palmiro Togliatti (dirigente comunista italiano y agente de la Komintern en el terreno desde 1937), hablaron de una República democrática de nuevo cuño, más avanzada que la de
1931-1936
. Pero no pensaban en una «república popular» como las que se instalaron en el este de Europa en la *Guerra Fría*.

M. A.: *¿La República se dirigió también a la URSS para adquirir armamento*?

Á. V.: Lo hizo el 25 de julio el Gobierno presidido por Giral, porque en aquel momento lo que más necesitaban era comprar armas. Seguramente, Stalin hubiera preferido que la No Intervención fuese real, que las potencias fascistas la respetaran, para no tener que intervenir en ayuda de la República. Esa era su apuesta inicial, por eso se tomó varias semanas para responder a las demandas de Madrid.

M. A.: *¿A qué aspiraba la política exterior soviética en aquel momento*?

Á. V.: En los años treinta la Unión Soviética era una potencia militar importante, pero aún no el gigante que echaría un pulso a Estados Unidos y Occidente durante *la Guerra Fría*. Para comprender su reacción ante el golpe de Estado y el desarrollo de la Guerra Civil hay que tener presente que desde fines de 1934 y hasta la Conferencia de Múnich de septiembre de 1938, Moscú propuso de manera recurrente a Londres y París una alianza defensiva frente a Hitler.

En 1934, la Unión Soviética ingresó en la Sociedad de Naciones y Stalin dio señales del posterior giro hacia el frentepopulismo porque empezó a percibir que el gran peligro era la Alemania nazi. Ya había roto con las aspiraciones de revolución mundial,

enarboladas por Trotski, en favor de la tesis del «socialismo en un solo país», aunque mantenía la retórica revolucionaria a través de la Komintern. Pesaba también el trauma aún no superado de la intervención extranjera a favor de los ejércitos zaristas entre 1919 y 1921.

En 1936, las amenazas para la URSS eran claramente Japón y la Alemania nazi. Se veía acosada por ambos flancos. ¿Quiénes podían ser sus aliados potenciales? Pues aquellos países afectados en primera línea por el imperialismo nazi-fascista: las democracias occidentales. Por eso, tendió la mano a Francia y el Reino Unido. En 1935 Moscú y París firmaron un pacto político, pero desprovisto de garra porque carecía de un componente militar defensivo. Con Londres el acuerdo solo fue posible a partir de 1941… cuando la Luftwaffe bombardeaba Inglaterra y la Wehrmacht avanzaba por la estepa.

No conviene olvidar que la Guerra Civil se insertó en una escena internacional cuarteada por múltiples tensiones: las exigencias de las potencias fascistas que rechazaban la Paz de Versalles, que puso fin a la Primera Guerra Mundial; la hostilidad de las potencias democráticas hacia la Unión Soviética, a la que consideraban su principal enemigo; y los intentos de la URSS de forjar un sistema de seguridad colectiva frente a las amenazas que intuía por el este y por el oeste. Explicar la estrategia soviética hacia la República en guerra no supone absolver históricamente a Stalin. Se equivocó al no valorar suficientemente el anticomunismo de sus ansiados *partenaires*, pero más se equivocaron estos.

M. A.: *El temprano apoyo de las potencias fascistas a los sublevados en España confirmó que la amenaza para la democracia en Europa era el fascismo…*

Á. V.: En el verano de 1936 fue España la agredida, después lo fueron otros países. Los republicanos insistieron en esta idea tanto en la propaganda como a través de los canales diplomáticos. Este argumento respondía también a la convicción de determinados sectores del Gobierno y la Administración de la República, pero ni Francia ni el Reino Unido lo asumieron. Optaron por la farsa de la

No Intervención.

En consecuencia, del mismo modo que si el contexto internacional no cambiaba, la República estaba condenada, la estrategia defensiva de Stalin estaba abocada al fracaso de no variar la receptividad de las potencias democráticas occidentales. Y así fue. Sin embargo, todavía hoy se ennublece, se ofusca, esta realidad porque aún se aplica a la Guerra Civil y en parte a las relaciones internacionales de los años treinta el esquema de la *Guerra Fría*. En España es particularmente notable la «comprensión» de algunos autores de medio pelo por los objetivos de Hitler y de Mussolini.

La «Operación X».

M. A.: *¿Por qué tardó casi dos meses Stalin en ordenar la ayuda a la República?*

Á. V.: Porque no era Hitler, ni era Mussolini: no pretendía ampliar su imperio hacia el oeste. En segundo lugar, porque meterse en un país que se desconoce en circunstancias que se ignoran era complicado para una nación demonizada como lo era la URSS. Los diplomáticos y la dirección soviéticos eran conscientes de ello, como los diplomáticos franquistas asumían que la dictadura del general Franco no despertaba simpatías entre las democracias «decadentes».

Pero Stalin no estaba con las manos cruzadas. Desde el primer momento, y por razones que todavía desconocemos, a los pocos días de que los republicanos pidieran a los ingleses combustible para la flota, ordenó que se les suministrara…

M. A.: *¿Cómo conocía esta carencia de la flota republicana?*

Á. V.: Es un misterio. La costumbre soviética no era actuar con la rapidez del relámpago. Claro, proporcionar combustible a la flota no implicaba entrar en guerra. Imagino que la petición republicana hecha a los ingleses llegó a las manos de Donald Maclean, quien era un espía soviético en el Foreign Office. Llevaba allí un par de años y

se ocupaba de los asuntos de España en la Dirección General de Europa Occidental. Debió de apresurarse a enviar la petición de la República a su control en Londres y en Moscú; Stalin reaccionó con celeridad y se puso en marcha la operación de suministro de combustible a la República a precios reducidos.

M. A.: *¿Hubo otros destellos iniciales de la posterior ayuda soviética*?

Á. V.: La segunda manifestación fue el envío de algunos periodistas, como Koltsov y Ehrenburg, quienes exploraron lo que sucedía en España. Lo único que sabía la URSS era lo que les decían los agentes de la Komintern: Codovila desde Madrid y Gero desde Barcelona. Era insuficiente, necesitaban saber mucho más. Y a partir del 1 de agosto comenzaron «*espontáneamente*» las manifestaciones masivas de solidaridad con el proletariado español en numerosos puntos de la Unión Soviética, y los sindicatos soviéticos entregaron una ayuda económica a los sindicatos españoles.

Eran señales de que la URSS no podía permanecer impasible porque, teóricamente al menos, era el único Estado socialista y no podía abandonar a su suerte al proletariado español. La República se había convertido en el ejemplo de resistencia contra el fascismo, que avanzaba en Europa, golpeaba en África (Abisinia), crecía en Asia (Japón) y amenazaba en varios países de América. Desde el Ártico al Cono Sur y desde Siberia al Pacífico occidental hubo un esfuerzo internacional hasta entonces desconocido de solidaridad y de fraternidad hacia la República Española.

M. A.: *Estaba en juego también el prestigio internacional de la URSS y del propio Stalin…*

Á. V.: Sí, claro. Además los trotskistas no perdieron ni un minuto en criticar la pasividad soviética y Stalin reaccionó de manera paranoica. Se puede denunciar su paranoia, pero esta tenía consecuencias: «No debemos dejar bazas al enemigo trotskista». Esta era la idea. Stalin envió dos asesores militares al PCE y también

llegaron cámaras y cineastas soviéticos a la España republicana. Comenzó un proceso de deslizamiento progresivo, férreamente controlado por Stalin, orientado en primer lugar a conocer qué sucedía en España. Esto se ilustró a mediados de agosto con la decisión de nombrar por fin un embajador soviético en Madrid. La URSS envió diplomáticos, como el embajador Rosenberg, y a hombres de la inteligencia militar, como Goriev, y de la NKVD con instrucciones de observar e informar a Moscú, no de entrometerse en los asuntos españoles.

M. A.: ¿*Y la Komintern*?

Á. V.: Durante algunas semanas estudiaron qué hacer y, según los diarios de Dimitrov, que por lo que parece son fidedignos, a fines de agosto, presionados un poco por el Partido Comunista Francés, plantearon que convendría enviar voluntarios internacionales no soviéticos a luchar con la República. Se empezó a estudiar, a pulir la idea… Ahí está el germen de las Brigadas Internacionales. El 3 de septiembre, la Komintern reconocía que la situación de la República ya era crítica. Todo lo que sigue leyéndose hoy en España de una reunión en Praga en la que se decidió la ayuda a la República es un cuento chino. Los historiadores profranquistas no han podido desembarazarse todavía de la tentación de arrimar lo más posible la decisión soviética a las de Hitler y Mussolini.

Pocos días después, Stalin indicó en un telegrama que se estudiara la posibilidad de enviar aviones de guerra modernos a la República… a través de México. Era una idea absurda que fue rápidamente descartada, pero que demuestra que para entonces ya empezaba a pensar en intervenir. A lo largo de aquel mes, tanto en el comité ejecutivo de la Komintern como en el Ministerio de la Guerra soviético y la NKVD se estudió la ayuda material y humana a la República.

M. A.: ¿*Cuándo se formalizó la decisión de ayudar a la República*?

Á. V.: Gracias al historiador ruso Yuri Ribalkin, sabemos que el

26 de septiembre de 1936, a las 15.45 horas, el mariscal Vorochilov recibió una llamada telefónica de Stalin desde Sochi sugiriéndole que considerara con urgencia la venta a la República de entre ochenta y cien tanques y medio centenar de bombarderos. Era el comienzo de la «Operación X»: la ayuda soviética a la República.

En septiembre de 1936, la República tenía prácticamente perdida la guerra a consecuencia de la inhibición de las potencias democráticas y del apoyo de Alemania e Italia a Franco. Los sublevados avanzaban rápidamente hacia Madrid frente a un ejército constituido básicamente por milicias en retirada y que tenía una enorme dificultad para adquirir armas en el exterior (se llegó a dirigir a 36 países). Pero la decisión soviética de ayudar con hombres y sobre todo con armas a la República fue determinante para el estallido de una guerra civil «total» de rasgos modernos.

M. A.: *Especialmente importante fue la llegada de sus aviones de guerra…*

Á. V.: Así es. Los únicos militares soviéticos que entraron en combate fueron los aviadores porque no había nadie en España que pudiera pilotar aquellos aparatos. De ahí que Beevor vea en ello un indicio de los presuntos intentos de malvada dominación de la inerme España por parte del Kremlin. Claro que no se le ocurre plantear este argumento al lado franquista. ¿Quiénes pilotaban los aviones alemanes e italianos?

La URSS nunca envió una unidad como la Legión Cóndor, pero sí asesores militares. Por otra parte, hay que aclarar que queda bastante por investigar sobre su papel en la Guerra Civil. Desconocemos los informes producidos por su embajada en España y la mayor parte de los archivos (por ejemplo los de la NKVD, después llamada KGB) siguen cerrados. Y por lo que sé, solo un historiador, Yuri Ribalkin, ha logrado acceder a los archivos de la Presidencia y lo que encontró, como el diario de Vorochilov, fue espectacular.

Hoy conocemos los parámetros generales de la intervención soviética, el cuadro general, y no es poco, porque hace quince años no sabíamos nada. Ahora bien, dentro de ese cuadro general hay

muchos detalles por explorar y la masa documental es inmensa. En los archivos militares rusos, de los que te dejan ver el catálogo, muchos legajos están aún cerrados.

M. A.: ¿*Qué importancia tuvo la ayuda soviética*?

Á. V.: Salvó a la República y le permitió sostener el pulso. A partir del mes de octubre de 1936 entraron en combate sus armas, básicamente los tanques y sobre todo los aviones, pilotados por casi trescientos aviadores soviéticos.

3

El oro y el Ejército Popular.

NEGRÍN Y EL PCE EN EL GOBIERNO.

Mario Amorós *¿Por qué razones se constituyó el nuevo Gobierno de la República el 4 de septiembre de 1936, presidido por Largo Caballero*?

Ángel Viñas: Era evidente que en la dinámica política española Giral no podía continuar al frente del Gobierno. Era, no lo olvidemos, un gabinete esencialmente republicano, sin participación de los demás actores del Frente Popular. Su actuación no fue tan mala como muchos historiadores suelen afirmar, pero no representaba las fuerzas en ascenso en una situación de emergencia militar. Tenía que crecer por su izquierda y por su derecha y, naturalmente, Giral no podía estar a la cabeza, hubiese sido incomprensible. La alternativa lógica, a decir verdad la única alternativa, era hacer entrar a los socialistas y a los anarquistas, de hecho ya se había intentado sin resultado. Y no dejar de lado al PNV y a ERC. Los anarquistas, no obstante, no ingresaron en el Ejecutivo hasta dos meses después.

M. A. *¿Por qué ocupó Negrín la cartera de Hacienda*?

Á. V. Bueno, Largo Caballero pidió a la dirección del PSOE que le propusieran nombres… Juan Negrín era un diputado de perfil bajo, nunca había sido ministro, pero se había especializado en temas hacendísticos, había formado parte de la comisión de transferencias a Cataluña en el marco del Estatuto de Autonomía de 1932 y todo el mundo sabía que hablaba idiomas. El nuevo presidente del Gobierno le conocía perfectamente.

M. A. *¿A qué tendencia del PSOE pertenecía*?

Á. V. Negrín era «*prietista*», su mentor era Indalecio Prieto. Esto podía ser un punto negativo para Largo Caballero, pero Prieto también entró en el gobierno. Es decir, la composición del gabinete del 4 de septiembre era inteligente porque Largo también puso a quien había sido su rival, Prieto, con una cartera que en aquellos momentos tenía poca entidad: Marina y Aire. La aviación republicana estaba en pañales y la marina no era gran cosa, aunque ganaría mayor peso a medida que creció la importancia del arma aérea.

M. A. *También entonces el PCE ingresó en el gabinete*…

Á. V. Por primera vez en la historia de España y de Europa occidental los comunistas formaban parte del Gobierno. La entrada del PCE, con Jesús Hernández al frente de Instrucción Pública y Vicente Uribe en Agricultura, obedeció al deseo de Largo Caballero de formar un gabinete de Frente Popular y netamente antifascista. A pesar de la oposición de Stalin, quien prefería uno de perfil burgués y progresista, el PCE comprendió que no podía permanecer al margen.

El pesimismo de Azaña.

M. A. *La situación militar de la República a principios de septiembre ya era angustiosa: sin un ejército estructurado, sin ayuda exterior y con las columnas sublevadas avanzando hacia Madrid.*

¿Cómo valoraba el presidente Azaña la situación en aquel momento?

Á. V. En septiembre de 1936, Azaña daba por perdida la guerra. Se había derrumbado y ya no se recuperó. Le desmoralizó profundamente que el Frente Popular francés no ayudara a la República. Su mundo se había caído a pedazos y no sabía qué hacer. Comentó su visión con varios ministros, entre ellos Álvarez del Vayo, que le dijeron obviamente que no era posible lanzar ese mensaje derrotista a las masas.

El único que le dio la razón fue Julián Besteiro, quien además le planteó que había que hacer algo…

M. A. *¿Y lo hicieron*?

Á. V. Bueno, Azaña encargó a Besteiro que representara a la República en la ceremonia de coronación de Jorge VI de Inglaterra el 12 de mayo de 1937. En Londres, Besteiro habló con el titular del Foreign Office, Anthony Eden, para plantearle una mediación internacional que pusiera fin a la Guerra Civil. Pablo de Azcárate, el embajador republicano, se lo reprochó, porque estaba trasladando una imagen derrotista a los británicos. Eden habló con el secretario de Estado adjunto del Vaticano para que influyera en la Iglesia católica española, pero la idea murió pronto porque el cardenal Gomá se negó a cualquier mediación.

Marcelino Pascua, entonces embajador de la República en la Unión Soviética, plasmó las consecuencias del asunto en un documento que escribió después de la Guerra Civil…

M. A. *¿Cuáles fueron*?

Á. V. En junio de 1937 Pascua se entrevistó con Stalin para presentarle el programa del nuevo Gobierno, que desde hacía un mes presidía Juan Negrín y que apostaba por una mayor cohesión de la República y una política de guerra más enérgica. Entonces, Stalin le comentó que había recibido noticias de que Azaña estaba haciendo gestiones para una paz separada con Franco… Claro, tras el comentario de Besteiro, Eden había hablado con Litvinov, el

ministro soviético de Asuntos Exteriores, y a este le faltó tiempo para comunicárselo a Stalin. ¿Cómo es posible que Azaña, que decía que entendía mucho de política internacional, no pensara en las repercusiones de aquella iniciativa? Esto cayó como una bomba en Moscú.

La gestión que quería Azaña no podía hacerla un enviado suyo ya que el presidente de la República no tenía esas atribuciones ejecutivas en el plano constitucional. Si había que plantearlo, le correspondía a un ministro o al embajador y lo harían en ejercicio de sus responsabilidades. Pero Azaña jugó a espaldas del Gobierno, aún presidido por Largo Caballero, de forma que no le correspondía. Para que una gestión de ese tipo pudiera prosperar, no digo ya tener éxito, Eden tenía que hablar con los italianos, los alemanes y los soviéticos. Y eso no lo vio Azaña. O no lo quiso ver. O se hizo el loco.

Por cierto, curiosamente de los archivos del Foreign Office han desaparecido las minutas relativas a la gestión de Besteiro en mayo de 1937. ¡Qué casualidad! Nos hubieran permitido conocer la reflexión de los diplomáticos y funcionarios británicos sobre el tema.

M. A. *¿Negrín supo del comentario sarcástico de Stalin a Pascua*?

Á. V. Sí, a Pascua le faltó tiempo para viajar a Valencia y relatárselo. El embajador anotó en sus papeles que fue un golpe duro para el nuevo presidente del Gobierno. Creo que ahí se abrió una cuña entre ambos, que luego se ampliaría, porque Negrín no podía tolerar que Azaña jugara a espaldas del Gobierno con diplomáticos extranjeros. Santos Juliá en su biografía de Azaña lo justifica. Yo lamento discrepar, a mí me parece una barbaridad.

M. A. *¿Cree que Azaña estuvo a la altura de las circunstancias durante la Guerra Civil*?

Á. V. Él fue la encarnación de la República burguesa de izquierdas en la paz. Pero no era un hombre para la guerra, quedó paralizado tras la sublevación. Concuerdo con el embajador Pascua

en que su parálisis pudo obedecer a un sentimiento de culpa por no haberla prevenido. En alguna medida se sentiría responsable de la Guerra Civil y ese sentimiento le reconcomió. Humanamente, es comprensible que se inhibiera, pero hubo muchos republicanos que murieron con su nombre en los labios y muchos militantes de Izquierda Republicana fueron fusilados. Me atrevo a pensar que la valoración histórica de su figura en el futuro no será tan positiva como lo es hoy.

Pero, en general, no censuro su actuación, salvo en las últimas semanas de la Guerra Civil, cuando su comportamiento fue completamente inexcusable y, por mucho miedo que tuviera, no fue digno. No dudo de sus buenas intenciones, pero la verdad es que prestó un mal servicio a la República desde el principio de la contienda. El problema es que no había alternativa. Las circunstancias no eran como para promover la elección de otro.

FRANCO CORONA LA CIMA.

M. A. *El 1 de octubre de 1936 Franco fue designado «Generalísimo» y «jefe del Estado» de la zona sublevada. En apenas dos meses y medio había coronado una cima que jamás imaginó. ¿Cómo lo explica*?

Á. V. Al participar en la sublevación, Franco aspiraba a ser el Alto Comisario de España en Marruecos. Ese era su objetivo vital: ser una especie de virrey, disfrutar del puesto más codiciado de todo el ejército español. Así se lo confesó a Pedro Sáinz Rodríguez y este a Vegas Latapié. Pero Calvo Sotelo fue asesinado y Sanjurjo murió en el accidente de avión: la sublevación quedó descabezada. Olvídate de José Antonio Primo de Rivera, quien en julio de 1936 era irrelevante…

M. A. *Y además estaba encarcelado*…

Á. V. Claro. En las primeras semanas, en la zona sublevada hubo una explosión de fervor y propaganda falangista que exaltó a

José Antonio Primo de Rivera. Fue uno de los personajes metidos en la conspiración, a pesar de estar preso, y hubiera podido alcanzar mayor peso del que había tenido hasta su encarcelamiento. Con su fusilamiento en Alicante el 20 de noviembre de 1936, se convirtió en casi una divinidad: «El Ausente». Se han escrito centenares de libros exaltando su memoria. En los años setenta ya tenía la impresión, y se lo dije al editor Lara, el padre, que de no haber habido guerra civil posiblemente hubiese sido una nota a pie de página en la Historia. Como sus homólogos en Francia, Hungría o Rumania.

M. A. *¿Qué factores ayudaron al rápido ascenso de Franco*?

Á. V. Varias situaciones fueron despejando rápidamente la situación política entre los sublevados: mientras que Goded sufrió un fracaso estrepitoso en Barcelona y Mola no pudo tomar Madrid, las tropas del ejército de África, tras cruzar el Estrecho con los aviones alemanes e italianos, avanzaron con éxito por Andalucía y Extremadura.

Después de la muerte de Sanjurjo, jefe indiscutido de la sublevación, Mola constituyó la Junta de Defensa Nacional, que no se fiaba ni de Queipo de Llano (por ser republicano), ni de Cabanellas, que era masón. Fue Kindelán, jefe de la aviación de los sublevados, quien desbrozó el camino a Franco. Era un hombre de mucho prestigio y de reconocida filiación monárquica y pensó que este restauraría pronto la Corona.

M. A. *¿Cómo se manifestó políticamente Franco a lo largo de aquel verano de 1936*?

Á. V. Actuó como el general monárquico que todos veían. De hecho, uno de los primeros actos que protagonizó en Sevilla, a principios de agosto, fue la sustitución de la bandera tricolor por la bicolor. Era un mensaje potente: fue el primer general sublevado que enarboló la bandera monárquica e hizo ver que esa era la enseña de los sublevados. Era una señal inequívoca para sus compañeros de armas y para quienes pensaron que apostaría por el

retorno de Alfonso XIII. Hay errores que matan.

M. A. *¿Cuándo empezó a albergar ambiciones de grandeza?*

Á. V. No lo sé, pero no tardó mucho… Pronto vio que había un vacío en la cabeza de la sublevación. ¿Quién podía liderar a los facciosos? ¿Mola? ¿La Junta de Defensa Nacional, que apenas lograba éxitos militares? ¿O él, que los conseguía, que dirigía las mejores tropas y que recibía directamente la ayuda de las potencias fascistas? En agosto, empezó a percibir que la situación le sonreía y jugó sus cartas con cuidado pero con un objetivo claro. Empezó a persuadirse de que era la primera espada entre los sublevados y su objetivo desde luego fue muy claro: acercarse a Madrid todo lo posible. Se retrasó un poco al desviarse hacia Toledo a fines de septiembre para «liberar» el alcázar, por razones que han sido criticadas pero que eran muy razonables desde su punto de vista político.

No concibió una guerra larga hasta los primeros meses de 1937. Evidentemente, tampoco imaginaba entonces que sería la cabeza de una dictadura que se prolongó durante cuarenta años. Franco no estaba destinado a la gloria, a ser «el “Caudillo” de España por la gracia de Dios», como aseguraron después sus propagandistas.

El 20 de septiembre de 1936, se entrevistó en secreto en Sevilla con el cónsul italiano en Tánger, Piero Filippo De Rossi, y ante él ya habló como si fuera el jefe máximo de los sublevados. El informe de De Rossi fue captado por los británicos y lo cité en *La soledad de la República*. Hace diez años, cuando escribí aquellas páginas, dejé entrever que Franco se echaba un farol, pero no fue así.

M. A. *¿Traicionó a los monárquicos en su ascenso a la gloria?*

Á. V. Se sirvió de ellos, sin duda. Cuando se vio investido de la máxima autoridad, se dedicó a consolidar su poder personal y «compró» a los monárquicos con las contrarreformas que deseaban: lo primero que hizo la Junta Técnica del Estado en septiembre de 1936 fue dictar la contrarreforma agraria y la educativa. Esta última, en concreto, le correspondió dirigirla después, en 1938, a

Pedro Sáinz Rodríguez. Pero los monárquicos anhelaban también el retorno de Alfonso XIII al trono. Ponte en la piel, por ejemplo, de Sáinz Rodríguez, quien había hecho un gran esfuerzo para restaurar la monarquía y que contempló cómo Franco fue investido jefe del Estado. Franco no restauró a Alfonso XIII en el trono de España porque muy pronto se convirtió en el hombre indiscutible que, ungido por Dios, iba ganando la guerra. Los monárquicos intentaron apearle mucho después. Sin el menor éxito. Detrás de él había masas de oficiales y jefes, incluso generales, hechos en la guerra y franquistas por encima de todo. ¿Quién era Alfonso XIII, que murió en febrero de 1941? ¿Quién era su sucesor, Don Juan de Borbón? Entelequias.

M. A. *¿Tampoco Mola, «el director» de la conspiración, podía ser rival para Franco*?

Á. V. No, porque fracasó en su intención de avanzar hacia Madrid. Franco dejó que se estrellara. Como el armamento de las potencias fascistas llegaba directamente a este, el ejército del norte, dirigido por Mola, dependía de él y Franco fue muy parsimonioso en la transferencia del armamento recibido. Mola asumió muy tempranamente su liderazgo. Mi ayudante, Raúl Renau, ha encontrado en el Archivo Militar de Ávila unos telegramas de agosto de 1936 en los que Mola dejaba claro a Franco que se ponía a sus órdenes.

DIEZ MIL CAJAS DE ORO.

M. A. *Ha dedicado muchos años de investigación al manipulado asunto del oro del Banco de España, desde sus libros de 1976 y 1979 a su trabajo más reciente*: Las armas y el oro. *¿Por qué fue tan importante aquella operación*?

Á. V. España era entonces el cuarto país con más reservas auríferas del mundo. Sin la movilización y la venta de las reservas de oro del Banco de España la República no hubiera podido formar

el Ejército Popular, ni pertrecharlo, y por tanto no hubiera habido resistencia republicana. El oro era un arma de guerra y fue Negrín, como ministro de Hacienda, quien lo percibió con mayor claridad. Probablemente, otros en su posición también lo hubieran advertido. Enrique Ramos, de Izquierda Republicana, lo vio con la operación de venta de oro a Francia, pero fue muy lenta y transparente: Franco se enteró y sus hombres hicieron gestiones para detenerla.

Si no hubiera movilizado el oro para adquirir armamento y otros suministros la República hubiera sido derrotada en el otoño de 1936. Es más, probablemente no hubiera recibido la ayuda soviética porque en los años treinta la URSS no estaba en condiciones de entregar armas sin garantías de pago. Y no es que defienda a Stalin o a la URSS, pero quiero recordar que en 1940 y 1941, cuando los británicos luchaban solitos contra la Alemania de Hitler y pidieron armas al único país que se las podía suministrar, Estados Unidos, la política del presidente Roosevelt, «hoy en los cielos», fue de una frialdad extraordinaria: proporcionó armas a los británicos y se las cobró de inmediato. Más adelante, todo eso cambió y se establecieron mecanismos que permitieron el suministro de ayuda militar importante sin necesidad de pagar a tocateja. Por tanto, creo que no habría que crucificar a la URSS incluso si no hubiera suministrado armas a la República de no haber tenido la compensación del oro. Nadie da nada por nada. Primer mandamiento de todo aspirante a interpretar muchas de las actuaciones de esos «monstruos fríos» (De Gaulle *dixit*) que son los Estados en la escena internacional, lo cual no excluye totalmente la cooperación.

M. A. *¿Cuándo empezó la operación del oro*?

Á. V. El 21 de julio, dos días después de asumir la Presidencia del Gobierno, Giral ya había empezado las gestiones para venderlo. El 13 de septiembre, nueve días después de la formación del nuevo gabinete, encabezado por Largo Caballero, el presidente Azaña y el ministro Negrín suscribieron la orden para trasladar las reservas a los polvorines militares de La Algameca, en Cartagena, porque tenía una gran base naval y era una zona políticamente tranquila,

protegida en la retaguardia republicana. Al día siguiente, empezó a ejecutarse el envío y en solo una semana se llevaron diez mil cajas de oro, además de las remesas de plata y billetes de la cámara acorazada del Banco de España. El Gobierno sacó todas estas reservas de Madrid porque corría el peligro de caer en manos de los facciosos y porque, además, en el mes de agosto había circulado el rumor de que los anarquistas planeaban un golpe de mano para apoderarse del Banco de España. El propio Abad de Santillán reconoció que no se atrevieron. Hubiera sido ya la apoteosis que los anarquistas lo hubieran desvalijado.

M. A. *¿Había precedentes de una operación similar en Europa occidental*?

Á. V. Por supuesto. Durante la Primera Guerra Mundial, Francia, Bélgica o el Reino Unido trasladaron una parte de sus reservas de oro a lugares seguros. Y, después, en la Segunda Guerra Mundial los belgas enviaron todas sus reservas al Banco de Francia y de allí a Nueva York, porque si hubieran caído en manos de la Alemania nazi… E incluso el Gobierno británico trasladó oro del Banco de Inglaterra a Canadá.

La República necesitaba poner a salvo el oro que estaba en Cartagena y movilizarlo para abrir una fuente de suministros de armas, municiones, alimentos… muy superior a la que podría captar por vías clandestinas y desorganizadas. A principios del otoño de 1936 vivía un momento dramático. Necesitaba convertir el oro en un arma de guerra, en el nervio de la resistencia. Doctrina clásica.

Alrededor del 25% de las reservas de oro se vendieron a Francia a cambio de divisas. No de armas. Esta operación concluyó en febrero de 1937, pero la inestabilidad política francesa desaconsejaba situar allí la mayor parte de las reservas. El Gobierno de Blum toleraba las manifestaciones de apoyo a la República, permitía la recluta de voluntarios extranjeros y cerraba los ojos a su entrada en España, pero estaba dividido y era atacado continuamente desde la derecha.

M. A. *¿Y el Reino Unido*?

Á. V. Negrín empezó a vender oro en el mercado de Londres a través de una empresa especializada, lo que pasa es que lo hacía con una lentitud exasperante y grandes dificultades, hasta el punto de que solo pudo colocar 3481 lingotes. Y, además, no se fiaba de los círculos bancarios británicos… Con razón. Hubiera sido un error enviarlo allí. También a Suiza o Estados Unidos.

M. A. *¿Moscú era el único destino posible*?

Á. V. Me parece indiscutible. Moscú cumplía el papel a la perfección, porque permitía a la República recibir divisas y armas. La URSS era la única potencia que se disponía a intervenir en gran escala a favor de la República con material de guerra, pertrechos y otros aprovisionamientos. Promovía también entonces una amplia operación destinada a canalizar los esfuerzos de la izquierda mundial en la organización de una fuerza militar efectiva que combatiese con el ejército republicano. El traslado del oro a Moscú favorecía, ante todo, la libertad para disponer de manera confidencial de este recurso, puesto que los soviéticos podrían transferir su valor en divisas cuando la República las pudiera necesitar. Se evitaba todo peligro de bloqueo y permitía aprovechar las redes del aparato bancario soviético en Europa occidental. ¿Cuáles eran los inconvenientes? ¿Caer bajo los dictados de Moscú? Esto es una cuestión que puede demostrarse con la evidencia empírica posterior. Ni la República cayó, ni la operación se retrasó indebidamente.

M. A. *En sus memorias, el periodista socialista Julián Zugazagoitia escribió que ya entonces empezaba a quedar claro, en un momento dramático y con los sublevados a las puertas de Madrid, que «Rusia era nuestro único asidero, la tabla del náufrago»*…

Á. V. De todos los libros de memorias sobre la Guerra Civil escritos por los republicanos, el de Zugazagoitia (*Guerra y vicisitudes de los españoles*) es el más honesto y acertado. Es superior a los

diarios de Azaña en mi opinión. Ex redactor jefe de *El Socialista*, ministro de la Gobernación entre el 17 de mayo de 1937 y el 5 de abril de 1938 y después secretario general del Ministerio de Defensa Nacional, Zugazagoitia intentó con su pluma de periodista escribir una historia de la República en la guerra, superando un poco sus experiencias personales. En aquella afirmación no andaba errado.

M. A. *¿Cuándo aprobó el Gobierno republicano el envío del oro a Moscú?*

Á. V. Esto no lo pude averiguar en los años setenta, porque ni siquiera figuraba en el legajo de Negrín donado en 1956. Desde que conocí a su hijo mayor en Nueva York en 1980 y supe que conservaba los papeles de su padre, intenté tener acceso a esa documentación. Incluso, cuando me ofrecieron ser embajador de la Unión Europea en Buenos Aires o ante las Naciones Unidas, en Nueva York, elegí este último destino en parte porque allí vivía el hijo de Negrín. No logré que me permitiera consultarlos, pero cuando falleció averigüé que la documentación estaba en poder de Carmen Negrín (nieta del presidente) en París y ella sí me autorizó. De este modo, empecé a viajar de Bruselas a París para consultarla, hasta que un día Carmen me mostró unos papeles especialmente relevantes que tenía guardados en la caja fuerte de un banco.

De ellos, el documento más importante, de un gran valor histórico, era la decisión del Consejo de Ministros de la República del 6 de octubre de 1936 que autorizó el traslado del oro a Moscú. Este documento prueba que todo el Gobierno fue parte de aquella decisión, incluido Indalecio Prieto, quien en el exilio sostuvo que no había tenido conocimiento de ella.

Además, en el otoño de 1936 Prieto era ministro de Aire y Marina e imagino que cuando llegaron los aviones de guerra soviéticos debió de preguntarse cómo se pagaban. Que luego dijera una sarta de mentiras y, con perdón, de sandeces no le hizo mucho honor. Se había enemistado a muerte con Negrín y eran rivales por el control político del exilio republicano en general y del socialista en particular. No hay que leer la historia hacia delante.

M. A. *¿Estaba al corriente el presidente Azaña*?

Á. V. Estoy convencido de que sí. Entre los documentos que Carmen Negrín tenía guardados en la caja fuerte había un informe de José Giral, entonces ministro sin cartera, a quien Negrín encargó que inspeccionara los polvorines de La Algameca. Y, si lo sabía Giral, Azaña debía de estar al corriente, porque era su mentor… Es verdad que no hemos encontrado ningún documento y que en sus diarios no lo mencionó, pero me parece imposible que el presidente de la República no se enterara. Ponerlo en duda es grotesco.

M. A. *¿El Gobierno no le informaba de decisiones tan importantes como aquella*?

Á. V. Claro que sí. Azaña recibía masas de información. Y además ¿por qué se le iba a ocultar si él no tenía responsabilidades ejecutivas?

M. A. *¿Cómo se recibió en Moscú la petición del Gobierno republicano*?

Á. V. Negrín asumió la responsabilidad del envío y se la sugirió en primer lugar a Largo Caballero, quien aceptó de inmediato. Después planteó la propuesta a través del embajador Rosenberg y fue recibida con gran perplejidad en Moscú, puesto que la Unión Soviética nunca había realizado una operación de este tipo. Hubo alguna opinión contraria, pero Stalin le dio el visto bueno. ¿Cuándo? No lo sabemos, pero parece lógico pensar que antes del 6 de octubre. Ahora bien, soy el primero en admitir que hay una laguna en la información sobre la operación del oro.

M. A. *¿Cuál*?

Á. V. Cuando investigué en los archivos soviéticos, me negaron el acceso a los documentos relacionados con la operación. ¿Tienen algo que ocultar? Es posible. O tal vez es que simplemente prefieren no abrir esa documentación. No lo sé, pero ningún historiador lo

sabe. Tampoco quienes, como Burnett Bolloten o Stanley Payne, han escrito largo y tendido sobre el pretendido expolio soviético a la República o sobre un Negrín títere de Stalin. Sí he podido demostrar la falsedad de muchas de las concepciones que hay sobre la ayuda soviética a la República, sobre todo en la parte económica.

CARTAGENA -ODESA -MOSCÚ.

M. A. ¿*Cuáles fueron las cifras de la operación del oro*?

Á. V. El oro terminó de cargarse el 25 de octubre en casi ocho mil cajas que se distribuyeron en cuatro barcos soviéticos llegados a Cartagena. En cada uno de ellos viajó un clavero del Banco de España. Surcaron el Mediterráneo, sorteando a la armada franquista, que intentó interceptarlos, y llegaron al puerto de Odesa, en el mar Negro, en los primeros días de noviembre. De allí el oro viajó en tren hacia la capital soviética. Entre el 6 y el 7 de noviembre se hizo la recepción oficial en Moscú y se inició el recuento de todas las cajas, que concluyó el 24 de enero de 1937: llegaron 510 toneladas de oro, casi todo en monedas, que tenían un valor de unos 518 millones de dólares de la época y, en términos del año 2005, de unos 7000 millones de dólares.

Entre el 16 de febrero de 1937 y el 28 de abril de 1938, la República emitió 19 órdenes de venta, hasta agotarlo, para hacer frente al esfuerzo derivado de la guerra. La mayor parte de las divisas se transfirieron a la Banque Commerciale pour l’Europe du Nord en París, bajo control soviético, y desde ella se emplearon para hacer frente a los pagos por las importaciones de productos bélicos y no bélicos, con la connivencia, por cierto, de las autoridades bancarias y financieras francesas.

M. A. ¿*Hubo expolio de la URSS a la República en la venta del oro, como denunció la dictadura franquista*?

Á. V. No. Los soviéticos lo adquirieron al precio del mercado de

Londres. Cargaron a la República las correspondientes comisiones y los gastos de guardia y custodia, al igual que las pérdidas en la fundición del oro en lingotes.

M. A. *¿El envío del oro influyó en la decisión de Stalin de ayudar a la República*?

Á. V. No está demostrado documentalmente, pero parece que tuvo que influir. Stalin tomó su decisión antes de la reunión del Consejo de Ministros del 6 de octubre, cuando los dirigentes republicanos aún desconocían que la ayuda soviética empezaría a llegar una semana después y precisamente a Cartagena. Pero, como el oro se embarcó hacia Odesa el 25 de octubre, también puede afirmarse que no se envió hasta que no quedó constancia de la ayuda militar, posterior a los primeros suministros no bélicos.

De todos modos, una operación como aquella no era estrictamente comercial, tenía un altísimo contenido político. Y, en cualquier caso, sin duda Stalin debió de quedarse muy satisfecho al saber que los envíos de armas a la República iban a ser pagados. En fin, entre nosotros, nadie da algo por nada y me remito de nuevo a las relaciones anglo-norteamericanas durante la Segunda Guerra Mundial: Washington se cobró la ayuda que prestó a los británicos y cuando llegó el momento de hablar de las bases militares en el Caribe, pidieron a Londres que se las entregaran. Por tanto, lo que exaltaban la propaganda del PCE y la propaganda soviética, la ayuda desinteresada de la URSS a la República, fue eso, propaganda. La República pagó con el oro hasta el último céntimo de la ayuda soviética, incluidos los salarios de sus hombres en España, las pensiones para las viudas de quienes murieron en combate… No quedó una categoría sin pago.

Claro, ¿cómo podemos pensar que un Gobierno va a meterse en una operación internacional arriesgada si no es en defensa de sus intereses nacionales? En último término, si quieres, hasta exculpo al Reino Unido. Baldwin y Chamberlain los interpretaron como ligados al apaciguamiento de los dictadores. Si apostaban de tal suerte, es obvio que no podían enfrentarse con ellos en España. En este sentido, la política exterior británica es congruente y por eso no

sostengo que el Reino Unido traicionara a la República. Pero la Historia demostró que aquella política fue un absoluto fracaso, porque estaba destinada a evitar una nueva guerra europea, pero no solo no la evitó, sino que contribuyó a desencadenarla.

M. A. *También fracasó la estrategia de Stalin…*

Á. V. Su política de pretender reforzar el frente antifascista era correcta, pero no tenía demasiadas posibilidades y no obtuvo resultados. La responsabilidad no fue solo soviética, pero tampoco podemos atribuirla exclusivamente a París y a Londres. En los años treinta, la URSS despertaba resquemores en Occidente, las llamadas a la revolución inquietaban a los Estados capitalistas, la actividad de los diferentes partidos comunistas despertaba recelos, pero estos recelos se exageraron… Por ejemplo, el Partido Comunista de Gran Bretaña no podía ser un grave peligro para la seguridad nacional cuando la secretaria personal de su secretario general era una agente del MI5. Por tanto, los planes soviéticos respecto a Gran Bretaña y a la acción política del PC británico estaban en la mesa del MI5, del ministro del Interior y del primer ministro. Seamos un poco sensatos.

M. A. *¿La URSS estafó a la República en la venta de armamento*?

Á. V. Esta es una tesis que planteó hace años el historiador Gerald Howson, por quien siento el máximo respeto y que además es amigo mío. Y fui yo quien tradujo al español su primer artículo sobre este tema que se publicó en España. Pero esto no quiere decir que esté de acuerdo con él, al contrario, Gerald se equivocó en dos aspectos. En primer lugar, ignoró (no es economista) que los soviéticos tenían un sistema de tipos de cambio múltiples que aplicaban a todas las operaciones de comercio exterior. La venta de material lo era. El tipo de cambio oficial dólar-rublo era una mera ficción y se aplicaba a unas cuantas operaciones financieras exclusivamente. Él consideró que los tipos de cambio aplicados a las ventas de armamento y que divergían del teórico cambio oficial fueron manipulaciones para extraer más dólares a la República.

En segundo lugar, Howson comparó sus cálculos con los precios de aviones similares en el mercado internacional. El problema es que no hubo mercado internacional para los aviones de guerra ya que la No Intervención prohibía su venta a la República. El término de comparación hubiera debido ser el precio de los aviones de guerra que recibió Franco de Alemania y de Italia, pero Howson no tuvo medio de conocerlo. Yo sí los conozco gracias a los datos que obran en el Archivo Histórico Nacional en Madrid, en la calle Serrano.

En cuanto los precios en marcos y liras se expresan en dólares aplicando el tipo de cambio oficial de la España franquista (que en aquellos momentos todavía no había descubierto los encantos de los cambios múltiples, como hizo después de la Segunda Guerra Mundial) y se aplican al montante en dólares cargado por los soviéticos, la idea (puramente contable) del «expolio» desaparece. Lo que resulta es lo que los soviéticos y los republicanos siempre dijeron, a saber, que los precios estaban alineados con los del mercado internacional.

Todo esto es argumentable con independencia de un hecho esencial, y en este punto recuerdo mis viajes por la Europa comunista y lo que leí con Alce Nove en Glasgow: los precios de tales economías no eran en modo alguno comparables a los de una economía de mercado. El concepto de costes de producción no existía en ellas, eran meros artilugios contables.

M. A. *¿Alemania e Italia engañaron a Franco*?

Á. V. Sí. En estos casos, por muy intervenidas que estuvieran las economías respectivas, y lo estaban, había contabilidad y había costos de producción. Conocemos los precios a los que vendieron los aviones y otro material a Franco en liras y en marcos. Cuando se los convierte a pesetas y de estas a dólares, aplicando los tipos de cambio vigentes en España, los precios en dólares superan los del mercado internacional. De forma muy importante en el caso italiano y también en el alemán, aunque la muestra de aviones fue mucho menor. Es decir, que los viejos camaradas anticomunistas hicieron un buen negocio con Franco. En el caso alemán porque quisieron

estrujar económicamente a los españoles como si fueran un limón. En el italiano porque supongo que las empresas suministradoras querían hacer su agosto. Y lo hicieron. ¿Qué historiador franquista lo ha documentado? Ninguno. ¿Por qué?

M. A. *Negrín adquirió gran relevancia en el Gobierno por la operación del oro, pero también porque comprendió pronto la necesidad de construir una economía para la guerra…*

Á. V. De esto los republicanos no tenían ni la más remota noción… Y hasta mayo de 1937, con la sustitución de Largo Caballero por Negrín al frente del Ejecutivo, fue imposible unificar esfuerzos en esa dirección. Hacía falta un presidente del Gobierno enérgico y con las ideas un poco claras. Me cuesta mucho trabajo criticar a Largo Caballero, pero entonces era un anciano y no tenía idea ni de guerra, ni de economía. Obvio, él era un gran sindicalista y un gran líder obrero. Fue un excelente ministro de Trabajo. Un hombre al servicio de su clase. No era el hombre indicado para dirigir la guerra y, mucho menos, la economía.

Pero esa visión que tenía Negrín exigía, además, no compartir el espíritu derrotista de Azaña y ser consciente del tipo de guerra que empezaba en España con la llegada de la ayuda soviética y tras la intervención desde los momentos iniciales de las potencias fascistas. Una guerra moderna, una guerra total. Negrín lo captó rápidamente. Lo que pasa es que la cartera de Hacienda tenía mucho peso, mucha influencia, pero no en los asuntos bélicos. Él tuvo también algún encontronazo con Largo. Y aprendió sobre la marcha.

M. A. *¿Por qué se define la Guerra Civil como una guerra «moderna», una guerra «total»?*

Á. V. La guerra que empezó en el otoño de 1936 terminó convirtiéndose en una «guerra total»: una guerra moderna en la que habían desaparecido las diferencias entre frente y retaguardia, en la que toda la sociedad debía implicarse en su sostenimiento y todo quedaba supeditado a la victoria…

Así ocurrió después, por supuesto, con la Segunda Guerra Mundial. Antes que nada en el Reino Unido y bastante más tarde en Italia y Alemania. Pero eso no lo vieron muchos republicanos y fueron menos quienes intentaron traducirlo a la práctica. Lo vieron, sí, los comunistas, pero solos no podían hacer mucho. En temas económicos y militares las carteras las ocuparon siempre socialistas o personas muy próximas a Negrín. Los historiadores españoles y extranjeros siguen debatiendo sobre los méritos de la revolución, la *envolée* del pueblo en armas, las colectivizaciones, la pugna ideológica, los aspectos culturales… Todo muy bien. Pero se olvida el viejo adagio anglosajón: «Una guerra es una guerra, es una guerra, es una guerra». Parece mentira.

LA DEFENSA DE MADRID.

M. A. *El 7 de noviembre, en los momentos más críticos de la ofensiva franquista sobre la capital, el Gobierno de la República se trasladó a Valencia. ¿Fue una decisión acertada*?

Á. V. Desde la perspectiva de un historiador que conoce lo que ocurrió, la respuesta no es muy positiva. Fue un error. Álvarez del Vayo consultó con el agregado militar francés. Las posibilidades de resistencia eran equívocas. Las de caer en manos del enemigo, elevadas. Al final se optó por lo seguro: huir. Madrid quedó abandonado a su destino. Lo que sorprende es que después dejaran a Madrid en la estacada. Que no enviaran ministros, que no hubiese una presencia del Gobierno central. Esta es una cuestión que no ha sido explicada convincentemente. Y un error aún mayor.

M. A. *La resistencia de Madrid fue la primera victoria, aunque de naturaleza defensiva, de la República en una ciudad además sin fortificaciones naturales…*

Á. V. En octubre de 1936 todos pensaban que Madrid caería en manos de los sublevados. El impacto moral de la épica defensa de la capital fue enorme. No es de extrañar que el ejército del centro

fuera el más importante de la República durante mucho tiempo: Madrid no podía caer. Hubiera tenido también consecuencias internacionales: en febrero de 1937 Stalin le dijo a Pascua que, si Madrid caía, se verían forzados a replantearse su estrategia.

Por otra parte, la influencia soviética fortaleció dos dinámicas que supo capitalizar el PCE, que en aquellos meses conoció un crecimiento espectacular de su militancia: los suministros bélicos y la voluntad de resistencia de un sector de la población y de una parte de las fuerzas y dirigentes políticos republicanos.

M. A. *La llegada de los suministros soviéticos, presentes ya en la batalla de Madrid y visibles en la aviación republicana ¿tuvo repercusiones en la ayuda de Hitler y Mussolini a Franco*?

Á. V. La intervención soviética hizo que Alemania e Italia incrementaran la suya. En el primer caso estaba en preparación. En el segundo, impulsó a Mussolini aunque también actuaron las ganas de no dejar a los alemanes en primera línea. Por otro lado, los sublevados, además, ya podían hablar de una guerra contra el bolchevismo.

PARACUELLOS: UNA DRAMÁTICA EXCEPCIÓN.

M. A. *Entre el 7 de noviembre y el 3 de diciembre de 1936, entre 1800 y 2400 presos (militares y simpatizantes derechistas) fueron fusilados en Paracuellos de Jarama y Torrejón de Ardoz, a pocos kilómetros al este de Madrid. ¿Cuál es su interpretación*?

Á. V. El episodio represivo conocido como *Paracuellos*, que duró cuatro semanas, se produjo en el periodo en que la represión en la zona republicana fue mayor: el 90% de las víctimas de esa violencia se dieron entre julio y diciembre de 1936, cuando la autoridad del Estado republicano, tras la sublevación militar, se desmoronó.

Fue una violencia esencialmente espontánea. Subrayo lo de esencialmente. Es un tema bien estudiado y todos los historiadores interesados estamos a la espera, impacientes, de la investigación de

José Luis Ledesma que, después de diez o doce años de investigación, termina este año. Sin embargo, hay historiadores como Julius Ruiz que sostienen poco menos que el «terror rojo» partió de las alturas del Gobierno y que por consiguiente la República es culpable.

Quien haya leído *La forja de un rebelde* tiene ahí, expuesto por un novelista, Arturo Barea, una descripción muy clara de los orígenes de esta violencia. ¿Y cuáles son? Pues naturalmente la situación de injusticia profunda que los sublevados querían restaurar en España. Como así ocurrió. Se sublevaron para derribar las conquistas sociales de la República, pero en agosto de 1936 la clase obrera tenía ya las armas en manos de las milicias, de las organizaciones sociales y políticas de izquierdas. Se había desplomado totalmente el poder coercitivo del Estado con fuerzas muy menguadas y que, además, tenía que dirigirse contra los sublevados. Finalmente, estaba el pensamiento utópico, muy presente en el mundo anarquista, aunque no solo entre ellos. Había llegado el momento de dar un vuelco completo. Acabar con el Estado capitalista. Organizar la sociedad en colectividades autogestionadas que interactuasen libremente entre ellas. Y los presos, víctimas de las injusticias del orden burgués, sueltos y con armas. Finalmente, las noticias que iban llegando por la prensa y por boca de los refugiados acerca de la represión salvaje de los sublevados. Hasta el político conservador catalán Francesc Cambó, en su exilio, explicó a sus amigos ingleses las consecuencias del ciclo de acción-reacción que provocaba.

Esos son algunos de los factores que a mi juicio explican la violencia por el lado republicano, que fue cortándose en la medida de lo posible. Hay testimonios abrumadores sobre cómo las autoridades del Gobierno central y de la Generalitat intentaron por todos los medios, que no eran muchos, limitar esa violencia. A muchos observadores británicos aquellos sucesos les recordaron, por analogía, más el terror revolucionario francés de 1791 que la revolución bolchevique, por las imágenes de las masas desbocadas, y algo de eso hay.

M. A. *¿Paracuellos fue la excepción?*

Á. V. Así es. La derecha siempre ha presentado, y continúa haciéndolo, *Paracuellos* como el paradigma del «terror rojo». Pero fue un caso excepcional por su origen, por su desarrollo y por el número de víctimas. Su génesis creo que ya está completamente aclarada: el «chispazo», la incitación a las matanzas, procedió claramente de los agentes de la NKVD en Madrid. No he sido yo el primero en sostenerlo: el documento decisivo lo encontró Frank Schauff, aunque no lo supo interpretar en clave española porque es especialista en historia soviética. Nada más publicarse su libro en alemán me envió un ejemplar y cuando vi este documento pensé de inmediato que se refería a *Paracuellos*.

En mi primer viaje a Moscú hace muchos años fui a por él y lo encontré: se trata del informe que en abril de 1937 Goriev preparó para su jefe, el director del servicio de inteligencia militar, acerca de la contribución soviética a la defensa de Madrid, en el que mencionó a uno de los agentes de la NKVD, Alexander Orlov, que se había quedado en Madrid. Ahí está la «huella» soviética, expresada, eso sí, en lenguaje subliminal y burocrático. Con esto, más las actas de la Junta de Defensa de Madrid y los camelos de Orlov tras huir a Estados Unidos en 1938, pude arrojar luz sobre el origen soviético. Fíjate lo que son las circunstancias, los franquistas siempre lo sostuvieron pero nunca pudieron demostrarlo. Claro que los viajes de historiadores franquistas a Moscú a investigar en los archivos no existen.

M. A. *¿Cuál fue esa «huella»?*

Á. V. En la actuación de los agentes soviéticos Alexander Orlov y Iósif Grigulévich hallamos el origen de *Paracuellos*. Eso es lo que explica sus peculiares características, que efectivamente evocan muchos de los episodios que tuvieron lugar durante la guerra civil rusa (1918-1922). Había varios miles de prisioneros encerrados en las cárceles madrileñas: la Modelo, en Moncloa, a decenas de metros del frente, Porlier, San Antón… Se les ofreció servir a la República y se negaron. Demostraron un envidiable sentido del honor y de la

dignidad, un gran heroísmo. Hubo héroes en ambos lados, los ideales no eran los mismos, pero no quito ni un ápice de heroísmo a la gente que prefirió morir en lugar de salvarse traicionándolos. Tienen todos mis respetos. Pero este no es el tema, no se trata de hacer un juicio moral, sino de explicar un fenómeno. Entonces, bueno, de una manera muy aleatoria y en condiciones de organización francamente deplorables, se puso en marcha un aparato que ya estaba funcionando, básicamente controlado por el PCE.

Quienes desarrollaron la operación de *Paracuellos* fueron ciertos dirigentes del PCE, contando con los anarquistas como tropas de choque, porque las zonas donde los presos fueron fusilados estaban dominadas por estos últimos. La operación la montó el secretario de Organización del PCE, Pedro Fernández Checa, que se quedó en Madrid. ¿Para qué? ¿Por qué no acompañó al resto del Buró político a Valencia? Mije tenía una función clara en la Junta de Defensa. No podía escaparse. ¿Pero Checa? La respuesta es, precisamente, *Paracuellos*.

M. A. *¿En el Archivo Histórico del PCE hay algún documento de Fernández Checa sobre aquellas semanas de fines de 1936 en Madrid*?

Á. V. No, a veces no hay documentos sobre algo, pero en ocasiones también la evidencia histórica desaparece o se destruye. En el Archivo del PCE sí hay una copia en ruso de un borrador del despacho que Goriev envió a Moscú el 5 de abril de 1937. Curiosamente, alguien ha arrancado la página en la que Goriev hablaba de la NKVD, de «los vecinos» (era el término que empleaban el GRU y la NKVD para denominarse recíprocamente)… Esto significa que cuando la dirección del PCE preparó su historia oficial, *Guerra y revolución en España*, y mandaron a la comisión de historia del PCE un montón de papeles, alguien que entendía ruso se dio cuenta y arrancó esa hoja…

M. A. *Es decir, ¿la gran prueba solo está en los archivos soviéticos*?

Á. V. Sí, Paul Preston, Fernando Hernández Sánchez y yo, entre

otros, tenemos una fotocopia de este informe, cuya existencia Julius Ruiz ha tenido el mal gusto de poner en entredicho. Paul y Fernando han avanzado en el desentrañamiento de *Paracuellos* mucho más que yo, que esencialmente examiné el papel de los agentes soviéticos.

M. A. *¿Aquellos fusilamientos tuvieron repercusiones internacionales para la República*?

Á. V. La prensa británica no creo que dijera nada, que yo sepa, aunque no he estudiado el tema a fondo. Pero sí se enteraron los diplomáticos del Foreign Office y ahí hubo una cosa muy clara: sir Robert Vansittart, el subsecretario permanente, un hombre muy importante en la época, era muy antialemán, pero no era prorepublicano, descalificó al Ejecutivo presidido por Largo Caballero y ante eso el embajador Pablo de Azcárate no podía hacer nada. A los ojos del Gobierno británico, *Paracuellos* consagró no solo la imagen del «terror rojo», sino que la República estaba gobernada por gánsters…

M. A. *A pesar de las evidencias aportadas por Paul Preston o por usted, Santiago Carrillo falleció el 18 de septiembre de 2012 sin reconocer la más mínima responsabilidad personal…*

Á. V. Carrillo conoció las ejecuciones de los presos derechistas, también las conocieron todos los componentes de la Junta de Defensa de Madrid, naturalmente lo supo el general Miaja (y nadie le ha acusado por ello). El tema de *Paracuellos* se discutió el 11 de noviembre en la Junta y se tomaron algunas resoluciones que se le transmitieron a Carrillo. Lo que sucede es que el acta, descubierta por Julio Aróstegui, no menciona qué instrucciones.

Yo no diría que Carrillo no tuvo responsabilidades. Las tuvo, pero ¿qué iba a hacer? ¿Oponerse a Fernández Checa? ¿A Miaja? ¿Ir de llanero solitario? Sus responsabilidades están en otro lado, a saber, en su incapacidad absoluta para revelar lo que sabía. Por una serie de razones que desconozco, porque no hablé con él de este tema, nunca fue capaz más que de autoexculparse. Ese fue su error:

desde los años sesenta asumió esa actitud y ya no pudo escapar de ella.

M. A. *Es decir, o bien a fines de 1936, o bien después, debió conocer la participación de los agentes soviéticos. Preston relató a* El País *en 2011 que «su íntimo asesor» era Griguélvich y que «no hay duda de que este es un asesino»…*

Á. V. Grig era un asesino, Paul tiene razón. Boris Volodarsky lo ha demostrado en su libro sobre Orlov. Pero Grig estaba a las órdenes de Orlov. No puedo saber quién habló con Checa para inducir aquellos fusilamientos. Me sorprendería que fuese Grig, pero no lo excluyo. Era un tipo muy joven y acababa de llegar a España. Orlov era más antiguo y había hecho sus pinitos en «incidentes» de tal tipo en la guerra civil rusa. Boris duda de mi interpretación, pero sus argumentos no me han convencido. La verdad, sin duda, se encontrará en los archivos de la KGB, pero ahí ni Boris ni yo hemos entrado. Tampoco ningún historiador franquista.

M. A. *¿El Gobierno que presidía Largo Caballero no tuvo nada que ver con aquellas ejecuciones*?

Á. V. No tuvo nada que ver como Gobierno, pero varios ministros se enteraron claramente…

M. A. *¿Y no pudo hacer nada para detener aquellas «sacas», que se prolongaron a lo largo de cuatro semanas*?

Á. V. En este punto la cosa ya no está tan clara, porque en noviembre llegaron a Madrid Julio Álvarez del Vayo y el ministro de Justicia, Juan García Oliver (CNT/FAI). Este último tuvo que enterarse y en sus memorias, que son falaces, echó la culpa a Margarita Nelken. El movimiento libertario, por supuesto, esto lo olvida. Álvarez del Vayo supongo que también se enteraría, como se enteró en Valencia Manuel de Irujo (ministro sin cartera del PNV) a través de Jesús Galíndez. También lo supieron Azaña y Negrín e imagino que Largo Caballero. Pero ¿qué iban a hacer?

M. A. *¿Encontró en el archivo de Negrín alguna reflexión suya sobre Paracuellos*?

Á. V. No. Pero sintió vergüenza al conocer lo sucedido. No hubo otro episodio similar en zona republicana después. Tampoco lo había habido antes. *Paracuellos* es el gran borrón, junto con los asesinatos del clero regular y secular, que empañó para siempre la épica lucha republicana.

M. A. *Después de la Guerra Civil ¿el franquismo acusó a los agentes soviéticos*?

Á. V. Sí, pero sin la menor prueba. Luego debieron de pensar que culpar a los agentes soviéticos implicaba casi indultar a los republicanos… Por eso, Julius Ruiz me imputa que quiero exculpar al Gobierno. No es exacto y es incorrecto.

M. A. *La derecha y la extrema derecha recurren a Paracuellos como la coartada perfecta para ocultar la represión franquista, su acción implacable de exterminio de la base social republicana desde el 18 de julio de 1936 hasta 1939 y después…*

Á. V. Ojo, hablaron de Paracuellos cada vez con mayor intensidad a medida, primero, que Santiago Carrillo fue ascendiendo en el organigrama del PCE hasta alcanzar la secretaría general en 1960 y, segundo, según se iba acercando la Transición. Utilizaron y utilizan Paracuellos como arma de lucha presentista, interpretada y reinterpretada a la luz de las necesidades políticas de cada momento. Y, por supuesto, como señalas, como inmejorable tapadera para ocultar la represión franquista, mucho más sangrienta, cruel y duradera que la republicana. Paracuellos es una especie de contraseña que oscurece un terror mucho más brutal: el franquista.

4

UNA GUERRA MODERNA, UNA GUERRA TOTAL.

LOS DILEMAS DE LARGO CABALLERO.

Mario Amorós *¿Cómo dirigió la guerra Francisco Largo Caballero*?

Ángel Viñas: Desde el 4 de septiembre de 1936 fue el presidente del Gobierno y también el ministro de la Guerra. Era un dirigente histórico de la UGT y del PSOE, un hombre con una gran ascendencia en el movimiento obrero, toda su vida se había batido el cobre por la mejora de las condiciones de vida de la clase trabajadora. Tuvo una brillante ejecutoria como ministro de Trabajo en el bienio progresista y luego vino su proceso de radicalización, que Julio Aróstegui examinó en su excelente biografía aparecida el año pasado, ya que los gobiernos radical-cedistas desmontaron su obra ministerial. Cuando asumió la Presidencia del Gobierno el 4 de septiembre de 1936 su comportamiento no fue el de un revolucionario.

Sin embargo, obviamente tenía un profundo desconocimiento de cómo hacer la guerra. Esto no es un reproche, sino una constatación. Tenía un pequeño Estado Mayor en el que confiaba y

cuyo miembro más destacado fue José Asensio Torrado, un general forjado en el ejército de África, con excesiva afición al alcohol y las mujeres. Le nombró subsecretario del Ministerio de la Guerra.

En el otoño de 1936, los soviéticos insistieron en la importancia de la unidad de mando y lograron que Largo Caballero revitalizara el Consejo Superior de Guerra, una institución tradicional que había pasado por muchos avatares durante los años anteriores y que no servía para nada. Diseñó un nuevo Consejo Superior de Guerra, integrado por varios ministros y él, y dispuso que los asuntos militares se discutieran en su seno. Es decir, sustrajo al Consejo de Ministros el conocimiento de los asuntos militares y las decisiones en materia de política bélica: la República se apañó con un Gobierno que no se enteraba de la guerra.

Además, incurrió en más errores, porque solo reunió al Consejo Superior de Guerra de manera esporádica y se apoyó principalmente en el Estado Mayor, que adoleció de una gran rotación de sus jefes, lo cual también es muy sintomático. En definitiva, quien dirigía la guerra por el lado de la República era, en último término, Largo Caballero. No obstante, hizo esfuerzos para organizar el Ejército Popular, pero no olvidemos que era un hombre de 67 años, casi un anciano en la época. Franco tenía 44 años y un Estado Mayor más o menos competente, de buenos generales.

M. A. *La dramática pérdida de Málaga en enero de 1937 fue sintomática de la debilidad republicana…*

Á. V. Y desde entonces los comunistas se opusieron abiertamente a Asensio Torrado, lanzaron una campaña contra él, bautizándole como «el general de las derrotas» y finalmente Largo terminó por cesarle. Pero lo importante, que no se ha subrayado suficientemente, es ver a quién nombró como sustituto en la subsecretaría del Ministerio de la Guerra. En febrero de 1937 designó a Carlos Baráibar, diputado y periodista socialista, que tampoco tenía ni idea de los asuntos militares. Y ni siquiera lo consultó con él: Baráibar se enteró de su nombramiento cuando estaba haciendo un viaje por el Marruecos francés para explorar las posibilidades de una sublevación de las cabilas del Protectorado

español contra Franco. El subsecretario de la Presidencia, Rodolfo Llopis, se lo comunicó y le indicó que regresara a España. ¿Cómo se podía conducir la guerra con tal gente y en aquellas condiciones?

En la cúspide del poder militar de la República hubo un gran vacío. Me parece que Largo Caballero fue un desastre como líder militar. Veía la guerra con ojos políticos. La política, por supuesto, influye en la guerra pero, si me permites la *boutade*, la guerra es también una actividad técnica. Cuando una guerra se conduce con criterios esencialmente políticos, la derrota es segura.

M. A. *¿Franco no lo hizo también así*?

Á. V. La finalidad última de los sublevados era de carácter político: el exterminio de la izquierda y la demolición de las reformas republicanas. Era «una guerra a muerte entre la Rusia roja y la España sagrada», según proclamó el diario *Abc* de Sevilla el 22 de julio de 1936. Pero Franco condujo la guerra no solo con criterios políticos (y ello solo para alargarla), sino también profesionales, y entre ellos manejó uno muy evidente: no quiso conceder ni un solo triunfo a la República, nunca. Así se lo expresó Antonio Barroso, jefe de la sección de operaciones del Cuartel General de Franco, el 13 de febrero de 1937 a los italianos, cuando estos propusieron dos ejes posibles de operaciones, preferiblemente dirigirse hacia Valencia para aislar Cataluña.

Barroso respondió al coronel Emilio Faldella (jefe de Estado Mayor del Cuerpo de Tropas Voluntarias italiano) que esa operación era arriesgada y que había que proteger uno de los activos de los sublevados: la infalibilidad del «Caudillo». El «Caudillo» no podía perder una batalla. La única excepción fue Guadalajara. Pero cuando le desafiaron en Brunete en julio de 1937 detuvo la ofensiva del norte y combatió en Brunete; cuando le retaron en Belchite en agosto de 1937, lo mismo; y cuando la República tomó Teruel en enero de 1938, se empeñó en recuperar la ciudad a pesar de que carecía de importancia estratégica.

M. A. *Curiosa concepción de la guerra…*

Á. V. Pero no la discuto, en este punto entiendo a Franco. Y, aunque jugó con una gran ventaja, los hechos le dieron la razón. Además, esto reforzó su aura de infalibilidad, de jefe omnisciente, y se quedó sin rivales a su alrededor. Los errores que cometió (señalados brillantemente por Gabriel Cardona) quedan para los historiadores serios… Mientras tanto, en los años cuarenta sus apologistas le ensalzaron como el forjador de una estrategia militar que se desplegó con la belleza y precisión de una ecuación matemática. Hay que leer al impostor de Manuel Aznar. Era el hombre infalible, el primer militar que había derrotado al comunismo en el campo de batalla.

Ante esto ¿qué opuso la República? Ciertamente, nada sólido hasta que por fin Negrín tomó las riendas como presidente del Gobierno y empezó el ascenso de Vicente Rojo, quien puso un poco de sentido común en las operaciones militares, en la gran estrategia. Pero el mando militar republicano siguió dividido.

M. A. *¿Por qué*?

Á. V. La República nunca tuvo un mando militar unificado salvo al nivel del ministro de la Guerra. ¿Y quién fue a partir del 17 de mayo de 1937 el nuevo ministro de Defensa Nacional, en sustitución de Largo Caballero? Indalecio Prieto… quien tenía el mismo conocimiento de la guerra que él. La República nunca designó a un militar al frente de este Ministerio por el temor al cesarismo, a un golpe interno.

Probablemente, el hombre más idóneo era Vicente Rojo, pero no olvidemos que había empezado la guerra como comandante. Fue sin duda el gran estratega republicano, le tengo mucho respeto, pero no había visto un combate jamás, era un militar de Estado Mayor esencialmente, nunca había dirigido operaciones. Cuando tuvo que enfrentarse con la logística de la guerra no lo tuvo muy claro. Porque Franco y otros sublevados habían estado en África y tenían una concepción de la guerra penosa, pero la tenían y la habían puesto en práctica.

M. A. *¿No hubo grandes figuras militares en la Guerra Civil*?

Á. V. No, ni al servicio de la República, ni entre los sublevados. Por supuesto, los republicanos han idolatrado a Rojo, buen estratega, y los historiadores franquistas mitificaron a todos, hasta el general Moscardó habría sido un genio según ellos. En España no hubo grandes talentos militares, hubo algunos, pocos, y siempre estuvieron muy cortocircuitados. Por ejemplo, de las milicias salieron Enrique Líster o *Modesto*, personas competentes, que se desempeñaron bien; algunos militares profesionales también fueron buenos. Pero, en fin, en comparación con otras contiendas en Europa, la Guerra Civil no fue una gran confrontación desde el punto de vista militar.

NACE EL EJE.

M. A. *En noviembre de 1936 Mussolini utilizó por primera vez la expresión «Eje» en referencia al tratado de amistad suscrito el 25 de octubre por Alemania e Italia. ¿Qué papel jugó su apoyo común a Franco en ese acercamiento estratégico*?

Á. V. La Guerra Civil española forjó el Eje, el apoyo de las dos potencias fascistas a Franco solidificó su alianza. España no estaba en el radar de Hitler en 1936. Si Francia hubiera ayudado a la República con la tolerancia del Reino Unido, es verosímil que hubiera recapacitado y probablemente se hubiera retirado sin perder la cara, ya que en las primeras semanas la ayuda alemana era limitada. A Hitler lo que más le interesaba en el verano de 1936 era la búsqueda de un acomodo con Italia, de la misma manera que a Mussolini con Alemania. La alianza de las dos potencias fascistas se hubiera producido aun sin la guerra de España, pero fue la Guerra Civil la que lo engendró.

M. A. *¿Cómo evolucionó la ayuda militar de Berlín y Roma en el otoño de 1936*?

Á. V. Una de las grandes ventajas de Franco respecto a la República fue que el flujo de suministros de las potencias fascistas

jamás se interrumpió. Y muy pronto, en las últimas semanas de 1936, Mussolini y Hitler ya ligaban su prestigio personal y político a la victoria de Franco. Esto fue evidente para todos los actores en la época. Se acentuaría más en el caso de Mussolini porque en el invierno de 1937 los italianos sufrieron la derrota de Guadalajara, que por cierto está considerada la primera victoria contra el fascismo. De alguna manera fue así, pero fue una victoria pírrica, porque, aunque apuntaló la moral republicana y del antifascismo en Europa, también de modo paradójico aumentó el apoyo de Mussolini a Franco. A partir de Guadalajara, Mussolini interiorizó que no se podía permitir otra debacle en España, costara lo que costara.

M. A. *¿Y qué supuso esto?*

Á. V. Bueno, en febrero de 1937 alrededor de cincuenta mil italianos luchaban junto al ejército franquista. Desde luego, era una masa considerable, pero la importancia de la ayuda italiana no radicó ni en los hombres, ni en la infantería. El ejército de tierra italiano, aunque estaba muy bien equipado, no hizo maravillas, porque una parte era ejército regular y otra eran milicias fascistas, de escaso valor combativo.

Lo más relevante de la ayuda italiana fue la aviación y el armamento, que llegó de manera masiva. Ten en cuenta que, por ejemplo, desde diciembre de 1936 había entregado 130 aviones, casi 500 piezas de artillería o más de cien mil fusiles. Además, la armada italiana fue un eficaz mecanismo de bloqueo de las costas españolas que ayudó a interrumpir o dificultar los suministros soviéticos y de otras procedencias.

M. A. *En el otoño de 1936 la Legión Cóndor llegó a España…*

Á. V. Hitler fue más cauto que Mussolini… y más listo. Los límites de la intervención bélica germana jamás se desbordaron. Mantuvieron la Legión Cóndor y la modernizaron, pero siempre en una escala de recursos humanos y logísticos muy similar. Técnicamente, fue muy importante porque la Legión Cóndor era

una fuerza muy potente, no hubo nada equiparable en el teatro de operaciones. Tuvo un total de unos cinco mil hombres, entre unidades terrestres (con los carros de asalto), aéreas (más de un centenar de aviones) y algún elemento naval.

M. A. *¿Cuál era su relación con el ejército franquista*?

Á. V. Actuó en combate subordinada al mando sublevado, aspecto que los historiadores franquistas ocultan, aunque a diferencia de las Brigadas Internacionales, que progresivamente se integraron en el Ejército Popular y se españolizaron, la Legión Cóndor mantuvo su plena autonomía hasta el final de la contienda. Desde que entró en combate en noviembre de 1936, su contingente aéreo estuvo plenamente insertado en los planes operativos de las fuerzas franquistas. De este nivel, fue ascendiendo al táctico y al estratégico.

M. A. *¿La llegada de los aviones soviéticos y de la Legión Cóndor convirtió a la Guerra Civil en la primera contienda con una pugna decisiva en los cielos*?

Á. V. Sí. La aviación fue muy importante por sí misma y porque además, en el caso de los republicanos, suplió sus carencias de artillería, forzando demasiado los aviones en acciones para las que no estaban preparados. Después de los primeros combates de la Legión Cóndor con la aviación soviética, a principios de 1937 su jefe de Estado Mayor, Wolfram von Richthofen, tuvo que solicitar a Berlín mejores aparatos puesto que los soviéticos eran superiores. Por el interés también de Hermann Göring, jefe de la Luftwaffe, Berlín envió pronto sus aparatos más modernos, como los bombarderos Messerschmitt Bf 109, que demostraron que sí podían sostener el combate con los aviones soviéticos.

LAS LECCIONES DE STALIN.

M. A. *¿Por qué Stalin no envió una unidad militar de élite, como*

hizo Hitler, o miles de soldados, como Mussolini?

Á. V. Nunca se lo planteó porque hubiera perjudicado su estrategia. Si hubiese querido implantar en la España republicana un régimen satélite, como tantas veces se ha dicho, tal vez lo hubiera considerado. La ayuda militar soviética solo incluyó entre dos mil y un máximo de cuatro mil hombres entre personal militar especializado (pilotos de aviones), asesores, instructores e intérpretes.

A lo largo de 1937 la estrategia diseñada por Stalin no tuvo éxito. Partía de la premisa de que Francia llegaría a comprender que sus intereses de defensa ante el peligro nazi coincidían con el robustecimiento de la política de seguridad colectiva planteada por Moscú. Era evidente que, si Franco ganaba la Guerra Civil, Francia quedaría rodeada por tres regímenes fascistas. Pero pesaron más los prejuicios anticomunistas del Deuxième Bureau, que alertaba exageradamente de la influencia soviética en la España republicana, y, además, la mayor parte de la opinión pública gala apoyaba la No Intervención.

El análisis soviético estaba contenido en una carta muy conocida que Stalin, Molotov y Vorochilov enviaron el 21 de diciembre de 1936 a Largo Caballero…

M. A. *¿Qué le expresaron*?

Á. V. Es un documento que ha sido malinterpretado por muchos historiadores, que lo han citado como una prueba de que Stalin se entrometía en la política de la República y que pretendía dirigir su política. En absoluto fue así. Stalin recomendó al Gobierno de Valencia moderación política (aproximación a los partidos republicanos) y económica (favorecer a las masas campesinas sin colectivizaciones, respeto a la propiedad y a los intereses extranjeros, gestos hacia la burguesía y la clase media urbana). En definitiva, la República tenía que hacerse aceptable a los ojos de las potencias occidentales, actuar como un Gobierno casi burgués apegado a la vía parlamentaria. Eran consejos muy sensatos que, además, pretendían demostrar que la URSS rehuía las aventuras

revolucionarias y permanecía firmemente apegada a la línea frentepopulista.

Por cierto, al cabo de quince días Largo Caballero envió su respuesta con una falta de diplomacia y de sentido común llamativos, cargada de retórica revolucionaria. No sé quién le preparó aquella respuesta muy fría y distante. Se dice que Rodolfo Llopis, pero pudo ser otro.

M. A. *A principios de 1937, con el oro depositado y verificado en Moscú, la República ya estaba en condiciones de pertrecharse con más garantías para el combate…*

Á. V. La República fue vendiendo las reservas de oro para disponer de divisas y adquirir pertrechos, armas, combustible, alimentos y productos industriales y agrícolas, que le permitieron mantener el pulso hasta junio de 1937, cuando empezó a desmoronarse el frente en el norte con la pérdida de Euskadi. Es cierto que Negrín intentó lograr en 1937 un crédito con el respaldo del oro en Moscú, lo que él llamó «el gran crédito», pero los soviéticos se negaron; en 1938 y en 1939 sí los concedieron, pero en 1937 su respuesta fue que les vendieran el oro a cambio de lo que la República necesitaba.

El 5 de febrero de 1937 se firmó en Moscú el acta de recepción del oro del Banco de España. Aquel día Stalin recibió al embajador Marcelino Pascua…

M. A. *¿Y qué sucedió?*

Á. V. Fue una entrevista muy importante, porque en aquella época Stalin no solía recibir a embajadores, salvo a Pascua. A este le vino muy bien porque acababa de recibir un telegrama de Largo Caballero en el que le pedía que fuera a ver al camarada Stalin para solicitarle el envío de más aviones.

Y Stalin le impartió una verdadera clase teórica… Pascua anotó en mayúsculas el mensaje central: sin disciplina y sin fuerza no se hace la guerra y no se conseguirá la victoria. Le dejó claro también que no pensaba intervenir de manera directa en España y que la

República debía ganar la Guerra Civil desde la plataforma política del Frente Popular y afirmando el régimen parlamentario y democrático. Le explicó que la URSS ayudaría pero desde una segunda línea, puesto que los aliados naturales debían ser Francia y el Reino Unido. Incluso le dejó caer que el Gobierno de la República no debía preocuparse si de repente la URSS se distanciaba ostensiblemente, puesto que sería por razones diplomáticas e incluso le invitó a que comunicara a Valencia que, si querían alejarse de Moscú, no dudaran en hacerlo. Era, sin duda, un juego de política realista. Naturalmente, de inmediato Pascua viajó en avión a Valencia para relatar la entrevista a Largo, a Azaña e imagino que también a Negrín.

Por cierto, curiosamente, en aquella entrevista Stalin le dijo a Pascua que le disgustaba la consigna lanzada por *Pasionaria* en los días posteriores a la sublevación.

M. A. ¿*El «No pasarán»*?

Á. V. Sí, la consideraba demasiado pasiva y defensiva. Dolores Ibárruri se fue haciendo un mito y creciendo políticamente durante la Guerra Civil. Era una gran oradora: por ejemplo, su discurso de despedida a las Brigadas Internacionales en Barcelona el 1 de noviembre de 1938 es verdaderamente emocionante, pero el gran eslogan que lanzó no gustó a Stalin.

M. A. ¿*Cuáles eran los fundamentos de la resistencia republicana*?

Á. V. Requería la combinación de tres factores esenciales: los suministros soviéticos, la convergencia de los esfuerzos políticos para hacer frente al enemigo y el desarrollo de una economía de guerra.

M. A. ¿*Cómo organizó la República la economía de guerra*?

Á. V. Hubo algunos éxitos puntuales, como el desmontaje, traslado y montaje de nuevo en la retaguardia de la infraestructura situada en el entorno de Madrid para que pudiera funcionar la

aviación. Pero a principios de 1937 el Gobierno republicano aún no había podido organizar una auténtica y eficaz economía de guerra. Por supuesto, estos problemas no existían entre los sublevados ya que habían militarizado sin miramientos las industrias y no tenían ninguna duda de que la única prioridad era ganar la contienda. En cambio, en la zona republicana hubo, por ejemplo, en el punto concreto de las industrias de guerra una pugna terrible entre el Gobierno y la Generalitat de Cataluña.

M. A. *En la principal zona industrial de la República…*

Á. V. Las pocas fábricas que había en Madrid y sus alrededores (Getafe, Guadalajara) se habían desmontado y se llevaron a Cataluña o a Levante, a la retaguardia. Por su parte, la Generalitat había movilizado la industria catalana para el esfuerzo de guerra. El Gobierno chocó con la Generalitat, que quiso mantener las fábricas bajo su control y no existió una fácil coordinación con el Ministerio de Defensa. Durante los primeros meses de la contienda, Negrín y Prieto intentaron convencer a la Generalitat de que el esfuerzo económico debía ser solidario, pero la situación se complicó, además, por el negativo papel del cónsul general soviético en Barcelona, Vladimir Antonov-Ovseyenko, quien hizo causa común con la Generalitat y tuvo en diciembre de 1936 y enero de 1937 unos encontronazos terribles con Negrín. Este incluso amagó con dimitir como ministro de Hacienda, pero el agregado comercial, Artur Stajevski, informó a Moscú y el rapapolvo por escrito que recibió el cónsul general fue antológico. Mal indicio en la época de Stalin…

Hubo continuos roces entre la Generalitat y el Gobierno central. La primera quería tener un ejército nacional catalán y controlar las operaciones del comercio exterior… y en esto participaban tanto ERC como la CNT. La única fuerza que defendía de alguna manera al Gobierno central fue el PSUC, el partido comunista catalán aliado con el PCE.

Esto fue un segundo factor de distorsión que terminó resolviéndose tarde y mal en agosto de 1938, cuando el Gobierno central, harto ya de estas disputas, militarizó las industrias de

guerra para asumir su control. Pero ya era demasiado tarde.

M. A. *¿Y la industria y la minería de Euskadi y Asturias*?

Á. V. La aportación de Euskadi y de Asturias a la economía de guerra republicana fue muy limitada. En realidad, la República funcionó sin sus recursos. En el caso de Euskadi, porque estaba completamente aislado del resto del territorio y exportaban su producción al Reino Unido de manera autónoma. Sin embargo, cuando ambos territorios cayeron en manos de los sublevados a lo largo de 1937 sí hicieron una contribución importante a la economía de guerra franquista.

M. A. *En el invierno de aquel año el Ejército Popular tuvo avances y retrocesos…*

Á. V. El Ejército Popular de la República se fue armando y forjando, no sin grandes problemas, al calor de las sucesivas batallas: la épica defensa de Madrid, la pérdida de Málaga, el empate en el Jarama y la victoria en Guadalajara. Demostró que empezaba a ser un ejército de verdad, pero con carencias importantes: por ejemplo, no logró tener nunca un ejército de maniobra y, a pesar de que fueron desarrollándose buenas unidades, estas se agotaron en las primeras ofensivas. Fueron las más machacadas por el enemigo. También la enorme fragmentación política en la República significó un retraso en su formación.

De todos modos, el Ejército Popular no empezó a hacer ofensivas, aunque muy limitadas, hasta el verano de 1937. La operación contra Segovia, entre el 30 de mayo y el 4 de junio de 1937, solo fue de tanteo. Su primera gran ofensiva fue Brunete, después de la pérdida de Bilbao.

AVANCES Y RETROCESOS.

M. A. *¿Fue importante la «unificación» de las fuerzas políticas que apoyaban a los sublevados el 19 de abril de 1937*?

Á. V. Fue un hecho muy relevante. En contraste con las serias divergencias políticas en las filas republicanas, Franco primero neutralizó a los disidentes (el sector carlista de Fal Conde, el falangista Hedilla) y después montó el partido único en torno a una Falange sumamente controlada, que fue el elemento político «moderno» en la derecha española de entonces, el que representaba el acercamiento a Italia y Alemania. Entendió pronto que este proceso le convenía y pudo hacerlo con el asesoramiento político de Ramón Serrano Suñer, un hombre muy importante en aquellos años, muy fascistizado y entonces muy proitaliano (años después quedaría deslumbrado por la Alemania nazi).

En cualquier caso, la relevancia de estas disidencias se ha sobredimensionado, porque ni Hedilla, ni Fal Conde, ni siquiera Falange, que estaba muy dividida, eran un contrapeso real para Franco y el ejército. Franco anuló a políticos de mucha más talla que Hedilla, como Gil Robles o Lerroux…

M. A. *Desaparecieron del mapa con la guerra…*

Á. V. A partir del 18 de julio de 1936 no jugaron ningún papel y además estaban fuera de España. A Gil Robles, además, se la tenían jurada…

M. A. *¿Por qué?*

Á. V. Franco le reprochaba haber carecido de la suficiente energía para dar un verdadero golpe de timón cuando la CEDA había sido hegemónica y no olvidaba que había sido subordinado suyo cuando fue ministro de la Guerra. Franco era un hombre muy rencoroso, de odios profundos, y no quería tenerle en España.

M. A. *La unificación política en la zona franquista contrasta con el pluralismo, pero sobre todo con la ausencia de cohesión en las filas republicanas…*

Á. V. La guerra puede tener un objetivo político, pero en definitiva es una actividad técnica y la unidad de las fuerzas es

esencial. Los republicanos también lo sabían, pero no lo lograron, en parte, hasta el cambio de gobierno de mayo de 1937. Ahora bien, Negrín no impuso la unidad *manu militari* y con efecto inmediato. Hubo aún un periodo de transición durante el que fueron unificando esfuerzos, pero lo hizo con mano izquierda, de otra manera.

En cambio, Franco era el «Generalísimo» desde el 1 de octubre de 1936 y, a partir del 19 de abril de 1937, con el mando militar y el político concentrados en su persona, la capacidad de acción de las fuerzas políticas disminuyó de manera drástica. En aquel momento, además, ya había apostado por una guerra lo suficientemente larga…

M. A. *¿Con qué finalidad*?

Á. V. Hacia febrero o marzo de 1937 quedó en evidencia su apuesta por una guerra larga. Ya era jefe del Estado, «Caudillo» y «Generalísimo» de los ejércitos de Operaciones, pero aún tenía que asentar de una manera más sólida su primacía sobre una serie de generales que entonces empezaban a pensar en el escenario político posterior a la victoria. Además, necesitaba una guerra larga para cumplir su objetivo de aniquilar la base social republicana y liquidar al Ejército Popular. Como estrategia militar es aberrante y ya entonces a los fascistas italianos, que en esto fueron testigos de cargo, les llamaron la atención la lentitud y la crueldad de Franco.

Admito que la apuesta por una guerra larga en la primavera de 1937 aún no está demostrada de manera inequívoca por falta de evidencia documental. Sin embargo, hay indicios potentes en esta dirección. Por ejemplo, no le costó trabajo ir al norte cuando fracasó la ofensiva sobre Madrid tan pronto como los alemanes insistieron en que debía conquistar el territorio que le faltaba en la cornisa cantábrica.

M. A. *¿Por qué le propusieron esa ofensiva*?

Á. V. Por sus propias razones, que no coincidían con las de Franco. Los alemanes querían una guerra lo más corta posible, lavar

el fracaso de Guadalajara y aumentar el prestigio de las armas «nacionales». Asimismo, deseaban explotar las minas de Vizcaya, en las que tenían un gran interés. Franco se dejó convencer fácilmente. ¿Qué pasó por su mente? Hay que deducirlo de sus actos y esto es siempre arriesgado porque los actos de un general en guerra responden a muchos factores, tales como su visión estratégica, su adaptación a las circunstancias y su aprovechamiento de las mismas, la «niebla» de la guerra… En cualquier caso, considero que tuvo una visión estratégica infinitamente superior a la de la República para ganar la guerra.

LA DESTRUCCIÓN DE GERNIKA.

M. A. *¿Es cierta la sentencia tantas veces escuchada de que la Guerra Civil fue un «laboratorio» para la Alemania nazi*?

Á. V. Creo que sí, pero hasta cierto punto. Date cuenta que, desde el punto de vista técnico, la intervención alemana fue limitada, aunque no conviene minusvalorarla en modo alguno. En la campaña de Vizcaya, por ejemplo, los alemanes ensayaron por primera vez en la guerra, y si me apuras en la Historia, el concepto entonces elaborado solo teóricamente de operaciones combinadas. Es decir, una forma de hacer la guerra conjuntando en una misma acción elementos tan dispares como la infantería, la artillería y la aviación, en contacto permanente o casi permanente tierra-aire. Se ensayó también el engarzamiento de la planificación estratégica, táctica y operativa. Todo ello se hizo, además, en cooperación con un ejército extranjero, el franquista. Los militares españoles estuvieron presentes en todos los escalones.

M. A. *¿Qué papel tuvo la Legión Cóndor en la ofensiva franquista sobre el norte*?

Á. V. En esta campaña, la aviación alemana se supeditó a las instrucciones de Mola y Kindelán. Arrojó octavillas anunciando arrasamientos, intervino en apoyo del avance en tierra sustituyendo

a veces a la artillería y, no en último término, bombardeó ciudades. Unas tras otras. No se hizo una distinción tajante entre objetivos estrictamente militares y otros que no lo eran. La idea fue destruir al adversario y aniquilar su voluntad de resistencia. Mola no lo ocultó en las famosas octavillas dirigidas al pueblo vasco.

M. A. *¿Cuál fue el objetivo del bombardeo de Gernika el lunes 26 de abril de 1937*?

Á. V. Arrasarla para quebrar la moral de la población civil en el marco de la ofensiva para tomar pronto Bilbao e impedir que se convirtiera en otro Madrid. Los aviones alemanes arrojaron sobre la villa foral, como mínimo, 31 toneladas de bombas incendiarias y explosivas para causar lo que sucedió: su incendio y destrucción. El simbolismo de Gernika no contó. Tuvo razón Steer, el primer periodista inglés que escribió sobre aquello: era una nueva forma de guerra. Así era. Y los alemanes la ensayaron por primera vez en España. Es lo que han dicho siempre la izquierda española y los nacionalistas, lo que reconocen todos, salvo Franco y sus sicarios. Utilizo aquí este vocablo en la acepción que le da el *Diccionario* de la Academia: asesinos asalariados. Solo hay que sustituir asalariados por a sueldo.

M. A. *¿Ordenó o autorizó Franco el bombardeo de Gernika por los aviones de la Legión Cóndor y algunos aviones italianos*?

Á. V. No está documentado. Este es el *quid* de la cuestión: mi respuesta es que no está probado que se saltaran ninguna orden. Antes de la muerte de Franco, Vicente Talón planteó que la Legión Cóndor actuó de manera independiente. Como ya no servían las viejas mentiras de que los propios republicanos habían destruido Gernika, los historiadores franquistas culparon de manera exclusiva a la Legión Cóndor que, en uso de su autonomía, habría actuado «en contra de las órdenes concretas del “Caudillo”», como señaló Hidalgo Salazar.

Sin embargo, la Legión Cóndor estaba perfectamente encuadrada en la estructura de las operaciones de la aviación franquista y

dependía operativamente de la Jefatura del Aire, como he explicado recientemente en el epílogo de la reedición del libro clásico de Southworth. Recibía instrucciones del jefe de la aviación franquista, el general Kindelán: se conservan centenares de telegramas y de órdenes suyas a la Legión Cóndor.

M. A. *¿También sobre el bombardeo de Gernika*?

Á. V. Curiosamente no, porque probablemente el expediente de Gernika fue destruido. Y por eso el inefable hagiógrafo del dictador Ricardo de la Cierva afirma que no se ha encontrado la orden de Franco de bombardear Gernika. Yo no creo que necesariamente existiera. Probablemente, procedió de Mola o de Kindelán, pero, si la hubo, desapareció también. Porque los franquistas tuvieron desde el 29 de abril de 1937, cuando ocuparon Gernika, hasta al menos 1975 tiempo más que suficiente para eliminar el expediente. Y, por otra parte, los archivos de la Legión Cóndor quedaron destruidos en 1945 por el incendio causado por un bombardeo aliado sobre Berlín.

Pero, en honor de la verdad y de Southworth, me pasé un año investigando. ¿Y qué encontré? Que la referencia franquista por excelencia sobre la destrucción de Gernika, el general de división en el Ejército del Aire, Jesús Salas Larrazábal, tergiversó, manipuló y mintió en sus dos libros. Y tras él, naturalmente, los copiadores de siempre, empezando por el no menos eminente hagiógrafo del inmarcesible «Caudillo», el profesor Luis Suárez Fernández.

M. A. *La destrucción de Gernika tuvo un gran impacto internacional por las crónicas de los periodistas extranjeros y meses después por el cuadro de Picasso. ¿Cambió algo en la política de las potencias democráticas*?

Á. V. No cambió nada, pero desató una controversia en torno a las responsabilidades del bombardeo y Franco sí temió que pudiera modificar la posición británica ante la Guerra Civil. En Estados Unidos, pero sobre todo en el Reino Unido, hubo una gran batalla interna que los partidarios de Franco dieron para impedir que el

Gobierno británico cambiara su política de aparente neutralidad. Londres conocía perfectamente lo que había sucedido en Gernika, en parte por los despachos diplomáticos y en parte por las interceptaciones de las comunicaciones italianas en la Guerra Civil, que fueron masivas.

A los pocos días del bombardeo, el Gobierno británico supo que habían participado algunos aviones italianos y guardó silencio. Hubiera sido un escándalo reconocer ante el Parlamento o la opinión pública que el Gobierno de Su Majestad estaba al corriente: la farsa de la No Intervención hubiera quedado en dramática evidencia.

M. A. *¿Y no tuvieron también constancia de la participación de la Legión Cóndor*?

Á. V. Sí, los informes del Foreign Office que se han dado a conocer demuestran que lo sabían, por supuesto. ¿Y los británicos no interceptaron las comunicaciones de la Legión Cóndor? Es posible que no lo hicieran, pero no me lo creo. Aun así, es curioso que no hayan dicho nada y que esta laguna no se haya advertido en las historias que se han escrito. Por ello, llego a una conclusión que, en fin, es un poco triste para la profesión…

M. A. *¿Cuál*?

Á. V. Los historiadores estamos naturalmente influidos por nuestra cultura ideológica y política, pero también por la nacional, y parece que hay una cierta reticencia entre nosotros a sacar los trapos sucios de nuestros propios gobiernos. Hay una historiografía «patriótica»… Los británicos son buenos historiadores, yo estoy inspirado en parte por su historiografía, pero en ciertos temas, sobre todo relacionados con la Guerra Civil española, detecto una cierta resistencia a identificar las lagunas oscuras de su pasado y, por mucho que quiera penetrar en los meandros de la Administración británica, es evidente que lo tengo que hacer peor que un historiador de tal nacionalidad. Me llama la atención que, con escasas excepciones que, por norma casi general, son historiadores

que están del lado de la izquierda, no se pongan de relieve tales lagunas que es imposible que una Administración muy bien organizada como la británica no las advirtiera.

M. A. *¿Qué dijeron en 1937 los franquistas ante la repercusión internacional de la destrucción de Gernika*?

Á. V. Desplegaron toda una campaña de propaganda que llevó a conformar un verdadero mito que perduró durante cuarenta años en España. Dijeron que no había habido bombardeo o incluso que habían sido los propios dinamiteros vascos los que habían destruido la villa foral: la aviación «nacional» no había bombardeado Gernika.

Como en la mañana del 27 de abril de 1937 el *lehendakari* José Antonio Aguirre se dirigió al mundo para denunciar lo sucedido, incluida la participación de aviones alemanes que varios periodistas extranjeros habían distinguido, aquella misma tarde Franco reaccionó y dijo que era mentira, que la aviación «nacional» no había bombardeado Gernika e incluso negó que tuviera a su lado fuerzas militares germanas y aviación extranjera. De inmediato, la embajada italiana en Salamanca envió un telegrama a Roma con las declaraciones de Franco, como ha demostrado hace poco Xabier Irujo en su libro *La Gernika de Richthofen. Un ensayo de bombardeo de terror*.

Cuando el diario conservador londinense *The Times* (nada favorable a la República) publicó el 28 de abril el primer gran reportaje de George Steer, que constató la participación de la Legión Cóndor, se armó el gran escándalo, pero no porque Gernika hubiese sido bombardeada y destruida, sino porque Franco había dicho que eso era mentira. Franco había reaccionado de manera pauloviana al aguijón que le clavó Aguirre. Él sabía que Aguirre presidía un gobierno conservador y católico y que un sector del PNV estaba en trato con los italianos… La ficción de que no había aviación alemana en España saltó por los aires.

M. A. *¿Cuándo se reconoció la existencia de la Legión Cóndor*?

Á. V. Los alemanes no hicieron propaganda de la Legión

Cóndor durante la Guerra Civil y su existencia no se admitió hasta que regresó a Berlín en 1939. Se tomaron grandes medidas para presentarlos como «técnicos» y la censura franquista prohibió hablar de soldados alemanes a los corresponsales extranjeros que informaban desde su territorio. Los presentaban como «técnicos» que, además, estaban allí de manera voluntaria. Por eso, cuando estalló el escándalo internacional de Gernika, Franco negó su participación. Todo el mundo lo sabía, porque se habían reconocido los aviones, pero no se podía admitir que fuerzas alemanas operando en coordinación con el ejército franquista habían destruido la villa foral.

M. A. *¿Sin esa controversia, sin las mentiras de Franco, Gernika no hubiera alcanzado tal resonancia internacional*?

Á. V. Así lo creo. Como no la alcanzaron los bombardeos sobre Durango o Eibar. Pero no podemos saber lo que no pasó.

M. A. *¿Han rectificado los historiadores franquistas*?

Á. V. Por supuesto que no. En 2012, Jesús Salas Larrazábal reeditó su libro sobre el bombardeo de Gernika publicado originalmente en 1987. Su tesis sigue siendo, naturalmente, que la Legión Cóndor actuó de manera libre, la misma idea con la que expiró la dictadura. Y su método de trabajo es el característico de los historiadores franquistas A eso, en mi epílogo del libro clásico de Southworth contrapongo muchísima evidencia documental y me remito también a lo publicado recientemente por Irujo, quien ha investigado en los archivos estadounidenses e italianos, porque en la campaña del norte las fuerzas italianas estuvieron subordinadas al mando alemán. En fin, dentro de poco se pondrá a la venta la versión en español de una historia de la Legión Cóndor escrita por una buena amiga mía, la profesora Stefanie Schüler-Springorum, que debería hacer enrojecer de vergüenza, si es que la tienen, a ciertos historiadores profranquistas.

BARCELONA, MAYO DE 1937.

M. A. *Mayo de 1937 fue una de las encrucijadas determinantes de la República en la Guerra Civil. Ríos, océanos de tinta han corrido para analizar e interpretar lo sucedido en aquellos quince días: los enfrentamientos de Barcelona y el ascenso de Negrín a la Presidencia del Gobierno…*

Á. V. Creo que los hechos de mayo de 1937 tuvieron una gran importancia porque fueron un parteaguas en la conducción de la guerra por parte de la República y el catalizador del relevo de Largo Caballero. Dicho esto, me parece que han sido extraordinariamente exagerados por motivos metahistóricos, porque han servido de acicate para dar pie a interpretaciones muy diferentes entre sí pero con varios rasgos comunes.

Por una parte, la denuncia del supuesto asalto comunista al poder político de la República, una tesis edificada por Burnett Bolloten y que hizo escuela. Además, curiosamente han dado fuerzas a las interpretaciones que simpatizan con el papel del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y de los anarquistas, que coinciden en este punto y en la denuncia de la presunta supremacía comunista. Y, por último, han servido también para denigrar la figura de Negrín y de alguna manera recuperar la de Largo Caballero por razones ligadas esencialmente a la combinación de dos vectores: la disensión política entre las fuerzas antifranquistas del exilio y la superposición del paradigma interpretativo de la *Guerra Fría* (con el anticomunismo en primer lugar) sobre la Guerra Civil.

M. A. ¿*Cuál ha sido la consecuencia de todo ello*?

Á. V. Que normalmente, y aún lo exponen así una gran parte de los historiadores de procedencia anglosajona, francesa y alemana, se afirma que en la Guerra Civil se prefiguraban las «Repúblicas Populares» que la URSS impuso en el este de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, sugieren que, de haber vencido la República, España hubiera sido como la Polonia de 1950. Stalin quería agarrar España para penetrar por el bajo vientre de Europa

en el corazón de la civilización occidental…

Sin embargo, en los últimos años varios historiadores hemos publicado trabajos sólidos sobre los «hechos de mayo». Ferran Gallego, por ejemplo, escribió un gran libro, al igual que José Luis Martín Ramos. También Helen Graham elaboró un artículo situando correctamente lo sucedido en su contexto. Por mi parte, en *El escudo de la República* me centré en esclarecer y analizar la imbricación de la URSS tanto en los enfrentamientos de Barcelona como en el relevo al frente del Gobierno.

M. A. *¿Comparte la afirmación de que lo sucedido en las calles de Barcelona a principios de mayo de 1937 fue «una guerra civil dentro de la Guerra Civil»?*

Á. V. Es claramente una exageración. Podemos dedicarnos durante horas a caracterizar qué es una guerra civil, pero la insurrección anarquista de Barcelona se liquidó literalmente en cuatro días. Fue una algarada, una pequeña sublevación con barricadas y tiroteos, sí, pero hecha, además, por fuerzas no militares. Ya sé que hay historiadores que lo afirman, pero me parece que estiran el concepto de guerra civil hasta más allá del límite para llegar a esa interpretación. No hubo nunca una guerra civil dentro de la Guerra Civil, pero si alguien lo quiere plantear tendría que fijarse con mayor razón en la sublevación del 5 de marzo de 1939, el golpe de Casado, Besteiro y Mera. Pero tampoco lo fue… porque la revuelta comunista contra la ocupación ilegal del poder por parte del Consejo Nacional de Defensa fue sofocada en una semana.

M. A. *Entre las consecuencias de aquellos sucesos estuvo el fin de la utopía libertaria…*

Á. V. Por supuesto, en junio Enrique Líster disolvió el Consejo de Aragón por decisión de Azaña y de Prieto, ministro de Defensa Nacional. Pero todo esto se ha hipertrofiado: el sueño libertario tuvo muchas manifestaciones, pero jamás se tradujo en una estrategia política consistente y viable. Esto se notó en Cataluña

desde el primer momento y muchos historiadores catalanes lo han estudiado. En el verano de 1936, en plena efervescencia revolucionaria, la CNT renunció a conquistar el poder político en Cataluña, no se atrevió, no desplazó a la Generalitat cuando lo tenía al alcance de la mano en aquel momento. Su revolución en Barcelona en mayo de 1937 fue un espasmo de la base, sin programa político razonable. No hay que olvidar que el movimiento libertario era profundamente heterogéneo; por un lado, estaban quienes fueron interiorizando las apremiantes necesidades de la guerra y, por otro, una amplia base que estaba en otra galaxia, haciendo una revolución que no estaba ni programada, ni dirigida, ni controlada, ni respondía a directrices viables.

Todo esto para algunos intelectuales y algunos historiadores es muy bonito y sugerente: la imagen épica de la revolución social y del pueblo en armas. Pero el pueblo en armas sin dirección política no es nada. Ni siquiera entre los revolucionarios franceses de 1789 hubo un «mayo» porque se dotaron de una dirección política.

M. A. *Y el POUM, demonizado como «trotskista» por el PCE y por Moscú, intentó capitalizar políticamente la insurrección de mayo…*

Á. V. Fernando Hernández Sánchez, en su excelente libro sobre el PCE en la Guerra Civil, lo ha explicado muy acertadamente. El Gobierno republicano poco después de los sucesos de mayo en Barcelona ilegalizó el POUM. Mira, si hay una situación en que la *realpolitik*, la maldita *realpolitik*, debe prevalecer es en una guerra. El Gobierno republicano reaccionó contra el POUM porque era un partido débil y pequeño… No fue contra la CNT, porque pedirle responsabilidades por el *putsch* de mayo sí que hubiera supuesto abrir una brecha fatal en la resistencia republicana. Pero lo podían hacer contra el POUM y lo hicieron. Además, los planteamientos políticos del POUM entonces eran un auténtico desvarío. Llamaban incluso a luchar contra la República.

Los vencedores de mayo fueron el Gobierno central, que se hizo cargo del mantenimiento del orden público en Barcelona, Esquerra Republicana de Cataluña y el sector no libertario de la Generalitat, que se deshicieron de los anarquistas.

M. A. *¿Los soviéticos presionaron en esa dirección*?

Á. V. Claro que los soviéticos achucharon, porque en la perspectiva estalinista el POUM era el enemigo fundamental por su asimilación al trotskismo. El combate contra el trotskismo fue una de las paranoias de Stalin, y Stalin también la proyectó sobre la Guerra Civil. De esto no cabe ninguna duda. El POUM estaba infiltrado por la NKVD y Orlov, ya residente en jefe, conocía perfectamente sus planes.

Relevo en Valencia.

M. A. *¿Cómo se gestó el relevo de Largo Caballero por Negrín en la Presidencia del Gobierno*?

Á. V. En mayo de 1937 Largo Caballero, como ministro de la Guerra, tenía en su contra una conjunción política amplísima porque la contienda no evolucionaba bien. Efectivamente, fue el PCE el que planteó una crisis que era inevitable, con una campaña de propaganda para que abandonara el Ministerio de la Guerra que se venía gestando desde hacía mucho tiempo. Pero esto ha sido supermitificado: en infinidad de ocasiones se ha dicho que los comunistas le apartaron de la jefatura del Gobierno para instalar a Negrín, presentado prácticamente como un títere suyo.

En realidad, Azaña e Izquierda Republicana, el PCE, Negrín y Prieto, en fin, casi todos, querían que siguiera como presidente del Gobierno pero que dejase el Ministerio de la Guerra. Incluso Stalin le quería como jefe del Ejecutivo porque entendía que tenía el respeto de la clase obrera española y así se lo había expresado a Rafael Alberti y María Teresa León el 20 de marzo. Y por supuesto era cierto, Largo Caballero tenía un gran prestigio. Hubiera podido seguir como presidente del Gobierno si hubiese querido, incluso proyectó un cambio de gabinete absolutamente ridículo. Echó un órdago y perdió: planteó su dimisión si perdía la cartera de Guerra. Solo la UGT y Unión Republicana le apoyaron. El presidente Azaña vio de manera bastante clara que había perdido casi toda su base de

sustentación política, más aún para liderar la propuesta de nuevo Gobierno, y no le quedó otra salida que la dimisión.

M. A. *¿Por qué Azaña escogió a Negrín como su sustituto al frente del Ejecutivo*?

Á. V. Tenía pocas personas entre las que optar. Podía haber elegido a Indalecio Prieto y no está claro, porque Prieto mintió mucho en el exilio, si llegó a ofrecerle la Presidencia del Gobierno. En sus memorias Azaña dejó constancia de que no se fiaba de sus cambios de humor, un aspecto de su personalidad que era real. Prieto tenía un carácter ciclotímico, de repente subía a las nubes y de allí caía a los abismos. Se demostraría después, cuando el curso de la guerra empeoró para la República y fue uno de los primeros que se desfondó. Y que se desfondara el ministro de Defensa Nacional era muy grave porque entonces no podía inspirar confianza en el ejército. Su pesimismo destruyó su capacidad de persuasión de los mandos a principios de 1938. Esto es lo que ocultó cuidadosamente en sus memorias.

M. A. *La designación de Negrín, que además conservó la cartera de Hacienda, debió de ser una sorpresa para el pueblo republicano. No era uno de los prohombres ni del Frente Popular, ni siquiera del PSOE…*

Á. V. Supongo que para muchos sería así. En cualquier caso, lo cierto es que en el Partido Socialista después de Largo Caballero el gran dirigente era Prieto, pero la única persona que tenía cualidades para reemplazarle era Negrín. La alternativa no podía ser de Izquierda Republicana, ni del PCE, ni de la CNT. Evidentemente tenía que ser socialista. ¿Quiénes en el PSOE tenían experiencia de gobierno si descartamos a Prieto? ¿Anastasio de Gracia, ministro de Trabajo con Largo? No lo conocía nadie. ¿Álvarez del Vayo? Demasiado procomunista e izquierdista y no le era muy simpático a Azaña. ¿Y Negrín? Lo había hecho bien en Hacienda, había suministrado divisas con la eficaz operación del oro, había contribuido al esfuerzo de guerra, era un socialista moderado, afín a Prieto, no era procomunista y hablaba idiomas. Este último punto

era muy importante, porque Largo Caballero no salió jamás de España durante sus meses al frente del Ejecutivo. Es curioso, en una guerra internacional contra el fascismo el jefe del Gobierno no se asomó fuera de las fronteras.

En cambio, Negrín se movía bien en la escena europea y tenía amigos en el socialismo francés desde hacía muchos años. Azaña se fiaba de él y, además, no tenía enemigos viscerales en la izquierda. Sinceramente, no hay que recurrir a Stalin y a un supuesto asalto comunista al poder para entender que Negrín estaba casi predestinado a sustituir a Largo si Prieto no lo hacía.

M. A. *Además de la jefatura del Gobierno, las principales carteras estuvieron en manos del Partido Socialista…*

Á. V. Los ministerios fundamentales siempre o casi siempre estuvieron en manos socialistas. Y, además, hay que decirlo con toda honestidad: los representantes de la UGT y la CNT en el Ejecutivo no descollaron. Tuvieron responsabilidades un tanto subordinadas. Federica Montseny como ministra de Sanidad estaba muy bien, pero en el contexto de la Guerra Civil era un cargo secundario. Las carteras más relevantes correspondieron a los socialistas. Por ejemplo, en el gabinete que había presidido Largo Caballero, Galarza había tenido Interior; Negrín, Hacienda; Álvarez del Vayo, Exteriores, y Prieto, Marina y Aire. Y justamente fueron estos socialistas quienes chocaron con Largo Caballero.

Tras la crisis gubernamental de mayo de 1937 hubo algún ajuste (Giral sustituyó a Álvarez del Vayo), pero se nombró responsable de toda la política de guerra a Prieto, que el 20 de mayo designó como jefe de Estado Mayor Central a Vicente Rojo, y Zugazagoitia asumió Interior.

El peso del Partido Socialista en el Gobierno contribuyó a las pequeñas guerras que lo desgarraron durante la Guerra Civil y el larguísimo exilio.

5

La Resistencia Republicana.

Malas noticias desde Londres.

Mario Amorós *El cambio gubernamental en la España republicana prácticamente coincidió con el de Londres…*

Ángel Viñas: Así es. El 28 de mayo de 1937 Neville Chamberlain sustituyó a Stanley Baldwin, un relevo que supuso una vuelta de tuerca más a la hostilidad británica hacia la República. Chamberlain consideraba claramente al comunismo el principal enemigo de su país y llegó a las cumbres del apaciguamiento de los dictadores fascistas. Esta política, que sigue siendo muy debatida por los historiadores británicos, tiene su justificación racional, egoísta sin duda, pero también coherente. La Historia demostró que fue una estrategia errónea y que significó el sacrificio de la República Española, de Austria, de Checoslovaquia y, si me apuras, incluso de Polonia, aun cuando el conflicto europeo estalló en septiembre de 1939 tras ser invadida por Alemania.

Es posible explicar racionalmente la política de apaciguamiento de Chamberlain, pero también es indudable que, si algunos de sus costos tuvo que soportarlos el Reino Unido y el principal fue el de su fracaso, el fundamental le correspondió a la República Española,

prematuramente antifascista.

M. A. *¿Cómo se expresó la estrategia de Chamberlain hacia la España en guerra*?

Á. V. De entrada, la resistencia republicana le molestaba porque le impedía concretar el entendimiento que buscaba con Mussolini con un objetivo que consideraba brillante: separarle de Hitler. Y en el *tablero* español Chamberlain apostaba por reforzar el acercamiento a los presumibles vencedores para que su alineamiento con las potencias fascistas fuese lo menos negativo posible para los intereses británicos.

Muy pronto, tuvo la oportunidad de exhibir su voluntad de apaciguar a Hitler y Mussolini porque no dudó en mostrar comprensión ante la indignación alemana por el hundimiento del acorazado *Deutschland* el 29 de mayo por aviones soviéticos al servicio de la República. Hitler respondió con el brutal cañoneo de Almería en la madrugada del 31 de mayo. Además, este incidente tuvo importancia porque Indalecio Prieto, el flamante nuevo ministro de Defensa Nacional, empezó a demostrar que no era un gran estratega precisamente. Quería poco menos que Alemania declarara formalmente la guerra a la República porque entendía que así Londres y París acudirían en su auxilio. Era soñar, y en temas bélicos conviene no hacerlo. La República no tenía capacidad para resistir más de cinco días ante una declaración de guerra de la Alemania nazi. Así que imagínate el futuro.

M. A. *¿Qué gestiones hizo inicialmente Negrín ante Francia*?

Á. V. En abril Léon Blum había presentado su dimisión y el presidente Negrín y su ministro de Estado, José Giral, no tardaron en hablar con su sucesor, Camille Chautemps. Deseaban que se pusiera fin a la No Intervención o, al menos, que terminara el control en la frontera. Pero el nuevo Gobierno francés no se sintió con fuerzas para aceptarlo ante el temor a las complicaciones internacionales y a la extensión del conflicto español debido a la intervención de las potencias fascistas por una parte y de la URSS

por otra.

LA PÉRDIDA DE BILBAO.

M. A. *El 20 de junio las tropas franquistas entraron en Bilbao. ¿Qué consecuencias tuvo*?

Á. V. La conquista de la capital vizcaína proporcionó a Franco una mano de obra abundante y los recursos de la minería y la industria locales, así como las conexiones exteriores desde su importante puerto.

Además, produjo que algunos meses después Londres —que se disputaba el hierro de Vizcaya con Berlín— y Burgos intercambiaran representantes diplomáticos, lo que suponía un reconocimiento de hecho de Franco. Los británicos siempre estuvieron presentes en la zona franquista con sus cónsules. Es una situación muy curiosa desde el punto de vista diplomático, pero los cónsules llegaban hasta donde llegaban y desde luego no hasta Franco, que además carecía de un Gobierno al uso. En junio de 1937, aunque algunos ministros británicos ya lo plantearon, el titular del Foreign Office, Anthony Eden, se resistió y vaciló, puesto que era el periodo posterior al bombardeo de Gernika y había una marejada en la opinión pública de su país en contra de los alemanes y de los franquistas.

El nombramiento de un agente británico en Burgos, que se concretó en noviembre de 1937, fue en realidad muy favorable para Franco aunque no lo necesitaba en la práctica. Significó que los británicos se acercaban a él aceleradamente. Su representante en Londres, sin requerir de ningún tipo de acreditación, se movía muy bien por las esferas oficiales. A través del Duque de Alba, Franco pasaba los mensajes al Gobierno británico perfectamente. La decisión de designarle como su agente fue una de las más acertadas que tomó.

M. A. *La conquista militar de Bilbao haría naufragar los intentos del PNV de buscar una mediación particular con los sublevados…*

Á. V. Al PNV le sucedió un poco como a ERC: eran esencialmente, primero y ante todo, nacionalistas. Tenían, por tanto, un enfoque de guerra parcial, limitado a sus territorios. En el caso del País Vasco, no olvides que una parte del territorio estaba ocupada por los sublevados prácticamente desde el inicio de la guerra: casi toda la provincia de Guipúzcoa y una parte de Álava; lo que quedó en manos de la República fue Vizcaya y poco más.

En este contexto el *lehendakari* Aguirre atravesó por una etapa de exacerbado nacionalismo. Y, aunque no tenía mucha idea de asuntos militares, se designó comandante en jefe del ejército de Euskadi; en fin, un poco como Largo Caballero. En el PNV había un sector que no veía la necesidad de una lucha a ultranza, porque ellos lo que querían era salvaguardar sus libertades y pensaban que con Franco podían llegar a una entente para mantener los fueros. No le conocían. Al menos, podrían haber reparado en que muchos políticos vascos importantes de la derecha hicieron causa con él: José María de Areilza, José Félix de Lequerica y a contar…

El PNV entró en contacto con los italianos buscando una mediación. Esto envió una señal muy clara a Franco: la capacidad de resistencia del ejército de Euskadi y de los políticos peneuvistas era débil. Y es en este enfoque en el que hay que situar la destrucción de Gernika, en el énfasis por intimidar la resistencia vasca. Esto ofrece también una lectura que no se ha hecho…

M. A. *¿Cuál?*

Á. V. Es una acusación habitual imputar al Gobierno de la República que presuntamente permitiese a la URSS hacer lo que quería, lo cual es falso. Pero ¿qué se puede decir en este sentido de Franco? No tuvo el menor inconveniente en que los generales y los diplomáticos italianos se mezclaran en los asuntos internos de Euskadi para mantener contactos con el PNV y el ejército vasco a fin de lograr su rendición. Fue el único caso en la Guerra Civil en que se permitió esto. Y, eso sí, cuando llegaron a un acuerdo a fines de agosto de 1937 (el Pacto de Santoña), no le dio cumplimiento. Esto, con perdón, se llama *realpolitik*. Es decir, practicó una política muy fría y al final se llevó el gato al agua. Y no se denuncia, al

contrario, se elogia: qué listo era Franco, qué genio era… Efectivamente, era muy listo, terminó llevando a cabo una guerra política, lo que hay que reclamar es el mismo tratamiento para la República. Si hay que aceptar la *realpolitik*, veamos qué hacían los pobres republicanos: dentro de su modestia y sus pequeñas capacidades, abandonados por todos salvo por la Unión Soviética, resistieron como pudieron, con sus traiciones, con sus querellas, claro, porque en la guerra no hay nada que tenga más éxito… que el éxito mismo.

Los republicanos tuvieron que aprender la dura lección de que en la guerra los éxitos diplomáticos y los éxitos políticos son una consecuencia de los éxitos militares. Y como no tuvieron éxitos militares, tampoco avanzaron en los otros ámbitos.

EL ASESINATO DE ANDREU NIN.

M. A. *¿Quién era Nin?*

Á. V. Andreu Nin no era un dirigente político de primera línea. Esto también se ha hipertrofiado. Era el secretario general del POUM, un partido pequeño, sin mucha importancia, pero que se hizo culpable de ser trotskista o de aparecer como tal ante los ojos de Stalin, que embistió para aniquilarlo políticamente. El 11 de diciembre de 1936 un telegrama de Moscú ya ordenaba a los agentes de la Komintern en España «la liquidación política de los trotskistas como contrarrevolucionarios y agentes de la Gestapo». Era el periodo de las purgas en la URSS tras el proceso contra Kamenev y Zinoviev en agosto y Stalin exportó a España su combate paranoico contra el trotskismo. Sus instrucciones fueron claras: separar al POUM de los anarquistas porque sin la cobertura de la CNT no era nada. Pero el objetivo no se logró porque la similitud de objetivos entre ciertos sectores anarquistas y el POUM era demasiado estrecha.

En los sucesos de mayo en Barcelona, por si fuera poco, el POUM se había situado en primera línea en el plano retórico y propagandístico cuando había sido simplemente un accesorio. Su

periódico, *La Batalla*, aparecía como la tribuna que velaba por la pureza de la Revolución. Por otra parte, los artículos y discursos de Nin se han publicado y cuando examinas los que se refieren a la política militar durante la Guerra Civil es para ponerse a llorar. Nin tenía una concepción de la Revolución disparatada, pero, en fin, era la suya y la de su partido, respondía a su ideología. Pero de lo que no tenía la menor idea era de cómo hacer la guerra; Franco sí lo sabía y algunos en las filas republicanas también. Nin no.

M. A. *¿Cómo fue asesinado*?

Á. V. El de Nin fue un crimen cuya peculiaridad fundamental, que ya captó Negrín entonces, radica en que fue la única ocasión en que la policía política soviética (la NKVD) asesinó a un dirigente en el lado republicano. El vector soviético estuvo presente como en *Paracuellos* y hay un lazo que une ambos episodios: Orlov. A fines de 1936, Orlov era uno de los agentes de la NKVD que permaneció en Madrid. Cuando asesinaron al secretario general del POUM ya era el jefe de la NKVD en España. Había sido ascendido por méritos de guerra.

M. A. *La ayuda soviética a la República tuvo su lado oscuro*…

Á. V. No puede obviarse. Ese lado oscuro, la actuación de los agentes de la NKVD, estuvo presente fundamentalmente en *Paracuellos* y en el asesinato de Nin. Pero se ha exagerado notablemente. Creo que el libro de Boris Volodarsky sobre Orlov, ya disponible en español, pone las cosas en su sitio.

M. A. *¿Cómo murió Nin*?

Á. V. El plan para detenerle lo diseñó Orlov a fines de mayo de 1937. Era muy burdo… pero funcionó. Fue acusado de traidor (de ser un espía al servicio de Franco), detenido el 16 de junio y probablemente torturado. Pero aún no lo sabemos todo de sus últimas horas…

M. A. *¿Qué permanece en la penumbra?*

Á. V. Bueno, en primer lugar por qué fue asesinado. En segundo lugar, desconocemos dónde fue enterrado. Siempre se ha dicho que lo fue cerca de Alcalá de Henares, pero creo que no es cierto. Estoy convencido de que es una pista falsa que se introdujo en el expediente de Nin en los archivos de la KGB en los años noventa. Se puede exponer una hipótesis verosímil, pero que no puedo probar, y es que se le quisiera trasladar a la URSS para que testimoniara en juicio público que era un espía de Franco… Recuerda que justo en aquellos momentos tenían lugar los procesos de Moscú.

Como relaté en *El escudo de la República*, un historiador francés (Pavel Chinsky) ha estudiado de manera pormenorizada el tipo de procedimiento que la NKVD seguía con los prisioneros prominentes que eran sometidos a aquellos juicios. Y una de las cosas que más me llamó la atención fue que todos eran juzgados después de haber confesado por escrito los crímenes falsos que se les imputaban. La NKVD quería pruebas escritas, inventadas, por supuesto, confesiones extraídas a base de torturas. En *El cero y el infinito*, Arthur Koestler ya lo narró magistralmente en los años cincuenta.

M. A. *¿Qué otras hipótesis se manejan sobre la muerte de Nin?*

Á. V. Hay rumores que apuntan a que le llevaban a la base de las Brigadas Internacionales en Albacete para conducirle a Barcelona. Todo esto en el secreto más absoluto y sin que el Gobierno presidido por Negrín supiera nada. No olvides que a Nin lo detuvieron en Barcelona, lo llevaron a Madrid y lo ejecutaron o murió alrededor del 23 de junio de 1937. Fue todo muy rápido. El escándalo aún no había estallado.

M. A. *¿Quiénes participaron en su secuestro y asesinato?*

Á. V. El aparato clandestino del PCE especializado en tareas sucias, Orlov como dirigente de la operación y cuatro personas más. Para Orlov fue un crimen más.

M. A. *¿Tenían órdenes de Stalin de liquidarle?*

Á. V. No lo sabemos. Stanley Payne, por supuesto, asegura que sí, pero no aporta la menor evidencia que lo confirme.

M. A. *¿Qué sucedió cuando se conoció su desaparición?*

Á. V. El POUM, que había sido ilegalizado el 15 de junio por el Gobierno republicano, lógicamente denunció la desaparición de su líder. «¿Dónde está Nin?», preguntaban en sus consignas… «En Salamanca o Berlín», respondían los comunistas. El rumor llegó pronto a Negrín y él supo perfectamente que fue una operación manejada por los agentes soviéticos. En los apuntes que escribió en los últimos años de su vida para unas memorias que no vieron la luz reseñó que llamó a Orlov y el encontronazo que tuvieron. Ante la acusación que le dirigió, este se hizo el ofendido y le dijo que estaba insultando a la Unión Soviética. Negrín negó este punto y le exigió que abandonara su despacho. Al día siguiente un diplomático soviético, miembro también de la NKVD, le pidió disculpas.

M. A. *¿Y qué hizo Negrín?*

Á. V. ¿Qué podía hacer? Se la tragó. Y, claro, esto para muchos historiadores conservadores es otra prueba irrefutable de la dependencia de la República respecto a Stalin y de la incapacidad de Negrín, presentado como un peón manejado por los comunistas…

M. A. *La supervivencia de la República dependía de la ayuda soviética…*

Á. V. Fíjate, en 1941, cuando la Alemania nazi invadió la Unión Soviética, lo primero que hizo un anticomunista feroz como Winston Churchill fue ofrecer su ayuda a Stalin, a su íntimo enemigo, en aplicación de aquella máxima que reza: «El enemigo de mi enemigo es mi amigo». Y Churchill figura en la Historia como el estratega británico más brillante en la Segunda Guerra Mundial…

¿Qué podía hacer la República si dependía vitalmente de la ayuda soviética porque las democracias occidentales prohibieron venderle armas en el marco de la política de No Intervención?

La Guerra Civil fue también una guerra internacional por interposición, una guerra en la que la República luchó contra Franco, sí, pero también contra la Italia fascista, la Alemania nazi y de alguna manera también contra las democracias… Y lo hizo fundamentalmente con sus propias fuerzas y con la ayuda militar soviética, pagada con el oro del Banco de España. Fue una guerra que la República tenía perdida desde que se configuró como tal guerra internacional si el contexto exterior no se modificaba. Y esto es lo que siempre se ha disminuido en la historiografía española, sobre todo en la franquista.

Toda la argumentación sobre la dependencia de la República de Stalin es falsa, pero admitamos, solo a efectos dialécticos, que fuera correcta y veamos qué pasó con Franco dos meses antes con el bombardeo de Gernika.

M. A. *¿Respecto a la Legión Cóndor*?

Á. V. Claro. Los historiadores franquistas han dicho que la Legión Cóndor bombardeó Gernika y así rompió la fidelidad jurada al «Generalísimo». Aceptemos también este argumento: la aviación alemana destruyó un pueblo vasco sin que él se enterara y se armó un escándalo internacional de primera magnitud… ¿Y qué hizo Franco? ¡Nada! No destituyó a ninguno de los mandos de la Legión Cóndor, ni a Von Richthofen, ni a Speerle. No hizo nada. Por lo demás, en *Las armas y el oro* me he permitido comparar el asesinato de Nin con algún otro en el que estuvieron mezcladas las más altas autoridades belgas, británicas y norteamericanas en el siglo XX. Cuando los tigres se despiertan, no solo rugen. También muerden. En el Este y en el Oeste.

En definitiva, las dependencias eran múltiples en los años treinta: Franco dependía de la ayuda nazi-fascista, la República, abandonada por las democracias, respiraba gracias a la ayuda soviética y, claro, esto imponía límites.

M. A. *Por último, los dirigentes del POUM fueron sometidos a juicio…*

Á. V. Perdona, no hay que olvidar la tremenda campaña propagandística de los comunistas entre junio y agosto de 1937 contra Nin y el POUM, en la que exhibieron una capacidad para el dicterio francamente extraordinaria. Y efectivamente, la represión legal contra el POUM se tradujo en que sus dirigentes fueron juzgados a lo largo de 1938 y por supuesto no se condenó a nadie a muerte. En *El honor de la República* expliqué que el último jefe de la NKVD intervino ante Negrín y este le explicó que los tribunales de la República tenían la palabra. Y no pasó nada, porque semanas después Negrín escribió a Stalin para pedirle ayuda y este se la otorgó.

M. A. *¿La apertura de los archivos de la KGB podría arrojar más luz sobre las circunstancias de la muerte de Nin*?

Á. V. Tiene que haber algo más. El expediente completo no se ha mostrado nunca.

UNA GUERRA DE RELIGIÓN.

M. A. *El 1 de julio de 1937 se dio a conocer la «Carta colectiva del episcopado español». ¿Qué significó este documento*?

Á. V. Fue un texto de guerra política, escrito a petición de Franco, que justificó y bendijo la sublevación militar. Los obispos que la suscribieron (todos menos los titulares de las diócesis de Vitoria y Tarragona) actuaron como religiosos, como conductores de la grey católica, pero dijeron que se pronunciaban como historiadores. Yo les tomo la palabra: ellos relataron presuntos hechos desde su perspectiva, hacían la guerra política a través de sus medios. Pero lo relevante de esta Carta es su génesis, basada en las fantasías de su principal redactor (el cardenal Isidro Gomá) y en su ambición. Consagraba la Guerra Civil como una «cruzada» contra

el comunismo (aunque no utilizó este término) y en defensa de la España católica.

M. A. *Y evidentemente ignoraba la furia exterminadora desplegada por los sublevados desde el 18 de julio de 1936…*

Á. V. ¿Cómo iban a condenarlos? Se condena al enemigo. Se le insulta. Se miente. Es lo que hicieron los señores obispos entonces. Y es lo que sigue haciendo en la actualidad la Iglesia católica española.

M. A. *Fue un documento pensado sobre todo para el exterior. ¿Tuvo trascendencia entre los gobiernos occidentales*?

Á. V. No tuvo importancia internacional salvo en dos casos: Estados Unidos y Bélgica. Los católicos norteamericanos, fortalecidos por ese pronunciamiento masivo del episcopado español, se movilizaron e intentaron machacar todo lo posible las veleidades prorepublicanas de la administración. Y Roosevelt, que era un gran demócrata, un gran político y también un hombre frío, no quiso tener en contra a la opinión pública católica. La República no era relevante para él. Después admitió que se equivocó y lo reconoció.

Como Roosevelt fue uno de los vencedores de la Segunda Guerra Mundial (el gran vencedor fue Stalin), en la historiografía general anglosajona la pequeña traición a la República no tiene importancia. Pero, claro, nadie ha dicho que la política internacional sea un lecho de rosas.

M. A. *¿Fue la Guerra Civil, también, una guerra de religión*?

Á. V. Así lo plantearon los sublevados con la bendición de la jerarquía española. La persecución religiosa en la zona republicana, con un gran número de víctimas, sirvió para movilizar en la otra a miles de voluntarios bajo el lema unánime de «Por Dios y por la Patria», pero también para legitimar, aunque fuera a posteriori, la rebelión contra la República.

En la escena internacional las matanzas de religiosos suministraron innumerables argumentos a los sectores católicos en países tales como Francia, el Reino Unido y Estados Unidos para movilizarse contra los excesos de la «España roja», apoyada, además, por la «Rusia atea». La guerra así incumbía a todos los católicos, era una guerra santa, de dimensiones universales. Es cierto que hubo excepciones, que hubo intelectuales católicos, como François Mauriac, Georges Bernanos y Jacques Maritain, que criticaron la crueldad de los sublevados y la ayuda que recibían de los nazis, pero en general, después de la publicación de la «Carta colectiva del episcopado», el catolicismo internacional se volcó en favor de Franco.

LA OFENSIVA DE BRUNETE.

M. A. *En julio de 1937 la batalla de Brunete, a treinta kilómetros al oeste de Madrid, probó que el Ejército Popular había avanzado…*

Á. V. Sí, además necesitaba demostrar que conservaba una cierta capacidad ofensiva. Si te das cuenta, el primer año de guerra fue un año de continuo retroceso republicano, salvo la victoria en Guadalajara, mitificada hasta extremos máximos, aunque comprensibles: la República se agarró a ella como a un palo ardiendo. También a la defensa de Madrid.

En el campo de batalla la República sufrió retroceso tras retroceso porque no tenía capacidad para tomar la iniciativa. De alguna manera, debía proceder a lo que Gabriel Cardona llamó una «defensa elástica», es decir, tenía que dar muestras de combatividad para mantener la moral de sus combatientes y de la población civil. Imagínate, después de la caída de Bilbao el propio Indalecio Prieto, recién llegado a la cartera de Defensa Nacional, lo primero que hizo fue presentar la dimisión, aunque Negrín, con buen tino, se la rechazó. Y es que una gran parte de las discusiones sobre la Guerra Civil se enredan en temas periféricos…

M. A. *¿Por qué lo dice?*

Á. V. Por ejemplo, en el caso de la pérdida del norte entre junio y octubre de 1937 (Vizcaya, Santander, Asturias), suele argüirse que Prieto no ayudó suficientemente con el envío de aviones. Es cierto, no envió suficiente aviación al norte, pero es que tampoco la había. La República sufría ya entonces, de nuevo, carencias logísticas muy importantes. En la campaña del norte Franco tuvo una superioridad aérea apabullante, desplazó la mayor parte de las unidades de la Legión Cóndor y también una buena porción de la aviación italiana. En ningún momento la aviación republicana pudo echarles un pulso en el norte. Sin duda alguna, podría incluso escribirse un libro sobre esto, pero esta no es la dirección central. La clave es que en aquel momento la República necesitaba algún éxito ofensivo para fortalecer su diplomacia y su posición exterior. Este es el tema fundamental que se oscurece una y otra vez.

M. A. *¿Y a eso respondió la ofensiva de Brunete*?

Á. V. Sí. Fue una operación militar diseñada por los españoles, no por los soviéticos, e impulsada por el Consejo Superior de Guerra de la República, por civiles. El problema es que la operación se planteó muy bien y se ejecutó muy mal porque el Ejército Popular se estaba convirtiendo en una buena maquinaria defensiva, pero no tenía suficiente capacidad ofensiva, ni de resistencia. Carecía también de buenos oficiales y de mandos intermedios cualificados. Lo que pudo haber sido un pequeño éxito republicano se convirtió en una victoria pírrica, porque sacrificó sus mejores unidades con una enorme cantidad de bajas tan solo para ganar una pequeña porción de territorio y no lograr ningún éxito estratégico, apenas un pequeño triunfo táctico.

Esto es algo que sucedió una y otra vez. La estrategia militar de la República tuvo fallos profundos, porque una cosa es el planteamiento estratégico, correcto en la mayor parte de las ocasiones, y otra la ejecución táctica. Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central, tenía unos planes acertados, pero carecía del instrumento adecuado para llevarlos a la práctica. En términos militares eso es dramático. En muchas guerras ha habido problemas de adecuación entre la estrategia y la realización práctica, siempre

ha vencido el que tenía el mejor instrumento, las armas y los hombres y la organización. Y en esto el ejército franquista fue muy superior al republicano desde el principio hasta el fin de la contienda. Tenía más armas, hombres más capacitados y una organización y disciplina mucho mayores.

M. A. *Además, el avance territorial concedió a los sublevados más recursos económicos…*

Á. V. Y en la segunda mitad de 1937 la República ya había vendido el 80% de su oro porque no olvides que todo su comercio de importación, de material bélico y no bélico, se pagó con las reservas auríferas del Banco de España. Franco nunca tuvo problemas en este sentido: no tenía mucho oro, pero contaba con el de March y disponía de créditos. No tenía problemas alimenticios, porque su ejército controlaba los graneros españoles (aceite, pan, leguminosas, pescado). En la zona franquista no se pasó hambre, incluso exportaron alimentos. Sus territorios del norte y del sur estaban unidos desde septiembre de 1936. En cambio, la República tenía que importar armas, medicinas, carbón… El balance de recursos económicos se desplazó pronto a favor de los sublevados gracias a las conquistas militares y la República vio cómo su territorio se iba estrechando y tenía que financiar con el contravalor del oro las importaciones no bélicas, que fueron crecientes.

Y todo esto en un contexto internacional cada vez más desfavorable. En septiembre de 1937, la Conferencia celebrada en Nyon (Suiza) a instancias del Reino Unido y Francia supuso una nueva derrota para la República. La URSS no logró, a pesar de sus esfuerzos diplomáticos, romper la hostilidad británica y su secuela: la timidez francesa. Además, en Nyon las potencias democráticas aceptaron de hecho las agresiones que los submarinos italianos habían cometido contra los barcos que portaban la ayuda a la República. Las medidas adoptadas bastaron, no obstante, para interrumpirlas.

M. A. *En octubre, la pérdida definitiva de Asturias cerró un periodo de grave retroceso territorial de la República…*

Á. V. Y ante sus dirigentes cada vez surgió de manera más nítida una disyuntiva: buscar una mediación para una paz digna, la opción de Azaña, o mantener la resistencia con la esperanza de que el contexto europeo variara de manera decisiva, la apuesta de Negrín, aunque no olvides que este también buscó algún tipo de acomodo vía la mediación internacional.

M. A. *¿Por qué trasladó Negrín el Gobierno a Barcelona en noviembre de 1937*?

Á. V. Las razones han sido muy debatidas. Lo decidió esencialmente porque quería cortar las veleidades separatistas de la Generalitat y lo logró, no sin una lucha fiera. Por cierto, el PCE se opuso a esta medida con dos argumentos muy pertinentes: para no dejar la zona central del país sin una presencia tan importante y relativamente próxima como era la sede en Valencia y, además, porque el traslado a Barcelona brindaba la imagen de que los dirigentes de la República se acercaban a la frontera, se escapaban… Pero la Generalitat iba a su aire, no comprendía el carácter de la Guerra Civil. Creía, como el PNV, que podían llegar a un acuerdo con Franco que respetara sus características nacionales.

M. A. *Estaban en la inopia…*

Á. V. Sí, la Historia puede definirse de muy diversas maneras. Un clásico la describió como el relato de las locuras de los seres humanos.

EL ARTE DE LA REALPOLITIK.

M. A. *Su tetralogía ha derrumbado el mito de una República teledirigida por Stalin, quien aspiraba a instaurar en España un régimen de tipo soviético…*

Á. V. Sobre Stalin se ha escrito muchísimo y se seguirá escribiendo profusamente. He leído seis obras biográficas sobre él y

creo que la más acertada es la de un profesor de Harvard, Adam Ulam, que en 1975 publicó *Stalin: el hombre y su época*. Lo que se me quedó grabado de su libro es que no era una figura unívoca. Fue un personaje que adoptó comportamientos diversos. Estaba el Stalin que actuó hacia el interior de la Unión Soviética, que era un dictador implacable, responsable del terror. Pero Ulam también analizó el Stalin que tuvo que lidiar con el exterior, que obviamente no era moldeable al imperio de su voluntad, y por tanto tenía que pactar.

M. A. *Un Stalin pragmático…*

Á. V. En su actuación hacia el exterior fue un hombre extremadamente pragmático, un superrealista que conocía bien las limitaciones y las debilidades de la Unión Soviética, un personaje maquiavélico que actuaba para defender su dictadura. La política exterior fue para él la primera línea de defensa ante la amenaza externa, encarnada en los años de la Guerra Civil española por el nazi-fascismo. Cuando tomas a este Stalin dibujado por Ulam empiezas a entender su comportamiento hacia la España republicana, incluso hacia las potencias democráticas. Pero, entre 1936 y 1939, Londres y París solo vieron al Stalin feroz enemigo del capitalismo, a pesar de los análisis de algunos diplomáticos británicos…

M. A. *¿Diferían de esa visión*?

Á. V. Bueno, en mi investigación me he centrado en la diplomacia británica porque el Reino Unido fue el gran valedor de la No Intervención, el gran constreñimiento exterior de la República. Por ejemplo, Lord Chilston, el embajador británico en Moscú, un hombre muy inteligente, sí apreció esa diferencia entre el Stalin del interior y el del exterior y la expuso en sus informes. Y en Londres estaba Laurence Collier, director general del departamento del Norte, un gran conocedor de la Unión Soviética, que señalaba lo mismo que Lord Chilston, aunque tampoco tenía simpatía alguna por el sistema soviético.

M. A. *Pero se impuso la posición del primer ministro Chamberlain, que era muy anticomunista…*

Á. V. La Historia enseña que, a veces, es necesario pactar con el diablo. En la Segunda Guerra Mundial, Churchill se metió en la cama con Stalin y no sucedió nada… Y si había un anticomunista furibundo en Londres era Churchill, pero él entendió lúcidamente que tenían que ayudar a la URSS a resistir para desgastar al ejército alemán y los anticomunistas furibundos tuvieron que aceptarlo porque era de sentido común, era *realpolitik*. Pero esto se aplicó cuando los intereses británicos estaban en juego. En cambio, en la Guerra Civil el Reino Unido desplegó una política ideológica, prejuzgada… Collier intentó modestamente poner un poco de sentido común en la política hacia la URSS.

También Negrín era consciente de que tenía que aproximarse a Francia y al Reino Unido. Lo intentó siempre, incluso en la época de Largo Caballero al frente del Gobierno. Pero no lo consiguió nunca y por eso, y este fue el drama de la República, aumentó su dependencia de los suministros soviéticos, en lugar de decrecer. Y más o menos hasta junio de 1937 la Unión Soviética brindó un apoyo masivo a la República.

M. A. *¿Qué sucedió entonces?*

Á. V. Stalin decidió agitar la guerra chino-japonesa porque le interesaba que el imperialismo japonés se atascara en China y no se dirigiese contra la URSS. Tenía un as en la manga: uno de los generales de Chang Kai Chek era un agente suyo y se las arregló para que utilizara un incidente para convencer al líder nacionalista de actuar de forma tal que provocó la guerra chino-japonesa en buena y debida forma. El conflicto hubiera estallado de cualquier modo, pero empezó en julio de 1937 en parte porque Stalin lo forzó. Fue un éxito estratégico inducir una contienda de ocho años que enlazó con la Segunda Guerra Mundial y evitó a la URSS una guerra abierta para defender sus fronteras orientales.

De inmediato, la URSS ayudó a los nacionalistas del Kuomintang, no a los comunistas, porque no controlaban el

Gobierno. Ahí tienes de nuevo la *realpolitik*: Stalin ayudó al enemigo declarado de los comunistas porque manejaban el Gobierno chino y con la ayuda soviética tenían mayor capacidad de resistencia que las fuerzas comunistas de Mao Tse Tung. Sacrificó, pues, a los comunistas y empezó a enviar material a Chang Kai Chek. Este envío, poco conocido en Occidente, lo ha explicado un historiador ruso y fue una verdadera epopeya. La URSS tuvo que construir pistas de 2500 kilómetros porque no toda la ayuda podía transportarse por el mar o por el aire. Esto llevó tiempo y por ese motivo Stalin recortó drásticamente la ayuda a la República.

M. A. *¿Cuándo se expresó esa decisión*?

Á. V. En octubre de 1937 el mariscal Vorochilov, responsable del Ejército Rojo, le pidió autorización para hacer un envío de armas a España, como en anteriores ocasiones, pero Stalin lo recortó considerablemente. Cuando los alemanes y los italianos volvieron a aumentar su ayuda a Franco, Stalin se retrajo y hasta el otoño de 1938 la ayuda soviética continuó pero en mucha menor escala. Este viraje obedecía a la situación en su frontera oriental y a lo que llamo el «gran secreto del Estado soviético».

M. A. *¿Cuál era*?

Á. V. En el otoño de 1937, los agentes de la Komintern en la España republicana, incluido Palmiro Togliatti, el embajador soviético en Londres, el encargado de negocios de la embajada en España y mandos muy importantes del Ejército Rojo pidieron a Stalin que ayudara a la República con el envío de importantes remesas de armamento, pero se negó. Y lo hizo porque estaba convencido de que no podía mantener la ayuda a la República en los niveles anteriores y ampliar la asistencia a los nacionalistas chinos, así como mantener un grado de disuasión importante frente a Japón en Siberia y frente a Alemania en Europa.

En aquel momento Stalin no compartía este tipo de decisiones con los otros dirigentes, ya estaba en la cúspide del poder. Durante un tiempo las decisiones habían sido más o menos colegiadas, pero

a partir de
1936-1937
el Politburó se reunió cada vez menos y los asuntos que abordaba eran cada vez más triviales. Stalin se veía con los comisarios de manera individual y él adoptaba las principales decisiones en solitario. El sistema soviético evolucionaba hacia una dictadura personal, con grandes soportes sociales e ideológicos sí, pero las decisiones esenciales, sobre todo las de paz y guerra y también sobre el terror, aunque no todas, las tomaba Stalin. Esto anticipó lo que sucedió en 1940 y 1941, cuando se le advirtió que Alemania invadiría la Unión Soviética y él se negó a creerlo…

M. A. *¿Era consciente de lo que supondría para la República el recorte sustancial de sus suministros*?

Á. V. Por supuesto. Y, por cierto, esta es una más de las razones por las que el mito de una República tutelada por Stalin se derrumba: si hubiera querido imponer un régimen de tipo soviético hubiera hecho todo lo posible para que la República ganara la guerra ¿no? Stalin ayudó a la República, pero no al precio de descuidar su propia defensa o de perjudicar el vínculo que consideraba más importante para los intereses soviéticos (y en realidad lo era): el apoyo a los nacionalistas chinos frente a Japón.

La propaganda y los discursos señalaban una cosa, pero militarmente la URSS era débil. Tenía muchos aviones, sí, pero muchos eran viejos.

Stalin, personalmente, decidió que la URSS no tenía capacidad para atender ambos frentes y sacrificó a la República Española. Esta aún resistió un año y medio más y sus dirigentes intentaron, hasta el final, acercarse a las democracias, algo que los historiadores franquistas ocultan o distorsionan.

M. A. *¿Cuándo se reanudó la ayuda soviética en una escala importante*?

Á. V. La reducción de suministros se mantuvo mientras el peligro japonés amenazó las fronteras soviéticas. Stalin no volvió a

autorizar la ayuda en masa hasta noviembre de 1938, tras el encontronazo ruso-japonés del lago de Jasán. Lo hizo a pesar del regusto amargo de la Conferencia de Múnich.

M. A. *El 26 de febrero de 1938, antes de viajar a su nuevo destino (París), el embajador Pascua se entrevistó por última vez con Stalin…*

Á. V. Y en aquel momento Stalin le dijo que consideraba que los ministros comunistas debían abandonar el Gobierno, como un gesto hacia las potencias democráticas en el momento en que Francia había abierto su frontera a la España republicana. Esto es muy importante porque la salida del PCE del Ejecutivo hubiera disminuido su capacidad de influencia en las decisiones gubernamentales. También esto arrasa los mitos sobre Stalin y la República, cultivados antes por Bolloten y hoy por Payne y Beevor.

Pero hubo una batalla que dieron los comunistas y Togliatti en particular para lograr que Stalin revisara su decisión. Negrín se opuso a las instrucciones de Stalin y encargó a Pascua que le dijera que necesitaba la presencia comunista en el Gobierno y este al final accedió, principalmente porque Togliatti, en un importante telegrama hallado por Friedrich Firsov, achacó las derrotas republicanas a la influencia nefasta del trotskismo. Era una tontería, pero Stalin, como Negrín, confiaba en Togliatti y aceptó que el PCE siguiera en el Ejecutivo, aunque, en la crisis gubernamental de abril de 1938, Negrín redujo su participación de dos ministros a uno.

TERUEL COMO SÍMBOLO.

M. A. *Pese a la reducción sensible de los suministros soviéticos en enero de 1938, en medio de un invierno gélido, el Ejército Popular conquistó Teruel…*

Á. V. Fue un hecho que tuvo un gran impacto, incluso internacional, porque era la primera vez que el ejército de la República recuperaba una capital de provincia. Eso despertó una gran ilusión en la España republicana y en los propios mandos. Pero

duró poco y Zugazagoitia lo expresó muy bien: al mes siguiente, la pérdida de Teruel hundió la confianza en el Ejército Popular. Había crecido, era mayor de edad, pero no era lo suficientemente potente como para asumir la ofensiva.

M. A. *En aquel momento los principales dirigentes de la República hicieron gestiones en el exterior para buscar una mediación…*

Á. V. Azaña empezó a hablar con los franceses, al igual que Negrín, aunque no sé si coordinadamente. Prieto, por su parte, contactó con los ingleses. Los tres buscaban una mediación que permitiese a la República subsistir porque contemplaban la derrota en el horizonte. Y entonces llegó el único gesto amable de Francia hacia la República durante toda la guerra…

M. A. *¿Cuál?*

Á. V. A mediados de marzo de 1938 el Gobierno francés, presidido de nuevo por Blum, aprobó de manera reservada la apertura de la frontera para el paso de armamento al territorio controlado por la República, es decir, por Cataluña. Eran los días posteriores al *Anchluss*, a la anexión de Austria a la Alemania nazi, concretada el 12 de marzo.

Los franceses ya habían empezado a entreabrir la frontera en el otoño de 1937, después de la Conferencia de Nyon, porque se dieron cuenta de que sus intereses vitales empezaban a estar realmente en juego en España ante la acometida fascista. Entonces, aunque el Estado Mayor era muy anticomunista, el Gobierno se comportó de forma más fría y toleró el contrabando de armas ligeras de procedencia no francesa. En cambio, en 1938 Blum abrió la frontera de par en par, pero sin proclamarlo abiertamente, aunque se enteraron todos, incluido Franco. Blum dio un gran paso a favor de la República, pero puso límites…

M. A. *¿Por qué?*

Á. V. Porque no llegó a denunciar la política de No

Intervención ya que temía la repercusión que ello podía tener en su relación con Londres. Por eso, sostengo que el Reino Unido fue el gran enemigo de la República y el mejor amigo de Franco, cosa que, por cierto, muchos de los sublevados conocían. Lo sabían los diplomáticos de Franco, quizás incluso también el propio «Generalísimo», pero su propaganda mantuvo su discurso antibritánico, como siempre lo ha sido el sector más reaccionario de la derecha española.

En cualquier caso, Londres tamizó la apertura de la frontera francesa. El subsecretario permanente del Foreign Office, Vansittard, afirmó que, si eso sucedía, mirarían hacia otro lado y esto también hay que tenerlo en cuenta; eso sí, a cambio de que Francia no denunciara públicamente la No Intervención, porque no podían admitir una derrota diplomática y política de tal calibre. El Reino Unido mantuvo la política de apaciguamiento, que aceptaba una cierta expansión de Alemania como un mal menor frente a una posible guerra contra este país. Enfrentarse a Hitler hubiera exigido un acuerdo con la Unión Soviética que Chamberlain siempre rechazó.

Mi crítica a Blum radica en que no supo superar sus limitaciones y un gran político es el que las sabe superar. En sus escritos autobiográficos se presentó como la víctima, admitió ciertos errores, pero no los fundamentales. Siempre echó la culpa a los demás…

M. A. *Bueno, para eso están las memorias…*

Á. V. Así es, pero para eso estamos también los historiadores, para no hacer demasiado caso de las memorias. Para escudriñarlas críticamente.

En cualquier caso, aquella decisión de Blum permitió a la República tomar aire y reponer sus arsenales. Desde el 18 o 20 de marzo hasta el 15 de junio de 1938, cuando Daladier volvió a cerrar la frontera, recibió una inyección de armamento que no está cuantificado pero que permitió al Ejército Popular lanzar la ofensiva en el Ebro. Sin aquel gesto francés y los nuevos suministros de material bélico, no le hubiera sido posible.

M. A. *¿Cómo reaccionó Negrín ante la apertura de la frontera francesa?*

Á. V. Para el presidente del Gobierno todo 1938 estuvo marcado por la evolución de los acontecimientos internacionales. Confiaba en que la nueva actitud francesa unida a la posible restauración de la ayuda soviética en una magnitud importante pudiera dar un giro al curso de la contienda. Desde febrero, cuando la República perdió Teruel, hasta la Conferencia de Múnich, en los últimos días de septiembre de aquel año, no dejó de mirar a Europa para apreciar cuáles eran las repercusiones de los sucesos políticos continentales en el desarrollo de la Guerra Civil. Fue el único dirigente republicano que dedicó tanta atención al contexto europeo.

Negrín tenía información confidencial, parte de la cual conocemos. Apreciaba lo que se jugaba en Europa, como tantos otros, pero entendió que el factor de agresión a escala continental era Hitler. Muchos también lo vieron, pero no todos extrajeron las consecuencias. Chamberlain, por ejemplo, no varió su política de apaciguamiento de Hitler a pesar de la información que recibía de los servicios secretos de su país y de la actuación agresiva de la Alemania nazi, cada vez más evidente.

UN AÑO MÁS DE GUERRA.

M. A. *El 15 de abril de 1938 el territorio republicano quedó partido cuando el ejército franquista llegó a Vinaroz, al Mediterráneo…*

Á. V. Y la República aún aguantó casi un año más, aunque en condiciones precarias, porque en aquel momento Franco rechazó, una vez más, poner fin a la Guerra Civil. Gabriel Cardona analizó las seis o siete ocasiones en que si hubiera adoptado otro tipo de decisiones, la guerra se hubiera acortado. Cardona interpretó aquellas decisiones militares como errores, pero pueden explicarse de otra manera. Franco era un general poco instruido, que no leía, cuya formación militar era rudimentaria. La guerra que había

conocido era la de África y no tenía costumbre de manejar grandes unidades, de plantear grandes estrategias. Esto lo fue aprendiendo sobre la marcha.

Por ejemplo, en la segunda batalla de Teruel y la subsiguiente ya supo maniobrar con grandes unidades y la campaña de Aragón, en marzo y abril de 1938, técnicamente tiene interés porque demostró cuánto había aprendido. Es decir, muchas de las cosas que subrayó Gabriel Cardona pueden justificarse por el proceso de aprendizaje de Franco o por sus errores militares.

M. A. *¿Cómo veían esto los alemanes y los italianos*?

Á. V. Hubo momentos en que Franco dejó traslucir su cambio de estrategia. Y se lo dijo a sus aliados, que por distintas razones querían que terminara pronto la contienda y discrepaban de sus apreciaciones estratégicas. Le criticaban, a veces abiertamente. En ocasiones Franco se vio obligado a explicar sus razones y argumentó que no se trataba de una guerra convencional, sino de una cruzada por la salvación del alma de España. A partir de ahí, razonaba la necesidad de avanzar lentamente, de no encajar derrotas, de «pacificar» la retaguardia y los territorios que iban conquistando. Y una prueba palmaria es lo sucedido cuando Yagüe tomó Lleida…

M. A. *El 3 de abril de 1938*…

Á. V. Después Yagüe quiso dirigirse con sus tropas hacia Barcelona para asestar un golpe casi mortal a la República, pero Franco se lo impidió y le ordenó que se dirigiera a Valencia.

M. A. *¿Por qué*?

Á. V. En 75 años, que ya es tiempo, los historiadores franquistas no han explicado esta decisión. ¿Por qué a Valencia? Muchos han intentado desentrañar aquella orden de Franco. Algunos han planteado su temor a un ataque francés en apoyo de la República y subrayan que el «Generalísimo» no quería internacionalizar la guerra, un argumento absurdo puesto que si

Francia no había intervenido militarmente en 1936 ¿por qué razón iba a hacerlo en 1938 después de la anexión nazi de Austria? Esto lo pude confirmar en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores y, efectivamente, en el Cuartel General de Franco en aquel momento no había ningún temor a una posible intervención francesa.

Años después, Franco relató a su primo Franco Salgado-Araujo que en aquel momento prefirió apropiarse de las indudables riquezas de la huerta valenciana y por eso ordenó una ofensiva en esa dirección… Un auténtico sarcasmo para justificar una decisión que indignó a algunos de los generales más importantes de su ejército, como Kindelán.

M. A. *Entonces ¿por qué razón impidió la ofensiva sobre Barcelona en abril de 1938*?

Á. V. Porque no quería que la Guerra Civil terminara en aquel momento. Era demasiado temprano todavía para sus intereses personales. No le convenía porque no había consolidado la supremacía absoluta sobre sus generales y alguno podía plantear la posibilidad de la restauración monárquica. Además, aún no había triturado al Ejército Popular y existían demasiadas incertidumbres en el escenario europeo. La prolongación consciente del conflicto en aquel momento encaja con una determinada forma de hacer la guerra que Franco fue elaborando sobre la marcha. Naturalmente, esto generaba víctimas también en su propio bando que le tenían absolutamente sin cuidado.

Fue cambiando a lo largo de la contienda y, como ya he señalado, apostó por una guerra larga en la primavera de 1937. Los historiadores franquistas ocultan esto con cuidado y son unos autores muy ensimismados. Siempre que hay una conexión con el exterior (y está presente a lo largo de toda la Guerra Civil) su análisis es muy deficiente. Muy pocos de ellos han trabajado en archivos extranjeros.

Franco comprendió mejor que Largo Caballero, Prieto y Negrín hasta qué punto la política y la conducción militar debían fortalecerse mutuamente. Esto es algo que ni siquiera dicen los historiadores franquistas. Es decir, en este sentido admiro más a

Franco que los propios franquistas…

M. A. *Caramba…*

Á. V. Fue más listo que los republicanos. Sus objetivos eran naturalmente muy diferentes y más simples. Lo que él quería era machacar a la izquierda, triturar para siempre a la «anti España», sin que le importara la sangre que se derramara, tampoco la de sus hombres. Todo el sufrimiento y todos los muertos que hubo le eran indiferentes. Era un militar que sabía exactamente lo que quería y que no tenía absolutamente ninguna compunción.

M. A. *Pero su apuesta también entrañaba un cierto riesgo, por ejemplo si el contexto internacional cambiaba de manera imprevista…*

Á. V. Por supuesto, esa era una de las posibilidades que siempre intentó prevenir. Hizo todo lo posible para no internacionalizar abiertamente el conflicto y por eso ordenó a la Legión Cóndor que no volara cerca de la frontera francesa y los alemanes lo respetaron. Nadie quería la internacionalización salvo Negrín. En cambio, Azaña o Besteiro planteaban que cómo iba a salvarse la República a costa de desencadenar un conflicto europeo… Es la argumentación más absurda que he podido encontrar porque la contienda europea estallaría en septiembre de 1939 por razones objetivas sin relación con España. Además, intentar unirse a esa dinámica, como trató Negrín, era lo más razonable del mundo. La guerra no la hacen almas tímidas.

M. A. *¿Fue importante la decisión de Franco de no avanzar sobre Barcelona en la primavera de 1938*?

Á. V. Fue la decisión político-militar más importante de la Guerra Civil junto con la creación del mecanismo por el que la capacidad de resistencia republicana saltó por los aires en marzo de 1939.

M. A. *Ambas situaciones le permitieron además laminar la base*

social republicana…

Á. V. Y por supuesto liquidar al Ejército Popular… Pero eso, si me apuras, es un objetivo comprensible en términos militares: yo derroto la capacidad de resistencia del enemigo, y para conseguirlo lo machaco.

M. A. *Y la Guerra Civil se prolongó un año más…*

Á. V. Las tropas franquistas, en su marcha hacia Valencia, tropezaron con el sistema de fortificaciones y trincheras de la Línea XYZ y la República pudo reorganizarse, una vez más, para resistir.

6

TRAICIÓN Y DERROTA.

LA CRISIS DE ABRIL DE 1938.

Mario Amorós *El 5 de abril de 1938 se produjo el tercer y último gran cambio en la composición del Gobierno de la República en guerra: salió Prieto y regresaron la UGT y la CNT…*

Ángel Viñas: Y sobre aquella crisis gubernamental se forjó otro de los mitos de la Guerra Civil: se trató de un nuevo golpe de mano de los comunistas en su marcha imparable hacia el poder total. Así lo esculpió, por ejemplo, Bolloten en su monumental obra. Pero es una gran falsedad, anticipada por el propio Prieto, quien en el verano de aquel año, ante el comité nacional del PSOE, acusó a los soviéticos y al PCE de imponer su salida del gabinete.

Prieto pidió a Negrín el Ministerio de Hacienda, una cartera íntimamente ligada a la guerra en aquel momento. Por ese motivo, el presidente quiso controlarla a través de una persona interpuesta y por ello designó a Méndez Aspe, exdirector general del Tesoro, porque sabía que no le iba a crear problemas.

M. A. *¿Negrín quería que Prieto continuara en el gabinete*?

Á. V. Por supuesto, y le ofreció tres opciones. Le propuso ser ministro de Industrias de Guerra, pero a Prieto le pareció —erróneamente— una responsabilidad de escasa importancia; también le planteó asumir Transportes o incluso permanecer en el gabinete sin cartera. Rechazó las tres propuestas. Negrín, además, puso a los comunistas en la disyuntiva de tener que aceptar la posible continuidad de Prieto en el Ejecutivo. Y la asumieron.

Era un momento en que la República sufría no solo esta crisis política, sino también otro retroceso territorial, e incluso una embestida de nuevo por parte de los británicos…

M. A. *¿Qué sucedió?*

Á. V. Hacía muchos años que España utilizaba la red de oficinas de un banco británico para los pagos a su red diplomática en el exterior. Desde 1936 esta entidad, tras fusionarse con otra, era el British Overseas Bank y cuando estalló la Guerra Civil continuó haciéndose cargo de todas las transferencias a las embajadas, consulados y legaciones españolas. Pero en abril de 1938 asestó una puñalada trapera a la República ya que de la noche a la mañana señaló que no le habían proporcionado los fondos para atender los pagos y cortó radicalmente las transferencias. No aceptó nuevas órdenes, se limitó a dar curso a las ya existentes.

De pronto, el servicio diplomático de la República se encontró sin recursos económicos. Algunos embajadores tuvieron que poner dinero de su bolsillo, otros solicitaron préstamos a los bancos locales. La sensación de angustia, con un país en guerra y a la deriva, debió de ser terrible. Negrín tuvo que tomar rápidamente una decisión y recurrió a la Banque Commerciale pour l’Europe du Nord de París, bajo control soviético, que canalizaba las transferencias del contravalor en divisas del oro vendido, y el asunto se solucionó en un plazo bastante rápido.

M. A. *¿Por qué lo hicieron?*

Á. V. Me pregunto si una operación tan maravillosamente

diseñada para hacer el mayor daño a la República en el momento en que perdía la guerra, abril de 1938, fue una idea que se le ocurrió al British Overseas Bank o alguien se la sugirió… No he hallado documentos que prueben que fuera promovida por el Foreign Office o el Banco de Inglaterra. Esto no significa que no fuera así, solo que no he encontrado evidencia documental que lo demuestre. Tal vez aquella operación, con unos efectos políticos tan incalculables, se le ocurrió a un banquero del British Overseas Bank. En cualquier caso, fue una muestra más de las bofetadas que los británicos propinaron a la República.

Sí he podido probar que en 1939, terminada la Guerra Civil, representantes de este banco recordaron a interlocutores de Franco aquella puñalada para plantear su deseo de volver a cumplir su vieja función con el nuevo régimen español. Pero Franco había creado el Instituto Español de Moneda Extranjera y se desentendió de este banco. Roma no paga a traidores.

M. A. *En la crisis de abril de 1938, Negrín cedió la cartera de Hacienda para asumir la de Defensa Nacional, además de mantener la Presidencia del Gobierno, y Prieto salió del gabinete…*

Á. V. Y se dedicó a criticar a Negrín y a los comunistas, olvidando lo que realmente había sucedido entonces. Se convirtió en una rémora para la República. Negrín se lo quiso quitar de encima, enviándole como embajador a México, pero no lo logró por la oposición de Azaña, quien le quería cerca como comodín para una eventual sustitución al frente del Ejecutivo. La historia de la Guerra Civil hubiera sido muy diferente al final si se hubiera ido a México en aquel momento.

La querella siguió en el exilio, Prieto no cesó en sus invectivas contra Negrín. En 1939, por ejemplo, afirmó: «Por negarme a obedecer mandatos de Moscú, me expulsó Juan Negrín el 5 de abril de 1938 del Gobierno que él presidía».

Recordemos que fue en las semanas previas a la crisis gubernamental cuando Stalin intentó que el PCE abandonara el gabinete. Negrín se negó y el PCE permaneció en el Gobierno. Negrín siempre defendió su autoridad como jefe del Ejecutivo.

M. A. *¿En algún momento Azaña pensó en sustituirle como presidente del Gobierno*?

Á. V. Sí. Entre las pocas funciones operativas que la Constitución de 1931 otorgaba al presidente de la República estaba la de retirar su confianza al jefe del Ejecutivo y reemplazarlo. Con esta intención, a fines de la primavera de 1938 Azaña tuvo algunos contactos con Besteiro para ver si podía sustituir a Negrín. En aquel momento Besteiro ya estaba tocado por la «quinta columna» y en una posición de abandono.

Pero en 1938 Azaña no se atrevió a hacer lo que hizo en mayo de 1937 con Largo Caballero porque Besteiro carecía de respaldo político en lo que quedaba de las Cortes republicanas y porque Negrín, a diferencia de Largo Caballero, tenía el apoyo de gran parte del Ejército Popular. Así lo expresó Vicente Rojo, quien fue muy crítico con Prieto…

M. A. *¿Qué dijo*?

Á. V. Sobre la crisis de abril de 1938 Rojo señaló que había sido «una sanción general» contra el «derrotismo» de Prieto. Por cierto, en sus documentos, que pueden consultarse en el Archivo Histórico Nacional, hay cosas sobre este destacado dirigente socialista que son devastadoras. Curiosamente, ningún historiador prietista o de los hagiógrafos de Prieto, que los tiene, los ha estudiado.

«RESISTIR ES VENCER».

M. A. *Con el territorio republicano partido y a pesar de las penurias de la población civil y del inicio del declive del PCE, es admirable cómo Negrín supo galvanizar la resistencia…*

Á. V. Sí, pero los hombres hacen la Historia no como quieren, ni en las condiciones que quieren… Negrín era un gran admirador de Georges Clemenceau. Así se aprecia en sus escritos. Clemenceau se equivocó como todo el mundo, pero es evidente que supo liderar

a Francia durante la Primera Guerra Mundial. Los franceses no encontraron otro Clemenceau hasta después de la ocupación nazi, con Charles de Gaulle, pero esto es otra historia.

Por este motivo, he afirmado muchas veces, y hay gente que se ha reído de mí, pero yo lo mantengo, que Negrín fue el Churchill o el De Gaulle español. Ya sé que hay diferencias, es obvio, pero si buscamos a los hombres que hacen la Historia, el gran nombre de la República en guerra fue por supuesto el de Juan Negrín. Y los hechos lo demuestran. Más que los trece puntos que formuló entonces, en abril de 1938, pensando sobre todo en el exterior, lo que articuló la resistencia de la República hasta su desplome fue la consigna levantada por él: «Resistir es vencer». No andaba equivocado, si Francia y el Reino Unido no se hubieran arrodillado ante Hitler en Múnich…

M. A. *También el PCE desplegó una gran campaña de agitación y propaganda en torno a la tesis de la resistencia…*

Á. V. Es muy curioso —y esto no se destaca lo suficiente— que cuando en 1938, ya con la guerra francamente perdida, Negrín logró imponer una disciplina férrea apoyándose en el PCE, entonces es cuando algunos historiadores más le critican y le acusan de imponer una dictadura. Pero no hubo nunca una dictadura en la zona republicana. Lo que pasa es que, frente a la derrota, había que disciplinar a la sociedad, a las milicias, al ejército, a los partidos políticos. La sociedad se armó y se unificó en cierta medida. Franco lo había logrado a principios de 1937.

¿Y qué hizo Negrín más adelante? En septiembre de 1938 con toda tranquilidad ofreció al Gobierno británico sacrificar al PCE, separarlo del Gobierno, si Londres apoyaba a la República. ¿Fue un títere de los comunistas? No lo parece. Y, por cierto ¿qué hubiera hecho el PCE en esa hipotética coyuntura? Pues aguantarse, porque además así se lo habría impuesto Stalin, quien ya había impedido en marzo de aquel año que el Partido Comunista Francés entrara en el nuevo gabinete de Blum, y eso que el PCF era un partido muchísimo más consolidado que el PCE.

M. A. *El embajador Labonne dijo entonces de Negrín: «Más que nunca este hombre es el alma, casi única, de la resistencia (…) se emparenta con todos los héroes de la tradición milenaria de España»…*

Á. V. Esa percepción la compartieron numerosos observadores extranjeros, incluidos los diplomáticos británicos, quienes, aunque con más frialdad, también reconocieron su enorme capacidad de liderazgo. Negrín se forjó como un gran dirigente político como miembro del Gobierno en la guerra, lidiando con dos dimensiones esenciales: la economía y la vertiente exterior. Fue Negrín quien proporcionó divisas para la guerra, quien habló con Francia, quien viajó a Inglaterra, cuando casi nadie salía de España… ¿Cuántos ministros republicanos, aparte de Álvarez del Vayo o Giral, viajaban al extranjero para hablar con gobiernos, presidentes, ministros?

M. A. *Planteó la política de resistencia a pesar de que conocía que la población civil republicana sufría grandes penalidades…*

Á. V. Partía del supuesto de que la capitulación era peor. Lo que es admirable es que mantuvo el entusiasmo hasta el final. Sabía que la capitulación sería un desastre. Como así fue.

M. A. *No se equivocó…*

Á. V. No se equivocó. Las querellas del exilio y la *Guerra Fría* desfiguraron todo esto. Ahora resulta que para algunos historiadores los héroes fueron Besteiro y Casado. Besteiro estaba en la luna, políticamente hablando… ya sé que era catedrático de Metafísica de la Universidad Central, conozco su trayectoria impecable en el PSOE y como presidente de la UGT. Lo sé y con todos mis respetos digo que la guerra es un crisol de hombres. Hay gente que se hunde y gente que crece. Besteiro se hundió, Negrín creció. En cambio, el coronel Casado fue un don nadie: salió de la oscuridad por su traición en marzo de 1939 y pronto regresó a ella.

M. A. *Ha definido a Vicente Rojo, el principal asesor militar de Negrín, como «el más alto soldado de la República, conservador,*

católico, sin partido…».

Á. V. Bueno, intentó afiliarse al Partido Comunista… Era lógico, date cuenta que varios militares profesionales ingresaron en el PCE.

M. A. *¿Por qué?*

Á. V. Él mismo lo explicó: por su devoción a la causa, por su entrega sin límites, por su espíritu de sacrificio, por representar las virtudes del hombre español en guerra. Pero Negrín le dijo que no podía tener un jefe del Estado Mayor comunista, es decir, que, si ingresaba en el PCE, dejaría de serlo en el acto.

Obviamente, Rojo no era marxista-leninista. Todo esto hay que interpretarlo situando la acción de los seres humanos en su tiempo, que no es el nuestro. Ya sé que eso es muy difícil, esto lo hace muy bien un buen novelista. Al historiador le está vedado alejarse mucho de las fuentes, pero es imprescindible hacerlo. Vicente Rojo fue un gran general, técnicamente mucho mejor que Franco, con gran diferencia. Ahora bien, también cometió errores, el principal fue no adecuar la estrategia a los medios disponibles. Hubo una falta de correlación entre la estrategia ambiciosa con la que planteaba las operaciones y los medios de que disponía. Hernán Rodríguez, un historiador joven, ha escrito un libro muy interesante sobre el Servicio de Información Militar republicano y ha demostrado que Rojo se fiaba demasiado de sus intuiciones. Nada nuevo, Napoleón también lo hacía, pero es un hecho que no prestó suficiente atención a la información.

Es decir, que de alguna manera Rojo planteaba operaciones con los ojos un poco cerrados por la ignorancia de las capacidades y propósitos del adversario. La traslación en la República de la información militar a la estrategia y a la política militar no fue correcta. Esta crítica me parece oportuna, pero no olvidemos que la Guerra Civil en realidad fue una sorpresa para todo el mundo. El ejército español no estaba preparado para una contienda moderna. Ninguno de los dos contendientes. Unos avanzaron más deprisa, otros menos, y claro, la parte republicana fue por detrás… Pero en

contra de lo que acabo de afirmar también puedo señalarte: ahí tienes al ejército francés, que se curtió en la Primera Guerra Mundial y fue un desastre en la preparación de la Segunda Guerra Mundial.

M. A. *El 30 de abril de 1938 Negrín dio a conocer sus famosos «trece puntos»…*

Á. V. Ahí latían las razones por las que la República seguía luchando, eran un guiño a las potencias democráticas. Nada de lo que planteó era radical, pero eran principios inaceptables para Franco, principalmente la retirada de todas las fuerzas militares extranjeras y la propuesta de convocatoria de un plebiscito sobre la forma de gobierno de España.

Del Ebro a Múnich.

M. A. *A pesar de todos los retrocesos, a pesar de todas las dificultades, en julio de 1938 el Ejército Popular lanzó en el Ebro su última gran ofensiva…*

Á. V. Fue una gran batalla, la última gran batalla de la Guerra Civil, librada entre julio y noviembre de 1938. El 25 de julio el Ejército Popular cruzó el río mientras Franco seguía atacando la Línea XYZ. Hoy podemos decir que aquella ofensiva fue un error de la República, sin duda. ¿No hubiera sido mejor conservar las fuerzas, sin agotarlas en prolongados y duros combates, y resistir la ofensiva franquista contra Cataluña con toda la potencia del ejército del Ebro completo? Obviamente, hoy se aprecia mucho mejor que entonces…

M. A. *En ocasiones se ha planteado que aquella ofensiva fue una idea impuesta por los soviéticos…*

Á. V. Fue una iniciativa de Rojo. Incluso en su archivo figura un documento del asesor jefe soviético, que expresó su desacuerdo con

ello. Entonces Rojo ofreció su dimisión a Negrín, pero este la rechazó. Sin embargo, el mando republicano no tuvo en consideración que era un proyecto de ambiciones limitadas (básicamente, descargar la presión sobre Valencia, donde los altos hornos de Sagunto eran esenciales para la República) que no podía exigir una excesiva inversión en recursos humanos y logísticos.

Tampoco intuyó la más que previsible reacción de Franco, quien se negó a perder un centímetro de territorio y embistió. De ese modo, aquella batalla fue fijando cada vez más unidades del ejército republicano y este no retrocedió, sino que invirtió más recursos en un volumen que no estaba previsto inicialmente. Hay un segundo factor que hay que considerar al evaluar la Batalla del Ebro…

M. A. *¿Cuál?*

Á. V. La situación internacional, que en el verano de 1938 era de crisis auténtica. Había peligro de que estallara una guerra europea por Checoslovaquia. En ese contexto, Negrín entendió que la República debía mostrar indeclinablemente su compromiso antifascista y no podía retirarse del frente del Ebro, aparte de que técnicamente hubiera sido complicado. En aquel momento la República era la única que resistía en Europa el avance del fascismo con las armas en la mano.

El 21 de septiembre ante la Sociedad de Naciones anunció la retirada de todos los combatientes extranjeros del Ejército Popular, es decir, de las Brigadas Internacionales, que ya no tenían una gran importancia militar, pero sí política. De ese modo, la lucha ya sería de españoles contra españoles y extranjeros, porque a Franco naturalmente Alemania e Italia le siguieron ayudando. Fue un nuevo gesto hacia Londres y París, desde donde había recibido buenas noticias…

M. A. *¿Qué noticias?*

Á. V. El dirigente socialista francés Vincent Auriol viajó a Barcelona y le prometió que si retornaban al Gobierno estaban dispuestos por fin a combatir a Hitler. Pero Londres aún no

compartía esa posición y Chamberlain lo expresó entonces, refiriéndose a otro país, con una de sus tres frases inmortales, cuando preguntó retóricamente si iban a ir a la guerra por una nación, Checoslovaquia, de la que no sabían nada y no les importaba nada… Finalmente, no hubo cambio de gobierno en París y Daladier y Chamberlain capitularon ante Hitler en Múnich, aceptando la anexión germana de la región checa de los Sudetes. «Paz en nuestro tiempo…», sentenció Chamberlain.

Duró cinco meses porque en marzo de 1939 Hitler ignoró el acuerdo de Múnich y ocupó Bohemia y Moravia, mientras Eslovaquia se escindía como protectorado alemán. ¡Un desastre! Entonces, y solo entonces, Chamberlain pronunció su tercera frase inmortal: «Hitler no es un *gentleman*». La visión de Londres empezó a cambiar lentamente, pero para la República Española ya era tarde.

M. A. *La Conferencia de Múnich debió de ser una humillación para Francia y el Reino Unido…*

Á. V. Aún en la actualidad en Inglaterra hay una controversia muy aguda en torno al papel histórico de Chamberlain, que a mi juicio fue desastroso y no solo para España. Hay en curso una reevaluación de su actuación como primer ministro. Sus defensores señalan que quería preservar el Imperio, mostrar una capacidad de disuasión y comprar tiempo para el rearme de su país, ya que era consciente de las limitaciones del Reino Unido. Pero a un político se le juzga por los resultados y su política de apaciguamiento de los dictadores francamente no fue la mejor.

M. A. *¿Cómo reaccionó Negrín ante los acuerdos de Múnich*?

Á. V. Relativizó un poco sus pésimos frutos, porque siguió confiando en que la ayuda soviética podría llegar en proporciones mayores. Tras la derrota en el Ebro, que destrozó el Ejército Popular y las reservas republicanas, recurrió a lo único que le quedaba, pedir ayuda a Stalin, un gesto distorsionado por Payne como una nueva claudicación ante Moscú. Pero le escribió una carta muy

meditada, que se conoce desde hace mucho tiempo, en la que le expresó que no podía concebir que el Reino Unido y Francia pudieran aspirar a seguir manteniendo su estatuto de grandes potencias si en un momento determinado no se enfrentaban a Hitler y le expresó que creía que eso sucedería en el verano de 1939…

Negrín acertó completamente y Chamberlain se equivocó absolutamente. ¿Por qué? El primer ministro británico tenía bastante más información, pero él tenía una mejor intuición. Era una interpretación muy importante y, claro, adaptó su conducta política a esa visión. Puede argumentarse que con dicha carta quiso camelarse a Stalin para que le ayudara, pero ¿cómo podía saber que aquellas líneas le iban a agradar?

La mayor parte de los historiadores señala que, después de la Conferencia de Múnich, Stalin se desentendió de la República y empezó a preparar su pacto con Hitler, una afirmación absurda que no se sostiene en ninguna evidencia histórica. Pero, claro, nunca se es lo suficientemente anticomunista… En fin, los historiadores tenemos prejuicios y hay uno en la historiografía sobre los años treinta: no hay que fiarse de los «malvados soviéticos».

M. A. *¿Qué errores cometió Negrín en los últimos meses de la Guerra Civil*?

Á. V. Bueno, la flota fue siempre un problema gravísimo. Hay que recordar, para comprenderlo, que la mayor parte de los oficiales del Cuerpo General se pasaron a los sublevados o fueron neutralizados, fusilados, masacrados o categorizados como sospechosos. Manejar un barco de guerra no se improvisa. Los asesores soviéticos, que fueron pocos en el ámbito naval, no contribuyeron demasiado ya que levantaban suspicacias. Y tampoco eran unos genios. Los oficiales que permanecieron fieles a la República fueron, con frecuencia, ascendidos a grados muy por encima de sus capacidades. Otros, agazapados, siguieron adictos a los sublevados. Esto se pondría de manifiesto en marzo de 1939 con la huida de la flota a Bizerta (en el Túnez actual, entonces posesión colonial francesa) en paralelo al golpe de Casado. Muchos reconocieron haber saboteado conscientemente las operaciones. Es

decir, no hablamos de un asunto simple. Prieto y Negrín siempre tuvieron dificultades para encontrar colaboradores de quienes poder fiarse. Los nombramientos fueron un desastre. Al final de la guerra, Negrín se vio obligado, a falta de otra opción mejor, a recuperar a Miguel Buiza como jefe de la flota republicana. Fue una mala elección, pero consideró que los otros candidatos eran peores. Dicho todo lo que antecede, no encontró la piedra filosofal.

Sabemos lo que hizo y cómo lo hizo. No reveló prácticamente a nadie lo que quería conseguir con su política de resistencia, no a ultranza sino medida estrictamente a las necesidades de evacuación. Cuando se confió a alguien (por ejemplo, Casado) le salió el tiro por la culata. No se fiaba demasiado de los comunistas, en contra de los hiperperdurables mitos franquistas, y jugó solo. No tengo recetas, desconozco cómo hubiera podido obrar de otra manera. La que eligió no fue, ciertamente, la mejor. Creo que debió cesar a Casado mucho antes, pero es más fácil decirlo hoy que hacerlo entonces.

M. A. *¿Cuándo y cómo se fue gestando el clima en que se preparó el determinante golpe del 5 de marzo de 1939*?

Á. V. En este punto se han exagerado algunas cosas en relación con el PCE. Por ejemplo, se ha hipertrofiado la trascendencia que tuvo la imagen de su espectacular crecimiento durante el primer año de la Guerra Civil, su protagonismo, su propaganda omnipresente, la importancia de la ayuda soviética que lo prestigiaba. Sin duda, es una percepción que tuvo su importancia, pero el PCE era menos avasallador de lo que se percibía en 1938 y sobre todo mucho menos de lo que la mayor parte de los historiadores ha dicho. Ese malestar existía, pero se ha exagerado, al igual que la molestia por el ascenso en el Ejército Popular, en el marco de la política de resistencia, de militares próximos a ese partido o militantes del mismo (Cordón, Ciutat, Líster, Galán, *Modesto*). Fernando Hernández Sánchez ha demostrado que la penetración comunista en el Ejército Popular fue muy limitada, salvo en el ejército del Ebro. Ahí sí hubo una proliferación importante de mandos comunistas.

A mi juicio, hubo un factor mucho más determinante en la

gestación de la traición…

M. A. *¿Cuál?*

Á. V. El atractivo de una paz con honor entre militares, la reedición del abrazo de Vergara de Espartero y Maroto que en 1839 puso fin a la primera Guerra Carlista. Esto lo han detectado Ángel Bahamonde y Javier Cervera y sí tuvo efectos corrosivos. Tal sentimiento empezó a extenderse entre los militares profesionales republicanos en el otoño de 1938, después de la Conferencia de Múnich. Probablemente ya latía antes, pero tras lo sucedido en la ciudad bávara se acentuó y tuvo que llegar al Cuartel General de Franco mucho antes de lo que se ha dicho hasta ahora.

M. A. *¿Qué indicios existen?*

Á. V. Sabemos que a fines de octubre de 1938 el agente de Franco en París, José María Quiñones de León, comentó a un diplomático británico que había recibido noticias en esa dirección y, si él lo sabía en aquel momento, es evidente que el «Generalísimo» había conocido antes esta información. Sé que Ángel Bahamonde está trabajando en esto y que está revisando los expedientes de los consejos de guerra de los oficiales y jefes republicanos que fueron procesados después de la guerra.

EL CAMINO DEL EXILIO.

M. A. *A fines de 1938 el Ejército Popular estaba exhausto, ya no pudo defender Cataluña…*

Á. V. En aquel momento, la estrategia del Gobierno se apoyaba en tres factores: una cierta resistencia del Ejército Popular, que la unidad del Frente Popular no se marchitara definitivamente y que la posición de las potencias democráticas, principalmente de Francia, se mantuviera al menos como entonces. Pero falló lo primero y las tropas franquistas empezaron a avanzar hacia

Barcelona, con el uso intensísimo de la aviación, y fue el principio del fin.

Después de la derrota en el Ebro, la opción asumida por Negrín fue también la preparación del exilio. Estaba pensando en esto desde 1937, cuando ya sabía que la República tenía perdida la guerra. El problema no era perderla, sino cómo se perdía. Poco a poco fue tomando decisiones que no consultó con nadie. Una persona muy cercana a él como Zugazagoitia se quejó en sus memorias de que no entendía al presidente, de que no le hacía partícipe de sus sentimientos políticos íntimos. Negrín ya solo se fiaba de muy poca gente: del embajador Marcelino Pascua y de unas cuatro personas, todas profundamente desconocidas pero muy leales a él, como su secretario (Blas Cabrera), un militante comunista llamado Benigno Rodríguez o su hijo mayor. Y con ellos trabajó. Así fue.

M. A. *¿Qué hizo a fines de 1938?*

Á. V. Envió grandes cantidades de archivos oficiales y personales a la embajada de París, cuyo titular era Pascua, y le ordenó que identificase lugares de garantía donde depositar bienes propiedad del Estado. Preparaba a la República para el exilio y la derrota.

M. A. *Pero aún apeló a la ayuda soviética…*

Á. V. A principios de noviembre envió al jefe de la aviación, el general Ignacio Hidalgo de Cisneros, con una carta para Stalin en la que caracterizó al Gobierno británico como el peor enemigo de la República. Y efectivamente lo era, porque era el adversario que no daba la cara y que además decía ser amigo…

M. A. *¿Y le comentó algo de Francia?*

Á. V. Señaló acertadamente que carecía de una política exterior propia. En 1979 Jean-Baptiste Duroselle publicó un gran alegato contra la política francesa en los años treinta titulado *La décadence*.

Dos palabras, una incluso: decadencia. Negrín lo apreció y lo dijo sobre la marcha. Entendió entonces que para la República la única alternativa posible era una concertación de las democracias con la Unión Soviética, algo que coincidía con el planteamiento de Stalin y del sector más realista del *establishment* británico, empezando por Churchill.

M. A. *¿Qué hizo la Unión Soviética*?

Á. V. Un esfuerzo notable y apresurado por enviar material de guerra a la República.

M. A. *¿Por qué entonces Stalin dijo sí? ¿Por qué cuando las democracias abandonaron definitivamente a la República aumentó la ayuda*?

Á. V. La amenaza japonesa sobre las fronteras soviéticas se enfrió con la guerra con China y, precisamente cuando las potencias democráticas abandonaron de manera definitiva a la República, ordenó el envío de grandes masas de material bélico, que partieron hacia la España republicana en diciembre.

M. A. *¿Aún pensaba que la situación bélica en España podía variar*?

Á. V. Consideraba que Múnich era un mojón más en el camino de la capitulación, pero que esa actitud de las democracias no era definitiva y que la República Española era el ejemplo vivo de la lucha armada contra la agresión fascista y por consiguiente convenía apoyarla. Lo que no intuyó es que la resistencia republicana iba a colapsarse. Pero eso creo que tampoco los republicanos lo previeron.

Ciertamente, la resistencia estaba carcomida y no había fuerzas, ni voluntad, ni armas después de la sangría del Ebro. Es patético ver los telegramas que a fines de 1938 se cruzaron Negrín y Pascua, las cartas entre Zugazagoitia y Pascua… pensando cuándo llegarían las armas soviéticas, porque surgió un grave problema que hizo que

aquel material soviético llegara tarde a la zona republicana y no entrara en combate.

M. A. *¿Qué problema?*

Á. V. El tránsito del material por Francia siempre había sido un tanto aleatorio. El Gobierno galo había cerrado de nuevo la frontera en junio de 1938 y se resistía a autorizar el paso de los suministros soviéticos, aunque finalmente lo permitieron. Ningún historiador ha estudiado este episodio. En los archivos de Moscú quise ver qué tipo de relaciones y contactos hubo entonces entre la URSS y Francia, pero no me dejaron. En fin, no se puede lidiar con la burocracia… Algún día alguien rellenará este «hueco» si es que se conservan documentos, bien en Francia, bien en Rusia, salvo que hayan sido destruidos, lo que también es verosímil. En cualquier caso, en una reunión del Gobierno en enero en Barcelona Negrín explicó que hubo que «engrasar» —¡textual!— a muchos políticos franceses. Aquellas dificultades hicieron que el material llegara demasiado tarde.

En contraste con la irregularidad de los suministros soviéticos, conviene recordar, una vez más, la ayuda sostenida de las potencias fascistas a Franco. En 1938 y principios de 1939, Mussolini envió 65 000 toneladas de material bélico y además siempre llegó en el momento oportuno: en julio para la Batalla del Ebro, en noviembre para la ofensiva final sobre Cataluña y en enero de 1939 para finiquitar la contienda.

M. A. *¿Cuándo entendió Stalin que el destino trágico de la República era irreversible?*

Á. V. Todavía a fines de enero de 1939 maniobraba, a través de su embajador en París, para que Francia la ayudase, pero no tuvo éxito.

Stalin empezó a lavarse las manos a principios de febrero porque entonces ya no sabía cómo enviar armas. No las podía encaminar por la frontera francesa, solo por barcos que debían navegar hasta

las costas del Levante republicano, pero salvando la flota de bloqueo franquista, que entonces era muy potente porque todas sus naves estaban concentradas ahí. Para Stalin ya era demasiado arriesgado y por eso en su famosa respuesta a una carta de Vorochilov en la que le pedía instrucciones respecto a España le dijo que se había acabado.

Negrín lo supo pronto y se lo contó al coronel Casado y después a la Diputación Permanente de las Cortes republicanas en París.

M. A. *El 23 de enero de 1939 el Gobierno republicano declaró el estado de guerra…*

Á. V. Esto supuso que los militares asumieran casi todas las atribuciones del Poder Ejecutivo. Por cierto, los juristas republicanos habían elaborado previamente varios proyectos para declarar el estado de guerra de tal manera que no se erosionara totalmente la capacidad ejecutiva del Gobierno. Esto debió de presentarse en su momento a Negrín y a Prieto y ambos lo descartaron seguramente por temor al cesarismo, al igual que el PCE también lo rechazaba. Fue un error de Negrín y del PCE. Finalmente, aquel día el Ejecutivo declaró el estado de guerra sin ninguna cortapisa en todo el territorio leal a la República. Y precisamente en ello se apoyaría seis semanas después el coronel Casado para justificar su golpe de mano. En cualquier caso, el Gobierno siguió funcionando y retornó a la zona centro después de la caída de Barcelona el 26 de enero.

M. A. ¿*Qué hubiera supuesto implementar aquella medida con esas limitaciones*?

Á. V. Fundamentalmente, hubiera disciplinado a los partidos y probablemente hubiese llevado a Negrín a preparar una combinación militar con mandos fieles, no la que planteó en febrero de 1939 después de la pérdida de Cataluña. Hubiera anticipado cosas que después sucedieron. Porque, claro, el problema de la República en materia militar era cómo poner hombres fieles al frente de las unidades. En general, hubo muchos oficiales leales a la

República, pero también muchos otros que entregaron información a la «quinta columna».

M. A. *¿De verdad*?

Á. V. Pero si Matallana, que era amigo íntimo de Vicente Rojo, traicionó a la República, imagínate otros… Y que Matallana traicionó a la República es altamente verosímil, a pesar de que el expediente que encontraron Juan Campanario y varios historiadores de la Universidad de Alcalá de Henares está tan deteriorado que ya no se sabe muy bien cuándo empezó su engaño. Todo hace pensar que en la batalla de Brunete, en el verano de 1937.

M. A. *La caída de Barcelona forzó el éxodo de miles de refugiados hacia la frontera francesa. Un episodio dramático en aquel crudo invierno de 1939*…

Á. V. Por supuesto, fue terrible la huida de decenas de miles de republicanos en medio de la nieve y los bombardeos de la aviación franquista. Pero sabemos por el diario de Antonio Cordón y por lo que escribió al buró político del PCE que se había llevado a cabo una política de abastecimientos nefasta. En aquellos meses la población estaba pasando hambre cuando había toneladas y toneladas de víveres a cargo de la intendencia general del Ejército Popular que no se empleaban. Aquello contribuyó a exasperar los ánimos, a minar la capacidad de resistencia en la retaguardia republicana.

M. A. *Francia se portó muy mal con los refugiados*…

Á. V. Se portó mal. Por una parte, el ministro del Interior francés, Albert Sarraut, no tenía ninguna simpatía por los republicanos españoles. Por otra, es evidente que no era sencillo atender a toda aquella masa de exiliados, pero tampoco se prepararon ni por supuesto lo hicieron bien, recluyendo a decenas de miles de personas en aquellos improvisados campos de concentración en condiciones terribles. No fue un capítulo

honorable para la República Francesa, desde luego.

DESDE LA «POSICIÓN YUSTE».

M. A. *El 1 de febrero, en el castillo de Figueres, a 40 kilómetros de la frontera francesa, tuvo lugar la última reunión de las Cortes republicanas en territorio español…*

Á. V. Allí Negrín expuso sus tres condiciones para el fin de la guerra: la garantía de la independencia nacional, que el pueblo español decidiera su futuro y que los vencidos no sufrieran represalias.

M. A. *Que Franco en ningún momento se planteó aceptar…*

Á. V. Por supuesto. Por otra parte, a diferencia del presidente Negrín, el general Rojo entonces ya era partidario de pedir la paz sin condiciones y de entregar el territorio. Tiró la toalla, quizá prematuramente, pero no hay que olvidar que había preparado un plan de rendición para las tropas republicanas que le pidió Negrín.

M. A. *El 5 de febrero Azaña abandonó el territorio español, acompañado por Negrín y una parte del Gobierno…*

Á. V. Y ya no quiso volver a la zona republicana. Se refugió en la embajada en París…

Su actuación en las últimas semanas de la Guerra Civil es injustificable y constituye su imborrable borrón. Renunció a la Presidencia de la República el 27 de febrero, al día siguiente de que Francia y el Reino Unido reconocieran a Franco. Le sustituyó, según lo establecido, el presidente de las Cortes: Diego Martínez Barrio.

M. A. *¿Afectó a Azaña el gesto de París y Londres*?

Á. V. La decisión estaba tomada *in pectore* tanto en Londres como en París y Azaña tenía que saberlo porque leía la prensa

francesa. No le pilló de sorpresa el reconocimiento de Franco, sino que se escudó en ello como un pretexto para una salida honorable, pensando quizás en el futuro; no lo sé, no me atrevo a enjuiciar sus motivos. Pero es evidente que vio en ello una coartada y, cuando Negrín le pidió que regresara a la zona republicana, no lo hizo, se quedó en París.

M. A. *¿Por qué*?

Á. V. Se achaca a la cobardía… Es verdad que Azaña tenía pavor a caer en manos de los sublevados porque le odiaban a muerte y le hubieran pegado cuatro tiros. De todos modos, tras el golpe del 5 de marzo de 1939, la cúpula republicana se salvó, el Gobierno y Negrín se salvaron, al igual que los principales dirigentes del PCE. Todos partieron al exilio sin grandes problemas desde el aeródromo de Monóvar, en Alicante. Y Azaña se hubiera salvado también, no cabe duda. Negrín no hubiera permitido que cayera en manos de los sublevados. Me parece imposible.

Así actuó, por cierto, en 1940, cuando Francia ya había sido ocupada por los nazis. Lo primero que hizo Negrín fue ir de Burdeos en coche al lugar donde estaba Azaña con la intención de trasladarle en barco a Inglaterra, corriendo muchos riesgos y con una orden de detención en contra suya en Francia. Azaña se lo agradeció, pero le explicó que ya no estaba en condiciones de viajar. El expresidente de la República falleció el 3 de noviembre de aquel año en Montauban.

M. A. *Negrín sí regresó al territorio republicano y se instaló en la zona de Elda-Petrer, en la «Posición Yuste»*…

Á. V. En febrero de 1939 su gran objetivo era salvar vidas, evacuar a miles de responsables políticos, sindicales y militares republicanos desde los puertos mediterráneos y con los barcos de lo que quedaba de la flota, que estaban en Cartagena. Pretendía oponer una resistencia elástica que no sabemos si hubiera podido mantener. Sin embargo, Negrín actuaba sin conocer la estrategia de Franco, que deseaba provocar la implosión de la República desde

dentro a través del coronel Segismundo Casado y de Miguel Buiza, el jefe de la flota. Ya en el otoño de 1938 Negrín hizo caso omiso de los informes que le hablaban del deterioro de la situación en Madrid y de la conducta de Casado. Estaba pendiente de la ofensiva franquista sobre Cataluña. Ese fue uno de sus errores más graves.

UNA VIL PUÑALADA POR LA ESPALDA.

M. A. *La República no pudo tener un final más amargo…*

Á. V. La huida de la flota hacia el norte de África y el infame golpe de Estado del 5 de marzo de 1939 contra el Gobierno de Negrín, encabezado por el coronel Casado, el dirigente socialista Julián Besteiro y el líder anarquista Cipriano Mera, proporcionaron al general Franco la mejor de las victorias y a la República la peor de las derrotas. Esta tuvo el peor final posible, rodeado de traiciones, odios cainitas, enfrentamientos y un reguero de sangre que sembraron la semilla del divisionismo que caracterizaría al largo exilio posterior. Prestaron un servicio impagable a la perpetuación de la dictadura.

Casado dio el golpe porque no pudo esperar más. Franco le presionó y además había interceptado las comunicaciones de Negrín desde la oficina de cifra en el Palacio de Bellavista y así supo que este estaba dispuesto a capitular, eso sí intentando salvar a miles de republicanos con la flota. El PCE se había plegado a ese plan que, si funcionaba, dejaba a Casado sin margen de maniobra. Esto es lo que precipitó el golpe del 5 de marzo, que instituyó el Consejo Nacional de Defensa, presidido por el general José Miaja, y desconoció al Gobierno de la República. Estuvo abocado al fracaso desde que la flota republicana se hizo a la mar tan solo con los marinos y sus familias por orden de Buiza, quien también debió de ser intoxicado por la «quinta columna».

M. A. *Franco les engañó…*

Á. V. Pero también ellos, sobre todo Casado, se dejaron

engañar. Casado y Besteiro pensaban en una paz negociada que pusiera fin a la Guerra Civil. Franco, en la victoria y en la venganza.

M. A. *Justificaron el golpe para evitar que el PCE y Stalin se apoderaran de la República…*

Á. V. Una leyenda que servía muy bien a todos: a Franco le suministraba una interpretación acorde con la necesidad objetiva que habían otorgado a la sublevación de julio de 1936; a casi todos los vencidos les permitía identificar nítidamente unos culpables de la derrota (Negrín y los comunistas); a los anarquistas les libraba de tener que lidiar con la traición de Mera y a los socialistas no negrinistas les permitía santificar a Besteiro y eludir sus propias responsabilidades.

Pero era una estupidez supina. Fernando Hernández Sánchez y yo hemos analizado la propaganda del Consejo Nacional de Defensa en marzo de 1939 y es verdaderamente patética. Y Besteiro era quien daba las instrucciones, que se conocen desde hace muchos años. Era un hombre que estaba completamente al margen de lo que sucedía en España y en el mundo, estaba obcecado y creía que así salvaba a la República. Pero ni salvó a la República, ni sobre todo salvó a los republicanos.

M. A. *Ni tampoco se salvó él…*

Á. V. Con Besteiro pasó lo que con el presidente de la Generalitat, Lluís Companys: una «buena» muerte salvó toda una vida. El 15 de octubre de 1940, ante el pelotón de fusilamiento en Montjuïc, Companys se descalzó y con el pie desnudo tocó el suelo de Cataluña y así murió acribillado. Este gesto sublime le redimió.

En el caso de Besteiro, no lo fusilaron, le condenaron a treinta años de cárcel porque Franco sabía que en parte gracias a él había podido cumplir su plan de terminar la guerra masacrando las posibilidades de evasión de los cuadros políticos y militares republicanos. Falleció en septiembre de 1940 en la cárcel de Carmona. A diferencia de Mera y Casado, no quiso huir. Eso le honra. Quizá pensaba que con los servicios rendidos a Franco le

dejarían en paz.

M. A. *En cambio, Casado se marchó a Londres…*

Á. V. Sus memorias, publicadas en inglés ya en 1939 y en español en 1968, son solo propaganda. Y, sobre todo, encubrieron que facilitó el éxito a Franco en su mayor y más exitosa operación política durante toda la Guerra Civil: impedir la evacuación de miles de dirigentes políticos, militares y sindicales republicanos. Franco también le engañó, puesto que fusiló a militares republicanos e incumplió las promesas que le habían hecho llegar.

Recientemente, he descubierto en el Archivo Militar de Ávila una carta que en 1940 Casado escribió al general Franco y que envió a través del Duque de Alba para reprocharle su engaño. Le movió a escribir aquellas líneas la ejecución del general de la Guardia Civil Antonio Escobar en Barcelona el 8 de febrero de 1940. Fue el último jefe del ejército en Extremadura, un hombre conservador, católico, que había permanecido leal a la República. Casado y otros creían en un nuevo «abrazo de Vergara», pero Franco le pegó cuatro tiros. Y eso a Casado le llegó al alma, porque eran amigos.

Franco le había engañado porque le había hecho ver que sería tolerante y que la rendición le haría ser indulgente con ellos, lo que a Casado le impulsó a rebelarse contra el Gobierno republicano.

M. A. *¿Sin el golpe del 5 de marzo la República hubiera podido resistir más tiempo*?

Á. V. Poco más. La República ya no tenía capacidad de resistencia y por los testimonios que se han recogido en aquellas semanas todos los jefes militares asumían la derrota. Además, la escasez de alimentos y el cansancio de la guerra propagaban el derrotismo en la retaguardia. Después, el PCE contaría su versión y diría que la guerra no estaba perdida en el invierno de 1939, pero sí lo estaba.

En ese escenario hipotético, creo que Negrín hubiera intentado oponer una pequeña resistencia y, sobre todo, unos diez mil

hombres, entre cuadros políticos, sindicales y militares republicanos, hubieran llegado a Cartagena para embarcarse en el marco de la evacuación. Era necesario resistir dos o tres semanas más para poder llevarlo a cabo. Desconocemos si lo hubieran podido hacer, pero ese era el plan de Negrín y Casado lo conocía. Besteiro, Mera y él lo impidieron: esa fue la puñalada final, trapera, imposible de perdonar, que asestaron a la República. Y, por cierto, también un sector del movimiento anarquista había aprobado ya la preparación de la evacuación, como relató Peirats en su historia de la CNT en la Guerra Civil.

Por otra parte, imagino que cuando Casado conoció la traición de la flota, puesto que Buiza participaba de la conjura que estalló el 5 de marzo, se quedó noqueado. Entre eso y la sublevación comunista posterior contra el Consejo Nacional de Defensa estuvo quince días en que no le dio tiempo a pensar en la evacuación. Cuando lo hicieron en el Consejo se dieron cuenta de que Besteiro, el civil de la trama, ni siquiera había pensado cómo prepararla y cómo financiar el exilio.

M. A. *Miles de republicanos quedaron a merced de la represión…*

Á. V. Absolutamente, las fronteras fueron selladas y cerradas herméticamente salvo para los pocos que lograron huir en los barcos británicos desde el puerto de Alicante…

M. A. *En el* Stanbrook *, el último buque, se marchó a Orán mi tío abuelo Francisco Amorós Alarcón…*

Á. V. Fueron unos días angustiosos, terribles, en los que cerca de veinte mil republicanos quedaron atrapados en Alicante. Fue un anticipo de lo que sufrieron a partir del 1 de abril de 1939.

M. A. *El mejor final de la guerra para los propósitos de Franco…*

Á. V. Efectivamente, logró más de lo que pretendía. Se atuvo hasta el final a las prescripciones terroristas de Mola con las que se había iniciado la sublevación en 1936. Cuando supo que el Consejo

Nacional de Defensa ya no disponía de la flota comprendió que no necesitaba negociar nada. Tan solo exigir la rendición incondicional. Así fue el final de la Guerra Civil.

Franco se unió a la sublevación militar de julio de 1936 con una operación político-militar, el asesinato del general Amado Balmes, y la terminó con su más grandiosa operación político-estratégica: provocó la implosión republicana y capturó a millares de luchadores antifascistas que no pudieron huir. Fueron unas semanas trágicas, con miles de ejecuciones que sembraron la discordia que posteriormente inutilizó la capacidad política del exilio. Los republicanos fueron triturados física y moralmente. La espina dorsal de la izquierda española, obrera y burguesa, quedó rota durante muchos años. ¿Se hubiera comportado la izquierda en el exilio de la forma en que lo hizo en el caso de haber contado con aquellos millares de cuadros experimentados que habían subido a las alturas de la política y de la milicia a lo largo de la guerra y, a pesar de todas las dificultades, demostrado un cierto grado de cohesión frente al enemigo común?

Estos ya no son los mitos de Franco, son los mitos de la izquierda, en los que, por cierto, tampoco los comunistas salen con honor.

M. A. *¿Por qué*?

Á. V. Porque un partido que había constituido la espina dorsal de la resistencia se derrumbó como un castillo de naipes. En el exilio sus dirigentes se bolchevizaron y se transformaron en caja de resonancia de la nueva política de Stalin. Sobre todo después de la firma del pacto Molotov-Von Ribbentrop. Nunca hicieron autocrítica y se empeñaron en sostener, contra viento y marea, los nuevos mitos que más convenían a la política exterior soviética. Hubo un PCE en la Guerra Civil y otro en el exilio.

M. A. *En El desplome de la República Fernando Hernández Sánchez y usted analizaron el fin de la Guerra Civil a partir del hallazgo de un documento espectacular: el informe que la dirección del PCE elevó a Stalin en el verano de 1939…*

A. V.: Stalin tenía un gran interés por conocer las causas de la derrota republicana que, en cierto modo, también fue «su» primera derrota. Este informe, elaborado con la contribución de varios cuadros políticos y militares comunistas, tiene una importancia capital para comprender la política del PCE en el invierno de aquel año, cuando, como explica Fernando, ya era un gigante con pies de barro. Los comunistas españoles, que estaban refugiados en la Unión Soviética, no podían engañar a Stalin (porque podía disponer de ellos a su antojo), ni exculparse, y tampoco conocían qué uso iba a hacer de aquel informe. Por eso es un documento que tiene una gran autenticidad e importancia y, por cierto, demuestra que no fue el PCE quien empujaba o manipulaba a Negrín, sino que, debido a su propia estrategia, desde hacía tiempo era el PCE quien dependía inexorablemente del presidente del Gobierno.

BURGOS, 1 DE ABRIL DE 1939.

M. A. *El 27 de marzo de 1939 Franco se adhirió al Pacto Anti Komintern…*

Á. V. Sí, ya estaba en la recta de asociación con las potencias del Eje.

M. A. *Y el 31 firmó un tratado de amistad hispano-alemana y la España franquista abandonó la Sociedad de Naciones…*

Á. V. Además, el 1 de abril de 1939 en Burgos, el mismo día que dio por concluida la contienda, Franco tomó dos medidas que pocos historiadores han mencionado. La primera fue firmar la Ley Reservada de la Jefatura del Estado, por la que se reconocieron los créditos obtenidos del capitalismo financiero internacional durante la Guerra Civil, que en 1979 descubrí en el archivo reservado del Ministerio de Hacienda y la publiqué en la investigación que dirigí sobre la política comercial exterior de España desde la República hasta el final del franquismo.

La segunda no la suscribió Franco, sino que ordenó al teniente

general Francisco Gómez Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, que en aquella fecha escribiera al secretario general de la Sociedad de Naciones para comunicarle que España se retiraba del Convenio de 1926 sobre el arreglo pacífico de las controversias internacionales. Se situaba así en la misma estela que las potencias fascistas a las que tanto se emulaba. Era el primer paso, muy importante, porque demostraba que Franco no se sentía atado por el tipo de constricciones que llevan a los Estados a intentar resolver sus diferencias en primer lugar por medios pacíficos. Se preparaba para la militarización de la política exterior. Esta carta está publicada en el Boletín Oficial de la Sociedad de Naciones y, por cierto, no se revocó hasta el segundo gobierno de Felipe González (1986-1989). Por tanto, Franco empezó a bascular hacia el Eje, hacia los países que le habían ayudado decisivamente durante los casi tres años de la guerra. Y ahí sucedió algo muy curioso…

M. A. *¿Qué?*

Á. V. Durante casi toda la Guerra Civil las potencias democráticas occidentales, el Reino Unido y Francia, temieron que Franco alcanzara compromisos con Italia y Alemania que les permitieran establecer bases militares en España. La verdad es que Franco se negó siempre a ello, lo que no sucedería con Estados Unidos a partir de 1953.

Efectivamente, Franco asumió compromisos financieros, económicos y también políticos con los alemanes y con los italianos, pero su plasmación operativa quedó a su libre determinación. Esto es muy importante. De alguna manera se marcó un margen de maniobra y me parece que fue una opción muy inteligente. Era una estrategia que desde luego derrumbó las expectativas de la diplomacia británica y de la City de que, cuando terminara la Guerra Civil y con una España arruinada y destrozada, Franco tendría que pedir créditos y entonces le apretarían las tuercas. Siempre se dice que la política de Londres es muy fría, bueno, pues ahí se equivocaron otra vez completamente. Los errores políticos de los gobiernos británicos con relación a España desde 1935 en

adelante fueron mayúsculos.

Terminó la guerra y Franco cumplió el compromiso de salida de la Sociedad de Naciones, que ya había anticipado a los italianos en septiembre de 1936. Naturalmente, lo deseaba incluso para distanciarse de la política exterior de la República. Lo importante es que Franco teóricamente entró en una nueva etapa con un entramado de compromisos que le dieron bastante margen. Terminada la guerra, se planteó el tema de los créditos exteriores y el ministro de Hacienda, José Larraz, comprendió que España los necesitaba, pero Franco se negó. Prefirió echarse en los brazos de Italia y Alemania, sobre todo de Alemania.

M. A. *¿En 1939 miraba sobre todo hacia la Alemania nazi*?

Á. V. Muchos historiadores se llenan la boca con la influencia de la Italia de Mussolini en el naciente régimen franquista, pero fue Alemania el país que más influyó en Franco en 1939 y 1940. No porque asumiera la ideología nazi o se empapara de sus abstrusas disquisiciones doctrinales, que le eran indiferentes. Tomó de ellas lo que necesitaba, deslumbrado por el poderío bélico germano. Lo mismo les sucedía a algunos de sus altos mandos, como Yagüe o Vigón. Esto con independencia de que mantuvieran fricciones, sobre todo de carácter financiero, porque los alemanes insistían en que les pagaran su ayuda.

En octubre de 1938, por ejemplo, los alemanes dijeron a Franco que, o les reconocía las adquisiciones de minas que habían hecho de manera ilegal y se comprometía a pagar las deudas de guerra, o le cortaban la ayuda. Tuvo que claudicar y empezó a negociar para pagar lo menos posible. Aquella pugna duró hasta 1944 y al final no se resolvió. Esto se conoce desde los años cincuenta por los documentos diplomáticos alemanes, pero aún hoy «ilustres» historiadores franquistas, como Luis Suárez Fernández, César Vidal o Ricardo de la Cierva entre otros, lo niegan o lo disminuyen absurdamente. Y fue un momento culminante puesto que la economía de la España franquista durante la Guerra Civil y en los años inmediatamente posteriores quedó satelizada a los intereses de la Alemania nazi…

M. A. *¿Por qué?*

Á. V. Franco negoció créditos con Italia y Alemania para comprar armamento y los suministros que necesitaba. En *Las armas y el oro* creo haber demostrado que la expresión financiera de la ayuda nazi-fascista al menos fue similar al importe total de las reservas de oro del Banco de España que la República vendió para financiar su esfuerzo bélico, probablemente superior. Es decir, que la expresión financiera del apoyo a Franco fue mucho más elevada de lo que se ha dicho. En el caso alemán, mucha de la adquisición de material se pagó con los superávit de balanza comercial en el comercio bilateral con el III Reich. Es decir, la exportación de materias primas y alimentos al III Reich sirvió de masa compensatoria de una parte de los suministros.

7

UNA GUERRA «INCONCLUSA».

TODOS NO FUERON CULPABLES.

Mario Amorós *¿Quiénes fueron los responsables de que en España hubiera una guerra civil entre 1936 y 1939*?

Ángel Viñas: Fue la derecha la que conspiró para organizar el golpe de Estado del 16-18 de julio de 1936, la que se preparó para la guerra y la que provocó la guerra. Por tanto, la responsabilidad recae sobre los sectores monárquicos y Alfonso XIII, sobre la CEDA, sobre la trama civil que participó en la conspiración dirigida por Mola y liderada por Sanjurjo y sobre los oficiales que se sublevaron entonces.

Los republicanos, y Manuel Azaña en primer lugar, cometieron el grave error de no haber abortado la conspiración y Azaña de no haber reaccionado con fuerza tras el golpe de Estado.

M. A. *¿No comparte la tesis de la equiparación de responsabilidades? ¿Todos no fueron culpables*?

Á. V. En absoluto. Unos se alzaron en armas contra el Gobierno

legítimo, constitucional, surgido de las elecciones democráticas del 16 de febrero de 1936 y otros lo defendieron. Y se sublevaron a partir de argumentos espurios que ellos mismos fabricaron. Seguramente, en Guadalajara un teniente se creía lo que le decía su coronel y el coronel lo que leía en *La Correspondencia Militar*. Pero la cúpula militar y civil de la conspiración era consciente de sus propias mentiras y por eso empezaron a fabricar documentos falsos que aseguraban que iba a producirse un golpe prosoviético y que había que evitarlo. Por eso, unos se sublevaron bajo pretextos bastardos y otros resistieron la sublevación como pudieron. No fueron iguales.

Detener la solución de los problemas que tenía la República Española (la modernización económica, la modernización social, la modernización política, la distribución de tierras) ¿justifica medio millón de muertos, que son imputables en último término a quienes se sublevaron en julio de 1936? Además, la represión en la zona republicana fue consecuencia de aquella sublevación, que desencadenó finalmente una cruenta guerra civil.

M. A. *Fue una guerra ideológica total, en la que por primera vez chocaron fascismo y antifascismo…*

Á. V. Sin duda. Naturalmente, fue también muchas cosas más. Pero la vertiente que mencionas es fundamental. Para los historiadores profranquistas o meramente conservadores profundizar en ella es poco menos que una herejía. Hay que darse cuenta de que toda una corriente de pensamiento prácticamente niega que en España el fascismo estuvo en el poder. Se inventan cosas: poder de los militares, circunstancias excepcionales, la influencia del entorno… La cuestión estriba en negar que el régimen pueda emparentarse con el totalitarismo fascista.

Todo ello también tiene relación con la primera «absolución» que Franco consiguió con los Pactos de Madrid con los norteamericanos en 1953. A partir de aquella fecha, no fue de buen tono remarcar que Estados Unidos se había asociado con un dictador con un turbio pasado fascista o fascistoide. Se inventó la fórmula de que el régimen (no la dictadura) fue, simplemente, un

régimen autoritario, con pluralismo político limitado. Esta losa interpretativa todavía no se ha levantado del todo. Huele mal.

M. A. *El balance de la Guerra Civil, según las cifras ofrecidas por Paul Preston en* El holocausto español, *es terrible: al menos personas asesinadas por los facciosos a lo largo de la contienda, personas víctimas de la violencia en la retaguardia republicana, unos muertos en los frentes de batalla, un número desconocido de personas desaparecidas a consecuencia de los bombardeos y los éxodos que siguieron a la ocupación del territorio por parte de las fuerzas militares de Franco, alrededor de republicanos ejecutados tras el fin de la guerra por los vencedores, muchos más muertos por hambre y enfermedades en las prisiones y los campos de concentración, donde se hacinaban en condiciones inhumanas, o en los batallones de trabajo; y más de medio millón de españoles partieron al exilio, de los que varios miles murieron en los campos de concentración franceses y otros miles en los campos de exterminio nazis*
150 000
50 000
300 000
20 000
…

Á. V. Sí, son cifras impresionantes. ¿Justifican una sublevación que se preparó con pretextos espurios? ¿No hubiera sido mejor esperar a que pasara la presunta marea del Frente Popular? Algunos conspiradores monárquicos, como Pedro Sáinz Rodríguez, llegaron a pensar que ese Gobierno no podría durar bajo el impacto de la disparidad de intereses de sus miembros. Una especulación teórica porque él siguió, dale que te pego, por el sendero de la adquisición de armas de guerra modernas en la Italia fascista.

En mi opinión, la responsabilidad por la sublevación militar del
16-18
de julio de 1936 es el tema central de la Historia contemporánea española. De la respuesta que se le dé depende la interpretación de todo lo que siguió después. En lo que a mí respecta puedo decir que he llegado a conclusiones siguiendo un método rigurosamente

inductivo, no he partido de concepciones apriorísticas. Hasta hace unos años había compartido la tesis tradicional de que, si bien la cúpula de los conspiradores buscaba sublevarse, no pensaba afrontar una guerra. He de confesar que el descubrimiento de los «contratos romanos» me ha hecho cambiar de idea e incluso me ha llevado a revisar mi opinión sobre la Monarquía.

EL HONOR DE LA REPÚBLICA.

M. A. *La sublevación militar de 1936 arrebató a España una gran posibilidad de modernización democrática, de ser un país avanzado en términos políticos, económicos, sociales y culturales. La legislación laboral, la creación de miles de escuelas, el voto femenino, el divorcio, el desarrollo cultural en torno a la Generación del 27, los estatutos de autonomía, la reforma agraria, el Estado laico… Todo fue destruido por el franquismo…*

Á. V. Estoy totalmente de acuerdo. Aun repitiendo que la experiencia republicana no fue un lecho de rosas, no hay mejor forma de abordarla hoy que compararla con lo que vino después. La historia es irreversible, pero nos enseña lo que trajeron consigo ciertos acontecimientos. En este caso una dictadura cuasi-fascista. Lo expreso de tal manera porque la dictadura de Franco (no el «régimen autoritario» como gustan de señalar sus panegiristas) adoptó instituciones y formas de comportamiento copiándolas de las potencias del Eje que la derrota del fascismo en la Segunda Guerra Mundial obligó a cambiar hasta cierto punto. Pero muchas de las instituciones fundamentales permanecieron impolutas y algunas duraron hasta el final. No comparto, en absoluto, la tesis de Juan J. Linz, con quien por cierto siempre me llevé muy bien. Una cosa es contemplar la dictadura desde el plano de la ciencia política o de la sociología y otra es entrar en el destripamiento de su funcionamiento interno. Esta es una tarea típica del historiador.

En estos momentos estoy escribiendo un libro en el que abordo este asunto, por supuesto con evidencia primaria relevante de época inédita. Esa que produce urticaria a los historiadores profranquistas.

Y analizaré la «hábil prudencia» del inmarcesible «Caudillo» en la conducción de la nave del Estado por la senda de la «neutralidad» durante el segundo conflicto mundial. Es lógico que proceda así. Tras desmontar muchos de los mitos del franquismo relacionados con la República y la Guerra Civil, hay que seguir, cronológicamente, por la posguerra.

M. A. *La resistencia republicana, pese a todo, tuvo caracteres épicos que usted ha resaltado en su obra…*

Á. V. Mientras Austria y Checoslovaquia primero y Bélgica, Dinamarca, Noruega, Francia y los Países Bajos después cayeron bajo la bota del nazismo casi sin resistencia, durante casi tres años una parte del pueblo español luchó contra una conjunción bélica claramente superior, estructurada en torno a un ejército profesional y tropas mercenarias, con el apoyo de Alemania e Italia. Y solo contaron con la ayuda de la URSS. Esta gesta fue desfigurada: primero por los vencedores y recientemente tanto por los autores que han resucitado los mitos franquistas como por los historiadores extranjeros (estadounidenses sobre todo) que la analizan desde los esquemas prefijados de *la Guerra Fría*. Lamentablemente, tampoco la mayoría de la población española actual la reconoce y la valora.

M. A. *Usted sí. El tercer volumen de su tetralogía se titula* El honor de la República…

Á. V. Yo reivindico el honor de la II República, que fue la primera experiencia democrática en la historia de España. Y creo que la pregunta crítica sobre la Guerra Civil hoy ya no es por qué la República perdió, sino cómo y por qué logró resistir durante tanto tiempo. Además, habría que explicar por qué una parte del pueblo español continuó empeñada en defender la República hasta el final y solo bajó las armas tras el golpe del 5 de marzo de 1939.

M. A. ¿*Cuál es su respuesta*?

Á. V. No la tengo, salvo recurrir al heroísmo y a los profundos

sentimientos antifascistas de una parte del pueblo español. Esto lleva a dimensiones para las que no valen las fuentes que he utilizado. Hay que recurrir a otra perspectiva de estudio del pasado: las mentalidades, las actitudes culturales… No es mi campo, pero seguro que otros historiadores lo abordarán. Helen Graham, por ejemplo, ya está un poco en esta tarea. La historia científica es un campo complejo y cada uno busca su nicho. Soy consciente de que no escribo una historia total, pero otros escriben una historia extremadamente reducida.

LAS CAUSAS DE LA DERROTA.

M. A. *¿Cuáles son los principales factores que explican la derrota de la República*?

Á. V. Coincido básicamente con los que en 1939 señaló Azaña: como primer factor la hostilidad británica y la política de No Intervención. La No Intervención, de origen francés pero apoyada absolutamente por Londres, estranguló a la República. En segundo lugar, comparto con Santos Juliá el énfasis en la ayuda material, política, diplomática y de propaganda de las potencias fascistas a Franco, que llegó antes, muy pronto, y que fue mucho más sostenida que la soviética a la República.

En tercer lugar, sitúo las discordias internas entre las fuerzas políticas que sostenían la República. En este punto soy crítico con la actuación del PNV, de ERC y de la CNT. Algunos incluso lo colocan como el primer factor de la derrota; Azaña, si no recuerdo mal, la ubicó en el segundo lugar, pero, claro, él estuvo mucho más expuesto, como presidente, a las discordias políticas que a las dificultades en los suministros. Esto es innegable y, además, Franco logró unificar el mando militar muy pronto, cuando fue cooptado como general en jefe de los Ejércitos de Operaciones y jefe del Estado, y atajó las pequeñas disidencias políticas que surgieron en sus filas.

Sin embargo, retoco el análisis de Azaña al comparar la *performance* militar franquista y republicana. La primera,

alimentada por la ayuda del Eje, fue indudablemente superior a la segunda. Por el contrario, no pienso que la mejor o peor movilización de los recursos propios, que tanto han subrayado autores en la estela de Seidman, sean un factor o causa originarios. Se desprende de la combinación de las causas anteriores.

M. A. *Franco mintió siempre sobre la ayuda que recibió de las potencias fascistas y prácticamente atribuyó su victoria a la «divina providencia», incluso a la ayuda milagrosa del «ángel de la guarda»…*

Á. V. Por supuesto. Pero lo más interesante no es retomar las referencias relevantes en sus discursos, cosa que he hecho en numerosas ocasiones. Es más significativo acudir a lo que él mismo escribió. Como dictador, Franco no le dio demasiado a la pluma pero allá por los años sesenta, más o menos coincidiendo con los «Veinticinco Años de Paz» de Fraga Iribarne, pergeñó unas cuartillas. Admito que puedo equivocarme en la fecha, pero es la impresión que tengo al leerlas. Se han publicado hace muchos años por la Fundación Nacional Francisco Franco, a la que desde aquí tributo mi agradecimiento.

¿Qué escribió el omnisciente y todopoderoso «Caudillo»? He aquí un retazo:

«Necesidad de aclarar cuáles fueron nuestras relaciones con Alemania e Italia. Falsedad de que antes del Movimiento y en su preparación hubiese habido ninguna clase de relaciones entre los directores del Movimiento Nacional y esas dos naciones (…). *Inferioridad de armamentos. A la adquisición de armamentos con cuentagotas (…). Preocupación primordial fue la dotación y municionamiento de nuestro ejército, objetivos y armas. Milagros en el armamento. Carecíamos de municiones (…). El ángel de la guarda con nosotros. Ayuda escandalosa de Dios (…). Paso de municiones y un tabor a Mola. Por tierra por Portugal y por mar a Vigo (…). Estado de nuestras relaciones con Italia y Alemania (…). Personal extranjero no lo necesitábamos, nos sobraban españoles, queríamos armas y no personal. Las ayudas extranjeras: voluntarios para la Legión, aviones con piloto (…). La llegada de los internacionales: 2000 diarios intervenían en Cataluña. La ayuda comunista: 2000 comunistas*

voluntarios por la frontera catalana (…). La ayuda de Dios (…). Especialistas italianos y alemanes: su atraso en la materia. No hemos ganado nada. Italianos y alemanes buenos camaradas aisladamente, inaguantables en conjunto, pues tenían pretensiones».

Como puede apreciarse, Franco era una de esas personas capaces de engañar a su propio diario o de hacerse trampa jugando un solitario. No es un caso extraño. He detectado un enfoque parecido en el caso del diario de Von Richthofen tras la destrucción de Gernika. De todas maneras, he subrayado lo que me parece más chocante. Da para sabrosos comentarios que alargarían innecesariamente esta conversación.

M. A. *Ha quedado muy claro que fue el Reino Unido la potencia que más daño hizo a la República…*

Á. V. Creo que sí. La política británica sustentó la No Intervención y con su fuerte base de carga ideológica y de clase condenó a la República. Yo juzgo una política por sus resultados y los de la política de apaciguamiento fueron deplorables, porque finalmente, tras la derrota de la República Española, Chamberlain reconoció que no podía fiarse de Hitler y dio la garantía a Polonia, asumiendo finalmente que a Hitler había que contenerlo por la guerra. Esto ya lo vieron los republicanos desde el principio y Negrín en el otoño de 1938 se lo expresó por escrito a Stalin desde las profundidades de Barcelona, alejado de los centros rectores de la política internacional.

M. A. *¿En el Reino Unido nadie tenía una visión similar*?

Á. V. Por supuesto que sí. Después de la Conferencia de Múnich hubo tumultos en el Partido Conservador y algún ministro se retiró del gabinete. ¿Y qué le sucedió al único funcionario que discrepó de la política del Gobierno, Laurence Collier, un diplomático injustamente olvidado? Pues que lo marginaron.

En *El honor de la República* relaté un hecho muy interesante: el teniente coronel Victor Goddard, director adjunto del servicio de inteligencia del Ministerio del Aire, mostró interés por examinar

sobre el terreno la conducción de la guerra en la zona republicana a principios de 1938. Goddard viajó a España y fue tratado muy bien. Preparó varios informes técnicos, una suerte de informe político y un informe confidencial. Los documentos técnicos y el de carácter político se conservan en los archivos del Foreign Office y allí los consulté. En ellos Goddard desmintió radicalmente el mito de la gran influencia soviética en la República y dejó constancia de las recriminaciones republicanas hacia Londres por renunciar a luchar contra el fascismo. «Algún día tendréis que hacerlo», le espetaron. Nadie entendía la política británica.

Goddard era entonces el hombre que en el Ministerio del Aire recopilaba y seguía al día toda la información sobre España generada por los servicios de inteligencia británicos. Y sin embargo sus valoraciones, después de una estancia en terreno republicano de más de quince días, no tuvieron ningún efecto. Curiosamente, su informe confidencial no se encuentra o no ha aparecido. Intuyo que en ese texto reflejó la oferta de Indalecio Prieto.

En definitiva, me cuesta interpretar la posición británica ante la Guerra Civil. ¿A qué obedeció ese empecinamiento? Creo que también sentían un gran desprecio hacia el pueblo en armas. Este sentimiento se trasluce en un documento de septiembre de 1936 preparado para su Gobierno por el MI3 (la inteligencia militar británica), que se refirió a los republicanos como «escoria»… En cambio, los militares sublevados eran, para ellos, caballeros.

M. A. *Si el Reino Unido y Francia hubieran admitido la venta de armamento a la República, ¿la ayuda italiana y alemana a Franco hubiera sido la misma*?

Á. V. No lo sabemos, no podemos saberlo, claro. Inicialmente, Hitler y Mussolini adoptaron una postura muy agresiva, pero ¿qué hubiesen hecho si se hubieran encontrado con una respuesta firme de las potencias democráticas? En aquel momento Alemania no estaba preparada para un conflicto y hoy está documentado que Italia decidió ayudar a Franco cuando tuvo constancia de que ni Francia ni la Unión Soviética ayudarían a la República.

M. A. *¿Hubo voces autocríticas en la Administración británica tras la Guerra Civil*?

Á. V. Sí, a nivel de funcionarios. Nada importante.

M. A. *¿Y en Francia*?

Á. V. Después de la Segunda Guerra Mundial, Blum escribió algunos libros muy brillantes y críticos con los prejuicios de clase de la burguesía francesa, lamentándose de los errores cometidos con la República Española.

LA «AMENAZA» COMUNISTA.

M. A. *Uno de los tópicos más socorridos es que, de haber vencido la República, Stalin hubiera impuesto irremisiblemente un régimen de tipo soviético…*

Á. V. Es indudable que los sublevados y los franquistas consideraron que su «Glorioso Alzamiento Nacional» se justificaba por el peligro comunista en España, que la Guerra Civil fue una victoria esencialmente contra el comunismo, que Franco fue el único jefe de Estado que había derrotado al comunismo por las armas en el terreno que este había elegido, el campo de batalla, y que como estadista se adelantó a su tiempo porque prefiguró la confrontación sistémica que daría origen a la *Guerra Fría*. Durante décadas los comunistas fueron el «Enemigo», no los socialistas, ni los anarquistas. Y en el caso de los socialistas no eran sino marxistas caídos bajo la influencia comunista.

Prosiguiendo por ahí, fue Bolloten quien forjó la tesis de que la República había caído en las garras de Moscú, que pretendía instaurar en España un adelanto de lo que serían las «repúblicas populares» impuestas tras el «telón de acero» después de la Segunda Guerra Mundial. Tesis que copió de algún poumista como Julián Gorkin. Los franquistas añadieron que solo el genio militar de Franco y su victoria en la Guerra Civil lo impidió y «salvó» a

España. Pero no solo los historiadores franquistas lo dicen, Antony Beevor también lo plantea en su historia de la contienda.

M. A. *En la última década los «socialistas bolchevizados» han sustituido a los comunistas en las invectivas de los historiadores franquistas y conservadores…*

Á. V. Claro, porque utilizan la Historia como un arma de combate político para el presente. La crítica a los «socialistas bolchevizados» y la señalización de la insurrección obrera de octubre de 1934 en Asturias como «el origen de la Guerra Civil» son una adaptación de la mitología franquista a las necesidades políticas de hoy. Los socialistas no se radicalizaron tanto como estos autores plantean. Cuando Largo Caballero asumió la Presidencia del Gobierno en septiembre de 1936 lo que intentó a toda costa fue recuperar la autoridad del Estado, que se había derrumbado con la sublevación militar.

M. A. *¿Cuál era entonces la disyuntiva para España en la Guerra Civil*?

Á. V. Si se alineaba con las democracias occidentales o con las potencias del Eje. La Guerra Civil no fue una cruzada contra el comunismo, ni hubo peligro de que España se convirtiera en una república popular *avant la lettre*. Negrín jamás asumió compromisos con la Unión Soviética que pudieran influir en el futuro del país. Franco sí lo hizo con sus protectores.

No sé qué rumbo político hubiera seguido España en el caso de una victoria bélica de la República, nadie lo sabe. No creo que hubiese permanecido neutral en la guerra europea. Por lo menos, es lo que Negrín y Prieto dijeron a británicos y franceses. Pero tampoco Francia o Italia después de 1945, con una posición muy fuerte de sus respectivos partidos comunistas, se inscribieron en la órbita soviética. Y, además, he demostrado con documentación primaria que esa no era la intención ni de Stalin, ni del PCE.

La postura del PCE en la guerra fue de lealtad a la República y de construir una República nueva, porque se había producido una

fractura gravísima con la contienda, del mismo modo que en Francia después de la Liberación se instauró la IV República, no se volvió a la Tercera, y en Italia se convocó un plebiscito y la ciudadanía votó por la República y no por la monarquía. Después de una guerra retornar a la situación anterior es absolutamente imposible.

En España, el PCE, los negrinistas y otros segmentos socialistas, junto con la burguesía más modernizante, defendieron la República y buscaron ansiosamente el apoyo de las potencias democráticas. Todos sus esfuerzos fueron baldíos. Fueron Francia y el Reino Unido los que «objetivamente» hicieron causa común con el fascismo para hundir el único experimento democrático que hasta entonces había conocido España.

M. A. *Al combatir e impugnar los mitos franquistas y los construidos desde los esquemas de la Guerra Fría sobre la Guerra Civil ¿cree que ha contribuido a reivindicar el papel del PCE*?

Á. V. Considero que en la tetralogía hay una cierta reivindicación del papel del PCE dentro de los estrictos límites cronológicos de la Guerra Civil.

M. A. *En sus obras resplandece la Resistencia republicana, vitalizada por el Partido Comunista…*

Á. V. He de confesar algo: nunca he sido procomunista, pero tampoco he sido anticomunista y, sobre todo, no me he ganado la vida yendo de anticomunista. Me eduqué en Alemania a fines de los años cincuenta y en los años sesenta y viajé mucho por la RDA y los países de la órbita soviética. Viví un par de años en Berlín. Fue suficiente. Cada historiador es también producto de sus circunstancias.

M. A. *Y, por supuesto, y sobre todo, representada por el presidente Negrín. ¿Su figura ocupa el lugar que merece en la Historia de España*?

Á. V. Cuando falleció, en noviembre de 1956, *The New York*

Times le dedicó un elogioso obituario que comparto: «Negrín nunca tuvo que temer nada de la Historia». Desde luego, solo hace muy pocos años que su talla de estadista ha sido reivindicada por los historiadores, pero su figura histórica es ampliamente desconocida.

M. A. *¿Cómo se forjó la leyenda del Negrín títere de los comunistas*?

Á. V. Surgió en la misma Guerra Civil por parte de sus adversarios, pero fue sobre todo una construcción posterior, en el exilio, de Indalecio Prieto y de Largo Caballero que sirvió a muchos para eludir cualquier responsabilidad en la derrota. El mito alcanzó su cenit en relación con su actuación durante los últimos meses de la contienda. Por supuesto, también los historiadores lo han alimentado, primero Burnett Bolloten en la época de la *Guerra Fría* y aún hoy insisten en esta visión autores como Beevor, Bennassar, Payne y algún indocumentado como Radosh. A lo que hemos comentado antes ahora quisiera añadir que nadie ha comparado las relaciones de Negrín con Stalin y las de Franco con Hitler y Mussolini. El símil es más que instructivo y no precisamente favorable al inmarcesible «Caudillo»…

M. A. *¿Por qué*?

Á. V. Hubo tres momentos culminantes en que Negrín dijo no a Stalin en puntos importantes para este y no sucedió nada. Stalin comprendió. La primera vez fue cuando este incitó a finales de 1937 al PCE a que promoviera la convocatoria de elecciones a Cortes. Quería dorar los blasones democráticos de la República y, a la vez, situar en el Parlamento la nueva correlación de fuerzas políticas que la Guerra Civil había creado. Los socialistas y Negrín se opusieron, con buenas palabras, y el proyecto, que tampoco gustaba mucho a los comunistas, aunque estos naturalmente siguieron las indicaciones de Stalin, no culminó.

La segunda ocasión fue cuando los socialistas se opusieron rotundamente a la fusión con el PCE. Ramón González Peña se lo dijo a Stalin en sus propias barbas. No estaba el tema maduro. Y la

tercera fue cuando Stalin quiso retirar a los ministros comunistas del Gobierno en 1938. Ya lo hemos comentado. Negrín se opuso y se salió con la suya.

M. A. *¿Y Franco?*

Á. V. Asumió todos los papeles que alemanes e italianos le pusieron sobre la mesa y que desembocaron en acuerdos. Consiguió, eso sí, no establecer compromisos vinculantes automáticamente en los que, por otra parte, el Eje no insistió demasiado. Dejó que los alemanes estrujaran como un limón la economía española. Se bajó los pantalones antes de la crisis de Múnich para conseguir nuevos pertrechos de Hitler, algo cuya relevancia prácticamente todos los historiadores profranquistas han disminuido en lo posible o ignorado. Dejó a los italianos que camparan a sus anchas políticamente durante la campaña de Vizcaya en su acercamiento al PNV. Y en cuanto terminó la Guerra Civil empezó su particular forma de vinculación con el Tercer Reich, la potencia que más le deslumbró.

M. A. *En 1936 el Partido Socialista era el gran partido de la izquierda española y desde septiembre de aquel año siempre un militante de sus filas ocupó la jefatura del Gobierno. Llama la atención, sin embargo, su eclipse ante el deslumbrante crecimiento del PCE…*

Á. V. Helen Graham lo ha estudiado muy bien. No olvides que el Partido Socialista entró dividido en la Guerra Civil y salió con enfrentamientos internos gravísimos. La guerra exacerbó sus divisiones previas y originó otras nuevas. En cualquier caso, el PSOE, junto con Izquierda Republicana, fue el gran soporte de los gobiernos republicanos y de gran parte del aparato administrativo. No el PCE, ni por supuesto tampoco los anarquistas.

M. A. *En 2008 el PSOE acordó en su XXXVII Congreso rehabilitar a Negrín y a los 35 negrinistas expulsados con él en 1946…*

Á. V. He sido uno de los que se ha batido el cobre desde el

principio para que el PSOE recuperara a Negrín junto con los socialistas canarios y un querido amigo, el doctor Miguel Ull. Creo que mis libros, junto con los de Gabriel Jackson, Enrique Moradiellos, Ricardo Miralles o Helen Graham, han servido para que el Partido Socialista rehabilitara a Negrín y a todos los negrinistas expulsados en circunstancias cuando menos oscuras, por no decir otra cosa. Para todos nosotros y para Carmen Negrín, nieta del presidente, el acto celebrado el 24 de octubre de 2009, un precioso día de otoño madrileño, en la sede de Ferraz fue muy importante, de un gran valor simbólico. Al igual que los descendientes de los otros 35 expulsados, Carmen recibió a título póstumo el carné acreditativo de la condición de militante socialista de su abuelo. Estaba muy emocionada e hizo un discurso muy bonito. Por su parte, Alfonso Guerra, presidente de la Fundación Pablo Iglesias, caracterizó el acto como «la reparación de una injusticia».

Negrín nunca fue un juguete de los comunistas. Nunca supeditó su política y su actuación a los intereses de una potencia foránea. No tomó por sí solo la decisión, crucial, de enviar las tres cuartas partes de las reservas de oro a la URSS. Nunca quiso prolongar inútilmente la resistencia republicana obedeciendo las órdenes de Moscú. Sí fue quien mejor conceptualizó las implicaciones que se derivaban del significado de la guerra española como contienda antifascista y contra la expansión de un Eje que ponía en peligro la paz en Europa. Intentó llegar a una colaboración profunda con las potencias democráticas occidentales. Deseó alcanzar algún tipo de acomodo a través de una mediación exterior, pero sin bajar nunca la guardia. Trató de enlazar la resistencia republicana con una guerra europea que era inminente y que, en noviembre de 1938, predijo acertadamente para el verano de 1939. Pero perdió.

El Fascismo Español.

M. A. *¿Fue la dictadura de Franco un régimen fascista*?

Á. V. El sistema político edificado primigeniamente por Franco

a partir de 1937 fue de naturaleza fascista. Existió un fascismo español que Franco articuló en la Guerra Civil con la connivencia de todas las tendencias: monárquicos, falangistas, cedistas, carlistas, técnicos… Ahora bien, ante la marcha de la Segunda Guerra Mundial, a partir de 1943 renunció a un proyecto plenamente fascista en España.

La nueva cobertura institucional, con el énfasis en la «democracia orgánica» y la «participación» de las Cortes, fue la fachada, junto con el apoyo creciente de la Iglesia católica, detrás de la que se ocultó la permanencia de los componentes fascistas: los sindicatos verticales y el carácter carismático del «Jefe». Estoy escribiendo sobre ello.

M. A. *¿Puede explicar la importancia del carácter carismático del dictador*?

Á. V. Franco conservó la prerrogativa, establecida desde 1936 y consagrada en la Ley del 31 de enero de 1938, de dictar disposiciones de cumplimiento obligado y con carácter general, es decir, leyes. Esto es conocido. Se mantuvo en 1939 y en la Ley de Cortes. Pero lo que no se sabe es que Franco siguió haciendo un uso secreto de su «prerrogativa» hasta, donde yo sé, el año 1957, es decir, hasta casi veinte años después del final de la Guerra Civil.

M. A. *Tampoco sorprende tanto en un hombre que solo dijo responder «ante Dios y ante la Historia*»…

Á. V. Bueno, no sé si la idea provino de Franco o de sus sicarios falangistas/fascistas. La fórmula se estableció en los estatutos del partido único. Hizo furor. Personalmente, no puedo saber cómo le juzgará Dios. Los historiadores tenemos la posibilidad y la responsabilidad de aportar nuestro granito de arena a cómo le enjuicie la Historia. Piensa que dentro de cincuenta años lo que hayan dicho los turiferarios de turno, repitiéndose unos a otros como papagayos, habrá sido desmontado por nuevas fuentes documentales. Sin ellas no hay Historia. Los camelos no sirven.

M. A. *Otra de las características permanentes del franquismo fue su carácter opresivo y represivo…*

Á. V. Llaman la atención la crueldad y la magnitud de la represión desplegada por la dictadura a partir del 1 de abril de 1939. La violencia fue un elemento estructural del franquismo y en los últimos años hemos avanzado mucho en su conocimiento. Fue la dictadura más mortífera de Europa Occidental en tiempos de paz, incluida la Alemania nazi. Hasta su fin humilló permanentemente a los vencidos y mantuvo un aparato represivo policial y judicial cuya influencia todavía dura.

M. A. *Y, al menos en los años cuarenta, con la involucración de la Iglesia católica…*

Á. V. La Iglesia católica no solo fue uno de los pilares de la dictadura, sino también un soporte en algunos casos muy indulgente en las tareas represivas, con la «filosofía» de acabar con «los rojos» ateos. Ciertamente, en otro actor político podría no sorprender, pero en una institución religiosa que presume de caridad, benevolencia… es cuanto menos chocante. Por eso, no puede extrañar que la jerarquía católica esté hoy en vilo contra la recuperación de la memoria histórica republicana. Y no te quiero decir lo que pasará cuando se abran, si es que alguna vez llegan a abrirse, los archivos eclesiásticos sobre este tema…

Franco y la Segunda Guerra Mundial.

M. A. *¿Fue la Guerra Civil el prólogo de la Segunda Guerra Mundial*?

Á. V. En mi opinión es algo absolutamente indiscutible. La Guerra Civil española fue una de las primeras manifestaciones del asalto fascista al poder por las armas en un país europeo. Así de simple. Y la España republicana fue la primera que resistió al fascismo en el campo de batalla. La intervención italiana y alemana

en la Guerra Civil dio alas a los dictadores, desnudó las debilidades de las democracias, puso de manifiesto la eficacia de la propaganda anticomunista y estimuló a los sectores de extrema derecha parafascistas y «quintacolumnistas» en Francia y el Reino Unido.

Stanley Payne lo niega y dice que los frentes se trastocaron en el conflicto bélico europeo. Claro, se modificaron porque Stalin, con una frialdad escalofriante, con un sentido muy agudo de la *realpolitik*, no se fio de las potencias democráticas occidentales y aceptó el pacto que Hitler le ofreció en agosto de 1939, que le permitió ocupar una parte de Polonia. Eso vino después.

M. A. *¿El famoso pacto Molotov-Von Ribbentrop fue una idea de Hitler*?

Á. V. Fue una iniciativa de Hitler, porque Stalin no estaba coqueteando con Berlín. El *Führer* la concibió hacia marzo o abril de 1939. En la Alemania nazi ya en 1938 hubo personas en ciertos niveles económicos, políticos y diplomáticos que empezaron a plantear que una aproximación a la URSS no vendría mal, dadas las necesidades germanas de materias primas para preparar la guerra. Obviamente, era una idea que tardó en cuajar porque Hitler era un anticomunista furibundo, aunque finalmente apostó por el pacto con Stalin porque le proporcionaba materias primas y le dejaba las manos libres para ocupar Polonia. Lo entendió como una maniobra de mera conveniencia. Diez meses después ya dio órdenes de que se estudiara la preparación de un ataque contra la URSS. No era un *gentleman*, evidentemente.

En sus previsiones de 1939, estaba iniciar una guerra continental contra Francia y el Reino Unido hacia 1942. Calculó mal. Con la experiencia de España, Austria y Checoslovaquia, creía que Londres y París no declararían la guerra tras la invasión de Polonia…

M. A. *¿Hitler pensaba que tampoco entonces reaccionarían*?

Á. V. Eso creía y no le ayudó mucho el genio de su ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, que era un anglófobo furibundo. Le aseguró que los británicos no se moverían. Era una

lectura ideológica del escenario internacional porque Londres había insistido en numerosas ocasiones en que la garantía a Polonia iba en serio.

Por su parte, en el verano de 1939 Stalin jugó a dos bandas. En julio, Francia y el Reino Unido enviaron misiones militares a Moscú y los soviéticos, que ya estaban en contacto con los alemanes, les recibieron bien y les plantearon un pacto militar en buena y debida forma. De nuevo los británicos no se atrevieron. Francia, en cambio, estaba desesperada y sí lo quería. En agosto, Stalin dio luz verde al pacto con la Alemania nazi, cuyo aspecto más importante fue el protocolo secreto que acordaba el reparto de Polonia y le permitió la invasión de los países bálticos. Su objetivo era restaurar las fronteras de la Rusia zarista.

M. A. *¿Cómo cayó en Londres y París el acuerdo entre la Alemania nazi y la Unión Soviética*?

Á. V. Como una bomba. Los ingleses, Collier de nuevo, habían detectado ese acercamiento, los franceses también. Por eso París quiso acelerar la firma de un pacto con la URSS a principios de agosto de 1939. En cualquier caso, para que un pacto franco-británico con la URSS contra Alemania pudiera ser efectivo se requería algo que tampoco se había resuelto: que llegado el caso Polonia autorizara el paso de tropas soviéticas por su territorio o la presencia de tropas soviéticas. Porque el disuasor frente a Alemania era el ejército Rojo, no lo olvidemos, no el ejército polaco. Para disuadir a Alemania el ejército Rojo tenía que ir al Vístula. A los polacos, que habían sido invadidos por los rusos en épocas anteriores, no les hacía mucha gracia y, además, tenían un régimen profundamente anticomunista. Los dirigentes polacos también se equivocaron al pensar que podían resistir al III Reich y que en el ínterin se pondría en marcha la ayuda franco-británica. Sobreestimaron sus propias fuerzas: en tres semanas los alemanes se los «comieron».

M. A. *¿Cómo reaccionó Franco ante el estallido de la guerra en Europa*?

Á. V. Declaró la neutralidad de España. Pero, como estaba deslumbrado por Alemania, empezó a ayudar a Hitler bajo cuerda, como ha estudiado Manuel Ros Agudo, y lo hizo de la manera más hiriente posible: ofreciendo la posibilidad a los submarinos alemanes de repostar y adquirir avituallamiento en puertos españoles. Una operación muy secreta. Fue una puñalada trapera al Reino Unido porque desde el primer momento de la guerra Alemania puso en marcha su arma submarina y logró éxitos tremendos. Además, la dictadura franquista prestó a Hitler un apoyo importante en la observación de los movimientos navales y del tráfico marítimo, en la autorización de facilidades para la navegación aérea y en el ofrecimiento de un entorno favorable para la actuación de sus servicios de inteligencia. Así inició una etapa de colaboración oculta que no impidió que las negociaciones sobre la deuda de la Guerra Civil fueran francamente duras.

M. A. *¿Sopesó la posibilidad de participar en la Segunda Guerra Mundial al lado de Hitler*?

Á. V. España no entró en guerra, pero Franco hubiese querido hacerlo. Es un hecho evidente que las condiciones internas y externas, por no hablar de las económicas, militares y materiales, no lo permitían y también sabemos que lo único que querían los aliados era que España permaneciera neutral y estable. Fue el periodo de «la gran tentación».

M. A. *¿Por qué*?

Á. V. Porque con las victorias militares fulgurantes de Alemania en el primer año de la contienda europea y la rápida capitulación de Francia, Mussolini quedó deslumbrado e Italia entró en la guerra en condiciones económicas y militares pésimas. Mussolini se dejó llevar por la pasión, vio la oportunidad de pegar un mordisco a Francia. Franco no llegó a tanto.

M. A. *¿A qué aspiraba el dictador español en aquel momento*?

Á. V. A ampliar las posesiones coloniales en el norte de África engullendo el Marruecos francés. Pero no se atrevió a emprender acciones militares contra Francia. Sí envió a Vigón a Alemania y la embajada española en Berlín hizo el ofrecimiento formal a los alemanes de la entrada de España en la guerra.

M. A. *¿Qué respondieron?*

Á. V. No respondieron a toda velocidad. Hitler estaba metido en otros asuntos y España en aquel momento no era importante. Tenía un ejército despreciable y era un país destrozado. Sin embargo, en un lapso de tiempo muy corto Hitler empezó a pensar en un escenario futuro absolutamente delirante. Creía que iba a derrotar con rapidez al Reino Unido y para ese momento se planteó dos operaciones: la invasión de la URSS y el ascenso a la hegemonía mundial, es decir, la guerra contra Estados Unidos. Todo esto, por supuesto, era un delirio, porque era un estratega desastroso que confundía sueños y fantasías con realidades. Y entonces, claro, para el enfrentamiento futuro con Estados Unidos la aviación alemana, que no podía cruzar el océano sin escalas, necesitaría bases en los territorios franceses en África y… en Canarias. Y de pronto Franco apareció interesante de nuevo a los ojos de Hitler. Este fue el camino que condujo a la conferencia de Hendaya del 23 de octubre de 1940…

M. A. *Fue la única vez que Franco y Hitler se vieron las caras…*

Á. V. La reunión de Hendaya ha sido mitificada. No supuso nada sustancial porque mantenían dos posturas irreconciliables. El *Führer* ya deseaba entonces que Franco le cediera una isla en Canarias y este, a cambio, insistió en exigencias territoriales en el norte de África. Hitler no podía acceder, porque se hubiera enajenado al régimen de Vichy y, además, la población del protectorado francés podía resistirse y caer en manos de De Gaulle. Tan solo le prometió que sus deseos serían tenidos en cuenta en el futuro reparto territorial. Entre Vichy y Madrid, Hitler no tuvo dudas. Tampoco se atrevió, como le pidió Franco, a poner por

escrito ningún compromiso porque no se fiaba de la discreción española. En Hendaya, Franco se sintió muy defraudado porque no pudo lograr lo que deseaba. Sí, salió con un compromiso de entrar en la guerra, pero reservándose el momento de hacerlo. A veces se olvida que Franco firmó el Pacto de Acero germano-italiano…

M. A. *Allí, supuestamente, el «Caudillo» libró a España de la Segunda Guerra Mundial…*

Á. V. Para los historiadores franquistas, Hendaya fue la culminación del genio político y estratégico de Franco, quien habría resistido como un héroe a las exigencias de Hitler, logró mantener a España neutral en la Segunda Guerra Mundial, preservó su independencia y libró a los españoles de sus horrores y abominaciones. Es un camelo, otro más. No llegaron a ponerse de acuerdo porque los deseos de cada uno eran irreconciliables.

No olvides tampoco que en 1940 había una represión brutal y masiva en España y que aquel año, además, una parte del ejército se movilizó contra las guerrillas. Franco compró tiempo y esto solo demuestra que era un negociador competente, no un genio, sobre todo si lo comparamos con Mussolini, que se lanzó a la guerra y cometió errores gravísimos como la invasión de Grecia.

M. A. *En 1941 la España franquista mostraba sus simpatías evidentes hacia la Alemania en guerra y la máxima expresión pública de ello fue la División Azul. ¿Qué hacían mientras tanto los británicos*?

Á. V. No habían permanecido parados. De entrada, enviaron a un nuevo embajador, Sir Samuel Hoare, dotado de grandes poderes y de línea directa con Churchill. No era un embajador al uso. Era un hombre que tenía experiencia de trabajo clandestino: había estado en Rusia antes de la Revolución de Octubre como enlace con el servicio secreto del zar; había sido jefe de la estación del servicio de inteligencia militar en Roma al inicio de la Primera Guerra Mundial y, por cierto, fue quien contrató a Mussolini como agente al servicio de Londres, un dato que hemos conocido en los últimos años. Y había sido varias veces ministro. En fin, era un peso pesado de la

política británica, un hombre conservador y opuesto a la República Española desde el primer momento.

Ya en Madrid patrocinó un tipo de plan en lo que los británicos son maestros y que aplicaron incluso en las guerras napoleónicas: comprar, bajo cuerda, a los generales que rodeaban a Franco para que España no entrara en guerra junto al Eje. De esto hay papeles en los archivos británicos que descubrió en los años ochenta Dennis Smyth, catedrático de la Universidad de Toronto. Así pues, la flor y la nata del generalato español se dejó comprar no por los británicos, sino por Juan March. También esto hay que tenerlo presente para explicar la neutralidad de España en la Segunda Guerra Mundial.

M. A. *Precisamente, el pasado año la prensa se hizo eco de la desclasificación de más documentos por los Archivos Nacionales Británicos que prueban los sobornos del MI6 a los generales más cercanos a Franco: Aranda, Queipo de Llano, Orgaz, Kindelán, Varela… La operación costó 14 millones de dólares de la época (unos 310 millones de euros al cambio actual). Y, efectivamente, de nuevo aparece el banquero Juan March, quien se encargó de contactar con ministros y militares y se quedó con cinco millones de dólares…*

Á. V. Publiqué media docena de artículos en *El Confidencial* el pasado mes de septiembre. Hay mucha más cera de la que entonces ardió. Ahora, para el libro sobre la «hábil prudencia» de Franco, llevo escritas más de 150 páginas sobre la «Operación March», tal y como la denomino.

M. A. *¿Qué hubiera hecho Churchill si Franco hubiese entrado en guerra junto a Hitler*?

Á. V. Tenían preparada la invasión de Canarias: un pequeño ejército de unos diez mil hombres se adiestraba en Escocia para una invasión anfibia del archipiélago y en junio y julio de 1941 estaba dispuesto a partir con menos de 48 horas de aviso. Franco también planificaba la entrada del ejército español en Portugal y, en ese hipotético escenario, los británicos estaban listos para reconocer al Gobierno republicano en el exilio. Habían puesto a punto otros

planes de los que hasta ahora no se ha hecho eco ningún historiador. Al menos que yo conozca. Es precisamente en lo que empezaré a trabajar dentro de un par de semanas. Mi idea es tener el libro terminado este mismo año.

M. A. *¿Cuándo empezó Franco a distanciarse del Eje*?

Á. V. Hasta 1942 el dictador siguió ayudando a los alemanes bajo cuerda de manera importante: suministros, espías… Era una ayuda significativa pero no motivo de *casus belli* para Londres. Los británicos no querían que España entrara en la guerra ni tampoco desestabilizar a Franco, si no era necesario. Estaban dispuestos a tragar quina si era preciso. Era una política muy inteligente y estrictamente orientada a defender sus intereses. Como siempre, pero de forma más aguda en circunstancias bélicas. La posibilidad de que España entrara en la guerra voluntariamente desapareció poco después de la «Operación Torch», el desembarco anglonorteamericano en el norte de África en noviembre de 1942. Entonces, Roosevelt dio seguridades a Franco de que aquella ofensiva respetaría los territorios españoles si España permanecía neutral. A principios de 1943, vino la victoria soviética en Stalingrado y, a partir de aquel momento, Franco asumió una línea menos proclive hacia Alemania. No era fácil, porque había mucha gente muy germanófila en la Administración y en el ejército. Es un tema políticamente interesante, un capítulo fascinante de la diplomacia, pero, en fin, en términos estratégicos el asunto estaba claro.

M. A. *Sectores como la Falange deseaban que España entrara en la guerra junto al Eje…*

Á. V. Por supuesto, pero todo eso era contenible con el apoyo del ejército y Franco fue empujándolo hacia delante. El generalato podía estar dividido política e ideológicamente, pero predominaron siempre los franquistas. No obstante, lo importante de este periodo son dos cosas en las que no se ha puesto el énfasis suficiente. En primer lugar, del mismo modo que las potencias democráticas

occidentales no se atrevieron a tomar partido por la República y, por consiguiente, indirectamente apoyaron a Franco en la Guerra Civil, a partir de septiembre de 1939 su principal preocupación fue doble: lograr que no entrara en guerra junto a Hitler y mantener la estabilidad geopolítica y geoestratégica en España. Esto era lo fundamental.

M. A. *¿Lo tenían claro desde el principio*?

Á. V. Desde el principio. Por eso, es perfectamente comprensible que Churchill hiciera ciertas declaraciones de amistad dirigidas a Franco, en contra de las simpatías, fantasías y análisis de la izquierda británica y española. La dirección central de la política británica hacia España fue mantener la estabilidad política y, si para ello debían tolerarle, le toleraban. Esta directriz se acentuó a partir de 1943 y cuando terminó la Segunda Guerra Mundial no corrió ningún peligro existencial. Todo lo que el régimen dijo del cerco internacional, de la vesania de los extranjeros contra España, era propaganda. Por supuesto, los aliados no tenían ninguna simpatía por la dictadura, pero eso no les indujo a intervenir contra Franco.

M. A. *No obstante, los vencedores de la Segunda Guerra Mundial hicieron declaraciones como la de la Conferencia de Potsdam, en el verano de 1945, en la que excluían de la ONU a la España franquista por «su íntima asociación» con las potencias fascistas…*

Á. V. Esa era la diplomacia pública… Franco no gustaba a nadie porque, indudablemente, era un residuo del Eje. Su pecado original era que había ganado la Guerra Civil y ascendido al poder gracias al apoyo de la Alemania nazi y la Italia fascista y luego había ayudado a estas en la guerra mundial. Pero ¿cuál era la alternativa? Intervenir en España no interesaba a nadie, tampoco a la URSS, que se estaba construyendo su glacis imperial en Europa central y oriental. Por tanto, la guerra de guerrillas impulsada básicamente por el PCE estaba condenada al fracaso. La invasión del valle de Arán en el otoño de 1944 fue la demostración más

evidente de todo lo que acabo de decir.

M. A. *De nuevo, por segunda vez, los republicanos quedaron abandonados, a pesar de su aportación heroica a la derrota del nazi-fascismo…*

Á. V. Pues sí. El mejor análisis que conozco de esa contribución se debe a Secundino Serrano, quien ha escrito un libro de referencia que siempre recomiendo. Ni siquiera la Francia de De Gaulle se planteó hacer mucho. Cuando en febrero de 1946 cerró la frontera tras la ejecución del dirigente comunista Cristino García Granda, héroe de la Resistencia francesa, los consulados españoles continuaron funcionando en Francia y al revés, y el propio De Gaulle, que no tenía ninguna simpatía por la dictadura franquista, comprendió que para su país lo importante era la estabilidad en su frontera sur. Franco entonces no representaba un peligro… salvo para los propios españoles. Pero a los aliados occidentales eso les era indiferente y veían más arriesgado promover un cambio político en España que situaría a la República en el terreno de las posibilidades o causaría una nueva guerra civil o al menos un periodo de inestabilidad.

Todas estas percepciones han ido aflorando en los últimos quince o veinte años conforme ha ido desclasificándose la documentación británica, francesa, estadounidense… y gracias a los estudios de Javier Cervera, entre otros.

M. A. *Y después el desarrollo de la Guerra Fría ayudó a la consolidación y perpetuación del régimen hasta la muerte del dictador en 1975…*

Á. V. Esta fue una opción estratégica que las potencias democráticas occidentales mantuvieron efectivamente hasta 1975 e incluso en la Transición: no les gustaba el régimen, pero la prioridad era que hubiera estabilidad en España. Por eso, la estrategia de la izquierda en el exilio estaba condenada al fracaso. ¿Podía haber habido otra alternativa? Sí, si el Gobierno laborista de Clement Attlee que se formó en 1945 hubiera tenido una actitud

mucho más combativa contra Franco, pero esencialmente mantuvo la política de Churchill hacia España.

Epílogo

La persistencia de los mitos Franquistas.

Mario Amorós *A 75 años del fin de la Guerra Civil, a casi cuatro décadas de la muerte del dictador, ¿le sorprende la pervivencia de la mitología franquista en una parte importante de la población española*?

Ángel Viñas: No del todo. Una parte de la sociedad no ha ajustado las cuentas con su pasado. Esos mitos, que fueron la historia oficial durante cuarenta años, son familiares a una parte de la población. Por ejemplo, aún hoy leo las memorias de algunos destacados prohombres del franquismo, o del PP, que siguen sosteniendo que la República estaba condenada a caer en manos de la Unión Soviética. ¡Todavía hoy!

Y para no pocos españoles el franquismo no fue un régimen de oprobio, que trituró las libertades fundamentales y los derechos humanos, que se asentó en la victoria sobre el Gobierno legítimo y que construyó su sistema de dominio sobre la base de una represión y un terror sin paralelismos en la historia de España y de la mayor parte de los países europeos occidentales. Fue, para ellos, un régimen que liberó a España de sus fantasmas, que mantuvo el país al margen de la Segunda Guerra Mundial y que promovió el desarrollo económico. Por otra parte, la Guerra Civil, incluso en algunas dimensiones esenciales, está profundamente distorsionada por los efectos duraderos de la propaganda de la dictadura y la incapacidad de los gobiernos de la democracia de establecer un sistema educativo más o menos moderno y que diga algo

significativo sobre la historia del siglo XX.

Dos generaciones de historiadores (y ahora ya apunta una tercera) hemos tratado de limpiar esta basura, situando los mitos franquistas en su verdadero territorio. Pero escribimos para el futuro, ciertamente, no para el presente.

M. A. *El trabajo de los historiadores rigurosos ha sido insuficiente para derrumbar socialmente los mitos franquistas*…

Á. V. Nuestra labor es condición necesaria, no suficiente. La Iglesia y el Partido Popular defienden los mitos franquistas. ¿Cómo contrarrestar su influencia? La tarea del historiador es ganar la batalla por la Historia. La batalla política por el futuro es otra cosa.

M. A. *¿El franquismo aún está vivo*?

Á. V. Hay un sector de la sociedad española que es sensible, que es permeable, que acepta y asume la mitología franquista. Se aprecia en las tertulias, en los comentarios de internet, en no pocas columnas periodísticas… y lo que hemos hecho los historiadores rigurosos no termina de calar en ese segmento de la sociedad, que se resiste a conocer la verdad histórica. Ya sé que el franquismo no va a repetirse, pero toda sociedad tiene que ajustar cuentas con su pasado en algún momento y en España no lo hemos hecho. No olvides que la dictadura no careció de soporte social. Ni siquiera desde el primer momento. Con la corrupción, el mercado negro, el «desarrollismo» de los años sesenta soy de quienes creen que la base social se amplió y penetró en las capas de población que accedían a un nuevo estatus de clase media baja, con algo que perder.

M. A. *Ese sector social ha convertido en éxitos de ventas los panfletos de tipos que han desenterrado y actualizado los principales mitos franquistas*…

Á. V. Son auténticos maestros en la tecnología del fraude y del ruido mediático.

M. A. *Otro hecho que no sucede en ningún otro país occidental: el franquismo resiste en el espacio público. En Madrid, los voluntarios españoles que juraron lealtad a Hitler son recordados en la calle de la División Azul o un general despiadado como Yagüe da nombre a una avenida imponente que nace del Paseo de la Castellana, al igual que otros muchos espadones fascistas. Sería inimaginable que en Berlín Eichman o Göring brillaran en el callejero…*

Á. V. Aquí entramos en otro terreno. Son problemas complejos que creo que pueden explicarse por cuatro factores, quizá más. En primer lugar, a diferencia de Hitler, que se suicidó en su búnker de Berlín el 30 de abril de 1945, y de Mussolini, ajusticiado por partisanos comunistas cerca de Milán dos días antes, Franco falleció en La Paz el 20 de noviembre de 1975 tras una dictadura de casi cuarenta años que atravesó distintas etapas. Los regímenes de Hitler y Mussolini fueron derrotados por las armas.

En segundo lugar, a lo largo de aquellas cuatro décadas la dictadura creó un canon de interpretación del pasado. Es un canon cerrado que contiene mitos que se entrecruzan estrechamente y que, día tras día, se divulgaron por activa y por pasiva en la prensa, la radio, la televisión, la propaganda oficial, los manuales escolares… Ese canon caló en la sociedad y perdura hasta hoy en sectores importantes de la población.

En tercer lugar, la dictadura se asentó sobre una hecatombe, sobre la sangre: hubo gente que murió y gente que mató. El régimen no se planteó en ningún momento la posibilidad de romper las fronteras entre vencedores y vencidos, al contrario, exhibió siempre y hasta el final los horrores «rojos»: la persecución religiosa, *Paracuellos*, los «hombres de bien» asesinados, en fin, los «terribles desmanes» republicanos. Esto se ha vehiculado en la última década por dos poderosas organizaciones político-sociales: el Partido Popular y la jerarquía católica. Los sectores más conservadores han recuperado estos posicionamientos tradicionales, niegan la responsabilidad de la Iglesia como pilar esencial del régimen y han promovido una eclosión histérica, si me permites la expresión, del martirologio católico durante la Guerra Civil. ¿Quieres una prueba gráfica de todo esto? El *Diccionario biográfico español*, presentado

por la Real Academia de la Historia en junio de 2011 con una generosa financiación pública y en presencia de los reyes.

Y, en cuarto lugar, resalto el efecto demoledor que para ciertos sectores de la derecha tiene el goteo incesante desde el año 2000 de las exhumaciones de fosas de las víctimas del franquismo. No lo pueden negar, pero lo ignoran. Los franquistas y los neofranquistas no soportan que salga a la luz, tantos años después, la enorme magnitud de la represión franquista, la crueldad de la dictadura. Tampoco pueden obviar los crímenes que cometieron en aquellos lugares donde el golpe de Estado triunfó casi sin oposición…

M. A. *Donde no hubo guerra…*

Á. V. Galicia, La Rioja, una parte de Castilla-La Mancha, Navarra o zonas de Andalucía… Las represalias contra la izquierda fueron feroces a pesar de que los sublevados no encontraron resistencia. ¿Por qué? Esto la derecha lo ignora.

M. A. *En la última década, la revisión del pasado ha sido uno de los temas más acalorados del debate y de la confrontación ideológica en el ágora política y en la esfera pública y ciudadana…*

Á. V. Solo hay que recordar todo lo que suscitó la modesta Ley de Memoria Histórica aprobada por el Parlamento en diciembre de 2007… Esto no sucede en ninguna sociedad europea occidental. Por ejemplo, hace unos años se publicó en Bélgica un libro tremendo sobre Léon Degrelle, el líder del movimiento fascista belga de los años treinta y oficial de las SS durante la Segunda Guerra Mundial. Nadie en Bélgica se conmovió o protestó ante el libro porque en su país Degrelle está condenado socialmente, amortizado históricamente. En cambio, en España es evidente que Franco aún no ha muerto para algunos y las concepciones amamantadas de los historiadores franquistas tienen vigencia en ciertos sectores de la sociedad.

En esto soy muy combativo. La Historia de España y la II República y la Guerra Civil no son como nos las han contado. Como ha dicho Santos Juliá, los historiadores rigurosos nos pusimos a

hacer nuestro papel en cuanto pudimos. Incluso antes de la muerte del dictador ya se publicaron trabajos no muy «católicos» para el régimen. Y ha sido en los últimos quince o veinte años cuando se ha acentuado el proceso gracias a la apertura de los archivos. Sin archivos no hay historia. Toda la historia no está en los archivos, pero no puede escribirse historia sin ellos.

M. A. *Por otra parte, una parte de las generaciones más jóvenes cuestiona el sistema político e incluso el consenso de la Transición…*

Á. V. La aparición del movimiento social de recuperación de la memoria histórica republicana, el recuerdo y el conocimiento social de la crueldad del franquismo, conducen a esa nueva generación a preguntarse qué se hizo para resolver esto en la Transición y después. La verdad es que no se hizo mucho porque el tema estuvo ausente de la agenda política de la Transición, pero no figuro entre quienes creen que aquel proceso no sirvió para nada.

«LA BATALLA DE LA MEMORIA».

M. A. *Hay historiadores de prestigio como Santos Juliá que han sido muy beligerantes con el concepto de «memoria histórica». ¿Cuál es su posición*?

Á. V. No comparto su tesis, que no obstante me parece respetable. Hay una historiadora belga que tiene una definición muy operativa: la memoria no es historia, «la memoria es el presente del pasado». Hay un pasado y descubrirlo efectivamente es tarea de los historiadores, pero ese pasado tiene una presencia en la sociedad actual. En el caso de ese país, Bélgica, la memoria más importante tiene que ver con las dos guerras mundiales y en la segunda se relaciona con el papel del nacionalismo flamenco al lado de los nazis, así como la participación de las autoridades belgas en el Holocausto. Eso es parte del pasado relevante de este país, pero la participación del nacionalsocialismo valón en la Segunda Guerra Mundial no tiene memoria, porque está socialmente repudiado.

Nadie lo reivindica, nadie en Bélgica dice nada hoy en favor de Degrelle o del rexismo. Es un pasado sin memoria porque no actúa en el presente. La memoria española es muchísimo más complicada, tiene más aristas que la memoria belga.

Para mí, la llamada memoria histórica puede ser una vía más de esclarecimiento del pasado, pero con sus limitaciones. Con los testimonios, por ejemplo, puedes descubrir ciertas facetas del mismo, pero no todas. En cualquier caso, lo que digamos los historiadores es irrelevante porque este no es un fenómeno historiográfico, sino político y social. A los historiadores, si acaso, nos corresponde estudiarlo.

M. A. *José Luis Rodríguez Zapatero fue el primer presidente del Gobierno que se atrevió a hacer algo para recuperar la memoria republicana y antifranquista…*

Á. V. Por supuesto, a los gobiernos del PP este asunto les ha sido y les es completamente indiferente y, como han podido ahogarlo, lo han hecho. Pero los gobiernos socialistas en general tampoco habían sido demasiado hábiles en este punto. Felipe González lo ha dicho claramente: era preciso construir la democracia, no podíamos mirar hacia atrás demasiado, estábamos bajo el síndrome del 23-F. No obstante, en España no hubo «pacto del olvido» y una prueba de ello es que desde 1977 los historiadores hemos escrito muchísimos libros.

Es verdad que Rodríguez Zapatero fue el primer presidente que se atrevió a hacer algo, pero creo que su Gobierno y él se amilanaron ante la presión brutal de la derecha y al final apostaron por una ley descafeinada. Creo que el Gobierno se equivocó y que tenía que haber sacado adelante una ley más avanzada con el apoyo parlamentario de los partidos interesados en ello.

M. A. *¿Por qué no lo hizo?*

Á. V. No quiero sentar cátedra en esto ni mucho menos, porque

no vivo en España, pero creo que al PSOE le dio miedo enfrentarse con la derecha, de ahí la gran prudencia con la que actuó en este terreno. Esto me parece inexplicable porque hoy en día el ejército ha dejado de ser un actor político. Pero también estimo, y puedo equivocarme, que actuó así por la persistencia en muchos políticos socialistas de alguno de los mitos franquistas. El pudor para no reivindicar la primera experiencia democrática española en el siglo XX, el temor a no «abrir heridas», cuando las heridas están ahí porque la generación de los nietos de las víctimas del franquismo se siente dañada, y luego el impacto tremendo del proceso de excavación de «las fosas del olvido». Creo que el Gobierno de Rodríguez Zapatero pecó de debilidad y estuvo muy por detrás de sus responsabilidades.

Como ciudadano, me defraudó la ley y la consecuencia la estamos viendo ahora: el Gobierno del Partido Popular no la aplica, en una manifestación más de su contraofensiva ideológica.

M. A. *Incluso Rodríguez Zapatero dejó para última hora el asunto del Valle de los Caídos, se lavó las manos con el dictamen elaborado por una comisión de expertos que ha terminado olvidado. ¿Qué debería hacer el Estado con las tumbas de Franco y Primo de Rivera*?

Á. V. Respecto a los restos del dictador y del fundador de Falange, habría que retirarlos de ese espacio público, entregarlos a sus familias y que ellas dispongan dónde quieren tenerlos sepultados.

M. A. *¿Y en cuanto al mausoleo fascista, construido con el trabajo esclavo de presos republicanos*?

Á. V. No soy un experto en el tema, pero existe el problema de que, aunque pertenece a Patrimonio Nacional, habría que llegar a un acuerdo con la Iglesia católica puesto que la basílica tiene un estatuto religioso. No creo que sea un problema insoluble en un Estado laico. La pervivencia del Valle de los Caídos es algo chocante, pero yo no iría a las barricadas para solucionarlo. Hay asuntos más importantes.

M. A. *Muchas familias de víctimas republicanas también reclaman los restos de sus seres queridos trasladados por la voluntad del dictador, sin que les pidieran permiso. Es terrible…*

Á. V. Tienen razón. Aparte del problema político-ideológico, existe otro técnico puesto que, según fuentes de prensa, muchos restos están totalmente entremezclados.

M. A. *Y el único juez que se atrevió a iniciar una investigación de los crímenes del franquismo, Baltasar Garzón, fue defenestrado…*

Á. V. Aunque seguí este asunto un poco de lejos, tengo simpatía por Garzón. En mi opinión, el Tribunal Supremo se desacreditó por completo, con todos mis respetos para los señores magistrados.

No cabe duda de que nos referimos a procesos largos y penosos. Viví en la República Federal de Alemania entre 1958 y 1964, la época todavía de la política anticomunista pura y dura y de la *Guerra Fría*. El Gobierno de Adenauer y todos sus defensores estaban rígidamente alineados con Occidente y todo el mundo derramaba lágrimas por las víctimas del III Reich, pero los antiguos nazis estaban incrustados en todos los sectores de la sociedad, de la Administración y de las Fuerzas Armadas. La recuperación del orgullo antinazi no ha sido un proceso fácil. Si me apuras, fue más sencillo afrontar las consecuencias de la *Shoah*, tras el primer proceso sobre Auschwitz en 1962 o 1963. Estos procesos han llevado su tiempo también en Francia, cuyos capítulos negros son Vichy y la participación de las autoridades en el Holocausto, e Italia, cuya República nació proclamándose orgullosamente antifascista. Y esto fue así a pesar de que en los tres casos los regímenes fascistas fueron derrotados por las armas.

Pero en España ya han transcurrido 75 años desde el fin de la Guerra Civil y se ha hecho muy poco. También puede argumentarse, y a veces lo he hecho, que en realidad la Guerra Civil no concluyó en 1939, sino en 1975 con la muerte del dictador. Pero aun así habrían pasado ya casi cuarenta años y en Francia, Alemania e Italia en ese periodo de tiempo se habían hecho cosas importantes.

M. A. *¿Qué podría hacerse hoy en España para avanzar en el reconocimiento de la represión franquista y la reparación a sus miles de víctimas*?

Á. V. Por ejemplo, no concibo que el orden jurídico democrático, consagrado en la Constitución de 1978, no se haya atrevido a llevar hasta sus últimas consecuencias la derogación del ordenamiento jurídico franquista. En el caso de la declaración de la nulidad de los consejos de guerra, es evidente que algo permanece a pesar de que la Ley de Memoria Histórica considera que tales condenas y otras son ilegítimas. Si son ilegítimas ¿por qué no se anulan a efectos jurídicos?

En diversas ocasiones, se ha presentado a la Sala Militar del Tribunal Supremo la solicitud de declaración de nulidad de la condena, a todas luces ilegal, del presidente Lluís Companys, pero se ha denegado. Me parece escandaloso. En Alemania se ha tardado mucho tiempo, pero las condenas efectuadas por los tribunales del III Reich se han declarado nulas. Es una forma de clarificar el pasado. ¿Por qué en España no puede hacerse lo mismo? Para mí es un misterio. Quienes se oponen dicen que introduce «inseguridad jurídica» y que las reparaciones económicas a los herederos pueden suponer una sangría. Bueno, pues que se excluyan las compensaciones económicas. Es un tema interesante, pero no soy un experto.

M. A. *El Estado español ni ha investigado, ni mucho menos ha condenado los crímenes del franquismo. En cambio, las víctimas de la violencia republicana se contaron en la Causa General y fueron honradas durante cuarenta años…*

Á. V. Me parece un comportamiento repugnante.

M. A. *Los familiares de las víctimas no han tenido más remedio que buscar justicia más allá de las fronteras españolas: en Argentina está abierto un proceso judicial y la juez ya ha solicitado la extradición de dos conocidos torturadores franquistas…*

Á. V. ¿Pero no aceptó el orgulloso Estado democrático español la jurisdicción universal? Hacen muy bien esas familias en sacar los colores al Estado, hoy ya algo menos democrático, en el extranjero.

M. A. *Y la ONU ha instado a los jueces y al Gobierno a localizar a los miles de desaparecidos del franquismo que, 75 años después, siguen sepultados en fosas comunes, en las cunetas…*

Á. V. España en este terreno es un caso único en Europa occidental.

EL COMBATE POR LA HISTORIA.

M. A. *En junio de 2011, justamente a un mes de la conmemoración del 75.º aniversario del golpe de Estado contra la República, el diario* Público *dio a conocer el contenido de algunas de las entradas del* Diccionario Biográfico Español . *¿Por qué lo criticó con tanta contundencia*?

Á. V. Porque es una provocación a los hechos, al conocimiento, a la Historia y a los historiadores y en último término a la sociedad española e incluso al prestigio de España, ya que para su preparación contó con una generosa subvención de 6,4 millones de euros del Ministerio de Educación y se presentó en presencia del jefe del Estado. Esta fue mi impresión cuando lo conocí en junio de 2011 y después, al aparecer los siguientes volúmenes, la mantengo absolutamente e incluso la acentúo. Lo que más me indigna del *Diccionario* de la Real Academia de la Historia es que hace un conjunto de afirmaciones tajantes y rotundas a cargo de unas personas indocumentadas que, además, cometen errores factuales feroces y, curiosamente, siempre en la misma dirección: una visión de la República y de la Guerra Civil inspirada en la propaganda y en los mitos franquistas.

Me parece inconcebible la falta de profesionalidad de los eminentes miembros de las comisiones de control de la Real Academia de la Historia y, si me apuras, su falta de conocimientos.

No me dirijo contra la institución, sino contra una serie de personas no muy responsables que actúan en la Real Academia de la Historia y cuyos nombres otros investigadores dilucidarán porque supongo que no es un secreto de Estado.

M. A. *Es esclarecedor que la Real Academia de la Historia encargara la entrada biográfica del general Franco a Luis Suárez Fernández, uno de sus más tenaces apologistas, y no, por ejemplo, a Paul Preston, autor de la biografía de referencia…*

Á. V. Bueno, se la podrían haber encargado al profesor Juan Pablo Fusi, que también ha escrito una biografía de Franco, o al gran historiador británico Raymond Carr. Suárez es un eminente historiador medievalista y en ese terreno no estoy en condiciones de valorarlo. En lo que se refiere a la República, la Guerra Civil y el franquismo sostengo y repito, y repetiré siempre, que es un historiador franquista de pro y que, como tal, miente, tergiversa y manipula. Y no lo digo solo porque no considere al régimen de Franco como una dictadura, lo digo también porque tanto en su entrada como en su hagiografía de Franco hay errores de principiante que apuntan en una misma dirección muy significativa. En mi próximo libro identificaré, con el debido respeto, unos cuantos. Insisto, son errores de principiante. A mí me da vergüenza leerlos.

M. A. *Es difícil decir tantas falsedades en tan poco espacio: esta entrada habla de la supuesta inferioridad de fuerzas de los sublevados, de la hostilidad de Francia y de la URSS, de que Franco prácticamente estuvo obligado a vincularse con Italia y Alemania. Y, por supuesto, asegura que «montó un régimen autoritario, pero no totalitario».*

Á. V. La vida es demasiado corta como para entrar en polémicas con tal tipo de afirmaciones. Yo solo lo hago cuando chocan con mi argumentación.

M. A. *Y por supuesto Suárez Fernández no dedicó ni una sola palabra a la represión del régimen franquista…*

Á. V. Normal. Tampoco lo hace Payne.

M. A. *Sobre Negrín, en el* Diccionario *leemos que su Gobierno fue «prácticamente dictatorial», por supuesto «en coalición sobre los comunistas»…*

Á. V. Eso no lo afirmó Suárez, sino otra gloria de la historiografía patria: el profesor Carlos Seco Serrano.

M. A. *¿Qué otras entradas le llamaron la atención*?

Á. V. Por ejemplo, en enero de 2013 conocimos por *El País* la dedicada al general Mola, que produce vergüenza. Un dechado de estupideces que causan asombro. Y recordemos que fue un personaje capital en la preparación del golpe de Estado de 1936, pero en el *Diccionario* se insinúa poco menos que actuaba a las órdenes de Franco, se ignoran sus directivas. La explicación de las circunstancias en que se produjo la sublevación es bochornosa. Esta entrada descalifica por sí sola el sistema de control de la Real Academia de la Historia y al *Diccionario Biográfico Español* porque, insisto, Mola no fue un personaje de segunda categoría.

M. A. *En esta misma entrada se hacen afirmaciones sonrojantes como que «los comunistas» habían fijado «su revolución» para el 21 de julio de 1936…*

Á. V. El autor de esa afirmación, el coronel Gárate Córdoba, fue un miembro del Servicio Histórico Militar en los años en que estas tonterías aún se decían (principios de los 60). Hombre, admitamos que el conocimiento de la Guerra Civil ha evolucionado un poquito desde entonces… Además, lo que él dice lo publicó en términos similares en una revista del Servicio Histórico Militar, como saqué a la luz —porque todo esto nadie lo lee— en *La conspiración del general Franco* en tanto que ejemplo de la aberración a la que se llegaba.

Ante la indignación que despertó el *Diccionario Biográfico Español* entre los historiadores serios, la Academia de la Historia

creó una comisión de investigación, integrada por un historiador excelente como Juan Pablo Fusi. Pero la Academia también esperó a ver qué sucedía en las elecciones generales de noviembre de aquel año y después de la victoria del Partido Popular desapareció la intención de corregir o mejorar algunas entradas. ¡Qué tacticismo!

M. A. *El profesor Alberto Reig Tapia señaló en 2011, al calor de la polémica, que este* Diccionario *había sido una oportunidad perdida para consagrar definitivamente «los avances imparables» producto del trabajo riguroso de muchos historiadores en las últimas décadas sobre la Guerra Civil…*

Á. V. Sí, pero eso requiriría que la Real Academia de la Historia fuese otra cosa.

M. A. *Un grupo de historiadores, dirigido por usted, preparó una voluminosa obra de respuesta, con un título muy significativo*: En el combate por la Historia…

Á. V. A incitación del editor Gonzalo Pontón. El título es una adaptación, minúscula todo hay que decir, de una colección de ensayos de Lucien Febvre, un historiador francés (probablemente no de obligada lectura para muchos de los señores académicos), que Gonzalo publicó hace muchos años.

EL «FUTURO» DE LA GUERRA CIVIL.

M. A. *Es llamativo el interés que la II República y la Guerra Civil siguen suscitando entre los historiadores y los ciudadanos, dentro y fuera de España…*

Á. V. Sí. Los grandes temas históricos no mueren fácilmente, sobre todo cuando hay un sentimiento difuso, pero extendido, de que la historia que nos contaron no vale.

Además, fue tan larga la cesura en la evolución democrática de España que produjo la Guerra Civil que es muy verosímil que siga

dando que hablar y generando discusión dentro de cincuenta años. Pero el actual debate en último término se explica por el uso del pasado como arma arrojadiza en la pugna política del presente. Para los sectores más conservadores, la lucha política ya no les enfrenta contra el «comunismo ateo», hoy el enemigo fundamental son los no menos «malvados» socialistas.

M. A. *¿Falta mucho hasta que la guerra civil de sea ya «pasado» para la sociedad española, como lo son la guerra de o las guerras carlistas*
1936-1939
1808-1812
?

Á. V. Algún día, aún lejano, eso será así, por supuesto. No olvides que parte del interés por la Guerra Civil nace de las razones que hemos ido mencionando y el tiempo las erosionará.

M. A. *Aún hay muchos archivos cerrados en los que es probable que se conserven documentos relevantes sobre la Guerra Civil…*

Á. V. Así es. Por ejemplo, el archivo del antiguo Alto Estado Mayor, o los papeles de Serrano Suñer, que nunca han podido ser consultados por los historiadores, o casi todos los archivos soviéticos, o los documentos del MI6 sobre la Guerra Civil o algunas partes del Archivo Militar de Ávila. Al terminar el mandato del presidente Rodríguez Zapatero supimos que la titular de Defensa, Carme Chacón, había dejado preparada una propuesta para que el Consejo de Ministros desclasificara hasta diez mil documentos de los archivos del Ministerio. ¿Qué hizo su sucesor? Detener el procedimiento. Al fin y al cabo, las Fuerzas Armadas —dijo— tienen otras cosas que hacer…

Aunque se han publicado miles de libros y los historiadores hemos llegado a un conjunto de conclusiones bastante compartidas, todavía queda un inmenso trabajo por realizar tanto sobre la guerra como, y sobre todo, sobre la dictadura. A través de la investigación en los archivos, los historiadores avalamos o descartamos hipótesis

y tesis ya planteadas. Esta es la dinámica implacable que guía el escudriñamiento de la Historia contemporánea. La identificación progresiva de un abanico cada vez más amplio de datos, actuaciones y comportamientos conduce a descartar aquellas tesis que no resisten la contrastación con los nuevos conocimientos. No hay Historia definitiva, en contra de lo que suelen afirmar los historiadores franquistas.

La Historia es un proceso definido y contrastado intersubjetivamente de creciente aproximación a la verdad. Y no es una traslación de preferencias políticas o ideológicas. En mi caso, he aprendido mucho sobre la Guerra Civil lógicamente investigando en los archivos y escribiendo. He leído muchísimos libros sobre la contienda desde los 17 años y acabo de cumplir 73. En aquellos años me iba formando mis ideas como lector, pero es muy diferente ponerte a escribir. Cuando en 1974 publiqué mi primer libro, *La Alemania nazi y el 18 de Julio*, conocía superficialmente la Guerra Civil, como se conocía en España, y estaba muy influido —y no tengo reparos en reconocerlo— por los historiadores franquistas. El canon franquista influyó en mí inicialmente, pero con la investigación en los archivos durante muchos años he desterrado y combatido estos mitos.

M. A. *Podríamos decir, por tanto, que el «futuro» de la Guerra Civil es la Historia…*

Á. V. Sí, el futuro es la investigación histórica a partir de la consulta de los archivos o secciones documentales aún hoy cerradas y de la aplicación de paradigmas metodológicos adecuados al objeto de la investigación. En mis libros siempre he escrito con prudencia porque soy muy consciente de que lo que he descubierto puede ser discutido o invalidado en el futuro por otros historiadores. No se escribe Historia para la eternidad, es un campo cambiante y mutable por definición. Sin embargo, a veces leo a ciertos historiadores, españoles y extranjeros, y encuentro afirmaciones rotundas que no dejan resquicio a duda alguna, que creen tener el mismo valor que las tablas mosaicas. En este caso, opto por las carcajadas.

M. A. *Las nuevas generaciones de historiadores ya están aportando trabajos importantes…*

Á. V. *Laus Deo*. Así es. Mi deseo es que superen a los precedentes, incluido por supuesto a este servidor.

M. A. *Y usted ¿qué proyectos tiene para el futuro*?

Á. V. Como sabes, en los últimos dos años he estado mal de salud y ello me ha llevado a forzar un poco la máquina. En 2013 consideré que el programa de investigación que me había propuesto estaba prácticamente terminado, pero siempre surgen nuevos proyectos…

En estos momentos he concluido la edición de las memorias íntimas de Francisco Serrat, el primer protoministro de Asuntos Exteriores de Franco, que proporcionan una luz nueva sobre la atmósfera reinante en el Cuartel General de Franco en Salamanca en la primera fase de la Guerra Civil y muestran un Franco mezquino, rencoroso, indolente y muy despistado, sobre todo en el terreno en el que, se afirma, cimentó su «imperecedera» fama: la política exterior, los contactos con el mundo.

Acaba de aparecer una versión actualizada de mi interpretación de las memorias del coronel Segismundo Casado en relación con su famoso y turbio golpe del 5 de marzo de 1939. Esta vez lo he hecho en inglés, para darle una cierta divulgación general. Agradezco mucho a la profesora Susana Bayo, del Trinity College de Dublín, su invitación para participar en un proyecto destinado a reflejar el 75.º aniversario del final de la Guerra Civil. En general, no suelo escribir en inglés porque creo que la batalla por la historia ha de darse en España, pero no me cierro absolutamente a escribir en otros idiomas. Ya lo he hecho en varias ocasiones en alemán y francés. Incluso en italiano, aunque con traducción de otra persona.

También estoy terminando la edición de un trabajo colectivo sobre bibliografía reciente, de los últimos seis u ocho años, en torno a la Guerra Civil. Es un proyecto muy ambicioso. He reunido a unos treinta historiadores, españoles y extranjeros, para que valoren lo que se ha publicado dentro y fuera de España en los más diversos

campos de la historiografía relacionada con ella. Por primera vez, tendremos artículos relacionados con las historiografías de los países nórdicos y de la Europa central y oriental.

Por último, estoy trabajando en el proyecto que ya te he citado sobre la «hábil prudencia» del tan ensalzado «Caudillo» en dos momentos cumbres de la historia española: la Segunda Guerra Mundial y la *Guerra Fría*. Creo que, a partir de nueva evidencia primaria de época y nuevos planteamientos metodológicos, podré decir algo novedoso y original. Es decir, no me aburro.

M. A. *Estaremos atentos. Muchas gracias por su tiempo y por su trabajo*.

Apéndice

Obras de Ángel Viñas sobre la Guerra Civil

1. Sus Libros

Las armas y el oro. Palancas de la guerra. Mitos del franquismo, Pasado y Presente, Barcelona, 2013.

La República en guerra. Contra Franco, Hitler, Mussolini y la hostilidad británica, Crítica, Barcelona, 2012. Síntesis de su tetralogía.

La conspiración del general Franco. Y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada, Crítica, Barcelona, 2011, 2.ª edición revisada y ampliada en 2012.

Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias, Alianza Editorial, Madrid, 2001.

Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco, Crítica, Barcelona, 1984.

El oro de Moscú. Alfa y omega de un mito franquista, Grijalbo, Barcelona, 1979.

El oro español en la guerra civil, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1976.

La Alemania nazi y el 18 de Julio, Alianza Editorial, Madrid, 1974, 2.ª edición revisada en 1977.

1.1. Su Tetralogía

El desplome de la República, Crítica, Barcelona, 2009. Escrita

junto con Fernando Hernández Sánchez.

El honor de la República. Entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin, Crítica, Barcelona, 2008.

El escudo de la República. El oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937, Crítica, Barcelona, 2007.

La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética, Crítica, Barcelona, 2006.

2. OBRAS EDITADAS O COORDINADAS

SOUTHWORTH, Herbert R.: *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*, Comares, Granada, 2013. Edición, revisión, actualización y epílogo de Ángel Viñas.

VIÑAS, Ángel (ed.): *En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo*, Pasado y Presente, Barcelona, 2012.

DE AZCÁRATE, Pablo: *En defensa de la República. Con Negrín en el exilio*, Crítica, Barcelona, 2010. Edición, estudio preliminar y notas de Ángel Viñas.

VIÑAS, Ángel (dir.): *Al servicio de la República: diplomáticos y guerra civil*, Marcial Pons, Madrid, 2010.

CORDÓN, Antonio: *Trayectoria: recuerdos de un artillero*, Espuela de Plata, Sevilla, 2008. Edición y presentación de Ángel Viñas.

3. PARTICIPACIÓN EN OBRAS COLECTIVAS

VIÑAS, Ángel: «Playing with History and Hiding Treason: Colonel Casado's Untrustworthy Memoirs and the End of the Civil War», *Bulletin of Spanish Studies*, vol. 91, nos. 1-2 [2014], pp. 295-323.

—: «L'Italia e la sommossa militare spagnola del 18 luglio 1936», en

Nueva Storia Contemporanea, vol. XVII, n.º 5, septiembre-octubre 2013, pp. 45-90.

Sánchez Pérez, Francisco (coord.): *Los mitos del 18 de Julio*, Crítica, Barcelona, 2013, incluye su artículo titulado «La connivencia fascista con la sublevación y otros éxitos de la trama civil», pp. 79-181.

Segura, Antoni; Mayayo, Andreu, y Abelló, Teresa (dirs.): *La dictadura franquista, La institucionalització règim d'un*, Publicaciones y Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona, 2012, incluye su ponencia titulada: «Centinela de Occidente», pp. 301-321.

Martínez Reverte, Jorge (ed.): *Los militares españoles en la Segunda República*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2012, incluye su artículo: «Los ejércitos en Europa, ¿eran distintos los militares españoles?», pp. 153-186.

Villa Rodríguez, José: *El golpe*, Memoria, Libertad y Cultura Democrática, Sevilla, 2012, incluye su artículo: «Contra una sociedad libre, golpe militar», pp. 15-33.

García Fernández, Javier (coord.): *25 militares de la República*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, incluye sendos trabajos suyos sobre el general de brigada Antonio Cordón (pp. 295-322) y sobre el coronel Segismundo Casado (pp. 213-260).

Morente, Francisco (ed.): *España en la crisis europea de*

entreguerras. República, fascismo y guerra civil, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011, incluye su trabajo: «La guerra de España, prólogo de la guerra mundial», pp. 25-34.

VILANOVA, Francesc, e YSÀS, Pere (eds.): *Europa, 1939, El año de las catástrofes*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2011, incluye su trabajo: «Franco y el franquismo ante la nueva guerra de 1939», pp. 65-80.

BALLARÍN, Manuel, y LEDESMA, José Luis: *La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones*, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas, Zaragoza, 2010, incluye su trabajo: «Inglaterra y el Frente Popular», pp. 21-34.

JUMP, Jim (ed.): *Looking back at the Spanish Civil War*, Wishart, Londres, 2010, incluye su trabajo: «September 1936: Stalin's decision to support the Spanish Republic», pp. 129-155.

SÁNCHEZ CERVELLÓ, Josep: *El pacte de no intervenció, La internacionalització de la guerra civil espanyola*, Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, 2009, incluye su trabajo: «La guerra civil española en el contexto europeo», pp. 331-347.

VV. AA.: *El valor de la Historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Editorial Complutense, Madrid, 2009, incluye su trabajo: «Madrid, mayo y octubre de 1936», pp. 275-285.

VV. AA.: *Los rusos en la guerra de España, 1936-1939*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2009, incluye su

trabajo: «La intervención soviética en España. ¿Cuándo y por qué empezó? ¿Cuándo y por qué acabó?», pp.
49-57
.

PEREIRA, Juan Carlos (coord.): *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Ariel, Barcelona, 2009, incluye su trabajo: «La internacionalización de la guerra civil: el preludio de la mundial», pp.
405-425
.

VV. AA.: *Juan Negrín, médico y jefe de Gobierno,*
1892-1956
, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Madrid, 2006, incluye su trabajo: «Juan Negrín, la cuestión del oro y la economía de guerra republicana», pp.
90-100
.

VV. AA.: *Juan Negrín. El estadista. La tranquila energía de un hombre de Estado*, Fundación Juan Negrín, Las Palmas, 2006, incluye su trabajo: «Mitos que se derrumban, controversias que se aclaran», pp.
69-97
.

MALEFAKIS, Edward (coord.): *La guerra de España,*
1936-1939
, Taurus, Madrid, 1996, incluye su trabajo: «Intervención y no intervención extranjera», pp.
263-288
.

TUÑÓN DE LARA, Manuel (ed.): *Gernika: 50 años después (). Nacionalismo. República. Guerra Civil*
1937-1987
, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1988, incluye su trabajo: «Las relaciones entre Franco y Alemania en la guerra civil», pp.
183-190
.

VV. AA.: *Socialismo y guerra civil*, Editorial Pablo Iglesias,

Madrid, 1987, incluye su trabajo: «El apoyo exterior a Franco», pp.
109-122
.
VV. AA.: *La Guerra Civil española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1986, incluye su artículo titulado «Los condicionantes internacionales», pp.
123-197
.
PRESTON, Paul (ed.): *Revolución y guerra en España*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, incluye su trabajo: «La financiación de la guerra civil española», pp.
221-234
.
VV. AA.: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX, CSIC, Madrid, 1986, incluye su trabajo: «Las relaciones hispano-francesas, el Gobierno Daladier y la crisis de Múnich», pp.*
161-201
.
BLINKHORN, Martin (ed.): *Spain in conflict,. Democracy and its enemies*
1936-1939
, Sage Publications, Londres, 1986, incluye su trabajo: «Gold, the Soviet Union and the Spanish Civil War», pp.
224-243
.
VV. AA.: *Historia de España, 12*, Historia 16, Madrid, 1980, incluye el trabajo, escrito junto con Manuel Tuñón de Lara: «La España de la Cruzada. Guerra civil y primer franquismo (
1936-1959
)».
TUÑÓN DE LARA, Manuel (ed.): *Historiografía española contemporánea*, Siglo XXI, Madrid, 1980, incluye su trabajo: «Dimensiones económicas e internacionales de la guerra civil: una presentación de la literatura reciente», pp.
355-381

.
VV. AA.: *Historia de la guerra civil en Euskadi*, San Sebastián y Bilbao, 1979, incluye su trabajo: «Guernica: quién lo hizo», pp.
165-220
.



Mario Amorós (Alicante, 1973) es doctor en Historia por la Universidad de Barcelona y periodista. Destacado especialista en la evolución de Chile en el siglo XX, ha impartido conferencias en universidades europeas y americanas y ha intervenido en congresos científicos internacionales.

Colabora asiduamente en medios de comunicación de España y Chile. Entre sus trabajos anteriores destacan *Sombras sobre isla Negra. La misteriosa muerte de Pablo Neruda*, *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida* y *Allende. La Biografía*